

**HARLAN  
COBEN**

**Quédate a mi lado**



**Lectulandia**

El pasado nunca desaparece del todo. Megan lleva una vida acomodada en una zona residencial, tiene dos hijos, un marido estupendo y una casa acogedora, pero tiempo atrás caminó por el lado salvaje. Ray trabaja como *paparazzo* persiguiendo a niños ricos obsesionados con la fama, pero antes fue un talentoso fotógrafo documental. Broome es un detective incapaz de sacarse de la cabeza un viejo caso ya archivado: un padre de familia de la zona desapareció sin dejar rastro hace diecisiete años. Y cada año Broome regresa a la casa de ese hombre, que permanece detenida en el tiempo, como esperando su regreso.

**Lectulandia**

Harlan Coben

# **Quédate a mi lado**

ePub r1.1

Titivillus 02.06.15

Título original: *Stay Close*  
Harlan Coben, 2012  
Traducción: Ramón de España

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

DEDICADO A MIS TÍOS DIANE Y NORMAN REITER  
Y A MIS TÍOS ILENE Y MARTY KRONBERG,  
CON AMOR Y GRATITUD.

# 1

A veces, en ese nanosegundo en el que atrapaba una imagen y perdía de vista el mundo por culpa del flogonazo del flash, Ray Levine veía la sangre. Sabía, por supuesto, que solo estaba en su imaginación, pero a veces, como en ese preciso instante, la visión era tan real que tenía que bajar la cámara y mirar fijamente el suelo que tenía delante. Ese momento espantoso —el instante en que la vida de Ray cambió por completo, haciendo que dejara de ser un hombre con futuro e ilusiones para convertirse en ese fracasado monumental que tienes ahí delante— nunca lo visitaba en sueños ni cuando estaba a solas en la oscuridad. Más bien al contrario, esas visiones devastadoras esperaban a que estuviese totalmente despierto, rodeado de gente y dedicado a lo que podría definirse sarcásticamente como trabajo alimentario.

Compasivas, las visiones se fueron desvaneciendo mientras Ray seguía sacándole fotos al Chaval del Bar Mitzvah.

—Mira hacia aquí, Ira —le gritaba Ray desde detrás del objetivo—. ¿Quién te diseña la ropa? ¿Es cierto que Jen y Angelina siguen peleándose por ti?

Alguien le arreó una patada en la espinilla. Otro lo empujó. Pero Ray seguía inmortalizando a Ira.

—¿Dónde es la juerga, Ira? ¿Quién es la afortunada que te arranca el primer baile?

Ira Edelstein frunció el ceño y apartó el rostro de la cámara. Ray se lanzó hacia delante, inasequible al desaliento, tomando fotos desde cualquier ángulo posible. «¡Quítate de en medio!», le gritó alguien. Otro lo empujó. Ray intentaba mantener el equilibrio.

*Snap, snap, snap.*

—¡Malditos  *paparazzi*! —gritó Ira—. ¿Es que no puedo tener ni un momento de tranquilidad?

Ray puso los ojos en blanco. Pero no se retiró. Desde atrás del objetivo de la cámara, regresó la visión de la sangre. Trató de quitársela de encima, pero no había manera. Mantenía el dedo clavado en el disparador. Ahora, Ira, el Chaval del Bar Mitzvah, se movía a cámara lenta, estroboscópica.

—¡Parásitos! —se quejó Ira.

Ray se preguntó si era posible caer más bajo.

Recibió la respuesta en forma de otro puntapié en la espinilla: ni hablar.

El guardaespaldas de Ira —un tipo enorme con la cabeza afeitada que atendía al nombre de Fester— apartó a Ray con la ayuda de un antebrazo del tamaño de un roble. La verdad es que se lo tomó demasiado en serio, pues estuvo a punto de tirarlo al suelo. Ray le dedicó una mirada del tipo «no te pases». Fester se disculpó.

Fester era el jefe y amigo de Ray, además del responsable de Celeb Experience: *Paparazzi* por Encargo... Que venía a ser exactamente lo que parecía. Ray no se dedicaba a acosar a famosos para obtener imágenes comprometedoras que vender a

los tabloides, como haría un *paparazzo* de verdad. No, lo cierto es que Ray estaba incluso por debajo de eso —era lo que la Beatlemania a los Beatles—, pues se limitaba a ofrecer la «experiencia de los famosos» a cualquier aspirante que se la pudiera permitir. Resumiendo: los clientes, que en su mayoría disfrutaban de una autoestima excesiva y que, probablemente, tenían problemas de erección, contrataban a *paparazzi* para que los siguiesen a todas partes, haciéndoles fotos que incluir en un álbum que recogiera «la experiencia definitiva de la fama gracias a tus propios y exclusivos *paparazzi*».

Ray imaginaba que siempre podría caer aún más bajo, pero ello no era posible sin una intervención divina urgente.

Los Edelstein se habían decidido por el «Megapaquete de primera»: dos horas con tres *paparazzi*, un guardaespaldas, un publicista y un tío con un micro de percha, todos ellos persiguiendo al «famoso» y sacándole fotos como si se tratara de Charlie Sheen entrando subrepticamente en un monasterio. El «Megapaquete de primera» incluía un DVD de recuerdo, sin ningún gasto suplementario, y tu careto en la portada de una revista de cotilleos falsa bajo un titular hecho a medida.

¿Y cuánto cuesta el «Megapaquete de primera»?

Cuatro de los grandes.

Por responder a la inevitable pregunta: en efecto, Ray se odiaba a sí mismo.

Ira se abrió camino a empujones y desapareció en la sala de baile. Ray bajó la cámara y contempló a sus dos colegas. Ninguno de ellos llevaba grabada en la frente la F de fracasado porque, francamente, resultaría redundante.

Ray miró la hora.

—Maldita sea —sentenció.

—¿Qué pasa?

—Aún nos quedan quince minutos.

Sus compañeros de fatigas —cuya inteligencia apenas les daba para escribir su nombre en el barro con un dedo— gruñeron. Quince minutos más. Eso quería decir que había que irse para dentro y trabajarse la introducción. Algo que Ray detestaba.

El *bar mitzvah* tenía lugar en la Mansión Wingfield, una ridícula sala de banquetes que, si fuese un poco más discreta, podría pasar por uno de los palacios de Sadam Hussein. Por todas partes había lámparas de araña, espejos, marfil falso, madera ornamentada y pintura dorada a toneladas.

Regresó la imagen de la sangre. Ray se deshizo de ella con un parpadeo.

La fiesta era de campanillas. Los hombres parecían bregados y ricos. Las mujeres, bien conservadas y mejoradas quirúrgicamente. Ray se adentró entre la turba luciendo pantalones vaqueros, una arrugada chaqueta gris y unas Chuck Taylor negras de media caña. Varios invitados lo miraron como si acabara de defecar en su ensalada.

Había una banda con dieciocho músicos más un «dinamizador», quien se suponía que estaba allí para hacer más fluido el contacto entre los invitados. Algo así como el

peor presentador de concursos televisivos que quepa imaginar. O el personaje más patoso de los Teleñecos. El dinamizador en cuestión agarró el micro y dijo «Damas y caballeros —con una voz que recordaba la de un presentador de combates de boxeo —, sean tan amables de darle la bienvenida, por primera vez desde que recibió la Torah y se convirtió en un hombre, al único e inimitable... ¡Ira Edelstein!».

Ira apareció junto con dos... Ray no sabía muy bien cuál era el término adecuado para describirlas, pero igual servía «*strippers* de lujo». Las dos macizas escoltaban al pequeño Ira por el salón, empujándolo con el escote. Ray tenía la cámara preparada y se propulsó hacia delante, meneando la cabeza. El crío tenía solo trece años. Si unas mujeres semejantes se le hubiesen acercado a él a su misma edad, la erección le habría durado una semana entera.

Juventud, divino tesoro.

El aplauso fue ensordecedor. Ira le dedicó a la masa un saludo real.

—¡Ira! —gritó Ray—. ¿Son tus nuevas diosas? ¿Es cierto que igual añades una tercera a tu harén?

—Por favor —dijo Ira con un quejido muy ensayado—. ¡Tengo derecho a mi intimidad!

Ray consiguió no vomitar.

—Pero tu público quiere saberlo.

Fester, el guardaespaldas de las gafas de sol, le clavó la manaza en el hombro, permitiendo que Ira pasara a su lado sin detenerse.

Ray disparó, cerciorándose de que el *flash* cumpliría su mágica función. La banda estalló —¿cuándo empezaría a sonar la música en bodas y *bar mitzvahs* a un volumen tan estruendoso?— con el nuevo himno festivo *Club Can't Handle Me*. Ira se dedicó a tontear un rato con las dos chicas contratadas a tal efecto. A continuación, sus amigos de trece años se sumaron al barullo, llenando la pista de baile y dando saltos sin orden ni concierto. Ray «luchó duramente» con Fester para obtener algunas fotos más; y luego miró el reloj.

Solo quedaba un minuto.

—¡*Paparazzi* de mierda!

Otra patada en la espinilla a cargo de otro pequeño cretino.

—¡Ay, joder, que eso hace daño!

El cretino se dio el piro. Ray tomó nota mental: había que llevar protección en las espinillas. Miró hacia Fester en busca de compasión. Fester lo liberó con un gesto de la cabeza para que lo siguiera hasta un rincón. Había tanto ruido que se deslizaron por entre las puertas.

Fester señaló hacia atrás, al salón de baile, con un enorme pulgar.

—El chaval lo ha hecho de miedo en la parte de la *haftorah*, ¿no te parece?

Ray se limitó a mirarlo fijamente.

—Mañana tengo un trabajito para ti —le dijo Fester.

—Chachi. ¿De qué se trata?

Fester puso mala cara.

Y eso a Ray no le gustó:

—Ay, ay, ay.

—Se trata de George Queller.

—Dios nos asista.

—Pues sí. Y quiere lo de costumbre.

Ray suspiró. George Queller intentaba impresionar a las chicas en su primera cita a base de abochornarlas y, finalmente, aterrorizarlas. Contratava los servicios de Celeb Experience para hostigarlo a él y a la mujer de turno —la del mes pasado, sin ir más lejos, era una tal Nancy— cuando entraban en algún restaurantito romántico. Una vez la chica estaba a salvo en el interior del local, se le entregaba, ante su estupor, una carta redactada a propósito para la ocasión en la que podía leerse: «La primera cita, de muchas otras, entre George y Nancy», con la dirección, el día, el mes y el año impresos debajo. Cuando se iban del restaurante, los *paparazzi* por horas estaban allí, pulsando sus disparadores mientras le preguntaban a gritos cómo era que había renunciado a un fin de semana en St. Barth con Jessica Alba por la adorable (y ahora aterrorizada) Nancy.

George consideraba que esas románticas maniobras constituían el preludio de la felicidad eterna. Pero Nancy y las de su sexo opinaban, más bien, que eso era lo que venía antes de la mordaza y la mazmorra.

George nunca había disfrutado de una segunda cita.

Fester, finalmente, se quitó las gafas de sol.

—Quiero que lleves la voz cantante.

—*Paparazzo* en jefe —dijo Ray—. Más vale que llame a mi madre, para que pueda presumir con las amigas del bingo.

Fester se echó a reír.

—Te quiero, ya lo sabes.

—¿Ya hemos acabado por aquí?

—Sí.

Ray guardó cuidadosamente la cámara, separando el objetivo de la estructura, y se echó la funda al hombro. Se acercó a la puerta cojeando, no por las patadas recibidas durante el jolgorio, sino por los restos de metralla que tenía alojados en la cadera: fue toda esa munición la que marcó el inicio de su decadencia. No, eso era demasiado fácil. La metralla era una simple excusa. En un momento dado de su miserable existencia, Ray había tenido un potencial prácticamente ilimitado. Había salido de la Facultad de periodismo de la Universidad de Columbia con lo que uno de sus profesores había definido como «un talento casi sobrenatural» —que ahora desperdiciaba— en el área de fotoperiodismo. Pero al final, esa vida no le había funcionado. Hay gente que atrae los problemas. Ciertas personas, por agradable que sea el camino que les concede la vida, siempre se las apañan para acabar hundiéndose.

Ray Levine era una de esas personas.

Afuera estaba oscuro. Ray dudaba entre irse directamente a casa y a la cama o visitar un sórdido bar que se llamaba Tetanus. No es fácil decidirse cuando tienes tantas opciones.

Volvió a pensar en el cadáver.

Ahora las visiones atacaban con furia y rapidez. Algo comprensible, suponía. Hoy era el aniversario del día en que acabó todo, el día en que cualquier esperanza de felicidad duradera murió como... En fin, aquí la más obvia de las metáforas incluiría las visiones mentales, ¿no?

Frunció el ceño. ¡Eh, Ray, no te pongas melodramático!

Había confiado en que el trabajo insulso de hoy lo distraería. Pero no había sido así. Recordó su propio *bar mitzvah*, aquel momento en el pulpito en que su padre se inclinó junto a él y le susurró al oído. Recordó el olor a Old Spice de su progenitor y la suavidad con que le había puesto la mano en la cabeza mientras le decía, con lágrimas en los ojos: «Te quiero mucho».

Ray se deshizo de ese recuerdo. Le hacía menos daño pensar en el cadáver.

Los aparcacoches habían intentado cobrarle —supuso que no creían en la cortesía profesional—, así que acabó encontrando un hueco a tres manzanas de distancia, en un callejón. Torció y allí estaba: su asqueroso Honda Civic de los últimos doce años, con un parachoques de menos y una ventanilla sostenida con cinta aislante. Se frotó la barbilla. No se había afeitado. Cuarenta años y sin afeitarse, con una birria de coche y un apartamento en el sótano que necesitaría multitud de obras para ser calificado como leonera, sin expectativas y con un consumo excesivo de alcohol. Le gustaría poder sentir pena de sí mismo, pero para eso tendría que sentir algo en general.

Estaba sacando las llaves del coche cuando alguien le asestó un potente golpe en la nuca.

¿Pero qué...?

Aterrizó sobre una rodilla. El mundo se oscureció. Sentía escalofríos en la cabeza. Estaba desorientado. Intentó mover la cabeza, despejarse.

Otro golpe. Esta vez, cerca de la sien.

Dentro de su cabeza, algo explotó como un relámpago de luz brillante. Se desplomó en el suelo, con cada una de sus extremidades desparramándose en derredor. Puede que perdiera el conocimiento —no estaba seguro—, pero de repente sintió que le tiraban del hombro derecho. Por un momento, se quedó inmóvil, sin capacidad ni ganas de ofrecer resistencia. La cabeza le dolía de una manera espantosa. La parte primitiva del cerebro, la más animal, se había preparado para la supervivencia. Evita más castigos, le decía. Hazte una bola y protégete.

Otro fuerte tirón estuvo a punto de desencajarle el hombro. El tirón remitió y empezó a desaparecer; en ese momento, una evidencia hizo que Ray abriera los ojos como platos.

Alguien le estaba robando la cámara.

Se trataba de una Leica clásica pasada recientemente a digital. Sintió que su brazo se alzaba en el aire, recorrido por la correa del estuche. En un segundo, nada más, la cámara desaparecería.

Ray no poseía gran cosa. La cámara era lo único que realmente apreciaba. Le servía para ganarse la vida, cierto, pero también era su única relación con el Ray de antes, con la existencia que había conocido antes de la sangre, y no pensaba renunciar a todo eso sin presentar batalla.

Demasiado tarde.

La correa ya había abandonado su brazo. Se preguntó si tendría otra oportunidad, si el ladrón iría a por los catorce pavos que llevaba en la cartera, brindándole así esa ocasión. Pero no podía esperar a descubrirlo.

Con la cabeza dándole vueltas y las rodillas cediendo, Ray gritó: «¡No!», y trató de lanzarse contra su agresor. Chocó con algo —puede que unas piernas— e intentó agarrarlo con los brazos. Aunque no lo tenía muy bien cogido, el impacto fue suficiente.

El agresor fue a parar al suelo. Igual que Ray, que aterrizó sobre el estómago. Oyó el tintineo de algo que se había caído y confió por lo más sagrado en no haberse cargado su propia cámara. Intentó mantener los ojos bien abiertos a base de parpadeos, pero solo obtuvo sendas ranuras por las que pudo entrever el estuche de la cámara a escasa distancia. Trató de arrastrarse hacia allí, pero entonces vislumbró dos cosas que le helaron la sangre.

La primera fue un bate de béisbol en el pavimento.

La segunda —y mucho más preocupante— fue la mano enguantada que lo recogía.

Intentó mirar hacia arriba, pero era inútil. Recordó el campamento de verano que dirigía su padre cuando él era un crío. Papá —todos los campistas lo llamaban «tío Barry»— solía encabezar una carrera de relevos en la que sostenías un balón de baloncesto por encima de la cabeza y te ponías a dar vueltas a la mayor velocidad posible, mirando la pelota, y cuando ya estabas bien mareado, tenías que recorrer la cancha y encestar. El problema consistía en que te habías mareado de tal manera con las vueltas, que acababas yéndote por un lado y la pelota, por otro. Así se sentía ahora, como si se tambalease hacia la izquierda mientras el resto del mundo tiraba hacia la derecha.

El ladrón de cámaras agarró bien el bate y fue a por él.

—¡Socorro! —gritó Ray.

No apareció nadie.

El pánico se apoderó de él... Seguido rápidamente por un primitivo instinto de supervivencia. Sal pitando. Intentó mantenerse de pie, pero no, de momento eso no parecía posible. Ray estaba hecho una lástima. Otro golpe, otro leñazo con el bate de béisbol...

—¡Socorro!

El atacante avanzó dos pasos hacia él. Ray no tenía elección. Echado sobre su estómago, se apartó como un cangrejo herido. Oh, claro, eso funcionaría. A esa velocidad, no tardaría nada en alejarse del bate, ¿verdad? Tenía prácticamente encima al capullo del bate de béisbol. No había nada que hacer.

Ray se golpeó el hombro contra algo y se dio cuenta de que se trataba de su coche.

Por encima de él, vio acercarse el bate. Faltaba un segundo, tal vez dos, para que le reventara el cráneo. Solo tenía una oportunidad, pero la aprovechó.

Ray torció la cabeza a la derecha hasta que la mejilla rozó el pavimento, aplanó el cuerpo todo lo que pudo y se deslizó bajo el vehículo. «¡Socorro! —volvió a gritar. Y luego le dijo a su agresor—: ¡Pilla la cámara y lárgate!».

Y eso fue exactamente lo que hizo. Ray oyó cómo los pasos se iban apagando por el callejón. Maravilloso. Intentó salir de debajo del coche. La cabeza se le quejó, pero siguió a lo suyo. Ahora estaba sentado en la calle, con la espalda apoyada contra la puerta del copiloto. Se quedó ahí un rato. Imposible decir cuánto. Puede incluso que se desmayara.

Cuando se sintió capaz, maldijo al universo, se subió al coche y lo puso en marcha.

Qué raro, se dijo. Era el aniversario de toda aquella sangre... Y prácticamente se había derramado una tonelada de la suya. Casi sonrió ante la coincidencia. Avanzó con el coche mientras la sonrisa se le desdibujaba del rostro.

Una coincidencia, en efecto. Tan solo una coincidencia. No de mucha importancia, pensándolo bien. La noche de la sangre había tenido lugar diecisiete años atrás: a duras penas, como si se tratara de unas bodas de plata o algo parecido. A Ray ya le habían robado antes. El pasado año, estando muy beodo, había sido asaltado a la salida de un club de *strip-tease* a las dos de la madrugada. El imbécil que le había robado la cartera se había llevado siete dólares y la tarjeta cliente de un supermercado. Menos es nada.

Encontró un hueco frente a la casa adosada que él consideraba su hogar. Alquilaba el apartamento del sótano. La casa era propiedad de Amir Baloch, un inmigrante paquistaní que vivía allí con su mujer y sus cuatro hijos revoltosos.

Supongamos por un segundo, por una milésima de segundo, que no se tratara de una coincidencia.

Ray salió del coche. Aún le dolía la cabeza. Y el día siguiente sería peor. Bajó los peldaños hacia la puerta del sótano, pasando junto a los cubos de basura, y metió la llave en la cerradura. Se estrujó las machacadas meninges en busca de alguna conexión —la más leve, pequeña, frágil y oscura— entre la trágica noche de diecisiete años atrás y el asalto de hacía apenas un rato.

Nada.

Lo de esa noche había sido un robo lisa y llanamente. Le atizas a un tío en la cabeza con un bate de béisbol, le robas la cámara y sales pitando. Exceptuando que,

en fin, ¿acaso no aprovecharías para robarle también la cartera... a menos que se tratara del mismo tío que te atacó cerca del club de *striptease* y supiera que solo iba a llevarse siete miserables dólares? Hombre, igual ahí estaba la coincidencia. Olvídate de la hora y el aniversario. A lo mejor el atacante era el mismo tipo que lo había asaltado un año atrás.

Chico, no sabía lo que se decía. ¿Dónde diablos había metido el Vicodin?

Puso la tele y se fue al cuarto de baño. Cuando abrió el botiquín, una docena de frascos y varias cosas más fueron a parar al lavabo. Introdujo la mano en el desbarajuste hasta dar con el Vicodin. Bueno, confiaba en que se tratara realmente de Vicodin, pues le compraba las pastillas en el mercado negro a un tío que aseguraba traerlas de contrabando desde Canadá. Según Ray, aquello podía ser cualquier cosa.

Emitían el noticiario local: un incendio. Les preguntaban a los vecinos su opinión al respecto, ya que eso siempre aporta, como todos sabemos, alguna profunda observación. A Ray le sonó el móvil. Vio que se trataba de Fester.

—¿Qué pasa? —dijo mientras se desplomaba en el sofá.

—Suenas fatal.

—Me han atracado nada más salir del *bar mitzvah* de Ira.

—¿En serio?

—Como lo oyes. Me han atizado en la cabeza con un bate de béisbol.

—¿Y te han robado algo?

—La cámara.

—Un momento, ¿has perdido las fotos de hoy?

—No sufras tanto por mí —ironizó Ray—. Estoy bien, en serio.

—Sufro mucho por dentro, te lo aseguro. Solo te pregunto por las fotos para disimularlo.

—Las tengo —afirmó Ray.

—¿Cómo lo has hecho?

La cabeza le dolía demasiado para ponerse a dar explicaciones; y además, el Vicodin se lo estaba llevando al país de los sueños.

—Tú tranquilo. Están a salvo.

Hacía unos años, cuando Ray ejercía de *genuino paparazzo*, había obtenido unas fotos maravillosamente comprometedoras de un famoso actor gay poniéndole los cuernos al novio con —glups— una mujer. El guardaespaldas le arrebató la cámara a Ray y se cargó la tarjeta de memoria. Desde entonces, Ray le había añadido un dispositivo de envío a la cámara —algo parecido a lo que casi todo el mundo tiene en la cámara del móvil— que enviaba automáticamente, vía correo electrónico, las imágenes de la tarjeta SD cada diez minutos.

—Por eso te llamo —dijo Fester—. Las necesito con urgencia. Elige cinco y envíamelas por correo electrónico esta misma noche. El padre de Ira exige de inmediato nuestro nuevo pisapapeles en forma de cubo del *bar mitzvah*.

En el telediario, la cámara mostraba ahora a la «meteoróloga», una moza

curvilínea embutida en un jersey rojo ajustado. Carnaza para la audiencia. A Ray se le empezaron a cerrar los ojos mientras la maciza acababa de comentar una fotografía por satélite y le devolvía el protagonismo al presentador.

—¿Ray?

—Cinco imágenes para un pisapapeles en forma de cubo.

—Exacto.

—Pero un cubo tiene seis caras —apuntó Ray.

—Eres un genio de las matemáticas, ¿sabes? La sexta cara es para el nombre, la fecha y una Estrella de David.

—Vale.

—Las necesito cuanto antes.

—De acuerdo.

—En ese caso, todo en orden —dijo Fester—. Exceptuando que... Bueno, si no tienes cámara, no puedes hacer mañana lo de George Queller. Tranquilo, que ya encontraré a alguien.

—Ahora dormiré mucho mejor.

—Eres un cachondo, Ray. Pásame las fotos, anda. Y luego descansa un poco.

—Tus muestras de preocupación me reconfortan, Fester.

Ambos colgaron. Ray se dejó caer de nuevo en el sofá. El fármaco estaba funcionando de maravilla. Casi sonreía. En la tele, el presentador adoptó su tono más grave de voz para decir: «El ciudadano Carlton Flynn ha desaparecido. Se ha encontrado su coche abandonado y con la puerta abierta cerca del muelle...

Ray abrió un ojo. Ahora, en la pantalla aparecía un jovenzuelo con el pelo de punta engominado y un aro en la oreja. El tío ponía morros a la cámara. Aunque en el rótulo de abajo se leía «desaparecido», Ray pensó que le cuadraría mucho más «gilipollas». Frunció el ceño, mientras una vaga preocupación que no podía analizar de forma conveniente le cruzaba en ese instante por la mente. Todo su cuerpo ansiaba dormir, pero si no enviaba esas cinco fotografías, Fester lo volvería a llamar: algo nada deseable. Con un gran esfuerzo, consiguió ponerse en pie. Se fue dando tumbos hasta la mesa de la cocina, encendió el ordenador y se cercioró de que las fotos hubiesen llegado.

Así era.

Algo le escocía en la parte de atrás de la cabeza, pero no hubiera sabido decir el qué. Quizás algo absolutamente irrelevante lo estuviera preocupando. O igual se trataba de un asunto de la mayor importancia. O tal vez —eso era lo más probable—, el golpe con el bate de béisbol le había roto el cráneo de tal modo que algunas raspaduras se le hincaban literalmente en el cerebro.

Las imágenes del *bar mitzvah* aparecieron en orden inverso: la primera era la última que se había tomado. Ray procedió rápidamente a la selección, escogiendo una foto de baile, una familiar, una de la Torah, una con el rabino y una con la abuela de Ira besándole en la mejilla.

Cinco fotos. Las adjuntó a la dirección electrónica de Fester y apretó la tecla de enviar. Hecho.

Se sentía tan cansado que no estaba muy seguro de poder levantarse de la silla y dirigirse a la cama. Consideró la posibilidad de apoyar la cabeza en la mesa de la cocina y sestear, pero entonces recordó las demás fotografías de la tarjeta SD, las que había tomado durante el día, antes del *bar mitzvah*.

Una tristeza insoportable le invadió el pecho.

Había regresado a aquel maldito parque para sacar unas cuantas fotos. Una estupidez en la que incurría cada año. Sin saber por qué. O quizá sí lo supiera, aunque eso solo servía para empeorar las cosas. El objetivo de la cámara le proporcionaba distancia y perspectiva; de algún modo, le daba seguridad. Tal vez se trataba de eso. Tal vez, en cierta forma, contemplar ese lugar horrible a través de un prisma tan apacible iba a ayudarlo a cambiar algo que, evidentemente, nunca podría cambiar.

Ray contempló en la pantalla del ordenador las fotos que había tomado durante el día... Y entonces recordó algo más.

A un tío con los pelos de punta y un aro en la oreja.

Dos minutos después, encontró lo que andaba buscando. Se le congeló todo el cuerpo al darse cuenta de en qué consistía todo.

El agresor no iba a por su cámara. Iba a por una imagen.

Esa imagen.

Megan Pierce estaba viviendo su experiencia definitiva como madre de familia y detestándola de mala manera.

Cerró el frigorífico de gama alta y miró a sus dos hijos a través del ventanal que había en el rincón del desayuno. La ventana ofrecía una «luz matutina esencial». Así la había descrito el arquitecto. La cocina recién renovada contaba también con un horno Viking, electrodomésticos Miele, un islote de mármol en el centro y un acceso insuperable al salón familiar-cine doméstico, dotado de una gran pantalla de televisión, asientos abatibles con un chisme para dejar el vaso, y bafles suficientes como para montar un concierto de los Who.

En el patio, Kaylie, su hija de quince años, estaba chinchando a su hermano menor, Jordan. Megan suspiró y abrió la ventana.

—Déjalo ya, Kaylie.

—Pero si no hago nada.

—Te he estado viendo desde aquí.

Kaylie se llevó las manos a las caderas. Quince años: ese tramo funesto de la adolescencia en el que no se es ni niña ni adulta, y en el que el cuerpo y las hormonas empiezan a alcanzar el punto de ebullición. Megan lo recordaba perfectamente.

—¿Y qué es lo que has visto? —preguntó Kaylie, desafiante.

—Te he visto chinchando a tu hermano.

—Tú estás dentro. No has podido oír nada. ¿Y si le estaba diciendo «Te quiero mucho, Jordan»?

—¡No decía eso! —gritó Jordan.

—Ya lo sé —dijo Megan.

—¡Me ha dicho que soy un pringado y que no tengo amigos!

Megan suspiró.

—Kaylie...

—¡Yo no he dicho eso!

Megan la miró con el ceño fruncido.

—Es su palabra contra la mía —protestó Kaylie—. ¿Por qué te pones siempre de su parte?

Todo crío es un abogado frustrado, se dijo Megan, siempre en busca de contradicciones, exigiendo unas pruebas imposibles de obtener, obcecándose en minucias absurdas.

—Esta noche tienes entrenamiento —le dijo Megan a Kaylie.

Kaylie dejó caer la cabeza y se le hundió todo el cuerpo.

—¿De verdad tengo que ir?

—Tú te comprometiste con ese equipo, jovencita.

Mientras lo decía —aunque ya había pronunciado conceptos semejantes millones de veces—, Megan no acababa de creerse las palabras que brotaban de sus propios

labios.

—Pero yo no quiero ir —se quejaba Kaylie—. Estoy agotada. Y se supone que luego voy a salir con Ginger, acuérdate, a...

Puede que Kaylie aún no hubiese terminado de hablar, pero Megan se dio la vuelta y se apartó de la ventana, pues no le interesaba escuchar el resto. En el cuarto de la tele, su marido, Dave, estaba tumbado en el sofá vestido con un chándal gris. Dave estaba viendo una entrevista de mal gusto con el último actor de cine caído en desgracia, quien se vanagloriaba de todas las mujeres a las que se había cepillado y de los años que se tiró ligando en clubes de *strippers*. El actor en cuestión tenía los ojos como platos, hablaba como un maniaco e iba puesto con algo para lo que habría necesitado de un médico del todo inconsciente a la hora de recetar.

Desde su lugar en el sofá, Dave meneó la cabeza de forma severa.

—Pero ¿hasta dónde vamos a llegar? —comentó, señalando la pantalla—. ¿Tú has visto a ese capullo? Menuda perla.

Megan asintió, reprimiendo una sonrisa. Años atrás, había conocido muy bien a la perla en cuestión. Bíblicamente, incluso. Y la verdad es que La Perla era un buen chaval que dejaba buenas propinas, disfrutaba de los tríos y lloraba como un bebé cuando bebía demasiado.

Hacía mucho tiempo de eso.

Dave se volvió y le sonrió con todas sus fuerzas.

—Hola, guapa.

—Hola.

Dave aún hacía eso: sonreírle como si la viese por primera vez. Y ella reparó de nuevo en la suerte que tenía, en que debería sentirse agradecida. Así era ahora la vida de Megan. Su antigua existencia —de la que nadie sabía nada en ese feliz paraíso de las afueras lleno de callejones sin salida, buenas escuelas y anodinas mansiones de ladrillo— había acabado muerta y enterrada en una zanja poco profunda.

—¿Quieres que me lleve a Kaylie al partido de fútbol? —preguntó Dave.

—Ya puedo hacerlo yo.

—¿Estás segura?

Megan asintió. Ni siquiera Dave sabía la verdad sobre la mujer con la que llevaba compartiendo cama durante los últimos dieciséis años. Dave ni tan solo sabía que el auténtico nombre de Megan era, curiosamente, Maygin. Se pronunciaban igual, pero los ordenadores y los carnés de identidad se rigen por el deletreo. Le habría preguntado a su madre por el extraño deletreo de su nombre, pero había muerto antes de que Megan aprendiese a hablar. Nunca había conocido a su padre ni sabido quién era. Se quedó huérfana de pequeña, creció en malas circunstancias y acabó haciendo de *stripper* en Las Vegas y Atlantic City, tomándose muy en serio el oficio, amándolo para subirlo de nivel. Sí, lo amaba. Era divertido y estimulante y electrizante. Siempre pasaba algo, siempre había una sensación de peligro y de perspectivas y de pasión.

—¿Mamá?

Era Jordan.

—Dime, cariño.

—La señora Freeman dice que no has firmado el permiso para la excursión de la clase.

—Le enviaré un correo electrónico.

—Me dijo que era para el viernes.

—No te preocupes, cariño, ¿vale?

Jordan necesitó unos segundos más para calmarse, pero lo acabó logrando.

Megan sabía que debía sentirse agradecida. En su antigua vida, las chicas morían jóvenes. Cada emoción, cada segundo de ese mundo resultaba excesivamente intenso —era la vida elevada a la enésima potencia—, y la intensidad nunca se había llevado bien con la longevidad. Te quemabas. Te agotabas. Había algo en esa clase de urgencia que se te subía a la cabeza. Y también había un peligro inherente. Cuando las cosas, finalmente, se salieron de madre, cuando la vida de Megan estuvo repentinamente en peligro, no solo tuvo que encontrar un modo de escapar, sino también de empezar de nuevo desde cero, de renacer, incluso, junto a un marido cariñoso, unos críos preciosos y una casa de cuatro dormitorios con piscina en el jardín.

De algún modo, casi por accidente, Megan Pierce había saltado desde las profundidades de una ciénaga infecta al sueño americano definitivo. Para salvarse, se había tomado en serio ese sueño y casi había llegado a convencerse de que era el mejor de los mundos posibles. ¿Y por qué no? A lo largo de toda su existencia, en el cine y la televisión, Megan, como el resto de nosotros, se había visto bombardeada por imágenes que le aseguraban que su antigua vida no estaba bien, era indecente, no podría perdurar... Mientras que esta otra vida familiar, la de la casa con sus vallas de madera, resultaba envidiable, apropiada, ideal.

Pero la verdad se imponía: Megan echaba de menos su antigua vida. Aunque no debiera hacerlo. Se suponía que tenía que sentirse agradecida y emocionada por el hecho de que ella, precisamente ella, tras haber emprendido un camino tan destructivo, hubiese acabado disfrutando de aquello con lo que sueña cualquier niña. Sin embargo, lo cierto, lo que tantos años le había costado reconocer, era que seguía añorando aquellas salas oscuras; las miradas hambrientas y lujuriosas de los desconocidos; la música contundente y subyugante; las luces enloquecidas; las descargas de adrenalina.

¿Y ahora qué?

Dave zapeaba.

—¿De verdad no te importa conducir? Es que hay un partido de los Jets.

Kayle, mirándola parapetada tras la bolsa de gimnasia, preguntó:

—Mamá, ¿dónde está el uniforme? ¿Lo lavaste como te dije?

Jordan abrió el frigorífico.

—¿Me puedes hacer un bocata de queso caliente? Pero no con ese pan que tiene cereales.

Los quería. Vaya que sí. Pero había momentos, como ese, en los que se daba cuenta de que, tras una juventud patinando por superficies resbaladizas, se había instalado en una rutina doméstica de un aburrimiento queapestaba; cada día tenía que representar la misma obra con los mismos actores, y la única novedad consistía en que todo el mundo contaba con un día más cada mañana. Se preguntaba por qué tendrían que ser así las cosas, por qué se nos obliga a elegir una vida. ¿Por qué insistimos en que solo puede haber un nosotros, una vida que nos satisfaga por completo? ¿Por qué no podemos sostener más de una identidad? ¿Y por qué precisamos destruir una vida para poder crear otra? Aseguramos anhelar a la «persona cabal», al hombre o la mujer del Renacimiento que habita dentro de todos nosotros, pero nuestra única variedad es meramente cosmética. En realidad, hacemos todo lo posible para ahogar ese espíritu interior, para obligarnos a conformarnos, para definirnos como una sola y única cosa.

Dave zapeó de regreso al actor hundido.

—Menudo tío... —dijo, meneando la cabeza.

Pero nada más oír esa famosa voz de maníaco, Megan volvió al pasado... La mano de él metida en el tanga, su rostro pegado a la espalda, despeinado y con los ojos llenos de lágrimas.

«Tú eres la única que me entiende, Cassie...».

Sí, lo echaba de menos. ¿De verdad era tan grave?

Ella creía que no, pero no dejaba de atormentarla. ¿Había cometido un error? Esos recuerdos, la vida de Cassie, porque nadie utiliza su auténtico nombre en ese mundo, habían permanecido encerrados en un cuartito de su cabeza durante todos esos años. Hasta que, hacía apenas unos días, Megan había abierto la puerta, solo una rendija. Enseguida la había cerrado de un portazo, girando la llave con contundencia. Pero esa rendija y el simple hecho de permitirle a Cassie atisbar el mundo entre Maygin y Megan... ¿Por qué estaba tan segura de que iba a tener repercusiones?

Dave se levantó del sofá y echó a andar hacia el baño, con el periódico doblado bajo el brazo. Megan encendió la tostadora y se puso a buscar el pan blanco. Mientras abría el cajón, sonó el teléfono con un gorjeo electrónico. Kaylie estaba de pie junto al aparato, enviando un SMS, y lo ignoró.

—¿Quieres hacer el favor de cogerlo? —le dijo Megan.

—No es para mí.

Kaylie era capaz de sacar y responder su propio móvil a una velocidad que habría dejado pasmado a Wyatt Earp, pero el teléfono de casa, cuyo número era desconocido por la comunidad adolescente de Kasselton, carecía para ella del más mínimo interés.

—Descuelga, por favor.

—¿Para qué? ¿Para luego pasártelo a ti?

Jordan, que a la tierna edad de once años siempre ansiaba mantener la paz, lo

descolgó:

—¿Diga?

Escuchó un momento y luego dijo:

—Se equivoca de número.

Y añadió algo que a Megan le puso los pelos de punta.

—Aquí no vive nadie que se llame Cassie.

Mientras improvisaba una excusa sobre esos repartidores que siempre apuntaban mal su nombre —y a sabiendas de que sus hijos estaban tan interesados exclusivamente en sí mismos que no harían preguntas—, Megan le quitó el teléfono a Jordan y desapareció en el cuarto de al lado.

Se llevó el auricular a la oreja, y una voz que no había escuchado en diecisiete años dijo:

—Lamento llamarte así, pero creo que deberíamos vernos.

Megan dejó a Kaylie en el entrenamiento de fútbol.

Teniendo en cuenta ese bombazo de llamada, se sentía bastante tranquila y serena. Mientras detenía el coche, se volvió hacia su hija, que tenía los ojos húmedos.

—¿Qué pasa? —saltó Kaylie.

—Nada. ¿A qué hora acaba el entrenamiento?

—No lo sé. Igual salgo luego con Gabi y Chuckie.

«Igual» quería decir «seguro».

—¿Adónde?

Encogimiento de hombros.

—Al pueblo.

La típica respuesta vaga de adolescente.

—¿Y a qué parte del pueblo?

—No lo sé, mamá —dijo Kaylie, mostrando un leve fastidio. Tenía ganas de zanjar el asunto, pero sin cabrear a su madre y que esta le prohibiera salir—. Solo vamos a dar una vuelta, ¿vale?

—¿Has hecho todos los deberes?

Megan se odió a sí misma nada más hacer esa pregunta. El típico rasgo de Mamá. Levantó la mano y le dijo a su hija:

—Olvídalo. Sal y diviértete.

Kaylie miró a su madre como si a esta le hubiera salido un bracito de la frente. Luego se encogió de hombros, bajó del coche y salió corriendo. Megan la observó. Siempre lo hacía. Daba lo mismo que ya tuviese la edad suficiente para entrar sola en el campo. Megan tenía que vigilar a su hija hasta quedarse convencida de que estaba a salvo.

Diez minutos después, encontró un hueco para aparcar detrás del Starbucks. Miró el reloj. Faltaban quince minutos para el encuentro.

Se hizo con un *latte* y se instaló en una mesa del fondo. En la de su izquierda había un grupo de mamás primerizas hablando sin parar: faltas de sueño, con la ropa manchada, delirantemente felices, cada una con su bebé. Hablaban de unos cochecitos nuevos muy buenos, y de qué Pack'n Play se plegaba mejor, y de hasta cuándo había que dar de mamar. Discutían sobre corralitos de juegos con protecciones de caucho, sobre la edad a la que prescindir del chupete, sobre las sillitas para coche más seguras y sobre si era mejor transportar al crío de frente o de lado. Una de ellas aseguraba que su hijo, Toddy, era «muy sensible a las necesidades de los demás niños, aunque solo tiene dieciocho meses».

Megan sonrió, deseando volver a ser como ellas. Había disfrutado mucho de la fase de «nueva mamá», pero como pasa con muchas otras etapas de la vida, pensaba, ahora la recordaba y se preguntaba en qué momento le habían practicado la lobotomía. Megan sabía lo que les esperaba a esas madres: escoger el centro preescolar adecuado como si fuese una decisión de vida o muerte, hacer cola para recoger al crío, intentar relacionarlo con los chavales convenientes, clases de gimnasia infantil, lecciones de karate, prácticas de *lacrosse*, cursos de francés, coches permanentemente compartidos. La felicidad se convierte en agobio, y el agobio en rutina. Al marido otrora comprensivo, se le va agriando el carácter porque ya no quieres tanto sexo como antes del bebé. Vosotros como pareja, ese vosotros que solía hacer guarradas en cualquier lugar disponible, ya ni os miráis el uno al otro cuando estáis desnudos. Creéis que no tiene importancia —que es algo natural e inevitable—, pero cambiáis. Os queréis, puede que más que antes en ciertos aspectos, pero os dejáis ir, os abandonáis sin ofrecer resistencia, si es que os percatáis de lo que ocurre. Os convertís en cuidadores de niños, vuestro mundo mengua hasta alcanzar el tamaño y las fronteras de vuestros retoños, y todo deviene educado, suave y confortable... Y, asimismo, enloquecedor, insoportable y rutinario.

—Bueno, bueno, bueno...

Esa voz tan familiar hizo sonreír a Megan de manera automática. Una voz que aún conservaba el tono sensual del whisky, los cigarrillos y las madrugadas, cuando cada comentario propiciaba la risa y no se daban puntadas sin hilo.

—Hola, Lorraine.

Lorraine le dedicó una sonrisa pícara. Llevaba el pelo cardado y muy mal teñido de rubio. Era una mujer grande, entrada en carnes y llena de curvas, y se aseguraba de que te diceses cuenta. La ropa parecía dos tallas menor, pero a ella le sentaba bien. Al cabo de todos estos años, Lorraine seguía causando una gran impresión. Hasta las mamás se callaron para observarla con la dosis adecuada de desagrado. Lorraine les lanzó una mirada que venía a decirles que sabía lo que estaban pensando y que se lo podían meter por donde les cupiera. Las mamás apartaron la vista.

—Tienes buena pinta, nena —dijo Lorraine.

Tomó asiento, convirtiendo el trámite en un espectáculo. Sí, habían pasado diecisiete años. Lorraine había sido chica de alterne/encargada/camarera/especialista

en cócteles. Lorraine había vivido la vida. A fondo y sin pedir disculpas por ello.

—Te he echado de menos —le dijo Megan.

—Sí, ya me di cuenta con todo ese torrente de postales.

—Lo siento.

Lorraine se deshizo del tema de un manotazo, como si le molestara la sensiblería. Hurgó en el bolso y extrajo un cigarrillo. Las mamás de al lado tragaron saliva como si acabara de sacar un arma de fuego.

—Joder, debería encender el pitillo solo para ver cómo salen pitando.

Megan se inclinó hacia delante.

—Si no te molesta que te lo pregunte, ¿cómo has dado conmigo?

Nueva sonrisa picarona.

—Venga, guapa, que siempre lo he sabido. Tengo ojos por todas partes, ya lo sabes.

Megan quería seguir preguntando, pero algo en el tono de voz de Lorraine le dijo que no lo hiciera.

—Mírate —dijo Lorraine—. Casada, con críos, pedazo de casa. Hay un montón de Cadillac Escalade en el aparcamiento. ¿Alguno es tuyo?

—No. Yo soy la del GMC Acadia negro.

Lorraine asintió como si esa respuesta significara algo.

—Me alegro de que encontraras algo por aquí; aunque, si te he de ser sincera, siempre pensé que cumplirías la cadena perpetua, ¿sabes? Como yo.

Lorraine soltó una risita y meneó la cabeza.

—Ya lo sé —reconoció Megan—. Yo soy la primera sorprendida.

—Aunque también es verdad que no todas las chicas que se reincorporan al camino recto lo hacen por voluntad propia. —Lorraine puso cara de que ese comentario era un reproche, pero ambas sabían que no—. Lo pasamos bien, ¿verdad?

—Mucho.

—Yo aún me divierto —dijo Lorraine—. Eso de ahí —señaló con los ojos a las mamás—, en fin, yo lo admiro. De verdad. Pero no sé qué decirte. No es para mí. —Se encogió de hombros—. Puede que sea demasiado egoísta. Igual tengo el síndrome ese de la falta de atención. Siempre necesito algo que me estimule.

—Los críos saben estimular, créeme.

—¿Ah, sí? —repuso, aunque era evidente que no se lo tragaba—. Pues me alegra saberlo.

Megan no sabía muy bien cómo continuar.

—Bueno... ¿Y aún trabajas en La Crème?

—Pues sí. En la barra, básicamente.

—¿Y a qué viene esa llamada repentina?

Lorraine jugueteó con el pitillo sin encender. Las mamás volvieron a su cháchara inane, aunque con algo menos de entusiasmo. No paraban de echarle vistazos a Lorraine, como si fuese algún virus introducido en su forma de vida de las afueras

con la misión de destruirlo.

—Como te he dicho, siempre he sabido dónde estabas. Pero no se lo he contado nunca a nadie. Eso lo sabes, ¿no?

—Claro.

—Y ahora tampoco quería inquietarte. Te escapaste. Y lo último que yo haría sería traerte de regreso.

—¿Pero?

Lorraine la miró a los ojos.

—Alguien te ha visto. Bueno, a Cassie.

Megan pegó un salto en el asiento.

—Has estado apareciendo por La Crème, ¿verdad?

Megan no dijo nada.

—Oye, que yo te entiendo. Si me pasara el día con esas peponas —Lorraine señaló con el pulgar hacia el alegre gineceo—, de vez en cuando sacrificaría algún animal de granja.

Megan observó su café como si contuviese alguna respuesta.

Había vuelto a La Crème, sí, pero solo una vez. Dos semanas atrás, cerca del aniversario de su fuga, se fue a Atlantic City para un seminario de entrenamiento y una feria laboral. Como los críos se iban haciendo mayores, Megan había pensado en encontrar un trabajo en el sector inmobiliario. Los últimos años habían consistido en encontrar la última novedad: el entrenador personal, o las clases de yoga y de cerámica, para acabar con un grupo de redacción de memorias, que en el caso de Megan había sido pura ficción. Cada una de esas actividades consistía en un intento desesperado de alcanzar esa elusiva plenitud que anhelan quienes ya lo tienen todo. En realidad, miraban hacia arriba cuando tal vez debieran hacerlo hacia abajo, buscando la luz de la espiritualidad cuando, como intuía Megan, lo más probable era que la respuesta estuviese en lo más básico y primitivo.

Si le preguntaran por ello, Megan diría que nunca lo planeó. Que fue un impulso repentino, nada previsto, pero el caso es que durante su segunda noche de alojamiento en el Tropicana, que estaba apenas a dos manzanas de La Crème, se puso su vestido más ceñido y visitó el club.

—¿Me viste? —le preguntó a Lorraine.

—No. E intuyo que tú tampoco me buscaste.

Había dolor en la voz de Lorraine. Megan había visto a su vieja amiga al otro lado de la barra y mantenido las distancias. El club era grande y oscuro. A la gente le gustaba perderse en sitios así. Era muy fácil pasar desapercibido.

—No quería... —Megan se interrumpió—. Bueno, ¿quién fue?

—No lo sé. Pero ¿es cierto?

—Solo una vez —contestó Megan.

Lorraine no dijo nada.

—No lo entiendo. ¿Cuál es el problema?

—¿Por qué volviste?

—¿Acaso importa?

—A mí, no —dijo Lorraine—. Pero un poli lo descubrió. El mismo que lleva buscándote todos estos años. Nunca se ha rendido.

—¿Y crees que ahora me va a encontrar?

—Pues sí —sentenció Lorraine—. Creo que hay muchas posibilidades de que te encuentre.

—O sea, que esta visita es una advertencia, ¿no?

—Algo parecido.

—Pero hay algo más, ¿verdad?

—No sé qué sucedió esa noche —dijo Lorraine—. Y tampoco quiero saberlo. Soy feliz. Me gusta mi vida. Hago lo que se me antoja con quien se me antoja. No me meto en los asuntos ajenos, ¿me explico?

—Sí.

—Y puede que me equivoque. En fin, ya sabes cómo es el club. Mala iluminación. Y han pasado... ¿Qué, diecisiete años? O sea, que igual me confundí. Solo fue un segundo, pero por lo que sé, fue la misma noche que tú estuviste allí. Y eso de que tú volvieras y ahora haya desaparecido otro...

—¿De qué estás hablando, Lorraine? ¿Qué fue lo que viste?

Lorraine alzó los ojos y tragó saliva.

—Vi a Stewart —dijo, dándole vueltas al cigarrillo—. Creo que vi a Stewart Green.

### 3

Tras un profundo suspiro, el inspector Broome se acercó a la maldita casa y llamó al timbre. Sarah abrió la puerta y, sin apenas mirarlo, dijo: «Adelante». Broome se limpió los zapatos, sintiéndose avergonzado. Se quitó la vieja gabardina y se la colgó del brazo. Dentro de la casa, nada había cambiado a lo largo de los años: la antigua iluminación, el sofá de cuero blanco, el viejo sillón del rincón —Todo seguía igual. Hasta las fotografías de la repisa de la chimenea se hallaban en su sitio. Durante mucho tiempo, por lo menos cinco años, Sarah había dejado las pantuflas de su marido junto al vetusto sillón. Ya no estaban, pero el sillón sí. Broome se preguntó si alguien se sentaría en él alguna vez.

Era como si la casa se negara a avanzar, como si techos y paredes se mantuviesen, dolientes, a la espera. O igual solo eran imaginaciones suyas. La gente necesita respuestas. Una conclusión. La esperanza, bien lo sabía Broome, podía ser algo maravilloso. Pero también podía machacarte día tras día. La esperanza podía ser lo más cruel de este mundo.

—Te perdiste el aniversario —dijo Sarah.

Broome asintió, sin saber muy bien cómo decirle por qué.

—¿Qué tal los chicos?

—Bien.

Los hijos de Sarah ya eran prácticamente adultos. Susie estudiaba primer curso en la Universidad de Bucknell. Brandon estaba terminando el instituto. Eran muy pequeños cuando su padre desapareció, arrancado de su confortable hogar, sin que volviera a ser visto nunca más por sus seres queridos. Broome nunca había resuelto el caso. Pero tampoco lo había olvidado. No había que tomarse las cosas de una manera tan personal. Lo sabía. Pero lo había hecho. Había acudido a las funciones de danza de Susie. Incluso había, doce años atrás y para su vergüenza, bebido más de la cuenta con Sarah y, en fin, pasado la noche con ella.

—¿Qué tal el nuevo trabajo? —le preguntó Broome.

—Bien.

—¿Tu hermana llegará pronto?

Sarah suspiró.

—Sí.

Seguía siendo una mujer atractiva. Tenía patas de gallo junto a los ojos y arrugas en las comisuras que se habían ido afianzando con los años. Hay mujeres que envejecen muy bien. Sarah era una de ellas.

También había sobrevivido a un cáncer, y de eso hacía ya más de veinte años. Se lo había contado a Broome la primera vez que se vieron, sentados en este mismo salón, cuando él se presentó a investigar la desaparición. Se lo habían diagnosticado, le comentó Sarah, cuando estaba embarazada de Susie. Si no llega a ser por su marido, insistía Sarah, nunca habría sobrevivido. Quería que eso le quedase muy

claro a Broome. Cuando el pronóstico empeoró, cuando Sarah vomitaba sin parar a causa de la quimio, cuando perdió el cabello y la belleza, cuando el cuerpo empezó a deteriorarse, cuando nadie, ni siquiera ella misma, albergaba la más mínima esperanza —de nuevo esa palabra—, su marido y nadie más fue su único apoyo.

Lo cual probaba una vez más que no hay manera de explicar las complejidades e hipocresías de la naturaleza humana.

Se quedaba despierto con ella. Le sostenía la frente en mitad de la noche. Le daba sus medicinas, la besaba en la mejilla y la abrazaba mientras temblaba y la hacía sentirse querida.

Sarah había mirado a Broome a los ojos y le había contado todo eso porque quería que siguiera investigando, que no confundiera a su marido con un fugitivo, que se involucrara personalmente en el asunto, que encontrara a su alma gemela porque, simplemente, no podía vivir sin él.

Diecisiete años después, pese a descubrir algunas verdades amargas, Broome seguía allí. Y el destino del marido y alma gemela de Sarah continuaba siendo un misterio.

Broome levantó la vista para mirarla.

—Eso está bien —dijo, notando que farfullaba—. Me refiero a lo de que venga tu hermana. Sé que disfrutas mucho de sus visitas.

—Pues sí, están muy bien —dijo Sarah, con una voz tan plana que podría colarse por la rendija de una puerta—. ¿Broome?

—¿Sí?

—Estás hablando por hablar.

Broome se miró las manos.

—Solo intentaba ser amable.

—No. Mira, Broome, tú nunca te limitas a ser amable. Y nunca hablas por hablar.

—Cierto.

—¿Así pues?

Pese a todos los arreglos —pintura de un amarillo brillante, flores recién cortadas —, Broome solo podía captar la decadencia. Todos esos años sin saber nada habían destruido a la familia. Los chavales lo habían pasado muy mal. A Susie la detuvieron dos veces por conducir bebida. A Brandon, en una ocasión, por un asunto de drogas. Broome los había ayudado a ambos a salir del paso. La casa seguía como si su padre hubiese desaparecido el día anterior... Estaba congelada en el tiempo, a la espera de su regreso.

A Sarah se le abrieron un poco más los ojos, como si de repente hubiese reparado en algo doloroso.

—¿Has encontrado a...?

—No.

—Entonces, ¿qué?

—Puede que no sea nada —dijo él.

—¿Pero?

Broome tomó asiento, con los antebrazos sobre los muslos y la cabeza apoyada en las manos. Respiró hondo y contempló los ojos dolidos de la mujer que tenía delante.

—Ha desaparecido otro hombre de la localidad. Igual lo has visto en el telediario. Se llama Carlton Flynn.

Sarah parecía confusa.

—Cuando dices que ha desaparecido...

—Igual que... —Broome se interrumpió—. Carlton Flynn tenía su vida y, de repente, ¡zas!, ha desaparecido. Se ha esfumado por completo.

Sarah intentaba procesar lo que estaba escuchando.

—Pero... Tú me lo dijiste desde un principio, ¿no? La gente desaparece, ¿no es cierto?

Broome asintió.

—A veces, por su propia voluntad —continuó Sarah—. Y a veces, no. Pero sucede.

—Sí.

—O sea, que diecisiete años después de la desaparición de mi marido, otro hombre, el tal Carlton Flynn, deja de ser visto. No veo la conexión.

—Puede que no haya ninguna —reconoció Broome.

Sarah se acercó un poco más a él.

—¿Pero?

—Pero por eso me perdí el aniversario.

—¿Qué quieres decir?

Broome no sabía muy bien hasta dónde revelar. Ni siquiera estaba seguro de cuánto sabía él mismo al respecto. Se hallaba elaborando una teoría que le daba retortijones y lo mantenía despierto por las noches, pero de momento no era más que eso.

—El día en que Carlton Flynn desapareció —dijo.

—¿Qué?

—Por eso no estuve aquí. Desapareció el día del aniversario. El 18 de febrero... Exactamente diecisiete años después del día en que se esfumó tu marido.

Sarah se quedó atónita unos instantes.

—Diecisiete años exactos.

—Sí.

—Y eso ¿qué significa? Diecisiete años. Puede que solo sea una coincidencia. Si se tratara de cinco años, o de diez o de veinte. Pero ¿diecisiete?

Broome no dijo nada, dejando que ella le diera vueltas al tema unos momentos.

Sarah añadió:

—Y entonces, ¿qué? ¿Te has puesto a buscar a más personas desaparecidas? ¿Para ver si existe algún patrón?

—Lo he hecho.

—¿Y?

—Esos dos son los únicos, que nosotros sepamos, que han desaparecido un 18 de febrero: tu marido y Carlton Flynn.

—¿Que nosotros sepamos? —repitió ella.

Broome dio un profundo suspiro.

—El pasado año, el 14 de marzo, un sujeto de la localidad, Stephen Clarkson, dejó de ser visto. Tres años antes, el 27 de febrero, hubo otro caso.

—¿Y no se encontró a ninguno de los dos?

—Exacto.

Sarah tragó saliva.

—Es decir, que igual no se trata del día, sino del mes: febrero y marzo.

—No lo creo. O, por lo menos, no lo creía. Mira, hay otros dos hombres (Peter Berman y Gregg Wagman) que podrían haber desaparecido mucho antes. Uno era un vagabundo; el otro, un camionero. Ambos solteros y sin mucha familia. Si unos tíos así no vuelven a casa en veinticuatro horas... En fin, ¿quién se va a dar cuenta? Tú claro que echaste de menos a tu marido. Pero si un tipo está soltero o divorciado o viaja mucho...

—Podrían pasar días o semanas antes de que alguien denunciara su desaparición —terminó Sarah la frase.

—O incluso más.

—Es decir, que esos dos hombres podrían haber desaparecido también un 18 de febrero.

—No es tan sencillo —apuntó Broome.

—¿Por qué no?

—Porque cuanto más me fijo, más impreciso se vuelve el patrón. Wagman, por ejemplo, procedía de Búfalo... No era de por aquí. Nadie sabe dónde o cuándo se esfumó, pero he podido reconstruir lo suficiente sus movimientos como para saber que podría haber pasado por Atlantic City en algún momento de febrero.

Sarah reflexionó:

—Has mencionado a cinco hombres, incluyendo a Stewart, a lo largo de los últimos diecisiete años. ¿Hay más?

—Sí y no. En total, he encontrado a nueve individuos que podrían ajustarse más o menos al patrón. Pero existen algunos casos en los que la teoría se resiente.

—¿Por ejemplo?

—Hace dos años, un tipo llamado Clyde Horner, que vivía con su madre, desapareció el 7 de febrero.

—Que no es el 18 de febrero.

—Pues no.

—Igual se trata solo del mes de febrero.

—Podría ser. Ese es el problema de trabajar con teorías y patrones. Llevan tiempo. Sigo reuniendo pruebas.

A Sarah se le llenaron los ojos de lágrimas. Se deshizo de ellas parpadeando.

—No lo entiendo. ¿Cómo es posible que nadie se diera cuenta... con toda esa gente desaparecida?

—¿Darse cuenta de qué? —repuso Broome—. Joder, si ni siquiera yo lo veo claro todavía. La gente desaparece constantemente. La mayoría se larga sin más. Casi todos esos tíos se arruinan o bien llevan a los acreedores pegados al culo... Así que empiezan una nueva vida. Atraviesan el país. A veces, cambian de nombre. O no. Muchos de esos tipos... Vamos, que nadie los busca. Ni tampoco desea nadie encontrarlos. En una ocasión hablé con una mujer que me suplicó que no encontrase a su marido. Tenía tres críos con ese tío. Ella creía que se habría largado (según sus propias palabras) con «algún putón verbenero», y que eso era lo mejor que podía pasarle a su familia.

Ambos guardaron silencio por unos instantes.

—¿Y qué me dices de antes? —preguntó Sarah.

Broome sabía a qué se refería, pero aun así, dijo:

—¿Antes de qué?

—Antes de Stewart. ¿Desapareció alguien más antes de mi marido?

Broome se pasó la mano por el pelo y levantó la cabeza. Sus ojos se clavaron en los de ella.

—Yo no he encontrado a nadie —dijo—. Si hay algún patrón, empezó con Stewart.

Los golpes despertaron a Ray.

Abrió un ojo y lo lamentó de inmediato. La luz lo apuñalaba. Se agarró la cabeza por ambos lados porque temía que se le fuese a partir en dos por culpa de lo que fuera que le martilleaba por dentro.

—Abre, Ray.

Era Fester.

—¿Ray?

Más golpes. Cada uno de ellos aterrizaba en la sien de Ray como si fuera un puñetazo. Sacó las piernas de la cama y, con la cabeza como un bombo, se las apañó para sentarse. Junto a su pie derecho había una botella vacía de Jack Daniels. Vaya. Se había quedado traspuesto —o, mejor dicho, frito de nuevo— en el sofá, sin molestarse en abrir la cama. Sin manta. Sin almohada. Seguro que también le dolía el cuello, pero era difícil de detectarlo en medio del sufrimiento general.

—¿Ray?

—Voy —dijo porque, francamente, era incapaz de pronunciar más de un monosílabo.

La cuestión parecía ser una resaca elevada a la enésima potencia. Durante un segundo, puede que dos, Ray no recordó lo que había ocurrido la víspera, qué asunto había causado ese ataque masivo de incomodidad. En lugar de eso, se acordó de la última vez que se había sentido así, antes de que todo acabase para él. Por aquel entonces, él era un fotoperiodista que trabajaba para la AP y recorría Irak con el regimiento de infantería número veinticuatro, durante la primera guerra del golfo, cuando explotó aquella mina terrestre. Oscuridad. Y luego dolor. Durante un tiempo, incluso parecía que iba a perder la pierna.

—¿Ray?

Las pastillas estaban al lado de la cama. Píldoras y licor: el cóctel perfecto para las madrugadas. Se preguntó cuántas se habría zampado, y en qué momento, pero enseguida envió al carajo la reflexión. Se atizó dos más, se obligó a incorporarse y se fue dando tumbos hacia la puerta.

Cuando la abrió, Fester dijo:

—Bueno...

—¿Qué pasa?

—Pareces el esclavo sexual de un grupo de orangutanes. De los grandes.

Pero qué gracioso era el amigo Fester.

—¿Qué hora es?

—Las tres.

—¿De la tarde?

—Sí, Ray, de la tarde. ¿No ves que hay luz ahí afuera? —Fester señaló detrás de él. Adoptó el tono de voz de una maestra de preescolar—. A las tres de la tarde hay

luz. A las tres de la madrugada está oscuro. Si quieres, te hago un dibujito.

Como si necesitara una dosis extra de sarcasmo. Qué raro. Nunca dormía más allá de las ocho, ¿y ya eran las tres? El apagón debió ser de los buenos. Ray se hizo a un lado para dejar entrar a Fester.

—¿Hay algún motivo para tu visita?

Fester, que era de natural grandullón, tenía que andar prácticamente agachado allí dentro. Observó lo que le rodeaba, asintió y dijo:

—Joder, menudo cuchitril.

—Pues sí —dijo Ray—. Con lo que me pagas, no esperarías que tuviese una mansión con verja.

—¡Ajajá! —dijo Fester, señalándolo—. ¡Ahí me has pillado!

—¿Querías algo?

—Mira.

Fester hurgó en la bolsa que llevaba y le pasó una cámara a Ray.

—Para que la uses hasta que puedas comprarte una nueva.

—Me conmueves —declaró Ray.

—Bueno, la verdad es que trabajas bien. Y también eres el único empleado que tengo que no se droga, solo bebe. Eso te convierte en mi mejor empleado.

—Qué momento más bonito estamos compartiendo, ¿verdad, Fester?

—Y además —siguió el otro mientras le decía que sí con la cabeza—, no he podido encontrar a nadie que se encargara de lo de George Queller esta noche. Pero bueno, ¿qué es lo que tenemos aquí? —Fester señaló las pastillas—. Olvida lo que he dicho de que no te drogas.

—Son calmantes. Anoche me asaltaron, ¿recuerdas?

—Cierto. Pero aun así...

—¿Voy a dejar de ser el empleado del mes?

—No. A menos que también encuentre jeringas.

—No estoy para trabajar esta noche, Fester.

—¿Y qué? ¿Piensas quedarte en la cama todo el día?

—Ese era el plan, sí.

—Pues cambia de plan. Te necesito. Y te pagaré un suplemento. —Miró alrededor, frunciendo el ceño—. Aunque no creo que te haga falta la pasta, por supuesto.

Fester se marchó. Ray puso el agua a hervir. Café instantáneo. Gritos en urdu llegaban del piso de arriba. Parecía como si los críos volvieran a casa del colegio. Ray se metió en la ducha y se quedó bajo el chorro hasta que se le acabó el agua caliente.

En el *deli* de la esquina preparaban un bocadillo de panceta, lechuga y tomate bastante digno. Ray se lo zampó como si temiera que se le fuese a escapar en un momento u otro. Intentaba concentrarse en la tarea que tenía entre manos sin mirar hacia delante: preguntándole al dueño, Milo, cómo tenía la espalda, echándose la

mano al bolsillo para pagar, sonriéndole a otro cliente, comprando la prensa local. Trataba de mostrarse zen, de vivir a fondo el momento sin abordar el futuro porque no quería pensar en la sangre.

Hojeó el periódico. El artículo acerca del «hombre desaparecido» mostraba la misma fotografía que había visto la noche anterior en el telediario. Carlton Flynn poniendo morros. El clásico gilipollas. Cabello negro y de punta, horas de machaque en el gimnasio, tatuajes sobre la piel suave. Quedaría muy bien en uno de esos programas protagonizados por mostrencos subnormales de Nueva Jersey que llaman «pavas» a las chicas.

Carlton Flynn tenía antecedentes: tres agresiones. Veintiséis años, divorciado, «trabajaba para la importante empresa de alimentos de su padre».

Ray dobló el periódico y se lo puso bajo el brazo. No quería pensar en ello. Quería borrar de su mente esa foto de Carlton Flynn que tenía en el ordenador, olvidarse de por qué lo habían atacado para recuperarla. Quería olvidarse del tema, seguir con su vida, día tras día, momento a momento.

Bloquear los recuerdos para sobrevivir... Que era lo que llevaba haciendo durante los últimos diecisiete años.

«¿Qué tal te ha funcionado eso, Ray?».

Cerró los ojos y se dejó sumergir en un recuerdo de Cassie. Volvía a estar en el club, sedado por el alcohol, viéndola bailar en el regazo de alguien —totalmente enamorado de ella, con el amor saliéndole por todos los poros— y sin sentirse en absoluto celoso. Cassie lo miraba por encima del hombro del tipo —una de esas miradas capaces de derretirle los dientes— y él se limitó a devolverle la sonrisa, a la espera de pillarla a solas, consciente de que al final del día (o de la noche) ella terminaría siendo suya.

Siempre había alegría en torno a Cassie. Concentraba diversión, frescura y espontaneidad, y también afecto, bondad e inteligencia. Conseguía que tuvieses ganas de arrancarle la ropa y tirártela en la cama más próxima mientras le escribías un soneto de amor. Rápida, lenta, fría, cálida... Cassie era capaz de ser todas esas cosas al mismo tiempo.

A una mujer así, en fin, algo le tenía que pasar, ¿no?

Pensó en aquella fotografía junto a las malditas ruinas de aquel parque. ¿Podría haber sido eso lo que el asaltante iba buscando realmente? No parecía muy verosímil. Le dio vueltas a todas las posibilidades habidas y por haber, y tomó una decisión.

Ya llevaba demasiado tiempo escondido. Había pasado de fotoperiodista famoso a interno en un horrendo centro de rehabilitación, y de ahí a la época feliz de Atlantic City y a perderlo todo. Se había trasladado a Los Ángeles a ejercer de *paparazzo* genuino, se había metido en otro lío y había vuelto aquí. ¿Por qué? ¿Para qué regresar al sitio en el que lo había perdido todo? Como no fuese porque... Porque algo lo traía de vuelta. Porque algo le exigía que regresara y averiguase la verdad.

Cassie.

Se la quitó de encima en un parpadeo, volvió a subir al coche y se dirigió hacia el parque. El mismo lugar que había estado usando casi cada día aún seguía abierto. Probablemente, era incapaz de poner en palabras lo que lo traía hasta aquí. Muchas cosas habían cambiado en él, pero había una que no: la necesidad de una cámara. Un fotógrafo obedece a diferentes impulsos, pero en su caso, no se trataba tanto de querer algo, como de necesitarlo. En realidad, ni veía ni entendía las cosas si no podía fotografiarlas. Observaba el mundo a través del objetivo. Para la mayoría de las personas, las cosas no existen hasta que pueden verlas, oír las, olerlas o probarlas.

En su caso, sucedía casi al revés: nada era real hasta que no lo había capturado con su cámara.

Si enfilabas por el sendero de la esquina derecha, podías alcanzar el filo de un acantilado con vistas a los edificios de Atlantic City. De noche, el océano brillaba como un telón de satén oscuro. El panorama, si conseguías imponerte al acojone inherente, era impresionante.

Ray iba tomando fotos mientras se internaba por el remoto sendero, parapetado tras la cámara como si esta lo protegiese. Las viejas ruinas de la fábrica de mineral de hierro estaban justo al lado de los Pine Barrens, la mayor extensión boscosa de Nueva Jersey. En cierta ocasión, muchos años atrás, Ray se había salido del sendero para internarse en el bosque. Encontró una choza de cemento, abandonada desde hacía mucho y cubierta de grafiti; algunos de ellos, de aspecto satánico. Los Pine Barrens seguían trufados de ruinas de pueblos fantasma. Corrían rumores sobre espíritus malévolos que habitaban en las tripas de ese bosque. Todo aquel que haya visto alguna película sobre la mafia, se habrá topado con la inevitable secuencia en la que unos sicarios entierran un cadáver en los Pine Barrens. Ray pensaba en eso con demasiada frecuencia. Algún día, suponía, alguien inventaría un chisme capaz de indicarte qué era lo que habían enterrado bajo tus pies, estableciendo diferencias entre huesos, palos, raíces y rocas. Y vete a saber lo que podías llegar a encontrar.

Ray tragó saliva y se deshizo de ese pensamiento. Cuando llegó a la vieja caldera de mineral de hierro, sacó la foto de Carlton Flynn y procedió a su estudio. Flynn había estado de pie a la izquierda, en dirección a ese sendero, el mismo que había recorrido él diecisiete años atrás. ¿Por qué? ¿Qué estaba haciendo allí Carlton Flynn? Vale, podría haberle dado por hacerse el excursionista o el aventurero. Pero ¿por qué había estado en ese mismo sitio, diecisiete años después que él, para luego desaparecer? ¿Adónde había ido desde ahí?

Ni idea.

A Ray ya casi no se le notaba la cojera. Todavía la conservaba, si le prestabas atención, pero había aprendido a disimularla. Cuando empezó a subir la colina para situarse exactamente donde se encontraba al tomar la fotografía de Carlton Flynn, el omnipresente pinchazo de la vieja herida dio señales de vida. El resto del cuerpo aún le dolía del ataque de la víspera, aunque de momento, la cosa resultaba soportable.

Algo captó su atención.

Se detuvo y entrecerró los ojos en dirección al sendero. El sol brillaba mucho. Puede que fuera eso... Eso y el ángulo extraño de esa loma. No se veía desde el sendero, pero algo refulgía ante Ray, algo que estaba justo en el límite del bosque, justo contra la gran roca. Frunció el ceño y se dirigió hacia allí.

Pero ¿qué...?

Cuando llegó, se inclinó para verlo de cerca. Estiró la mano, pero la retiró antes de tocarlo. No le quedaba más remedio. Sacó la cámara y empezó a hacer fotos.

Allí mismo, en el terreno junto a la roca, había un reguero de sangre seca.

Megan estaba tumbada en la cama, leyendo una revista. Dave yacía a su lado, mirando la tele, con el mando a distancia en la mano. Para los hombres, el mando a distancia del televisor era como un chupete o una mantita de seguridad. Simplemente, eran incapaces de ver la televisión sin tenerlo a mano, siempre preparado.

Serían las diez y pico. Jordan ya dormía. Lo de Kaylie era otra historia.

Dijo Dave:

—¿Te cedo los honores o me encargo yo?

Megan suspiró.

—Ya llevas dos noches.

Dave sonrió, sin apartar los ojos de la pantalla.

—Tres. Pero tampoco llevo la cuenta, no creas.

Megan dejó la revista. Kaylie tenía que irse a la cama a las diez en punto, pero nunca lo hacía por propia voluntad y siempre esperaba a que uno de sus progenitores insistiera en el tema. Megan salió de la cama y recorrió el pasillo. Preferiría gritar: «¡A dormir de una vez!», pero eso también resultaba agotador y, además, podía despertar a Jordan.

Asomó la cabeza por el cuarto de su hija.

—Hora de dormir.

Kaylie ni siquiera apartó la vista del ordenador.

—Solo quince minutos más, ¿vale?

—No. Tienes que irte a dormir a las diez. Y ya son casi y cuarto.

—Jen necesita que la ayude con los deberes.

Megan frunció el ceño.

—¿Por Facebook?

—Quince minutos, mamá. Eso es todo.

Pero nunca eran quince minutos, ya que al cabo de esos quince minutos las luces seguirían encendidas y Kaylie continuaría sentada ante el ordenador; y entonces Megan tendría que salir nuevamente de la cama para decirle que se fuese a dormir.

—No. Ahora.

—Pero...

—¿Quieres que te castigue?

—Dios, ¿pero qué te pasa? ¡Quince minutos!

—¡Ahora!

—¿Por qué gritas? Siempre me estás chillando.

Y así sucesivamente. Megan pensaba en Lorraine, en su visita, en lo de que «no servía para tener hijos» y en las mamás del rincón del Starbucks; y en cómo el pasado nunca te abandona, ni lo bueno ni lo malo; en cómo lo metías en cajas y lo guardabas en un armario y te creías que sería como esas otras cajas que almacenas en casa — algo que conservas, pero que nunca abres—, hasta que un día, cuando el mundo real

te agobia, te acercas a ese armario y lo abres de nuevo.

Cuando Megan regresó a su dormitorio, Dave se había quedado frito con la tele puesta y el mando a distancia en la mano. Estaba tumbado de espaldas, descamisado, y el pecho le subía y bajaba acompasado por unos leves ronquidos. Por un instante, Megan se lo quedó mirando. Era un tipo grandote y todavía en buena forma, pero los años le habían ido añadiendo capas. Cada vez tenía menos pelo. Y se le habían redondeado un tanto los mofletes. Su apariencia ya no era la que había sido.

Trabajaba demasiado. Cada día de la semana se levantaba a las seis y media, se ponía el traje y la corbata, se subía al coche y se trasladaba a su despacho situado en una esquina de la sexta planta de un edificio de Jersey City. Ejercía de abogado y viajaba más de lo debido. Su trabajo parecía gustarle, pero solo vivía para volver a casa junto a su familia. A Dave le gustaba entrenar con sus hijos y acudir a sus partidos, preocupándose en exceso por sus éxitos deportivos. Le encantaba charlar con los demás padres y tomarse una cerveza con los tíos de la Legión Americana, o bien jugar en la liga de fútbol de veteranos y echar a rodar unas pelotas muy de mañana por el campo de golf.

«¿Eres feliz?».

Megan nunca se lo había preguntado. Ni él a ella. Total, ¿qué podría responderle? Empezaba a estar un poco harta. ¿Y él? Ella se lo ocultaba. Puede que él estuviese haciendo lo mismo. Llevaba dieciséis años durmiendo con ese hombre y solo «con ese hombre», pero le había mentido desde el primer día. ¿Le afectaría eso ahora? ¿Serviría de algo la verdad? Dave ignoraba su pasado, pero la conocía mejor que nadie.

Megan se acercó a la cama, retiró suavemente el mando de la mano de su marido y apagó el televisor. Dave se movió y se puso de lado. Casi siempre dormía en posición fetal. Megan se metió en la cama, pegada a él, y adoptó la postura de la cuchara. El cuerpo de Dave estaba calentito. Le clavó la nariz en la espalda. Le encantaba su olor.

Cuando Megan contemplaba el futuro, cuando se veía mayor e instalada en Florida o en alguna zona residencial para jubilados o donde fuera que acabase sus días, sabía que estaría con ese hombre. No podía imaginar nada distinto. Amaba a Dave. Se había construido una vida con él y le quería... ¿Debía sentirse culpable por querer algo más, o tan solo diferente, de vez en cuando?

Pero eso no estaba bien. ¿Y por qué no está bien?, se preguntaba.

Le puso la mano en la cadera. Sabía que podía deslizar los dedos bajo la cinta elástica y que su reacción sería la habitual: un discreto gruñido en sueños. Sonrió al imaginarlo, pero prefirió dejarlo correr. Sus pensamientos regresaron de nuevo a su visita a La Crème. Había sido maravilloso estar allí, «sentir» tanto.

¿Por qué había abierto la puerta del armario?

Y había otra pregunta, mucho menos abstracta y filosófica: ¿realmente podía haber vuelto Stewart Green?

No. Por lo menos, era incapaz de imaginarlo. O tal vez, si se paraba a pensarlo, ese regreso lo explicaba todo. De repente, la emoción se convertía en pánico. Fueron buenos tiempos aquellos, tiempos vibrantes, de verdadera diversión. Pero también hubo momentos aterradores.

Y si lo pensaba bien, ¿acaso no iban juntos, de la mano, placer y temor? ¿No era esa la gracia, precisamente?

Stewart Green. Lo consideraba un espectro enterrado en el tiempo. Pero no se puede enterrar a un fantasma, ¿verdad?

Se echó a temblar, abrazó a Dave por la cintura y se pegó un poco más a él. Sorprendentemente, Dave le cogió la mano y le preguntó:

—¿Estás bien, cariño?

—Estupendamente.

Tras un silencio, él añadió:

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Megan temía que el sueño no llegara nunca, pero no fue así. Se lanzó a él como desde un precipicio. A las tres de la madrugada, cuando le vibró el móvil, seguía enganchada a su marido, con el brazo en torno a su cintura. Pilló el teléfono sin dudarle un instante. Comprobó quién llamaba, pero no era necesario.

Medio dormido aún, Dave soltó un taco y dijo:

—No respondas.

Pero Megan, simplemente, no podía dejar de hacerlo. Ya estaba saltando de la cama y sus pies buscaban las zapatillas. Se llevó el teléfono a la oreja.

—¿Agnes?

—Está en mi cuarto —susurró la anciana.

—No pasa nada, Agnes. Voy para allá.

—Date prisa, por favor. —El terror de esos susurros no podría ser mayor ni siquiera acompañado por un parpadeante rótulo de neón—. Creo que me va a matar.

Broome ni se molestó en mostrar la placa cuando entró en La Crème, un «club para caballeros» —completísimo eufemismo— situado a dos manzanas, geográficamente escasas, pero muy distantes desde otros puntos de vista, del paseo marítimo de Atlantic City. El portero, un veterano llamado Larry, ya lo conocía.

—Hola, Broome.

—¿Qué tal, Larry?

—¿Trabajo o placer? —preguntó Larry.

—Trabajo. ¿Está Rudy?

—En su despacho.

Eran las diez de la mañana, pero todavía quedaban algunos clientes patéticos y algunas bailarinas más penosas aún. Un empleado preparaba el siempre popular bufet

del tipo todo-lo-que-te-puedas-comer («solo comida», ja, ja), mezclando bandejas con diferentes comestibles de vete tú a saber cuántos días atrás. Resultaría de lo más trillado apuntar que ese bufet solo bastaba para provocar una epidemia de salmonela, pero eso era lo que había.

Rudy estaba sentado detrás de su escritorio. Podría haber hecho de extra en *Los Soprano*, de no ser porque el director de reparto lo habría considerado excesivo para dar el tipo. Era un tío grandullón, con una cadena de oro gordísima en el cuello y un anillo en el meñique que la mayoría de sus bailarinas habría podido usar de pulsera.

—Hola, Broome.

—¿Cómo lo llevas, Rudy?

—¿Puedo hacer algo por ti?

—¿Sabes quién es Carlton Flynn? —preguntó Broome.

—Pues claro. Un soplapollas con musculitos de gimnasio y bronceado de cabina.

—¿Sabes que ha desaparecido?

—Sí, algo he oído al respecto.

—No lo eches tanto de menos.

—Ya no me quedan lágrimas —dijo Rudy.

—¿Puedes contarme algo de él?

—Las chicas dicen que la tiene pequeña. —Rudy encendió un puro y apuntó a Broome con él—. Esteroides, amigo mío. Mantente alejado de ellos. Te dejan los huevos hechos una pasa.

—Te agradezco el consejo médico y la metáfora. ¿Algo más?

—Seguro que frecuentaba muchos clubes —dijo Rudy.

—Así era.

—Entonces, ¿por qué me molestas?

—Porque ha desaparecido. Igual que Stewart Green.

Eso hizo que a Rudy se le abriesen más los ojos.

—Bueno, ¿y qué? ¿Cuándo fue eso, hace veinte años?

—Diecisiete.

—Eso es mucho tiempo. En un sitio como Atlantic City, una eternidad.

La verdad es que estaba en lo cierto. Aquí se cuentan los años como hacen los perros. Todo envejece más rápido.

Y sí, aunque no era de dominio público, Stewart Green, padre amantísimo de los pequeños Susie y Brandon, y marido devoto de la enferma de cáncer Sarah, disfrutaba de los licores de La Crème y de la compañía de sus *strippers*. Cosas que pagaba con una tarjeta de crédito especial, cuyos recibos llegaban a su despacho. Broome se lo había acabado contando a Sarah, del modo más amable posible, y su reacción le había sorprendido.

—Muchos hombres casados frecuentan esta clase de clubes —le dijo—. ¿Y qué?

—¿Ya lo sabías?

—Sí.

Pero Sarah mentía. Había captado el dolor en sus ojos.

—Y no tiene importancia —insistió la mujer.

En cierta medida, no la tenía. El hecho de que un hombre disfrutara mirando, o metiéndola donde no debía, no quitaba importancia a la necesidad de encontrarlo. Por otra parte, cuando Broome empezó a interrogar a clientes y empleados de La Crème, surgió una imagen del interesado más sórdida e inquietante.

—Stewart Green —dijo Rudy—. Hacía mucho tiempo que no oía ese nombre. ¿Cuál es la conexión?

—Solo los unen dos cosas, Rudy. —Broome sabía que Green y Flynn guardaban muy poco en común. Stewart Green era un hombre casado, padre de dos hijos, acostumbrado al trabajo duro. Carlton Flynn, en cambio, permanecía soltero y era un niño mimado que vivía a costa de papá—: La primera, ambos desaparecieron exactamente el mismo día, aunque con diecisiete años de diferencia. Y la segunda — Broome señaló alrededor—, este establecimiento de calidad.

En el cine, los tíos como Rudy nunca colaboraban con la policía. Pero en el mundo real, a esos mismos tipos les disgustaba tanto meterse en líos como los crímenes sin resolver:

—Bueno, ¿y cómo puedo ayudarte?

—¿Tenía Flynn alguna chica favorita?

—¿Del mismo modo que Stewart tenía a Cassie, quieres decir?

Broome guardó silencio, dejando que pasara de largo el negro nubarrón.

—Te lo digo porque, en fin, no ha desaparecido ninguna de mis chicas, si es que te refieres a eso.

Broome seguía callado. Ciertamente, Stewart Green había tenido una favorita. Y ella también había desaparecido diecisiete años atrás, la misma noche. Cuando los espabilados federales, que le habían arrebatado el caso a Broome y al departamento de policía de Atlantic City en cuanto detectaron a un ciudadano respetable involucrado en el asunto, vieron cómo se desarrollaban las cosas, se abrió paso una teoría evidente que no tardó nada en ser aceptada por todos.

Stewart Green se había fugado con una *stripper*.

Pero Sarah no se lo creía, y Broome nunca acabó de tragárselo tampoco. Puede que Green fuese un mal bicho narcisista con ganas de pasar buenos ratos de vez en cuando, pero... ¿de ahí a estar dispuesto a abandonar a sus hijos y largarse de la ciudad? Eso no le cuadraba. Sus cuentas bancarias se mantenían intactas. El dinero y las acciones seguían en su sitio. No hizo las maletas, no vendió nada, nadie en el trabajo tuvo la impresión de que planeaba salir pitando. De hecho, sobre su pulcro y metódicamente organizado escritorio, casi completo, yacía el mayor contrato de su carrera. Stewart Green se ganaba muy bien la vida, tenía un buen empleo, estaba perfectamente integrado en la comunidad y era querido por padres y hermanos.

Si se había dado a la fuga, todo apuntaba a una decisión repentina.

—Muy bien, preguntaré por ahí. A ver si a Flynn le gustaba alguna chica en

concreto. ¿Qué más?

Hasta ahora, Broome había podido localizar a diez hombres que se ajustaban, más o menos, al patrón de la persona desaparecida. Su exmujer y compañera de trabajo, Erin Anderson, hasta le había proporcionado fotos de tres de ellos. Llevaría tiempo conseguir más. Le pasó las fotos a Rudy.

—¿Reconoces a alguno de estos tipos?

—¿Son sospechosos?

Broome frunció el ceño y no le hizo ni caso.

—¿Conoces a alguno, sí o no?

—Bueno, vale, perdona por preguntar. —Rudy hojeó las imágenes—. No sé qué decirte. Este de aquí me resulta familiar.

Peter Berman. Desempleado. El primero en ser dado por desaparecido, el 4 de marzo de hacía ocho años.

—¿De qué lo conoces?

Rudy se encogió de hombros.

—¿Cómo se llama?

—No he dicho que lo conociera, sino que me resultaba familiar. No sé de cuándo ni de dónde. Puede que de hace años.

—¿Qué tal ocho?

—No lo sé, tal vez, ¿por qué?

—Pasea un poco las fotos. A ver si alguien reconoce a alguno de ellos. No le digas a nadie de qué se trata.

—Coño, si no lo sé ni yo.

Broome había comprobado todos los demás casos. De momento —y aún era pronto para decirlo—, el único que había desaparecido con una mujer era, evidentemente, Stewart Green. La mujer se hacía llamar Cassie cuando trabajaba por allí. Nadie conocía su nombre auténtico. Los federales y la mayoría de los polis se fueron de la lengua en cuanto la *stripper* hizo acto de presencia. Corrieron rumores que llegaron incluso hasta el vecindario de los Green. Los críos podían ser muy crueles. Susie y Brandon tuvieron que aguantar los comentarios maliciosos de sus compañeros sobre papá fugándose con una bailarina exótica.

Solo un poli —probablemente muy estúpido— no se lo había creído.

—¿Algo más? —preguntó Rudy.

Broome negó con la cabeza y enfiló hacia la puerta. Alzó la vista y algo lo detuvo.

—¿Qué pasa? —inquirió Rudy.

Broome señaló hacia arriba.

—¿Cámaras de seguridad?

—Claro. Por si nos demandan. O por si... Bueno, mira, hace un par de meses, un tío cargó doce mil pavos a su tarjeta de crédito. Cuando la parienta lo descubrió, el tío se inventó que le habían robado la tarjeta o que se trataba de un fraude o algo así.

Exactamente dijo que nunca estuvo aquí. Y hasta exigió que se le devolviera el dinero.

Broome sonrió.

—¿Y qué pasó?

—Pues que le mandé una imagen de la cámara de seguridad en donde se lo veía con dos chicas bailando pegaditas a su regazo y le dije que sería un placer enviarle el vídeo entero a su mujer. A continuación, le sugerí que añadiera una propina extra porque las chicas se lo habían currado en serio aquella noche.

—¿Y cuánto tardas en volver a grabar encima?

—¿Grabar encima? ¿En qué año crees que estamos, en el 2008? Ahora todo es digital. No grabas encima de nada. Conservo cada fecha de los últimos dos años.

—¿Puedo ver lo que tengas del 18 de febrero? De este año y del anterior.

Ray condujo hasta las oficinas de FedEx en Northfield. Se conectó al ordenador e imprimió la foto de Carlton Flynn en los Pine Barrens. Sabía que si se limitaba a enviar la imagen, el archivo fotográfico podía llevar a la cámara de origen. Así pues, imprimió la fotografía y le hizo una fotocopia en color.

Lo sujetó todo por los extremos, cerciorándose de que no dejaba huellas. Utilizó una esponja para el sobre y un sencillo bolígrafo Bic de tinta azul para escribir en mayúsculas la dirección. Envió la carta al departamento de policía de Atlantic City desde un buzón situado en una calle tranquila de Absecon.

La imagen de la sangre regresó.

Se preguntó si esa iniciativa no resultaría demasiado arriesgada, si el asunto no podría volverse en su contra. No veía cómo, y puede que ahora, después de tanto tiempo, ni siquiera se tratara de eso. No tenía elección. Lo que acabara saliendo a la luz, por desagradable que pudiera resultarle... En fin, ¿qué tenía él que perder?

Ray no quería pensar en la respuesta. Deslizó el sobre por la ranura del buzón y se alejó de allí al volante de su coche.

Megan frenó en seco y abrió bruscamente la puerta del coche. Atravesó apresurada la recepción, dejando atrás al cansado guardián nocturno, que se limitó a echarle un vistazo, y torció a la izquierda por el segundo pasillo.

La habitación de Agnes era la tercera a la derecha. Cuando Megan abrió la puerta, escuchó un quejido procedente de la cama. El cuarto permanecía totalmente a oscuras. Maldita sea, ¿dónde estaba la luz nocturna? Le dio al interruptor, se volvió hacia el lecho y notó que se le volvía a encoger el corazón.

—¿Agnes?

La anciana se hallaba sentada con las manos alzadas a la altura de unos ojos abiertos como platos: parecía una niña viendo una película de terror.

—Soy Megan.

—¿Megan?

—No pasa nada. Ya estoy aquí.

—Ha vuelto a aparecer —susurró la anciana.

Megan se precipitó junto a la cama para abrazar a su suegra. Agnes Pierce había perdido tanto peso durante el último año, que era como abrazarse a un saco de huesos. Estaba fría al tacto y temblaba bajo un camisón que le quedaba demasiado grande. Megan la abrazó durante unos minutos, consolándola del mismo modo que empleaba con sus propios hijos cuando los despertaba alguna pesadilla.

—Lo siento —dijo Agnes, entre gemidos.

—Tranquila, no pasa nada.

—No debería haber llamado.

—Quiero que llames —le dijo Megan—. Si hay algo que te asusta, tienes que llamarme. Siempre, ¿vale?

El olor a orina era inconfundible. Cuando Agnes se hubo tranquilizado un poco, Megan la ayudó a cambiarse el pañal —Agnes se negaba a que lo hiciera ella sola— y la volvió a meter en la cama.

Cuando ya estaban tumbadas, una al lado de la otra, en el espacioso lecho, Megan dijo:

—¿Quieres hablar de ello?

A Agnes le resbalaban las lágrimas por las mejillas. Megan la miró a los ojos porque seguían explicándolo todo. Los signos de demencia empezaron tres años atrás con los habituales olvidos. A su hijo, Dave, lo llamaba «Frank», que ni siquiera era el nombre de su difunto marido, sino del novio que la había dejado plantada ante el altar hacía cincuenta años. Agnes, quien en tiempos fuera una abuela meticulosa, ya no recordaba cómo se llamaban sus nietos, ni tampoco quiénes eran. Lo cual aterrorizaba a Kaylie. La paranoia se convirtió en la compañera inseparable de Agnes. Creía que las series de televisión eran de verdad, y le preocupaba que el asesino de *CSI: Miami* estuviera escondido bajo su cama.

—Ha vuelto a estar aquí —decía Agnes—. Y ha dicho que me iba a matar.

Ese delirio era nuevo. Dave hacía lo que podía, pero no tenía paciencia para esas cosas. Durante la última Super Bowl, justo antes de que se enterasen de que ya no podía vivir sola, Agnes había insistido en que el partido no era en directo, que ya lo había visto y sabía quién era el ganador. Dave se lo tomó con filosofía, preguntando: «¿Y quién ganó? No me vendría mal ganar algo de dinero en las apuestas». Y Agnes le contestó: «Oh, ya lo verás». Pero Dave insistió: «Oh, vamos, ¿ahora qué va a pasar?», preguntó mientras su exasperación crecía por momentos. «Tú mira —le decía Agnes, y cuando acababa la jugada, se le iluminaba el rostro y le soltaba a su hijo—: ¿Lo ves? Lo que yo te decía».

—¿Y qué es lo que me decías?

Megan:

—Déjalo, Dave.

Agnes se limitaba a mirar a su hijo, afirmando con la cabeza:

—Yo, este partido ya lo había visto. Te lo he dicho.

—¿Y quién ganó?

—No quiero aguarle la fiesta.

—Es en directo, mamá. No puedes saberlo.

—Pues claro que sí.

—Entonces, ¿quién ganó, eh?

—¿Y fastidiarte el partido?

—No vas a fastidiar nada, mamá. Tú dime quién ganó.

—Ya lo verás.

—Tú no has podido ver este partido, mamá. Lo están emitiendo en directo.

—Sí que lo he visto. Ayer mismo.

Y así siguió la cosa hasta que a Dave se le encendió el rostro y Megan intervino para recordarle, una vez más, que Agnes no tenía la culpa de nada. ¿Tan difícil era de entender? La verdad es que comprendemos el cáncer o los infartos, pero las enfermedades mentales casi siempre se nos escapan.

Y ahora, desde hacía cosa de un mes, Agnes tenía un delirio nuevo: un hombre se colaba en su cuarto para amenazarla. Y Dave, como de costumbre, optaba por ignorarla. «Deja sonar el teléfono —había dicho con un gruñido de cansancio—. Habrá que pasarla a una zona de mayor control».

Pero Megan, simplemente, era incapaz.

—En ese caso, ¿quién ganó? De momento, por lo menos.

Los médicos le habían avisado de que Agnes seguía empeorando, de que casi estaba lista para que la subieran a la tercera planta, que era donde instalaban a los pacientes con el alzhéimer más avanzado. Para el mundo exterior, parecía tratarse de un lugar cruel, pero a Dave, en ese momento, se le antojaba inmejorable. Como no había la menor esperanza de curación, los trabajadores de la tercera planta hacían todo lo posible para que los pacientes se sintieran cómodos, recurriendo a la «terapia

de validación», basada en el más que discutible ideario de «si tú lo crees así, será verdad». Si te creías, por ejemplo, que eras una chica de veintidós años que acababa de tener un hijo, los cuidadores te dejaban abrazar y amamantar a un «bebé» (un muñeco, en realidad) y le hacían cucamonas como si estuviesen de visita. Si una mujer creía estar embarazada, las enfermeras le preguntaban que de cuántos meses, si prefería un niño o una niña y cosas así.

Megan observó el rostro aterrorizado de su suegra. Agnes había sido una mujer muy lúcida hasta hacía bien poco: divertida, ocurrente y más lista que el hambre. Cierta noche en que ambas habían bebido algo más de la cuenta, Megan hasta le contó algunas cosillas de su pasado. No todo. Solo le dejó intuir que no era exactamente como aparentaba. Y Agnes le dijo: «Ya lo sé, cariño. Todos tenemos secretos». No volvieron a hablar del asunto. Y cuando Megan quiso sacarlo de nuevo a colación... En fin, ya era demasiado tarde.

—Ahora ya estoy mejor —dijo Agnes—. Puedes irte.

—Tengo algo de tiempo.

—Pero tendrás que llevar a los críos al cole, ¿no?

—Ya son lo suficientemente mayores como para cuidar de sí mismos.

—¿Ah, sí? —Agnes inclinó un poco la cabeza—. ¿Megan?

—¿Sí?

—¿Qué hago si ese hombre vuelve a aparecer?

Megan le señaló la luz de noche.

—¿Quién la apagó?

—Él.

Megan le dio unas vueltas al asunto. «Terapia de validación».

Qué diablos, ¿por qué no? Igual servía para consolar un poco a una mujer aterrorizada.

—He traído algo que quizá pueda servirte —dijo mientras echaba mano del bolso y sacaba lo que parecía un despertador digital.

Agnes se mostró confusa.

—Es una cámara espía —le dijo Megan. La había comprado por internet. Sí, podría haberse limitado a decir que era una cámara espía, y aunque la terapia de validación nada tenía que ver con la sinceridad, ¿para qué engañar cuando no había necesidad?—. Así podremos pillar a ese cabrón *infraganti*.

—Gracias —le dijo Agnes con lágrimas (¿de alivio, tal vez?) en los ojos—: Muchas gracias, Megan.

—No hay de qué.

Megan colocó el chisme de cara a la cama. La cámara funcionaba con un contador y un detector de movimiento. La llamada de Agnes siempre se producía a las tres de la madrugada.

—Lo que voy a hacer —le explicó a su suegra— es poner el contador para que la grabación se active a las nueve de la noche y dure hasta las seis de la mañana, ¿vale?

—Las manos —dijo Agnes.

—¿Perdona?

—Te tiemblan las manos.

Megan bajó la vista. Era cierto. Sus dedos apenas podían localizar los botones.

—Cuando él viene a por mí —dijo Agnes, susurrando—, también mis manos se echan a temblar.

Megan volvió junto a la cama para abrazarla de nuevo.

—Tú también, ¿verdad, Megan?

—¿Yo también qué?

—Tienes miedo. Estás temblando porque también lo temes.

Megan no sabía qué decir.

—Estás en peligro, ¿verdad, Megan? ¿También te visita a ti?

Megan estaba a punto de decir que no, de decirle a su suegra unas palabras amables que la reconfortaran, pero no lo hizo. No quería mentirle a Agnes. ¿Por qué debía ser la única con derecho a asustarse?

—No... No lo sé —le acabó diciendo.

—¿Pero tienes miedo de que él vuelva a por ti?

Megan tragó saliva: pensaba en Stewart Green, en cómo terminó todo.

—Me temo que sí.

—No deberías.

—¿No debería?

—No.

Megan intentó asentir.

—Vale. Te diré lo que haremos. Yo no tendré miedo si tú no lo tienes.

Pero Agnes frunció el ceño y se deshizo de ese trato paternalista de un manotazo.

—Es diferente.

—¿Por qué?

—Porque tú eres joven —dijo Agnes—. Y fuerte. Y eres una mujer dura. Tú ya has conocido la adversidad, ¿no es cierto?

—Igual que tú.

Agnes ignoró ese comentario.

—Tú no eres una vieja atada a una cama. Tú no tienes por qué yacer indefensa en la oscuridad, temblando, esperando a que él aparezca con la intención de hacerte daño.

Megan se limitó a mirarla, pensando: «Vamos a ver, ¿quién ejerce ahora mismo la terapia de validación y quién la recibe?».

—No te quedes esperando en la oscuridad —dijo Agnes en un susurro tenso—. Nunca te sientas indefensa. Hazlo por mí, te lo ruego. No quiero eso para ti.

—Muy bien, Agnes.

—¿Me lo prometes?

Megan asintió:

—Te lo prometo.

Y así era. Con o sin terapia de validación, Agnes había dicho una verdad universal: tener miedo era malo, pero sentirse indefensa era mucho peor. Y, además, Megan había estado dándole vueltas a la idea de dar un gran paso desde la visita de Lorraine. Un paso que podría desenterrar el pasado de mala manera, pero, como había señalado su suegra, más valía eso que yacer indefensa en la oscuridad.

—Gracias, Agnes.

Los ojos de la anciana parpadearon, como si luchasen contra las lágrimas.

—¿Te vas?

—Sí, pero volveré.

Agnes abrió los brazos.

—¿Puedes quedarte a mi lado un poquito más? No mucho. Sé que tienes que irte. Pero por unos minutos más no pasará nada, ¿verdad?

Megan negó con la cabeza:

—No pasará nada en absoluto.

Broome había empezado a revisar los vídeos de vigilancia, observando a varios idiotas dando tumbos con un vaso en la mano, serpentinatas, gorritos y chicas, cuando lo llamó Rudy, el de La Crème.

—Carlton Flynn tenía una chica preferida —dijo este.

—¿Quién?

—Ámbar Atracción.

Broome enarcó las cejas.

—¿Ese es su nombre auténtico?

—Tan auténtico como su anatomía, no sé si me explico —dijo Rudy.

—Te explicas muy bien, Rudy; eres un maestro de la sutileza. ¿Cuándo estará por ahí?

—Ya está aquí.

—Voy para allá.

Broome estaba a punto de apagar la televisión cuando Goldberg, su superior y un tocapelotas de proporciones bíblicas, dijo:

—¿Qué cojones es esto?

Y se inclinó sobre él. Apeataba a cerveza, sudor y atún.

—Una grabación de La Crème de la noche en que desapareció Flynn.

—¿Y por qué la estás revisando?

Broome no tenía ganas de alargar esa conversación, pero no era fácil quitarse a Goldberg de encima. El hombre lucía una camisa beige que, probablemente, algún día había sido de un blanco nuclear. Gruñía al hablar, pensando que los berridos disimulaban su simpleza. Hasta ahora, le había funcionado. Broome se puso en pie.

—Voy a ver si hay alguna relación entre Stewart Green y Carlton Flynn. Ambos desaparecieron la misma fecha.

Goldberg asintió como si estuviera pensando en serio.

—¿Y adónde vas?

—De regreso a La Crème. A Flynn le gustaba una *stripper* en concreto.

—Hmm. —Goldberg se rascó la barbilla—. ¿Del tipo de Stewart Green?

—Puede ser.

Broome sacó el lápiz de memoria del ordenador. Igual le pediría a Erin que les echara un vistazo a los archivos. Tenía buen ojo para esa clase de cosas. Se los podría entregar de camino. Por el momento, se alejó rápidamente de Goldberg. Mientras doblaba la esquina, miró hacia atrás, temiendo que este lo siguiera. Pero no. Goldberg estaba derrumbado sobre el teléfono, agarrado al auricular como si eso le causara cierto placer.

Veinte minutos después, tras depositar raudamente el lápiz de memoria en el despacho de Erin, Broome se encontraba sentado frente a Ámbar Atracción en el reservado más tranquilo de La Crème. Rudy se hallaba de pie tras la chica, con los

brazos cruzados. Ámbar era todo chulería e implantes y problemas de autoestima del tipo mi-papá-nunca-me-quiso-lo-suficiente. Todo un tópico en un sitio así, pero en la mayoría de los casos el tópico se ajustaba a la realidad. Ámbar era joven y voluptuosa, aunque gracias principalmente a la cirugía, pero ya lucía esa expresión retorcida propia de las que han visto desaparecer a muchos tíos por la mañana con una sola idea en la cabeza: cambiar de inmediato el número de su móvil.

—Háblame de Carlton Flynn —le dijo Broome.

—¿Carlton? —Ámbar parpadeó con unas pestañas tan falsas que parecían cangrejos moribundos cociéndose al sol—. Oh, era un encanto. Y me trataba como a una reina. Todo un caballero.

Ámbar no mentía nada bien. Los ojos se le iban de un lado para otro como pájaros asustados.

—¿Puedes decirme algo más?

—La verdad es que no.

—¿Cómo os conocisteis?

—Aquí.

—¿Cómo?

—Pagó por un *lap dance* —se explicó Ámbar—. Son legales, ya lo sabes.

—¿Y luego qué? ¿Te llevó a su casa?

—Oh, no. Aquí no hacemos esas cosas. Este sitio es totalmente legal. Yo nunca haría algo así.

Hasta a Rudy estuvo a punto de escapársele la risa. Broome suspiró:

—¿Ámbar?

—¿Sí?

—No soy de antivicio, así que me da lo mismo si te dedicas a follarte monos a cambio de donuts...

—¿Qué?

—Y tampoco creo que tuvieras nada que ver con lo que le pasó a Carlton. Pero si me sigues mintiendo...

—¡No estoy mintiendo!

Broome levantó la mano para hacerla callar.

—Si me sigues mintiendo, Ámbar, te cargaré el muerto y te meteré en el trullo, solo para divertirme. Me las apañaré para que parezca que te lo cargaste tú; más que nada porque, francamente, el caso ya me aburre y tengo ganas de cerrarlo. Así pues, o me dices la verdad o puedes acabar entre rejas.

Evidentemente, la amenaza era falsa. A Broome casi le dolía utilizarla con una tía tan tonta. Ámbar miró a su espalda, donde estaba Rudy. Broome dudaba si pedirle a este que se largara de una vez, pero el hombre le dijo que sí con la cabeza a la muchacha para que siguiera adelante.

Ámbar miró hacia abajo. Se le desplomaron los hombros.

—Me rompió un dedo.

Había mantenido la mano derecha bajo la mesa. La llevaba cubierta por un guante rojo —a juego con el sujetador—, y cuando se lo quitó, Broome observó que no se lo habían colocado bien. El dedo apuntaba a un lado y el hueso casi asomaba a través de la piel.

Broome le lanzó a Rudy una mirada asesina. Rudy se encogió de hombros.

—¿Qué pasa? ¿Te crees que tenemos un buen seguro médico por aquí?

Una lágrima recorrió la mejilla de Ámbar.

—Carlton es malo. Le gusta hacerme daño. Me dijo que si se lo contaba a alguien o me quejaba, mataría a Ralphie.

—Y ese, ¿quién es? ¿Tu novio?

La chica miró a Broome como si tuviera dos cabezas.

—Mi caniche. Broome miró a Rudy.

—¿Tú lo sabías?

—¿Qué te crees, que controlo a los perritos de las chicas?

—No te hablo de perros, capullo. Te pregunto si sabías que Carlton era un gilipollas sádico.

—Oye, si alguien les hace daño a mis chicas, le digo que se vaya con viento fresco. Pero si no me entero, ¿qué quieres que haga, eh? Es como lo del árbol que cae en mitad de un bosque o donde sea. ¿Te causa alguna impresión si no lo oyes? Si no me entero, no me entero.

Rudy, filósofo de salón.

—¿Te hizo daño de algún otro modo? —preguntó Broome.

Ámbar asintió, con los ojos bien cerrados.

—¿Me lo puedes explicar?

—No.

—El caso es que lo odiabas.

—Pues sí.

—Y ahora ha desaparecido.

Ámbar batió las falsas pestañas.

—Has dicho que no creías que yo tuviera nada que ver con eso.

—Puede que tú, no —reconoció Broome—. Pero sí alguien que se preocupe por ti. Alguien que quisiera protegerte.

Ámbar volvió a poner cara de no enterarse de nada.

—Un novio, tu padre, un buen amigo.

—Estás de broma, ¿no?

Lamentablemente, su confusión era justificada. No tenía a nadie, más allá de un caniche llamado Ralphie. Nada que rascar.

—¿Cuándo viste a Flynn por última vez? —le preguntó Broome.

—La noche antes de que... Se fuera, o lo que sea.

—¿Adónde fuisteis?

—Primero aquí. Le gustaba verme bailar. Invitaba a *lap dances* al primero que

encontraba y se dedicaba a mirar y a sonreír, y luego me llevaba a casa, me llamaba puta por bailar con ellos y me zurraba de mala manera.

Broome intentaba mantenerse impávido. Si alguien quería venir aquí a desfogarse o lo que fuera, él no era nadie para juzgarlo. Pero lo que nunca le decían a la gente es que había tíos a los que nada les bastaba. Carlton Flynn había empezado como un juerguista cutre en busca de carne, pero al cabo de un tiempo, le apetecieron otras cosas. Siempre va así. Todo es una droga de entrada a otra. Como muy bien decía el abuelo de Broome: «Si te pasaras la vida follando, querrías tener otra polla».

—¿Pensabas volver a verlo? —preguntó el policía.

—Se suponía que habíamos quedado la noche que, bueno, ya sabes, la noche que desapareció.

—¿Y qué ocurrió?

—Llamó para decir que llegaría tarde. Pero nunca apareció.

—¿Dijo por qué iba a llegar tarde?

—No.

—¿Sabes adónde fue antes, ese mismo día?

Ámbar negó con la cabeza. A Broome le llegó un tufo de laca y tristeza.

—¿Me puedes contar algo más acerca de ese día?

Nueva negativa con la cabeza.

—No lo pillo —dijo Broome—. Ese tío no dejaba de zurrarte, ¿verdad?

—Sí.

—Y la cosa iba *in crescendo*.

—¿Cómo?

Broome reprimió un suspiro.

—Que todo iba cada vez peor.

—Ah. Ya. Pues sí.

Broome separó las manos.

—¿Y cómo crees que habría acabado?

Ámbar parpadeó, miró hacia otro lado y analizó la pregunta unos instantes.

—Como siempre acaba todo. Se habría cansado de mí. Y hubiese ido a por la siguiente. —Se encogió de hombros—. O eso o me habría matado.

Las palabras «Harry Sutton. Abogado» estaban grabadas en el vidrio esmerilado. Vieja escuela.

Cuando Megan golpeó suavemente el cristal, Harry respondió con voz profunda: «¡Adelante!».

Megan giró el pomo de la puerta. Unas horas antes, había llamado a casa para decirle a Dave que regresaría tarde. Dave quiso saber por qué. Pero ella le dijo que no se preocupara y le colgó. Y ahí estaba ahora, de vuelta en Atlantic City, en un lugar que se sabía de memoria.

Abrió la puerta, consciente de que, probablemente, ese gesto lo cambiaría todo. El despacho seguía siendo un zulo de lo más cutre —cutre con ce minúscula—, pero así era como le gustaba a Harry.

—Hola, Harry.

Harry no era un hombre atractivo. Tenía unas ojeras que se le fundían con los mofletes. Y una nariz bulbosa, propia de una caricatura. Tenía el pelo blanco y en punta: solo se aplanaría si lo amenazaran con una pistola. Pero eso sí, lucía una sonrisa beatífica. Esa sonrisa reconfortó a Megan, le dio ánimos y la ayudó a sentirse segura.

—Cuánto tiempo, Cassie.

Había quien se refería a Harry como un abogado callejero, pero eso no era del todo exacto. Cuatro décadas atrás, se había licenciado en la facultad de derecho de Stanford e iniciado su carrera laboral en el prestigioso bufete Kronberg, Reiter y Roseman. Cierta noche, unos colegas cargados de buenas intenciones se llevaron a ese leguleyo tímido y apacible a Atlantic City para consagrarse al juego, las chicas y el desmadre general. El apocado Harry se lanzó de cabeza al jolgorio y nunca más volvió a salir. Abandonó la potente firma, grabó su nombre en esa misma puerta de vidrio y decidió consagrar su vida a los pringados de esa ciudad; un colectivo que, en muchos aspectos, lo formaba todo aquel que se buscara la vida por allí.

No te cruzas a menudo con mucha gente que tenga la cabeza rodeada por un halo. No se trata de seres bellos, angelicales o consagrados a las obras de caridad —en el caso de Harry, sus simpatías estaban más cerca de los pecadores que de los santos—, pero los envuelve un aura de confianza y bondad. Harry era uno de esos tipos.

—Hola, Cassie —le dijo a la recién llegada.

Tenía la voz ronca. Se incorporó en el asiento.

—¿Cómo lo llevas, Harry?

La observó de manera extraña con sus ojos azul claro. Algo que nunca le había visto hacer, pero habían pasado casi dos décadas. La gente cambia. Empezaba a pensar si no habría sido un error ir hasta allí.

—Bien, gracias.

—¿Bien, gracias?

Harry asintió, mordiéndose el labio.

—¿Qué pasa, Harry?

Unas lágrimas repentinas se asomaron a los ojos del abogado.

—¿Harry?

—Maldita sea —dijo este.

—¿Qué?

—Juré que me controlaría. Mira que soy maricón a veces.

Megan se mantuvo a la espera, sin decir nada.

—Es solo que... Creí que estarías muerta.

Megan sonrió, aliviada al comprobar que seguía siendo el mismo sentimental que tan bien recordaba.

—Harry...

Harry hizo una mueca.

—Cuando desapareciste con aquel tío, apareció la poli.

—No desaparecí con aquel tío.

—¿Desapareciste por tu cuenta?

—Algo así.

—Pues los polis querían hablar contigo. Y siguen en las mismas.

—Ya lo sé —dijo Megan—. Por eso he vuelto. Necesito tu ayuda.

Cuando Ámbar Atracción vio por primera vez a la pareja joven y sonriente de pie junto a su puerta, suspiró y meneó la cabeza.

El verdadero nombre de Ámbar era Alice. Lo había utilizado al principio, adoptando el alias artístico de «Alicia Maravillas», pero su nombre de pila facilitaba que la reconociera gente del pasado. Ahora mismo, fuera del horario laboral, llevaba una sudadera holgada bajo la que era imposible que resaltaran los implantes. Se había cambiado los tacones de aguja por unas deportivas. Y se había deshecho, frotando a conciencia, de todo el maquillaje y colocado unas enormes gafas a lo famosa-de-incógnito. No parecía, según ella, la bailarina exótica que en realidad era.

La pareja sonriente parecía recién salida de una conferencia sobre la Biblia. Ámbar se puso en guardia. Conocía el modelo: santurrones. Querrían darle unos folletos y salvarla. Seguro que guardaban alguna muletilla del tipo: «Olvídate del tanga y acuérdate de Jesús»; a lo que ella respondería: «Y ese Jesús, ¿da buenas propinas?».

La rubia sonriente era joven, guapa y de aspecto saludable. Llevaba el pelo recogido en una saltarina cola de caballo como si fuera una *cheerleader*. Vestía un jersey de cuello alto y una falda que, en el club, podría servir para un numerito de colegialas, y hasta lucía calcetines blancos. ¿Pero quién iba vestido así en la vida real?

El guaperas que iba con ella tenía el pelo ondulado de un político en un velero.

Llevaba pantalones de loneta, camisa azul y un jersey atado al cuello por las mangas.

Ámbar no estaba de humor. El dedo le palpitaba y le dolía. Se sentía débil, machacada, vencida. Solo quería entrar en casa y echar de comer a Ralphie. Seguía pensando en la visita de Broome, el poli, y en el desaparecido Carlton Flynn, claro está. Cuando conoció a Carlton, este llevaba una ceñida camiseta negra que ponía: «No soy ginecólogo, pero le echaré un vistazo». Era como si llevara escrita en el pecho la frase: «Ni os acerquéis». Pero la tonta de Ámbar se había reído al leerla. Qué cosa más triste, si se paraba a pensarlo. La chica atesoraba algunas buenas cualidades, pero en cuestión de hombres, parecía tener estropeado el detector de capullos.

A veces —la mayoría—, Ámbar se sentía como si llevara la mala suerte dos pasos detrás, poniéndose a su altura de vez en cuando para darle un toquecito en el hombro y recordarle que ahí seguía ella, su acompañante eterna.

No siempre había sido así. Al principio le encantaba su trabajo en La Crème. Había sido divertido y estimulante eso de la juerga diaria. Y no, Ámbar no había sido objeto de abusos sexuales de niña ni nada parecido, gracias a Dios, pero sí contaba con esa tara que suele encontrarse entre quienes trabajaban en lo suyo. Tenía que reconocerlo: era una perezosa de nacimiento y se aburría con facilidad.

La gente siempre comenta que esa clase de chicas suelen estar dañadas o carecer de autoestima, lo cual es cierto, pero lo básico es que muchas de ellas no muestran el menor interés por un trabajo normal. ¿Para qué? Pensándolo bien, ¿qué alternativas tenía Ámbar a lo que estaba haciendo?

Pensemos en su hermana, Beth. Desde que salió del instituto seis años atrás, Beth recopilaba datos e información para una compañía de seguros. Tomaba asiento cada día en un cubículo apestoso por el que no corría el aire, encendía el ordenador y procedía a introducir Dios sabe qué tipo de asuntos... Hora tras hora, día tras día, año tras año, metida en un cubículo más pequeño que una celda hasta que... ¿Qué?

Para echarse a temblar.

«Francamente —pensaba Ámbar—, prefiero morirme».

A fin de cuentas, esas eran sus dos únicas opciones: o acumular datos relacionados con los seguros en un cubículo enano y maloliente, o pasarse la noche de fiesta, bailando y bebiendo champán.

Difícil elección, ¿verdad?

Pero su trabajo en La Crème no le estaba yendo como había pensado. Había oído decir que era un buen sitio para echarse novios pasables, mejor que Parejas.com, pero lo más parecido que había encontrado a una relación auténtica era lo de Carlton. ¿Y qué había hecho ese? Pues romperle un dedo y amenazar a Ralphie.

Algunas chicas acababan dando con algún ricachón, pero solían ser las más guapas, un colectivo del que Ámbar, nada más mirarse al espejo, supo que no formaba parte. No era muy bonita. Tenía que rebozarse en maquillaje. Las ojeras se le estaban oscureciendo. Necesitaba que le recauchutaran las tetas, y aunque solo tenía

veintitrés años, lucía unas venas varicosas en las piernas que las hacían parecer mapas en relieve.

La rubiales del jersey de cuello alto le dedicó un discreto saludo:

—Señorita, ¿podemos hablar un momento con usted?

Ámbar experimento cierta envidia hacia esa rubia espigada con sonrisa dentífrica. Seguro que el guaperas era su novio. Seguro que la trataba bien, la llevaba al cine y la cogía de la mano en el centro comercial. Dichosos ellos. Vale, eran un par de meapilas, pero parecían felices y saludables, como si no hubiesen conocido la tristeza en toda su vida. Ámbar se jugaría sus magros ahorros a que todas las personas que habían conocido esos dos seguían vivas. Sus padres seguirían felizmente casados y en perfecto estado de salud, igual que ellos, solo que un poco mayores, y jugarían al tenis y celebrarían barbacoas y grandes cenas familiares en las que toda la parentela inclinaría la cabeza para recitar una hermosa oración.

No tardarían mucho en decirle que tenían todas las respuestas a sus problemas, pero Ámbar, sintiéndolo mucho, no estaba de humor para oírlos. Ese día no. El dedo roto le dolía muchísimo. Un madero acababa de amenazarla con enviarla al trullo. Y el sádico de su novio, ese psicópata pueril, estaba desaparecido y, con la ayuda de Dios, tal vez muerto.

Ese chaval tan majo y sonriente dijo:

—Solo necesitamos un momentito de tu tiempo.

Ámbar estaba a punto de decirles que se fueran con viento fresco, pero algo la hizo ceder. Esos dos eran distintos de los habituales meapilas que se plantaban frente a las puertas del club para incordiar a las chicas con citas de los Evangelios. Parecían más... ¿Más del Medio Oeste, tal vez? Más limpios y con los ojos más brillantes. Unos años atrás, la abuela de Ámbar, que en paz descansa, se había enganchado a un telepredicador que peroraba en un infame canal por cable. Echaban una cosa que se llamaba *La hora de la música preciosa*, protagonizada por jóvenes adolescentes que cantaban muy bien, tocaban la guitarra y daban palmas. Esos dos chicos tenían la misma pinta. Como si se acabaran de escapar del coro religioso de algún canal por cable.

—No nos alargaremos —le aseguró la rubia espigada.

Ahí estaban, ante su puerta, precisamente ese día. No en la entrada trasera del club. No berreando sus lemas contra el pecado. Tal vez, después de toda esa destrucción, con el dedo inflamado, los pies doloridos y el resto de su cuerpo incapacitado para dar un paso más, hubiera un motivo para la presencia de esos dos chavales. Igual habían sido enviados para rescatar a Ámbar en su hora más oscura. Como dos ángeles del cielo. ¿Sería posible tal cosa?

Una lágrima perdida recorrió la mejilla de Ámbar. La rubia espigada asintió en su dirección, como si entendiera perfectamente todo aquello por lo que estaba pasando.

«Tal vez —se dijo Ámbar mientras sacaba la llave—, necesito que me salven». Quizás esos dos chicos, por extraño que le pareciese, fueran su pasaje a una vida

mejor.

—Vale —dijo Ámbar, reprimiendo un sollozo—. Podéis pasar. Pero solo un momento, ¿de acuerdo?

Ambos asintieron.

Ámbar abrió la puerta. Ralphie se acercó corriendo hacia ellos, con las uñas rascando el linóleo. A Ámbar se le partió el corazón al oírlo. Ralphie: lo único bueno, amable y cariñoso de su vida. Se inclinó para que el perro le saltara encima. Se rio entre sollozos y rascó unos segundos a Ralphie en ese sitio que le gustaba, por detrás de las orejitas, para incorporarse a continuación.

Se volvió hacia la rubia espigada, que seguía con la sonrisa puesta.

—Qué perro tan bonito —dijo esta.

—Gracias.

—¿Lo puedo acariciar?

—Claro.

Ámbar se volvió hacia el guaperas, que también le sonreía. Pero era una sonrisa extraña. Una sonrisa como ida.

El guaperas seguía sonriendo cuando convirtió la mano en un puño. Sin dejar de sonreír, dobló hacia atrás hombros y caderas para atizarle a Ámbar en toda la cara con todas sus fuerzas.

Mientras Ámbar se desplomaba sobre el suelo, la sangre brotándole de la nariz y los ojos prácticamente en blanco, lo último que oyó fueron los quejidos lastimosos de Ralphie.

Broome colgó el auricular. Seguía tratando de analizar —citando a los locutores locales— «la última y sorprendente novedad».

Goldberg preguntó:

—¿Quién era?

Broome no se había percatado de que Goldberg estuviera al quite:

—Harry Sutton.

—¿El picapleitos?

—¿«Picapleitos», dices? —Broome frunció el ceño—. ¿Te crees que estamos en 1958? Ya nadie llama «picapleitos» a los abogados.

—No te salgas por la tangente —dijo Goldberg—. ¿Esto tiene algo que ver con Carlton Flynn?

Broome se puso en pie, con el pulso disparado.

—Podría ser.

—¿Y bien?

¿Algo que ver con Carlton Flynn? Tal vez. ¿Algo que ver con Stewart Green? Seguro.

Broome seguía repasando mentalmente la conversación. Tras diecisiete años de búsqueda, Harry Sutton aseguraba tener delante a Cassie, la *stripper* que desapareció con Stewart Green. Estaba en su despacho ahora mismo —así de fácil—, como caída del cielo. No resultaba nada sencillo de asumir.

Con la mayoría de los abogados, Broome daría por sentado que era todo una engañifa. Pero Harry Sutton, pese a los delirios de su vida privada —los acumulaba a toneladas— nunca le haría algo así. Y tampoco ganaba nada mintiéndole.

—Luego te lo cuento —dijo Broome.

Goldberg se puso en jarras e intentó parecer más duro de lo que era.

—No, me lo cuentas ahora.

—Puede que Harry Sutton haya localizado a un testigo.

—¿Qué testigo?

—Me ha pedido discreción.

—¿Que te ha pedido qué?

Broome no se molestó en contestarle. Siguió adelante y tomó las escaleras, consciente de que Goldberg, un hombre que se agotaba alcanzando cualquier cosa que no fuese un bocadillo, no lo iba a seguir. Cuando llegó al coche, le sonó el móvil y vio que se trataba de Erin.

—¿Dónde estás? —le preguntó ella.

—Me dirijo a ver a Harry Sutton.

Erin había sido su compañera de trabajo durante veintitrés años, hasta jubilarse el anterior. Y también era su exmujer. Broome la puso al corriente de la repentina reaparición de Cassie.

—Caramba —comentó Erin.

—Pues sí.

—La escurridiza Cassie —dijo Erin—. Llevas mucho tiempo buscándola.

—Diecisiete años.

—Igual encuentras algunas respuestas.

—Confiemos en ello. ¿Me llamas por algo en concreto?

—El vídeo de vigilancia de La Crème.

—¿Qué le pasa?

—Tal vez haya encontrado algo —apuntó Erin.

—¿Quieres que me acerque cuando acabe con Sutton?

—Vale, así tendré tiempo para cepillarme todo esto. Y de paso, podrás informarme sobre tu encuentro con la escurridiza Cassie.

Broome no se pudo resistir.

—¿Erin?

—¿Qué?

—Has dicho «cepillarme». Je, je, je.

—¿En serio, Broome? —gruñó Erin—. ¿Pero cuántos años tienes?

—Antes te hacían gracia esas cosas.

—Antes había muchas cosas que me hacían gracia —dijo ella, puede que con cierto tono de tristeza—. Pero ha pasado mucho tiempo.

Más razón que un santo.

—Te veo dentro de un rato, Erin.

Broome se deshizo de los recuerdos de su ex y pisó a fondo el acelerador. Al cabo de unos minutos, golpeaba con los nudillos el vidrio esmerilado. Desde el interior, una voz profunda respondía: «¡Adelante!».

Abrió la puerta y se coló en la habitación. Harry Sutton parecía un respetable profesor universitario venido a menos. Broome recorrió con la vista todo el cuarto. Allí no había nadie más que Harry.

—Me alegro de verte, inspector.

—¿Dónde está Cassie?

—Toma asiento.

Broome obedeció.

—¿Dónde está Cassie?

—Aquí no, por el momento.

—Vale, de eso ya me he dado cuenta.

—Gracias a tu entrenamiento policial...

—Me halagas —ironizó Broome—. ¿Qué está pasando aquí, Harry?

—No anda lejos. Y quiere hablar contigo. Pero antes, hay que establecer ciertas reglas.

Broome adoptó una expresión fatalista.

—Te escucho.

—En primer lugar, todo esto es *off the record*.

—¿*Off the record*? ¿Por quién me tomas, Harry, por un periodista?

—No, te considero un poli bueno, aunque algo desesperado. *Off the record* significa lo que significa. Que no puedes tomar notas. Que no puedes incorporar esto al archivo. En teoría, tú nunca llegaste a hablar con ella.

Broome le dio unas vueltas.

—¿Y si te digo que no?

Harry Sutton se puso en pie y le extendió la mano.

—Ha sido un placer volver a verte, inspector. Que tengas un buen día.

—Vale, vale, ahórrame la comedia.

—Por supuesto —dijo Harry con una sonrisa radiante—. Pero si me das la oportunidad de hacer de histrión, la aprovecho.

—O sea, que *off the record*. Tráela aquí.

—Faltan algunas reglas.

Broome permaneció a la espera.

—Lo de hoy es una exclusiva irrepetible. Cassie hablará contigo en mi despacho. Responderá a tus preguntas en mi presencia y con su mejor voluntad. Luego, volverá a desaparecer. Y tú se lo permitirás. No intentarás averiguar su nuevo nombre o su actual identidad... Y, lo que es más importante, no tratarás de encontrarla después de esta reunión.

—¿Tú confías en que vaya a hacer algo así?

—Sí.

—Ya veo —dijo Broome, removiéndose en el asiento—. Supon que la creo culpable de un delito.

—No será así.

—Pero imagínatelo.

—Me cuesta. Cuando acabe de hablar contigo, se irá a casa. Y tú no volverás a verla.

—Pues supón que, después de investigar un poco más, doy con algo nuevo que necesito consultarle.

—Misma respuesta: me cuesta suponer algo parecido.

—¿Y no podré venir a verte?

—Podrás. Y si puedo, te ayudaré. Pero ella no se compromete a nada.

Broome podría seguir discutiendo, pero lo cierto es que carecía de baza alguna. Además, él era de los que preferían un pájaro en mano, partidario de que a caballo regalado, no le mires el dentado. El día anterior no tenía la menor pista acerca del paradero de Cassie. Y ahora, si no les tocaba demasiado las narices a ella ni a Harry, iba a poder mantener una conversación con esa mujer.

—De acuerdo —dijo—. Acepto todas tus reglas.

—Maravilloso. —Harry Sutton cogió el móvil y añadió—: ¿Cassie? Todo en orden. Ya puedes subir.

Al jefe adjunto Goldberg ya le importaba todo un rábano.

Estaba a un año de jubilarse con pensión completa, pero no bastaba. En absoluto. Si Atlantic City era un sumidero, lo era en cualquier caso de los caros. Estaba hasta las narices de pasarle una pensión a su exmujer. Su actual amiga, Melinda, una estrella porno de veintiocho años (siempre eran estrellas porno, observaba Goldberg, nunca actrices a secas, e incluso, en el caso de Melinda, «la jovencita del trío»), lo estaba dejando seco (en todos los sentidos). Pero, joder, valía la pena.

Conclusión: explícalo como quieras, pero el caso es que Goldberg era un poli corrupto.

En general, podía justificarlo bastante bien. Los malos eran, para él, como esa bestia mitológica a la que le cortabas los brazos y le volvían a crecer: te cargabas a un canalla y surgía otro de inmediato. O sea, que más valía diablo conocido —al que pudieras controlar de algún modo y que no se cargara a ciudadanos respetables y te untara a conciencia— que diablo por conocer. Total, sacar la mierda de esa ciudad era como vaciar el océano con una cuchara. Goldberg contaba con un millón de posibles explicaciones.

Pero bajo estas circunstancias, justificarse resultaba aún más fácil: el tío que le pasaba los *Ben Franklins* parecía estar, por lo menos en apariencia, del lado de los ángeles.

Así pues, ¿por qué dudaba Goldberg?

Marcó el número. Descolgaron al tercer tono.

—¡Buenas tardes, señor Goldberg!

Motivo uno para sus dudas: la voz de ese tío le ponía los pelos de punta. El hombre —parecía realmente joven— siempre se mostraba educadísimo y hablaba entre signos de admiración, como si ensayara para algún musical de los viejos tiempos. Y el sonido de su voz le congelaba la sangre a Goldberg. Pero aún había algo más.

Corrían ciertos rumores sobre ese tío. Historias de violencia y depravación protagonizadas por él y su socia; historias de esas que hacen que los adultos —hombres grandes, duros, bregados y curados de espanto como Goldberg— sufran insomnio nocturno y se suban las mantas hasta las orejas.

—Sí —dijo Goldberg—. Hola.

Aunque los rumores fuesen exagerados, aunque solo fuera cierta la cuarta parte de los susurros, Goldberg se había metido en algo de lo que no quería formar parte. De todos modos, lo mejor sería coger el dinero y largarse. En cierta medida, ¿qué otra opción le quedaba? Si intentaba darse de baja o devolver el dinero, puede que esa voz al otro extremo de la línea rugiese de ira.

Dijo la voz:

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Goldberg?

Al fondo, Goldberg oía un ruido que le estaba poniendo los pelos como escarpías.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó.

—Oh, nada de lo que deba preocuparse, señor Goldberg. ¿Qué quería decirme?

—Puede que tenga otra pista.

—¿Puede?

—Es que no estoy seguro del todo.

—¿Señor Goldberg?

—¿Sí?

¿Pero qué coño era ese ruido de fondo?

—Por favor, cuénteme lo que sepa.

Ya les había filtrado todo lo posible sobre la desaparición de Carlton Flynn. ¿Por qué no? Su socia y él también estaban interesados en encontrar al desaparecido, y no pagaban nada mal.

Lo último que Goldberg había filtrado era lo que le había contado Broome: que Carlton Flynn tenía una novia *stripper* que trabajaba en La Crème.

Se oían quejidos de fondo.

—¿Tiene usted un perro? —preguntó Goldberg.

—No, señor Goldberg, no lo tengo. Bueno, ¡de pequeño tuve al mejor perro del mundo! Se llamaba Ginger Snaps. Gracioso, ¿verdad?

Goldberg no dijo nada.

—Lo noto algo reticente, señor Goldberg.

—Jefe adjunto Goldberg.

—¿Quiere que nos veamos, jefe adjunto Goldberg? Podríamos hablar del asunto en su casa, si le apetece.

A Goldberg le dejó de latir el corazón.

—No, no hace falta.

—¿Pues qué me puede contar, jefe adjunto Goldberg?

El perro seguía chillando. Pero ahora, a Goldberg le parecía oír también otro ruido, puede que otro quejido, o algo peor, por debajo del primero: un ruido espantoso de un dolor tan inhumano que, paradójicamente, solo podía provenir de un ser humano.

—¿Jefe adjunto Goldberg?

Tragó saliva y se lanzó a la piscina.

—Hay un abogado llamado Harry Sutton...

Se abrió la puerta del despacho de Harry Sutton y apareció Cassie.

Tenía el mismo aspecto de siempre, más o menos.

Eso es lo primero en lo que reparó Broome. Por aquel entonces, apenas la había tratado, la conocía de verla en el club, y por eso la recordaba. El pelo le había cambiado de color con el paso de los años —antes era más bien rubia platino, si mal no recordaba—, pero eso era prácticamente todo.

Cabía preguntarse cómo era posible que, sin haber cambiado gran cosa, Broome hubiese sido incapaz de dar con ella durante los últimos diecisiete años. Pero la verdad era que esfumarse no resulta tan difícil como pueda parecer. En los viejos tiempos, ni siquiera Rudy sabía su nombre auténtico. Broome había acabado por descubrirlo: Maygin Reilly. Pero eso era todo. Se había hecho con un nuevo carné de identidad, y aunque fuese lo que se conoce en el argot como una «persona de interés», no lo era tanto como para pedir una orden de arresto a nivel nacional, ni tampoco para protagonizar un episodio de *Los más buscados*.

También había cambiado en otro aspecto: ahora parecía más adinerada y más —a falta de un término mejor— normal. Por regla general, podías vestir a una *stripper* con ropa cómoda, pero seguía siendo una *stripper*. Y lo mismo podía decirse del jugador, del bebedor y hasta del policía. Pero Cassie parecía la típica madre de las afueras. Algo más divertida que las demás, tal vez. La que siempre estaba dispuesta a pasar un buen rato, la que coqueteaba cuando le daba por ahí, la que se te pegaba demasiado en las fiestas del barrio si llevaba unas copas de más. Aunque, al cabo, seguía siendo la clásica mamá de las afueras.

Se sentó a su lado y lo miró a los ojos.

—Me alegro de volverte a ver, inspector.

—Debería decir lo mismo. Te he estado buscando, Cassie.

—Eso he oído.

—Diecisiete años.

—Somos casi como Vahean y Javert —dijo ella.

—Como en *Los miserables*.

—¿Has leído a Victor Hugo?

—No —reconoció Broome—, pero mi exmujer me arrastró a ver el musical.

—No sé dónde está Stewart Green —declaró ella.

Bien, se dijo Broome. Estaba saltándose los preliminares.

—Supongo que eres consciente de que desapareciste al mismo tiempo que él, ¿no?

—Sí.

—Cuando ambos os esfumasteis, os estabais viendo, ¿verdad?

—No.

Broome puso cara de incredulidad.

—Pues a mí me dijeron que sí.

Megan le dedicó una media sonrisa, gracias a la cual, Broome pudo entrever a la sensual muchacha de antaño.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo en Atlantic City, inspector?

Broome asintió, consciente de la intención de la pregunta.

—Cuarenta años.

—Pues ya sabes cómo va esto. Yo no era una prostituta. Trabajaba en los clubes y me lo pasaba bien. Y sí, durante un tiempo, Stewart Green formó parte de la diversión. Una pequeña parte. Pero él mismo acabó cargándose.

—¿Cargándose qué? ¿La diversión?

—Todo —dijo ella, y apretó los labios—. Stewart Green era un psicópata. Me acosaba. Me pegaba. Y amenazó con matarme.

—¿Por qué?

—¿No te acabo de decir que era un psicópata?

—¿Ahora eres psiquiatra, Cassie?

Nueva media sonrisa.

—No hace falta ser psiquiatra para distinguir a un psicópata. Como tampoco hace falta ser poli para reconocer a un asesino.

—Ahí me has dado —dijo Broome—. Pero si Stewart Green estaba tan loco... En fin, consiguió engañar a mucha gente.

—Todos somos distintos con diferentes personas.

Broome frunció el ceño.

—Eso es un tópico, ¿no crees?

—Lo es —reconoció Megan, mientras parecía pensar en algo—. Una vez, escuché a un tipo que le daba un consejo a un amigo que salía con una chica aparentemente normal, pero que, bueno, en el fondo era una persona profundamente herida. ¿Sabes a qué me refiero?

—Lo sé.

—El caso es que el tío le dijo a su compadre: «Más te vale no abrir esa lata enorme de chaladura».

A Broome le gustó el comentario:

—«Más te vale no abrir esa lata enorme de chaladura».

—En cuanto a Green, al principio parecía muy majó. Pero se obsesionó. Les pasa a algunos, creo. Yo siempre me las había apañado para librarme de ellos. Pero con él no podía. Mira, me he leído todos esos artículos que salieron tras su desaparición: que si era un magnífico padre de familia, que si su mujer tuvo cáncer y él la cuidó amorosamente, que si tenía críos pequeños... Y en mi círculo de trabajo, como comprenderás, yo ya había visto de todo; no juzgaba a los hombres casados que venían a desfogarse o a... lo que fuese. Las tres cuartas partes de los tíos que venían al club estaban casados. Y ni siquiera los considero unos hipócritas: un hombre puede estar enamorado de su esposa y, aun así, querer un poco de diversión extra, ¿no?

Broome se encogió de hombros.

—Supongo.

—Pero Stewart Green no era de esos. Era un sujeto violento. Y estaba loco. Aunque yo no sabía hasta qué punto.

Broome cruzó las piernas. Lo que Cassie le estaba contando sobre las palizas y la violencia se parecía mucho a la descripción que le había facilitado Ámbar de Carlton Flynn. ¿Otra conexión, tal vez?

—¿Y qué pasó? —inquirió.

Por primera vez, a Cassie se la vio incómoda. Le lanzó una mirada a Harry Sutton. Las manos de Harry descansaban sobre el estómago y mantenía los dedos entrecruzados. Le dijo que sí con la cabeza. Ella se miró las manos.

—¿Conoces las viejas minas en ruina de Wharton?

Las conocía. Estaban a unos quince o veinte kilómetros de Atlantic City, donde empezaban los Pine Barrens.

—Yo iba por allí a veces. Después del trabajo, o siempre que necesitaba desconectar.

«Desconectar», pensó Broome, apañándose las manos para permanecer impasible. Una mentira. ¿La primera? No podía estar seguro. Estaba a punto de hacerle la pregunta obvia: ¿Por qué estabas ahí en realidad? Pero de momento lo dejó correr.

—El caso es que una noche (bueno, mi última noche en esta ciudad), andaba yo por el parque, junto a las ruinas. Estaba muy distraída, supongo. Stewart se estaba saliendo de madre y yo no sabía muy bien cómo afrontar la situación. Lo había intentado todo para quitármelo de encima.

Broome le hizo la misma pregunta que a Ámbar:

—¿No tenías un novio o algo parecido?

Cassie amagó una mueca involuntaria.

—No.

¿Otra mentira?

—¿Nadie a quien pedir ayuda? ¿Qué me dices de Rudy o de algún amigo del club?

—Mira, las cosas no funcionaban así. En mi caso, al menos. Yo me cuidaba de mí misma. Puede que la gente pensara que la cosa me superaba, pero yo ya era mayor. Podía controlarlo todo.

Bajó la vista.

—¿Qué ocurrió, Cassie?

—Se me hace raro. Que alguien me llame así, Cassie.

—¿Prefieres Maygin?

Sonrió.

—Lo has descubierto, ¿eh? No. Sigue llamándome Cassie.

—Vale. Te estás yendo por la tangente, Cassie.

—Ya lo sé —dijo ella. Respiró hondo y volvió a lanzarse a la piscina—: Estaba

empezando a impacientarme por encontrar una manera de librarme de Stewart, así que un par de días antes, le lancé la gran bomba. O lo amenacé con ello. Vamos a ver, nunca lo habría hecho. Pero pensé que con la amenaza bastaría.

Broome ya tenía bastante claro adonde pensaba ir a parar, pero se mantuvo a la expectativa.

—Bueno, el caso es que le dije a Stewart que si no me dejaba en paz, se lo contaría todo a su mujer. La verdad es que nunca lo habría hecho. Cuando sueltas una bomba así, la radiactividad te acaba alcanzando. Pero, como te decía, suele bastar con el amago.

—Pero no en este caso —apuntó Broome.

—No. —La mujer volvió a sonreír, aunque sin alegría alguna—. Parafraseando al tío que le advertía a su amigo, no tuve en cuenta lo que pasaría si abría «esa lata enorme de chaladura».

Broome miró a Harry Sutton, que estaba inclinado hacia delante y con el rostro lleno de preocupación.

—¿Qué ocurrió cuando lo amenazaste? —preguntó Broome.

Megan notó cómo le brotaban las lágrimas. Las contuvo a base de parpadeos. Su voz, cuando la hubo recuperado, era muy baja:

—Algo muy malo. Silencio.

—Podrías haber recurrido a mí —apuntó Broome.

Pero ella no dijo nada.

—Podrías haberlo hecho. Antes de amenazarlo con la bomba.

—¿Y qué habrías hecho exactamente, inspector?

Ahora fue él quien no abrió la boca.

—Vosotros, los polis, siempre nos defendéis a nosotras, las furcias, frente a los ciudadanos respetables, ¿verdad?

—Eso no es justo, Cassie. Si te estaba haciendo daño, podrías habérmelo dicho.

Ella negó con la cabeza.

—Puede que sí, puede que no. Pero veo que no lo coges. Estaba loco de remate. Me dijo que si me iba de la lengua, me torturaría con un soplete hasta que le dijese dónde vivían mis amigos, y que después de acabar conmigo, también se los cargaría a ellos. Y yo lo creí. Después de lo que vi en sus ojos (después de lo que me hizo), me lo creí todo.

Broome hizo una pausa. Y luego, preguntó:

—¿Y qué hiciste?

—Decidí que tal vez debía largarme por un tiempo. Ya sabes, desaparecer un mes o dos. Se cansaría de mí, seguiría con su vida, volvería con su mujer, lo que fuese. Pero hasta eso me daba miedo. Yo no sabía lo que era capaz de hacer si me iba sin su permiso.

Se interrumpió. Broome le concedió unos instantes. Luego, volvió a la carga:

—¿Has dicho que estabas en el parque?

Ella asintió.

Broome esperó. Cuando ella había entrado en el despacho —joder, cuando recordabas cómo había sido en los viejos tiempos...—, irradiaba calma y confianza. Ya no quedaba nada de eso. Megan se miró las manos, juntándolas en el regazo.

—Yo me encontraba en aquel sendero —dijo—. Estaba oscuro. Y yo, más sola que la una. Y de repente, escuché algo a lo lejos. Algo que provenía de la espesura.

Se interrumpió y agachó la cabeza. Broome intentó que reemprendiera el relato con suavidad:

—¿A qué sonaba?

—A frotación —dijo ella—. Como si se tratara de un animal. Pero entonces el ruido se amplificó. Y escuché a alguien (una persona) gritar.

Volvió a callarse y miró hacia otro lado.

—¿Y qué hiciste a continuación? —le preguntó el policía.

—Estaba desarmada. Y sola. Quiero decir, ¿qué podía hacer? —Lo miró como si esperara una respuesta por su parte. Al no obtenerla, añadió—: Al principio, me limité a reaccionar de la manera más previsible: eché a correr. Pero pasó algo que me detuvo.

—¿El qué?

—Todo quedó en silencio. Como si alguien hubiese apagado un interruptor. Silencio absoluto. Me mantuve a la espera unos segundos. Pero no pasaba nada. Lo único que podía oír era mi propia respiración. Me fui hasta una roca enorme y la rodeé lentamente, hacia donde había oído antes los ruidos. Cuando acabé de dar la vuelta, él estaba allí.

—¿Stewart Green?

Megan asintió.

Broome tenía la boca reseca.

—¿Cuándo dices que «estaba allí»...?

—Tumbado de espaldas. Con los ojos cerrados. Me agaché para tocarlo. Estaba cubierto de sangre.

—¿Stewart?

Ella asintió.

Broome creyó que se le caía el alma a los pies.

—¿Estaba muerto?

—Eso pensé.

Broome adoptó un tono impaciente:

—¿Qué quieres decir con lo de que «eso pensé»?

—No soy ni médico ni psiquiatra —se rebotó ella—. Solo te puedo contar lo que me pareció. Creí que estaba muerto. Pero no le tomé el pulso ni nada parecido. Ya me había manchado con su sangre y me estaba volviendo loca. Todo era muy extraño. Por un momento, todo se hizo más lento y yo casi me sentí feliz. Ya sé que suena fatal, pero lo odiaba. No te imaginas cuánto. Y mi problema... en fin... había dejado

de existir. Stewart estaba muerto. Pero enseguida se me pasó la euforia. Me di cuenta de lo que iba a ocurrir, y haz el favor de no decirme que estoy siendo injusta. Podía ver, prácticamente con exactitud, cómo iban a suceder las cosas. Yo me iría corriendo en busca de una cabina telefónica (en esa época no había móviles, ¿recuerdas?), os llamaría y vosotros, los polis, indagaríais en el asunto y descubriríais que él me estaba acosando, y cosas peores. Pero entonces todo el mundo diría que se trataba de un intachable padre de familia llevado a la perdición por una puta y... Bueno, tú ya me entiendes. Así que salí pitando. Eché a correr y nunca volví la vista atrás.

—¿Adónde fuiste?

Harry Sutton soltó una tosecilla.

—Irrelevante, inspector. Para ti, la historia se acaba aquí.

Broome se lo quedó mirando.

—Estás de broma, ¿no?

—Hicimos un trato.

Intervino Cassie:

—Es la verdad, inspector.

Estaba a punto de pedirle que volviera a ella —de decirle que no, que en el mejor de los casos, se trataba de una verdad parcial—, pero no quería ahuyentarla. Intentó sonsacarle algunos detalles para descubrir algo más y llegar a algunas conclusiones. Básicamente, quería saber cuan malherido (si no muerto) estaba Stewart Green; pero si allí había algo más que rascar, él no lo estaba logrando.

Finalmente, Harry Sutton dijo:

—Creo que ya has descubierto todo lo posible, inspector.

¿Ah, sí? A fin de cuentas, ¿qué había descubierto? Se sentía tan perdido como antes, o quizás algo más. Broome pensó en los demás hombres, en las conexiones, en todos aquellos tipos desaparecidos. ¿Habían sido asesinados? ¿O solo los había herido alguien que luego se había dado a la fuga? Stewart Green había sido el primero. De eso, Broome estaba bastante seguro. ¿Acaso se recuperó del ataque y...?

¿Y qué?

¿Dónde coño estaba? ¿Y cuál era su relación con Carlton Flynn y los demás?

Cassie se puso en pie. Broome la siguió con la mirada.

—¿Por qué? —le preguntó.

—¿Por qué, qué?

—Podrías haberte mantenido oculta, con tu nueva vida a salvo —miró a Harry Sutton, y luego a ella de nuevo—: ¿Para qué volver?

—Tú eres Javert, ¿recuerdas? —dijo ella—. Y llevas años tras de mí. Al final, Javert y Valjean tienen que encontrarse.

—¿Y tú has decidido controlar el momento y el lugar?

—Mejor eso que verte aparecer ante la puerta de mi casa, ¿no?

Broome negó con la cabeza.

—No me lo trago.

Ella se encogió de hombros.

—Tampoco me preocupa mucho.

—O sea, que eso es todo, ¿verdad, Cassie? ¿Ya has terminado?

—No sé si te sigo.

Vaya que sí. Él podía verlo en sus ojos.

—¿Y ahora, qué? ¿Vuelves a tu vida ordenada? —le preguntó—. ¿Te has quedado descansada? ¿Ya tienes todo lo que querías?

—Yo creo que sí —dijo ella—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

Intenta invertir los roles, se dijo Broome. Está a la defensiva.

Pero la verdadera pregunta era «¿por qué?». Le hizo un gesto para que siguiera adelante.

—¿Qué vas a hacer con esta información? —preguntó ella.

—Añadirla a la que ya tengo y tratar de llegar a alguna conclusión.

—¿Alguna vez le contaste a la mujer de Stewart Green la verdad sobre él?

—Depende de a qué verdad te refieras.

—Déjate de juegos semánticos, inspector.

—De acuerdo. Hasta ahora, solo había oído rumores acerca de Stewart Green. No sabía nada con certeza.

—Ahora que ya lo sabes, ¿se lo contarás a su mujer?

Broome se tomó su tiempo para responder:

—Creo que contribuirá de algún modo a averiguar qué pudo ocurrirle, sí. Y algo le diré a ella. Pero no soy un detective privado contratado para sacarle los trapos sucios al tipo en cuestión.

—Quizás a ella le ayude a tirar adelante.

—O puede empeorar las cosas —dijo Broome—. Lo mío es resolver crímenes. Y punto.

—Suenan razonable —dijo Cassie, asintiendo, mientras agarraba el pomo de la puerta—. Buena suerte con el caso.

—Eh... Antes de que te vayas...

La mujer se detuvo.

—Hay un tema que no hemos acabado de tratar, con todas las referencias tan ingeniosas a Víctor Hugo.

—¿Cuál?

Broome sonrió.

—El momento elegido para este encuentro.

—¿Qué le pasa?

—¿Por qué ahora? ¿Por qué, al cabo de diecisiete años, decides reaparecer precisamente ahora?

—Ya lo sabes.

Broome negó con la cabeza.

—No, no lo sé.

Cassie miró a Harry en busca de consejo, pero este se encogió de hombros.

—Sé que ha desaparecido otro.

—Ya. ¿Y cómo te has enterado?

—Viendo el telediario.

Otra mentira.

—¿Y qué? ¿Ves alguna relación entre lo que le pasó a Stewart Green y lo que le ha ocurrido a Carlton Flynn?

—¿Aparte de lo evidente? —dijo ella—. No, la verdad es que no.

—¿Pero lo de ahora te ha recordado lo de hace tiempo? ¿Te lo ha traído a la memoria, en cierta medida?

—No es tan sencillo. —Volvió a mirarse las manos. Broome se percataba ahora de que había llevado un anillo de boda en el dedo anular. Podía ver la marca blanca en el dedo bronceado. Ella se lo había quitado para la reunión, probablemente, y se sentía incómoda sin él. Eso explicaba todo el frotamiento de manos—. Lo que pasó esa noche..., Lo cierto es que nunca lo he olvidado. Me escapé. Cambié de nombre. Me construí una vida nueva. Pero esa noche me siguió a todas partes. Y aún lo hace. Supongo que me he dicho que, tal vez, haya llegado el momento de dejar de huir. Que ya era hora de enfrentarse a ella de una vez por todas.

Todo el mundo los llamaba Ken y Barbie.

Y por cuestiones de seguridad —y porque las identidades secretas gustaban lo suyo—, también ellos empezaron a llamarse de esa misma manera.

El dedo roto de Ámbar había hecho que ese encargo en concreto resultara ridículamente fácil y falto de alicientes. Barbie se había quedado un tanto decepcionada. Con lo bien que se le daba extraer información. Y lo creativa que era. Tenía una plancha nueva con la punta más afilada, capaz de alcanzar más de mil grados Fahrenheit, y se moría de ganas por probarla.

Pero la creatividad requería improvisación. Ken reparó enseguida en que Ámbar tenía un dedo roto que le dolía muchísimo. ¿Por qué no aprovecharlo?

Después de que él le pegara a Ámbar en la cara, Barbie cerró la puerta y pasó el pestillo. Ámbar yacía sobre su espalda, sujetándola nariz. Ken le plantó una de sus zapatillas Keds en el pecho, justo entre las enormes y falsas tetas, clavándola un poco más al suelo. Tiró de su mano derecha hacia el techo. Ámbar gritó de olor.

—No pasa nada —le dijo él, como para calmarla. Utilizando el pie como palanca, Ken tiró del brazo de Ámbar y ego la atrapó en una llave de codo. No podía moverse. La mano del dedo roto quedaba totalmente a la vista y era de lo más vulnerable. Ken asintió en dirección a Barbie.

Barbie sonrió y se rehízo la cola de caballo. A Ken le encantaba mirarla: el modo en que recogía con la mano su propio pelo, el modo en que se lo arreglaba, el modo en que dejaba al descubierto ese cogote tan suave... Barbie se acercó al dedo de Ámbar y procedió a su estudio.

En primer lugar, le dio un papirotazo con su propio dedo medio. No muy fuerte. Solo una prueba rutinaria. Pero se le iluminaron los ojos cuando Ámbar chilló de dolor. Lentamente, Barbie envolvió el dedo roto con cuatro de los suyos, convirtiendo la mano en un puño. Ámbar gimió. Barbie hizo una pausa mientras esbozaba una sonrisa. El perro, Ralphie, intuyendo tal vez lo que iba a pasar, se retiró al rincón más lejano a quejarse. Barbie miró a Ken. Ken también sonreía. Ella le dijo que sí con la cabeza.

—Por favor —dijo Ámbar, bañada en lágrimas—. Por favor, decidme qué queréis.

Barbie le dedicó una sonrisa. A continuación, sin avisar, le torció el dedo roto de tal manera que le acabó rozando la muñeca. Ken estaba preparado. Levantó el pie del pecho de Ámbar para colocárselo en la boca y acallar así su largo y escalofriante berrido. Barbie volvió a hacerse con el dedo. Se puso a retorcerlo adelante y atrás, como si fuese el mando de uno de esos espantosos videojuegos o, tal vez, algo que se había quedado atrapado en el barro y que no había manera de sacar.

El hueso partido se acabó rompiendo y atravesando la piel y el vendaje.

Entonces —y solo entonces— le preguntaron a Ámbar por el paradero de Carlton

Flynn.

Pero ahora, al cabo de cuarenta minutos, tras sacarla del desmayo un par de veces, estaban convencidos de que la chica no lo sabía. En realidad, ya lo intuían mucho antes, pero Ken y Barbie no habrían alcanzado su posición actual de no ser tan meticulosos.

Habían recogido, eso sí, cierta información que podía ser de utilidad. Cuando el dolor se le hizo excesivo —cuando perdió temporalmente la cordura—, Ámbar empezó a soltar un torrente delirante de palabras. Hablaba de su infancia; de su hermana, Beth; de haber pensado que ellos, Ken y Barbie, eran ángeles enviados en su ayuda. Les habló de un poli llamado Broome y de su jefe, un tal Rudy, así como de otras personas del club. Les habló de Carlton Flynn, de que era el que le había roto el dedo, de que no había aparecido la última noche.

Pero, lamentablemente, no sabía dónde se encontraba ahora Carlton Flynn.

Ámbar yacía en el suelo como si de una muñeca rota se tratara. Farfullaba incoherencias para sí misma. Barbie estaba acariciando a Ralphie, el perrito, tratando de tranquilizarlo. Le sonrió a Ken, y este sintió cómo se le encendía todo el cuerpo.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó él.

—En la lista de canciones.

No le sorprendió. Barbie era muy perfeccionista.

—¿Qué pasa con la lista?

—Por favor, intenta ser ecléctico —dijo ella.

—Así lo haré.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Barbie suspiró y, una vez más, se volvió a recoger la cola de aballo.

—Creo que deberíamos empezar el espectáculo con *Let the River Flow*, y luego pasar a *What Color is God's Skin*.

Ken sopesó la propuesta.

—¿Y cuándo introducimos *Freedom isn't Free*?

—Justo antes del final.

—Eso es muy tarde.

—Yo creo que funcionará.

—Solo funcionará —matizó Ken— si metemos palmas en la coreografía.

Barbie frunció el ceño.

—Ya sabes lo que pienso de las palmas.

Ken y Barbie eran monitores en Camp SunLit. La T final tenía forma de cruz. Ahí fue donde se conocieron y... conectaron. Ah, pero no de esa manera. Fue todo de lo más decente. De hecho, ambos habían prestado juramento de castidad, algo que, según Ken, les daba disciplina y los ayudaba a concentrar sus energías.

Ken había sido prácticamente una celebridad en el campamento: por eso se esforzó Barbie en conocerlo y ser su amiga. El año anterior, Ken había formado parte,

como cantante, del súper exclusivo grupo Viva la Gente, que actuaba por todo el mundo en nombre de la famosa organización de liderazgo. No fue amor a primera vista, pero sí se dio una atracción inmediata: hubo algo muy profundo que los atrajo mutuamente. Ambos lo notaron. Ninguno sabía en qué consistía... Hasta que otro monitor, llamado Doug Waites, se cruzó en su camino.

Waites era un monitor sénior y estaba a cargo de los chavales de entre diez y doce años. Una noche, después de que los campistas hubiesen sido enviados a la cama y de las plegarias nocturnas, Barbie recurrió a Ken en busca de ayuda. Waites no la dejaba en paz, le explicó. No paraba de invitarla a salir. Le hablaba de manera inapropiada y la trataba de un modo que a ella se le antojaba poco respetuoso.

Al escuchar esto, a Ken se le convirtieron las manos en puños.

Cuando Barbie acabó de explicarle las transgresiones de Waites, Ken le hizo una sugerencia. Le dijo que la siguiente vez que Waites la invitara a salir, lo citara en un rincón apartado del bosque, a una hora convenida. A Barbie se le encendieron los ojos de una manera que Ken llegaría a adorar.

Dos noches después, tras las plegarias de la hora de irse a la cama, cuando los campistas ya dormían profundamente, Doug Waites llegó a ese rincón alejado del bosque en el que se suponía que había quedado con Barbie. A partir de ese momento, Ken se hizo cargo del asunto mientras Barbie, fascinada, lo observaba todo como bajo un hechizo. Siempre le había atraído el dolor. Durante una excursión adolescente por Florencia, recordaba haber visitado el Duomo, la famosa catedral del centro de la ciudad. En la cúpula había unos frescos que mostraban tremebundas escenas del infierno. Allí, en una iglesia consagrada donde no te dejaban llevar pantalones cortos o vestidos sin mangas, había personas desnudas —pecadores— a las que les insertaban atizadores ardientes por el recto y otras partes pudendas. Tal cual. A la vista de cualquier turista. La mayoría de las chicas se habían sentido asqueadas. Pero algunas, como Barbie, no podían apartar la vista. La agonía en los rostros de esos pecadores la atraía, la cautivaba, la hacía vibrar.

Cuando Ken desató por fin a Doug Waites, le hizo una sencilla advertencia:

—Si llegas a comentar esto con alguien, volveré a por ti y todo será mucho peor.

Durante los siguientes dos días, Doug Waites no abrió la boca en absoluto. Al tercer día, se lo llevaron. Ni Ken ni Barbie volvieron a saber nada de él.

Siguieron ejerciendo de monitores, disciplinando a alguien de vez en cuando, siempre que surgía la necesidad: un chaval asqueroso que maltrataba despiadadamente a los demás, otro monitor que metía alcohol de contrabando en el campamento y se lo pasaba a los jóvenes campistas... Ambos fueron conducidos a ese mismo rincón apartado del bosque.

Llegó el momento en que Ken y Barbie cometieron lo que podría considerarse un error. Habían torturado a un jovenzuelo repugnante —se había colado en una cabaña de chicas y le había desabrochado el sujetador a una— sin reparar en que el padre de ese chaval infecto era un mafioso importante de Nueva York. Cuando el padre de la

criatura descubrió lo que había pasado —a base de atormentar a su hijo hasta que este lo largó todo—, envió a sus dos mejores soldados a «encargarse» de Ken y Barbie. Pero Ken y Barbie ya no eran unos meros aficionados. Cuando los dos matones vinieron a por ellos, estaban preparados para recibirlos. Le dieron la vuelta a la situación. Ken mató a uno de ellos con sus propias manos. El otro fue capturado y conducido al bosque. Barbie se tomó su tiempo con él, mostrándose más meticulosa que nunca. Acabaron perdonándole la vida, pero puede que hubiese sido más compasivo rematarlo.

Cuando el padre-mafioso se enteró de lo ocurrido, se quedó muy impresionado (y puede que también aterrorizado). En vez de enviar a más soldados, les ofreció a Ken y Barbie paz y trabajo. Y aceptaron. Observaron que se trataba de mala gente que hacía daño a otra mala gente. Les pareció cosa del destino. Cuando concluyó el campamento, abandonaron a sus respectivas familias y les dijeron a sus seres queridos que iban a ejercer de misioneros itinerantes; lo cual, según como se viera, era cierto.

Sonó el móvil. Ken descolgó y dijo:

—¡Buenas tardes, señor Goldberg!

Cuando concluyó su conversación, Barbie se acercó a él:

—¿Tenemos otra pista?

—La tenemos.

—Cuéntame.

—Un abogado llamado Harry Sutton. Representa a putas.

Barbie asintió.

Ambos se arrodillaron junto a Ámbar, que se echó a llorar.

—Espero que ahora te des cuenta de lo mala que es esta vida para ti —le dijo Ken.

Ámbar seguía llorando.

—Te vamos a dar una oportunidad —dijo Barbie, luciendo una sonrisa beatífica. Echó mano al bolso y sacó algo de dentro—. Esto es un billete de autobús para largarte de aquí.

—¿Lo utilizarás? —le preguntó Ken.

Ámbar asintió vigorosamente.

—Cuando nos viste —le comentó Barbie—, nos tomaste por ángeles enviados a salvarte.

—Pues igual tenías razón —añadió Ken.

Megan había pensado en irse directamente a casa.

Hubiese sido lo más prudente. Ya había hecho lo que tenía que hacer —o, por lo menos, la mayor parte— y ahora era el momento de regresar a la seguridad de su entorno.

En vez de eso, se dirigió a La Crème.

Ahora estaba sentada a la barra, en la oscura zona del extremo. Su vieja amiga Lorraine estaba al mando. Cuando la vio entrar, le dijo:

—¿Se supone que esto es una sorpresa?

—Yo diría que no.

—¿Qué te pongo?

Megan señaló la botella que estaba detrás de Lorraine.

—Grey Goose con hielo y cuatro rodajas de lima.

Lorraine frunció el ceño.

—En vez de Gray Goose, ¿qué me dices de una marca desconocida y aguada dentro de una botella de Gray Goose?

—Mejor me pones lo que te he pedido.

Aunque Megan, como la mayoría de los adultos, detestaba los correos electrónicos y los SMS, a veces le resultaban de utilidad: le escribió a Dave que llegaría tarde a casa esa noche; a sabiendas, claro está, de que su marido se tragaría la engañifa y se abstendría de ulteriores preguntas.

Dispuesta a hacer durar la copa, le contó a Lorraine su encuentro con Broome.

—¿Te acuerdas de él? —le preguntó.

—¿De Broome? Por supuesto. Aún me lo cruzo de vez en cuando. Un buen tío. Me lo cepillé una vez, hace nueve o diez años.

—Estás de broma.

—Tengo un corazón muy generoso que deberías admirar. —Lorraine limpiaba un vaso con un trapo viejo mientras esbozaba una de sus sonrisas—. La verdad es que me gustó.

—A ti te gusta todo el mundo.

—Es lo que pasa por tener un corazón generoso.

—Por no hablar de un cuerpo igual de generoso.

Lorraine adoptó una expresión fatalista.

—Sería una pena no utilizarlo.

—Más razón que un santo.

—Bueno —dijo Lorraine, alargando la o—, ¿le contaste a Broome que igual vi a Stewart Green?

—No.

—¿Y por qué no?

—No sabía si a ti te parecería bien.

—Podría tener su importancia —apuntó Lorraine.

—Podría.

Lorraine seguía fregando el mismo vaso.

—Lo más probable es que no fuese Stewart.

Megan no dijo nada.

—Vamos a ver, a lo mejor fue alguien que se le parecía. Y ahora que conozco tu

historia... en fin, lo viste muerto, ¿no?

—Tal vez.

—Pues si estaba muerto, yo no podría haberlo visto vivo. —Lorraine meneó la cabeza—. ¿De verdad acabo de decir lo que he dicho? Necesito un trago. En cualquier caso, lo más probable es que yo esté equivocada.

—Es muy difícil equivocarse con algo así —dijo Megan.

—Bueno, sí. —Lorraine se deshizo del vaso—. Por el bien de la conversación, digamos que vi a Stewart Green.

—De acuerdo.

—¿Y dónde se ha metido durante los últimos diecisiete años? ¿Qué ha estado haciendo todo ese tiempo?

—Y... —añadió Megan—: ¿para qué volver ahora?

—Exactamente —dijo Lorraine.

—Tal vez deberíamos decírselo a Broome.

Lorraine se lo pensó unos instantes.

—Tal vez.

—Quiero decir, si ha vuelto...

—Vale, cuéntaselo —dijo Lorraine, arrojando el trapo sobre la barra—. Pero no le digas de dónde sacaste la información, ¿de acuerdo?

—Te dejaré fuera de esto.

—Así me gusta.

—Pese a tu generoso corazón.

Lorraine había pasado a otro vaso, que fregaba con la misma intensidad:

—¿Y ahora qué, cariño?

Megan se encogió de hombros.

—Ahora me voy a casa.

—¿Tal cual?

—Si de verdad ha vuelto Stewart Green...

La mera idea le daba escalofríos.

—Correrías serio peligro —dijo Lorraine.

—Cierto.

Lorraine se apoyó en la barra. Su perfume olía a jazmín.

—¿Te ha preguntado Broome por tu reaparición?

—Pues sí.

—Y le has soltado el rollo de que necesitas saber la verdad.

—¿El rollo?

—Pues claro —dijo Lorraine—. El rollo. Llevas desaparecida diecisiete años, ¿y de repente necesitas averiguar la verdad?

—Oye, ¿pero de qué estás hablando? Tú viniste a por mí, ¿recuerdas?

—No me refiero a eso —se defendió Lorraine, mientras su voz adoptaba un tono más suave—. Tú ya te dejabas caer por aquí, ¿no?

Megan se removió en el taburete.

—Solo fue una vez.

—Vale, una sola vez. ¿Por qué?

Apareció un cliente y pidió una copa. Lorraine le sirvió un trago, acompañado de una sonrisa de complicidad. El cliente se echó a reír y se llevó la copa a una mesa.

—¿Lorraine?

—Dime, guapa.

—¿Cuál es el secreto de la felicidad?

—Las pequeñeces.

—¿Como qué?

—Como cambiar las cortinas. No veas cómo te alegra la vida.

Megan puso cara de dudarlo mucho.

—Mira, cariño, estoy tan hecha polvo como todo el mundo. Simplemente, he aprendido a no preocuparme mucho por nada. ¿Sabes una cosa? Resulta que vamos a la guerra por la libertad, ¿no? Pero cuando la obtenemos, ¿qué hacemos con ella? Nos atamos a nosotros mismos con las posesiones, las deudas y, en fin, otras personas. Si parezco feliz es porque hago lo que quiero cuando quiero.

Megan se acabó la copa y pidió otra.

—Yo soy feliz —dijo—. Pero me siento inquieta.

—Eso es normal. ¿Quién no se siente así? Tus críos son buena gente, ¿no?

—De la mejor —dijo Megan, notando que se animaba a su pesar—. Los quiero tanto que hasta me duele.

—¿Lo ves? Eso es formidable, pero no lo sería para mí.

Megan observó la bebida, disfrutando del calor que le proporcionaba.

—¿Sabes qué es lo peor de ser madre?

—¿Cambiar pañales?

—Bueno, sí. Pero me refería al presente. A cuando ya son mayores y más o menos personas.

—Ilústrame.

—Vives para verlos sonreír.

Lorraine esperó a que su amiga continuara hablando. Como no lo hizo, preguntó:

—¿Podrías ampliármelo?

—Cuando algo les va bien (como lo de Kaylie con el fútbol, cuando marca un gol), o sea, cuando tu retoño sonrío, tú te animas. Te entra una alegría de la hostia, pero, bueno, cuando no sonrían...

—Te deprimes —dijo Lorraine.

—Es algo más complicado, pero sí. Y eso es lo que detesto: que mi felicidad dependa por completo de sus sonrisas. Y que conste que yo no soy uno de esos progenitores que viven de manera vicaria a través de los logros de sus hijos. Yo solo quiero que sean felices. Pero antes yo era una adulta normal con emociones propias. Y ahora, como madre, mi felicidad parece depender exclusivamente de las sonrisas de

mis hijos. Y ellos lo notan.

—Interesante —dijo Lorraine—. ¿Sabes a qué me recuerda?

—¿A qué?

—A una relación abusiva. Como la que yo mantenía con mi ex. Empiezas a vivir solo para complacerlos. Y ellos te manipulan con sus estados de ánimo.

—Eso es un poco cruel.

—Probablemente —dijo Lorraine, aunque era evidente que no se le antojaba así: simplemente, no tenía ganas de discutir—. Pero aún no me has contado qué viniste a hacer aquí realmente. Antes de mi visita, me refiero.

Respuesta fácil: lo echaba de menos. Estaba a punto de decírselo a Lorraine, pero su amiga miraba hacia otro lado, a lo lejos. Megan le siguió la mirada. Y se quedó de piedra cuando vio qué era lo que observaba.

—La mesa de Ray —dijo.

—Exacto.

Ahora la mesa estaba vacía, pero había sido su mesa, el rincón en el que Ray solía sentarse. Megan había bloqueado su recuerdo. Y de qué manera, por Dios. Ahora, solo por un segundo, dejó volver a Ray. Con el transcurso de los años, había convertido su relación en una especie de capricho, en un romance veraniego duro y profundo que nunca habría podido sobrevivir al impacto de la realidad. Pero ahora, por un breve instante, se permitió recordar la mirada intensa de Ray, sus besos eléctricos, las madrugadas en que necesitaba abrazarlo para sentirse viva, la pasión desahogada.

Lorraine exhibía una sonrisita.

—Aprecio tu sutileza —le dijo Megan.

—Soy así.

—¿Sabes qué fue de él?

Desapareció la sonrisa.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Tú has abierto esa puerta.

—No, querida, has sido tú. Yo solo intento ayudarte a cerrarla. No le faltaba razón.

—Bueno, pues ayúdame un poco más: ¿está bien?

Lorraine reemprendió el lavado de vasos.

—¿Lorraine?

—Durante un tiempo (después de que tú te largaras), pasaba cada noche por aquí. Se sentaba a la mesa a beber. Durante el día, deambulaba por las cercanías de tu domicilio. Así estuvo... No sé, cosa de un par de meses, yo diría. Puede que un año. Lo único que hacía era esperar tu regreso.

Megan no dijo nada.

—La cosa empeoró. Acabó por dejar de venir. Se fue de Atlantic City. Se trasladó a California, creo. Siguió bebiendo. Volvió.

Lorraine se encogió de hombros.

Megan seguía allí sentada, procesando la información. No debería haberlo tratado así. Era joven y puede que idiota, ¿pero qué alternativas tenía? Lorraine la estaba mirando. No diría nada, pero Megan podía leer la pregunta en sus ojos: «¿Por qué no le llamaste, al menos?». Apartó la vista para que sus ojos no le proporcionaran la respuesta a su amiga: «Porque no estaba segura de que no fuese un asesino».

Solo que ahora, claro está, la realidad había dado un vuelco. Stewart Green podía no estar muerto en absoluto. Y si Stewart Green no estaba muerto...

Lorraine lucía una expresión extraña.

—¿Qué pasa? —inquirió Megan.

—Nada.

—¿Y dónde está ahora Ray? —la interrogó Megan.

—Ronda por ahí, creo.

—¿Cómo que crees? Vamos, Lorraine, cuéntame qué está haciendo. ¿Sigue trabajando de fotógrafo?

Lorraine pegó un respingo.

—En cierta manera.

—¿Qué? Oh, espera, no se habrá metido en el porno, ¿verdad?

—No, cielo, el porno tiene mucha más clase que lo que hace Ray.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿A qué se dedica?

—Oye —dijo Lorraine—, ¿quién soy yo para juzgar a nadie? ¿Quieres joderte la vida? Pues por mí, adelante.

Fue hacia el cajón y sacó una larga caja metálica. Megan estuvo a punto de sonreír al recordarla. La colección mágica de tarjetas profesionales de Lorraine.

—¿Todavía guardas eso? —le preguntó.

—Por supuesto. Hasta las tengo archivadas por orden de preferencia. Vamos a ver... Ah, aquí está.

Sacó una tarjeta, le dio la vuelta y garabateó algo en el dorso. Megan se hizo con la tarjeta. El logo consistía en una estrella del Paseo de la Fama de Hollywood con una cámara en el centro. Y ponía:

Celeb Experience: *Paparazzi* por Encargo.

Ay, Señor.

Le dio la vuelta a la tarjeta. Lorraine había escrito: «Falta de Cobertura. Bar y restaurante».

—¿Es ahí por donde ronda Ray? —preguntó Megan.

—No, pero Fester sí.

—¿Quién?

—El tío para el que trabaja Ray. Un tal Fester. Había sido el portero de aquel antiguo club calle abajo. ¿No te acuerdas de él?

—¿Debería?

—La verdad es que no. En cualquier caso, yo a Fester hace años que lo conozco.

Lo tenía archivado como «Cazador de rollizas». Es la única ventaja de la edad: atraigo a todo el mundo. Estoy lo bastante gorda como para gustar a los cazadores de rollizas y soy lo bastante mayor para los ojeadores de cuarentonas y para los que les van las madres de familia. Soy una especie de paquete completo.

Megan se quedó mirando la tarjeta.

—¿Quieres un consejo? —le preguntó Lorraine.

—¿Que me vaya a casa a cambiar cortinas?

—Pues sí, más o menos.

Broome metió el coche por el sendero de entrada a una casa de ladrillo con cobertura de aluminio. Aparcó frente al garaje de dos plazas situado bajo la ventana del dormitorio y enfiló los peldaños de cemento. Había un triciclo tumbado que bloqueaba el camino a la puerta. Ese domicilio de-lo-más-normal pertenecía a la inspectora Erin Anderson, del departamento de policía de Atlantic City, la única mujer a la que Broome había amado en su vida, y a su actual marido, Sean.

Cada vez que aparecía por allí, Broome no podía evitar pensar: «Habría podido ser yo». Lo normal sería deducir que eso le llevaba a un fuerte sentimiento de nostalgia. Pero no era así exactamente. Su reacción más potente e inmediata era de alivio, una especie de reflexión del tipo «de buena me he librado al imaginar su destino». Pero luego, en fin, le bastaba con mirar a Erin a la cara para dejar de pensar así.

Años atrás, Erin y él habían empezado compartiendo coche en las labores policiales de patrulla. No habían tardado nada en enamorarse el uno del otro y contraer matrimonio. Ahí se acabó lo de compartir coche —no se admitían parejas a la hora de patrullar— y empezaron los problemas. El matrimonio, pese al amor, era un desastre. Así eran a veces las cosas. En ciertas relaciones, el matrimonio crea lazos de unión; en otras, se lo lleva todo por delante.

Llamó a la puerta. La abrió Shamus, el hijo de cuatro años de Erin, con la boca y los dientes rojos a causa de un polo derretido.

El chaval era clavado a su padre, algo que a Broome, por el motivo que fuera, lo sacaba de quicio.

—Hola, tío Broome.

Hasta los niños se dirigían a él por su apellido.

—¿Qué hay, muchacho? ¿Dónde está mamá?

—¡Estoy en la cocina! —gritó Erin.

Después del divorcio, solicitaron volver a compartir coche. La cosa llevó cierto tiempo, pero al final se les concedió el permiso. Se restauró el equilibrio; o, por lo menos, lo que ellos entendían como tal. Pero no podían quitarse mutuamente de encima. Aunque empezaron a salir con otras personas, Broome y Erin siguieron acostándose juntos de incógnito. Durante mucho tiempo. Demasiado. Intentaban dejarlo, pero cuando estás al lado de alguien constantemente... En fin: como suele decirse, la carne es débil. Se habían liado varias veces mientras ella salía con Sean; e incluso cuando lo de Sean ya iba en serio; hasta que lo dejaron de una vez por todas cuando la nueva pareja pronunció el «Sí, quiero».

Incluso ahora, después de todos estos años, los sentimientos seguían allí, aunque reducidos a la categoría de corriente subterránea. El año anterior, con dos críos a cuestas y veinticinco años en el tajo, Erin se había prejubilado. Bueno, a medias: trabajaba un día a la semana como asesora. Broome continuó formando parte de su

vida. Iba a verla en busca de consejos. O para que le echara una mano en un determinado caso. Iba a verla aunque fuese evidente que ella tenía una nueva vida y un matrimonio que la hacía feliz y que él había dejado pasar la auténtica felicidad: Broome seguía enamorado de Erin.

El salvapantallas del ordenador era una foto familiar de Erin, Sean, los dos niños y el perro ante el árbol navideño. Broome intentó no poner cara de asco.

—¿Qué tal tu reunión con Cassie? —le preguntó Erin.

—Extraña.

—Cuéntame.

Y así lo hizo. Erin llevaba un polo verde fosforito y una falda rosa que le dejaba al descubierto las piernas. Siempre había tenido unas piernas estupendas. Lo miró como de costumbre, y él hizo como que la cosa no le afectaba. Ahora, Erin era feliz. Tenía hijos y amaba a Sean. Broome había sido relegado al pasado: era alguien al que ella aún apreciaba y, en cierto modo, quería, pero que ya no le quitaba el sueño.

Una parte de Broome se alegraba por ello. Pero al resto de su ser se le había roto el corazón.

Cuando acabó de hablar, Erin le preguntó:

—¿Y a qué conclusión has llegado?

—No lo sé.

—¿Alguna intuición?

Broome le dio unas cuantas vueltas al tema.

—No mentía, pero creo que tampoco me contaba toda la verdad. Necesito investigar un poco más. —Broome señaló con el mentón hacia el portátil y los expedientes—. ¿Qué has encontrado?

La sonrisa de Erin revelaba que algo grande.

—Los vídeos de vigilancia de La Crème.

—¿Qué pasa con ellos?

—Los he estado revisando.

Erin pulsó una tecla del ordenador. Se desvaneció el retrato navideño de la familia Anderson, gracias a Dios, y apareció una imagen congelada de vídeo. Erin le dio otra tecla. El vídeo se puso en movimiento. Tras un par de segundos de silencio, apareció un grupo de hombres claramente ebrios que salían del club dando tumbos.

—¿Has visto a Carlton Flynn en alguna cinta? —preguntó Broome.

—No.

—Y entonces, ¿qué?

—Tú mira —le espetó Erin con una sonrisita—. ¿Qué es lo que ves en la pantalla?

—A una pandilla de idiotas borrachos saliendo de un club de *striptease*.

—Fíjate mejor.

Broome suspiró y miró la pantalla con los ojos entrecerrados. Erin pulsó otra tecla. Apareció otro grupo de beodos tambaleantes. Tecla. Otro grupo. Tecla. Esta

vez, apareció una pareja, que también iban bebidos. La mujer se detuvo súbitamente, se volvió hacia el hombre, lo agarró de los abalorios que le colgaban del cuello y tiró de él para darle un buen beso.

Broome frunció el ceño. Estaba a punto de preguntarle a Erin qué interés tenía todo aquello, pero no lo hizo: algo encajaba.

—Espera, vuelve atrás.

Sin dejar de sonreír, Erin le dio al botón de rebobinado. Broome volvió a achinar los ojos. Los borrachos también llevaban abalorios. Erin rebobinó de nuevo. Lo mismo. Broome volvió a su propio trabajo con las cintas. Tanta bebida. Tanta juerga.

Y tantos colgantes.

—Carnaval —dijo Broome en voz baja.

—Bravo —dijo Erin—. Y ahora dime en qué cayó Carnaval este año.

—Fue el 18 de febrero.

—Y ya para nota, adivina cuál fue el día de Carnaval de hace diecisiete años.

—El 18 de febrero.

—Respuesta correcta. Carnaval cae cada año en un día distinto: tiene que ser el día anterior al Miércoles de Ceniza, cuarenta y siete días antes de la Pascua. Así pues, revisé a los demás tíos de tu lista. Por ejemplo, ¿sabes qué se celebraba el 4 de marzo de hace tres años, cuando desapareció Gregg Wagman?

—¿El Carnaval?

Erin asintió.

—Encaja con casi todos los ausentes que tienes. Vamos a ver, a algunos se los dio por desaparecidos después (días y hasta semanas después), pero si revisas los expedientes, verás que ninguno de ellos se esfumó antes de Carnaval. No estoy diciendo que pueda probar que todos desaparecieron ese día, o, en algunos casos, pasada la medianoche anterior, pero todo nos conduce a esa bonita teoría tuya.

—O sea, que no se trata ni de un día ni de un mes en concreto —concluyó Broome.

—No.

—Lo que esté pasando —dijo Broome—, aunque no sepamos de qué va, pues podría tratarse de crímenes o de simples fugitivos o quién sabe... Pero sea lo que sea...

Erin asintió.

—Siempre empieza en Carnaval.

A Broome le sonó el móvil. Miró quién llamaba y vio que lo buscaban en comisaría.

—¿Sí?

—¿Inspector Broome?

—Yo mismo.

—Acaba de llegar una foto a la comisaría. Creo que querrá verla.

El bufete de Harry Sutton ofrecía una vista perfecta de Atlantic City. En la distancia —y por distancia, él entendía las tres siguientes manzanas en dirección este— podías distinguir los vetustos, aunque todavía imponentes, hoteles del paseo marítimo. Pero entre esos monumentos y su cochambroso bloque de oficinas había un descampado hecho una ruina. Si los hoteles y casinos aportaban algo de riqueza o de belleza, se lo quedaban para ellos y no lo compartían con nadie. No había término medio: puede que los hoteles fuesen verdaderas flores, pero estaban rodeados por hierbajos.

No era solo que Harry disfrutara del sexo, el juego y la diversión propia de la ciudad, aunque no cabía duda de que todo eso lo enganchaba. Para él, lo principal era que esa gente —la población nativa, por así decir— carecía del menor poder. En sus tiempos de abogado lechuguino, Harry había ayudado a los más poderosos, a los que dominaban por completo el juego de la vida por cuestiones de nacimiento, pero seguían necesitando hacer trampas. La gente de aquí era justo lo contrario. La única suerte que conocían era la mala. No reconocerían un respiro ni aunque les soplara en toda la cara.

Lo que necesitaban, aquello que merecían, era saber qué significaba —aunque solo fuese una vez en la vida— tener a alguien de su parte. Ser respetados. Una sola vez. Nada más. Nada de culpa o inocencia. Nada de esto está bien o mal. Dejando aparte el resto de cuanto les sucediera en sus patéticas existencias, Harry Sutton se aseguraría de que, por lo menos sintieran el respeto ajeno una vez en la vida.

Por eso se había quedado en Atlantic City.

Por eso y porque le encantaba el sexo, el juego y el jolgorio.

Sonó el teléfono. Lo descolgó y dijo:

—Harry Sutton. Abogado.

—Tengo que volver a ver a tu cliente.

Era Broome.

—Gracias por darme coba, pero puedes ir al grano —ironizó Harry.

—Tengo que verla ahora mismo.

A Harry no le gustaba nada el tono de pánico que captaba en la voz del policía.

—No sé si va a ser posible.

—Haz que lo sea.

Sutton estaba acostumbrado a la impaciencia e intimidación propias de los policías. No solía darles mucha importancia, pero aquí pasaba algo raro.

—¿Qué ocurre?

—Ha habido novedades.

—¿Como cuáles?

—Puede que haya más víctimas.

Silencio. Seguido por:

—No sé en qué puede afectar eso a mi cliente.

—Me ha llegado una foto por correo.

—¿Quién te la ha enviado?

—No lo sé. Llegó de manera anónima. Mira, Harry, tienes que confiar en mí. Necesito saber si ella reconoce a alguien o algo de esa foto.

Sutton se mostró dubitativo.

—¿Harry?

—¿Qué?

—Observarás que no te estoy amenazando. Por ejemplo, no te estoy diciendo que podría rastrearla ahora mismo y plantarme ante su casa para que me vieran todos sus vecinos. No te estoy diciendo que vaya a publicar un retrato robot suyo en todos los periódicos, ni nada parecido.

—Realmente, es muy tranquilizador ver cómo cumples tu palabra.

—No tengo tiempo para chorradas, Harry. Podríamos estar hablando de un asesino en serie. Estoy haciendo lo que puedo para dejarla a ella fuera del caso. Reapareció para hacer lo correcto. Dejémosla acabar el trabajo.

—Puedo llamarla y pedírselo —dijo Harry.

—Están pasando muchas cosas y debo quedarme cerca de la comisaría. ¿Podrías traerla aquí?

—¿A la comisaría? Estás de guasa, ¿no?

—No pasará nada.

—No, claro que no. Nos vemos en el Heritage Diner. Estaba a una manzana de la comisaría: no era el lugar perfecto, pero serviría.

—La necesito aquí ipso facto.

—Entonces, cuelga para que pueda llamarla —dijo Harry—. Si no te digo nada más, da por hecho que nos vemos en la cafetería dentro de media hora.

Harry colgó el auricular y marcó el número de móvil de Cassie, quien respondió al tercer tono.

—¿Dígame?

El abogado oía un ruido de fondo que denotaba claramente que no la había pillado al volante, de camino a casa.

—¿Dónde estás?

—En La Crème.

No le sorprendió. Broome también lo había visto. Lo que la había traído de vuelta era algo más que la voluntad de deshacer un entuerto.

—Estaba a punto de llamarte —dijo Megan.

—¿Ah, sí?

—Quiero decirle a Broome algo importante.

—Pues me parece estupendo.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

Harry Sutton le contó la llamada de Broome y su intención de quedar en el Heritage Diner.

—¿Te va bien? —le preguntó.

—Supongo que sí —repuso ella. Hubo una breve pausa—. ¿Tienes idea de lo que

hay en esa fotografía?

—No, pero es evidente que a Broome le parece relevante. Ha dicho algo de un asesino en serie.

Se oyeron unas risas masculinas al fondo. Harry siguió agarrado al auricular, esperando.

—¿Cassie?

—De acuerdo —dijo ella—. Te veo en la cafetería dentro de quince minutos.

Harry Sutton colgó el teléfono. Giró la silla y echó otro vistazo por la ventana a esa vista de la ciudad que le resultaba tan familiar. Llamaron a la puerta. Miró la hora. Era tarde. Ya no tenía tiempo para más trabajo esa noche, pero no era propio de él deshacerse de nadie.

—¡Adelante! —gritó con su habitual bonhomía. Una pareja joven que no parecía pintar nada allí abrió la puerta y se coló en el despacho.

La bonita rubia dijo:

—¡Buenas noches, señor Sutton!

Ambos eran pulcros y sonrientes e iban bien vestidos, pero, sin saber muy bien por qué, sin dar con una razón para ello —una razón que enseguida descubriría que era primaria, instintiva y absolutamente acertada—, Harry tuvo más miedo que en ningún otro momento de su vida.

Todavía en La Crème, Megan seguía manoseando la tarjeta de «Celeb Experience: Paparazzi por Encargo». Le dio la vuelta y leyó: «Falta de Cobertura. Bar y restaurante». El móvil le vibró con la llegada de un mensaje. Era de Dave:

«¿Dónde estás?».

Consideró la posibilidad de ignorarlo, pero, francamente, ¿hasta cuándo podría hacerlo? A la larga, solo le causaría más problemas. Se preguntó qué hacer, qué debería decir ahora y, sobre todo, qué se vería obligada a explicarle a lo largo de los próximos días. Esa fachada que se había fabricado años atrás se había convertido, con el paso del tiempo, en algo más real que ella misma. Pero eso no quería decir que Dave lo entendiera.

Observó de nuevo su sencillo mensaje: «¿Dónde estás?».

Megan era consciente de que el término «fachada» no era más que un eufemismo elegante para «mentira». Le había mentado a Dave la primera vez que se vieron en aquel bar de un hotel de Boston, apenas cuatro meses después de su espantada de Atlantic City. Estaba sola, asustada y muy necesitada de dinero en efectivo. Sin perspectiva alguna y con miedo, incluso, a trabajar en uno de los clubes de la localidad, Megan sobrevivía desplumando a pardillos. Iba vestida de manera informal, con vaqueros, como si fuese una creativa publicitaria («Voy a Emerson, último curso», decía), deambulaba por los bares de los hoteles, pillaba a tíos (preferentemente casados) que ya iban borrachos —si no era así, les echaba algo en el vaso—, se los llevaba a sus habitaciones, les robaba y se desvanecía en la noche.

Esa noche en concreto, optó por primera vez por el hotel Loews de la zona centro. La pesca de hombres casados no arrojaba grandes capturas últimamente. Apareció una pandilla de chicos de Harvard, gritando, haciendo el ganso y dando tumbos. Megan trató de reprimir el asco que le daban sus finas manos y sus caras presuntuosas.

Pensó que allí había dinero fácil, aunque sabía que los universitarios casi nunca llevaban efectivo, pero entonces sucedió algo de lo más sorprendente. ¿Quién se lo iba a decir? Fuera cosa del destino, de la predestinación o vete a saber qué, el caso es que se puso a hablar con uno de ellos, un tío tímido y tierno llamado Dave Pierce. Había algo en él que, sencillamente, la atraía. La hacía sentirse cómoda y a gusto. No era como con Ray. Nada de arrebatos repentinos. Eso ya sucedería más adelante. Pero había algo distinto, algo profundo, fuerte y real.

Así pues, le mintió. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Se pasaron la noche hablando y fue maravilloso. Él estaba a punto de licenciarse en Harvard. Ella dijo que en Emerson. Cuando quedaron por primera vez al cabo de una semana, Megan llegó al extremo de citarlo en la biblioteca del Emerson College. En aquellos tiempos aún no hacía falta identificación para acceder a cualquier edificio: se limitó a apilar un montón de libros sobre una mesa y a esperarlo.

Las mentiras siguieron su curso.

Megan sabía mucho del campus. Le dijo a Dave que vivía en el Colonial Residence Hall, pero le dejó bien claro que no podría dejarse caer por allí porque tenía una compañera de cuarto más bien difícil que no soportaba las visitas. En cuanto a su familia, le dijo la verdad: era hija única y sus padres habían muerto jóvenes. Se inventó una infancia falsa, normal y aburrida en Muncie, Indiana, e hizo como que los recuerdos de la pérdida de sus padres le resultaban demasiado dolorosos como para comentarlos. Dave se mostró comprensivo. Si había agujeros en su historia —y vaya si los había—, él nunca les prestó demasiada atención: estaba enamorado y era de natural confiado. Si ella prefería esconderle cosas, pues nada, eso la hacía más misteriosa y puede que hasta más atractiva. En su mundo ingenuo, tampoco sería nada del otro mundo. Total, ¿qué importancia tenían unos pocos detalles biográficos contradictorios?

Y además, Maygin-Cassie-Megan mentía de maravilla.

Pero ahora, la fachada —o sea, el cúmulo de mentiras— corría un serio peligro de derrumbe. Después de todos esos años y de un trabajo tan concienzudo, había optado por arriesgarlo todo. ¿Y para qué? ¿Para enderezar el pasado? ¿Para divertirse un poco? ¿Acaso deseaba, inconscientemente, que la atraparan? ¿O quizá le empezaba a pesar demasiado esa máscara que se había propuesto llevar hasta el fin de sus días?

¿Cómo reaccionaría Dave ante la verdad?

Respiró hondo y le envió un mensaje de respuesta:

«Los Presier llevan hoy a Kaylie en su coche».

«Jordan tiene examen de mates. Asegúrate de que estudia».

Tras una breve pausa, llegó un nuevo texto de Dave:

«¿Dónde estás?».

Megan se quedó mirando fijamente la pantallita unos instantes. Y luego escribió:

«Tengo algo que hacer. No sé cuándo volveré a casa. Te quiero».

Otra pausa. Megan esperaba que el teléfono sonara. Pero no lo hizo. En vez de eso, le llegó otro mensaje de su marido:

«No lo entiendo».

Respondió rápidamente:

«Todo irá bien. Confía en mí».

¡Ja! Lo decía en serio, pero, si te parabas a pensarlo, sonaba a chiste. «Confía en mí». Premio a la ironía. No esperó respuesta. Ya era hora de reunirse de nuevo con Broome.

Cerró el teléfono y se dispuso a bajar del taburete. El local empezaba a llenarse y Lorraine estaba muy atareada. Saludó con la cabeza a su vieja amiga, y esta le arqueó una ceja a modo de respuesta. Se encaminó hacia la puerta, atravesando una masa masculina que solo tenía ojos para ella. En la vida normal, a los hombres les encanta mirar así, pero los obligamos a adoptar una actitud más sutil. Aquí, el precio de la entrada les daba derecho a saltarse las normas.

Se preguntó brevemente si Dave habría estado alguna vez en un sitio semejante. En caso afirmativo, no se lo había contado; pero como bien sabía ella, eso era lo que solían hacer casi todos los hombres casados. ¿Habría estado antes en un club como ese? ¿Disfrutaría también de las miradas fijas y los bailecitos privados? ¿Tenía eso alguna importancia?

Quince minutos después, Megan entraba en el Heritage Diner. Era un local deliciosamente anticuado. Los reservados aún contaban con aquellas pequeñas máquinas de discos, pero ella dudaba mucho de que funcionaran. Tras la caja registradora había un sujeto al que le brotaba una mata de pelo de las orejas. Las pastas envejecían bajo sus campanas de cristal. En la pared colgaban fotografías dedicadas de presentadores de la televisión local. Las enfermeras iban de uniforme y se lo tenían muy creído.

Broome se puso en pie cuando la vio entrar y acercarse a él.

—Gracias por aceptar verme —le dijo.

—¿Dónde está Harry?

—Aún no ha llegado. —Ambos ocuparon el reservado—. ¿Quieres comer algo?

—No, gracias.

Broome señaló su propia taza.

—Yo estoy tomando café. ¿Te apetece?

Megan negó con la cabeza y le echó un vistazo a la puerta.

—Harry debe de estar al caer.

—¿Te importa si empezamos? —le preguntó Broome—. No ando muy sobrado de tiempo.

—¿Sin mi abogado?

—No necesitas un abogado. No sospecho de ti ni nada por el estilo, y el reloj va corriendo. Si no te importa...

Como Megan no dijo nada, Broome simplemente empezó.

—¿El Carnaval significa algo para ti? —preguntó.

—Creí que me ibas a mostrar una foto.

—Enseguida lo hago. Pero primero quería preguntarte por el Carnaval.

—¿Si significa algo para mí?

—Exacto.

—Ya sabes que sí.

—¿Puedes explicarme por qué?

—Creí que tenías prisa.

—Dame ese gusto, ¿quieres?

Megan suspiró.

—La noche que te dije, cuando desaparecí, era Carnaval.

Broome pareció satisfecho con la respuesta.

—¿Algo más?

—¿Como qué?

—Como cualquier cosa. Por ejemplo, ¿recuerdas que pasara algo raro en algún otro día de Carnaval? ¿Recuerdas a algún sujeto siniestro rondando por el club en Carnaval? Cualquier cosa.

Megan se lo pensó un poco.

—No.

Broome tenía un sobre de papel manila ante él. Le dio unos golpecitos con el índice. Megan esperó a que lo abriera. Apareció la camarera con una jarra de café. «¿Algo más, guapo?», preguntó mientras mascaba un chicle del tamaño de una esponja de cocina. Broome se la quitó de encima de un manotazo al aire.

Cuando se fue, el policía dejó de darle golpecitos al sobre y lo abrió. Sacó la fotografía y la deslizó por la mesa hacia Megan.

Convencida de que no tenía nada que ocultar —a esa conclusión había llegado, por lo menos—, Megan no estaba preparada para ningún tipo de engaño o, digamos, fachada.

Cuando sus ojos aterrizaron sobre la fotografía, todo su cuerpo pegó un respingo.

No había tiempo de disimular. Broome se había dado cuenta. Nada que hacer. Megan se acercó lentamente la foto.

—¿Reconoces la imagen? —le preguntó Broome.

Gana tiempo, se dijo ella. Contrólate.

—Si me preguntas si he visto antes esta fotografía, la respuesta es que no.

—Pero reconoces el sitio, ¿verdad?

Megan asintió lentamente.

—¿Te importa decirme de qué?

Tragó saliva.

—Es la zona del parque de la que te hablé antes. Las ruinas mineras.

—¿Dónde encontraste a Stewart Green desangrándose?

—Sí.

Silencio.

—¿Reconoces al tipo de la fotografía?

Había un hombre con mechás rubias y una camiseta ceñida en el extremo superior izquierdo. Probablemente, Broome había dado por supuesto que Megan lo había reconocido, y de ahí su sorpresa.

—La verdad es que no le veo la cara —dijo ella.

—¿No tienes ni idea de quién es?

—No, ninguna.

—Pero este es el sitio exacto en el que viste por última vez a Stewart Green, ¿verdad?

Megan hizo como que miraba de nuevo la foto, aunque no tenía duda alguna.

—Sí.

Broome puso las dos manos sobre la mesa, con las palmas hacia abajo.

—¿Hay algo más que me puedas decir de esta imagen?

El hecho de que Broome tuviese una foto de ese sendero de los Pine Barrens resultaba sorprendente, sí, pero ni chocante ni pasmoso. Lo que la había aturcido —lo que le dificultaba moverse, hablar o funcionar— no era el sitio ni el hombre de los pelos de punta.

Era la fotografía en sí misma.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó.

—¿Por qué?

Ahí tenía que andarse con cuidado. Se encogió de hombros con todo el desparpajo que pudo simular y soltó una nueva mentira:

—Me estaba preguntando cómo habías conseguido una foto del sitio exacto del que yo te había hablado.

Broome estudió su rostro. Trató de cruzar su mirada con la de ella.

—Llegó a la comisaría de manera anónima. De hecho, alguien se esforzó mucho en asegurarse de que yo no supiera quién la enviaba.

Megan sintió un temblor que le recorría el espinazo.

—¿Por qué?

—No lo sé. ¿A ti se te ocurre algo?

Pues sí. Cuando se había enamorado de Ray Levine, Megan no sabía nada de fotografía. Pero él le enseñó. La ilustró sobre la luz y el ángulo y la abertura y el encuadre y el enfoque. Se la llevó a sus rincones favoritos de retratar. Se pasaba el rato tomando fotografías de la mujer —ella— a la que decía amar.

A lo largo de los años, Megan había buscado en Google a Ray, confiando en encontrar nuevas fotos suyas, pero solo aparecía el material de antes de conocerlo, cuando aún era un prestigioso fotoperiodista. Nada posterior. Pero ella todavía recordaba su trabajo. Sabía lo que le gustaba hacer con una cámara —ángulos, encuadres, luz, abertura, lo que fuese—, y por eso ahora, incluso al cabo de tanto tiempo, seguía teniendo las cosas muy claras:

El autor de esa fotografía era Ray Levine.

—No —le dijo a Broome—. No se me ocurre nada.

Escuchó resoplar a Broome.

Oh, maldita sea, ahora no.

Megan se dio la vuelta, esperando ver aparecer a Harry Sutton, pero no, no era el caso. Acababan de entrar en la cafetería dos hombres. Uno tenía pinta de poli veterano: cabello gris, placa colgando del cinturón, pulgares tirando de los pantalones como si fuese una tarea de vital importancia. El otro lucía una ridícula camisa hawaiana brillante. Llevaba desabrochados los tres primeros botones, lo cual le permitía presumir de cadenas y medallones de oro mezclados sobre una abundante mata de vello pectoral. Aparentaba cincuenta y tantos, aunque igual tenía unos años más, y se le veía perplejo y desorientado. El poli veterano se deslizó en un reservado. Camisa Hawaiana siguió su ejemplo y se desplomó en el asiento como lo haría una marioneta a la que le acabasen de cortar los hilos.

Broome mantuvo la cabeza gacha, junto al café, con la evidente intención de ocultarse. Pero era imposible. Poli Veterano achinó los ojos. Se levantó y le dijo algo a Camisa Hawaiana. Si este lo oyó, no dio muestras de ello. Se quedó allí sentado, mirando fijamente la mesa como si ocultara algún secreto profundo y oscuro.

Poli Veterano echó a andar hacia ellos. Broome guardó rápidamente la foto en el sobre, para que el colega que se le acercaba no la viese.

—Broome —dijo el Veterano con un seco movimiento de cabeza.

—Jefe.

Allí había tensión. Goldberg paseó la vista hasta llegar a Megan:

—¿Y esta, quién es?

—Es Jane —dijo Broome—. Una vieja amiga.

—A mí no me parece vieja —dijo Goldberg, invadiendo el espacio personal de Megan y guiñándole un ojo.

—Menudo seductor —dijo Megan con acritud.

A Goldberg no le gustó.

—¿Eres poli? —le preguntó.

Joder, se dijo Megan, cuánto había cambiado con el tiempo.

—Solo una amiga.

—Una amiga, vale. —Goldberg hizo una mueca y se dirigió a Broome—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Tomarme un café con una vieja amiga.

—¿Tú ves con quién estoy yo?

Broome asintió.

—¿Qué debería decirle?

—Que nos vamos acercando —dijo Broome.

—¿Puedes ser un poco más concreto?

—Ahora mismo, no.

Goldberg frunció el ceño y se dio la vuelta. Cuando se alejó, Megan le dedicó a Broome una mirada inquisitiva, a la que este respondió:

—El tío que está con él es Del Flynn, el padre de Carlton.

Megan se volvió para mirarlo. Su cadena de oro le relucía sobre su pecho al aire. Su espantosa camisa hawaiana era de un naranja tan vivo y tan brillante —casi un desafío a la situación por la que estaba atravesando—, que también parecía una fachada; aunque, en este caso, absolutamente inútil. Hasta un ciego podía ver su desolación, que consumía todo cuanto lo rodeaba. Hacía que se le hundieran los hombros. Y que su rostro, claramente necesitado de un afeitado, se desmoronase. Por no hablar de la mirada perdida, cuyo objetivo parecía estar a mil metros de distancia.

Lo que le había pasado a ese hombre era la pesadilla de cualquier padre. Megan pensaba ahora en sus propios hijos; en ese comentario, absurdamente caballeroso, que había hecho acerca de que vivía de sus sonrisas; y a continuación, volvió a mirar al padre de Carlton Flynn.

—Da miedo, ¿eh? —apuntó Broome.

Pero ella no dijo nada.

—¿Entiendes ahora lo que estoy intentando hacer?

Megan guardó silencio.

—Stewart Green también tenía padres —continuó el policía—. Tenía esposa e hijos. Mira a ese tío. Imagínate sus noches de insomnio. Imagínatelo esperando una respuesta. Imagínate esa agonía que se alarga unos cuantos días. Y luego, semanas. Y después, meses y hasta años. Imagínate ese tormento.

—Ya lo he pillado —se rebotó Megan—. Eres un maestro de la sutileza, Broome.

—Solo trato de hacerte entender. —Pidió la cuenta—. ¿Me puedes decir algo más sobre esta fotografía?

Ray, pensó ella, pero no iba a decírselo. Negó con la cabeza:

—No, nada.

—¿Algo más sobre algo?

Broome la observaba con dureza. Ella había venido dispuesta a contarle algo importante. Pero ahora ya no estaba tan segura de si debía. Tenía la cabeza a punto de estallarle. Quería serenarse, darse una oportunidad para pensar las cosas con claridad.

Pero Broome seguía a la espera.

—Una persona cuyo nombre no revelaré —empezó Megan—, puede que viese, y recalco lo de «puede», recientemente a Stewart Green.

Ahora le tocaba a Broome quedarse atónito.

—¿Lo dices en serio?

—No, me lo acabo de inventar. Pues claro que hablo en serio. Pero la fuente no está del todo segura. Podría haber sido tan solo un tío que se parecía a Stewart Green. Han pasado diecisiete años, ¿sabes?

—¿Y no piensas darme el nombre de la fuente?

—Pues no, no te lo daré.

Broome hizo una mueca.

—¿Quieres que te señale de nuevo a ese padre atribulado?

—Solo si pretendes que me levante y me largue ahora mismo.

—Vale, vale. —Broome levantó irónicamente las manos, como si se rindiera—. ¿Y cuándo vio a Stewart esa fuente tuya?

—Hace unas semanas.

—¿Dónde?

—En la ciudad.

—¿En qué parte de la ciudad?

—En La Crème. Y ahí está muy oscuro. —Megan abrió la boca y estuvo a punto de decir «ella», pero se reprimió en el último momento—. La fuente dice que solo lo vio un segundo y que igual no era él.

—Y esa fuente —entonó Broome—, ¿es fiable? ¿Él o ella?

—Sí.

—¿Y tú crees que él o ella vieron a Stewart Green?

—No lo sé.

—Una vez más: ¿existe alguna otra información que puedas proporcionarme?

Megan negó con la cabeza.

—Eso es todo.

—Muy bien, pues ya estamos. —Broome se incorporó—. Tengo que salir pitando a la escena del crimen.

—Espera un momento.

Broome bajó la vista hacia Megan.

—¿Qué escena del crimen?

—Las ruinas mineras, ¿recuerdas?

Y ella frunció el ceño.

—¿De verdad crees que, después de todo este tiempo, aún pueden quedar fibras, sangre o lo que sea?

—¿Fibras o sangre? —repitió Broome con cara de pasmo—. Tú ves demasiado *CSI*.

—Entonces, ¿qué?

—A veces, la historia se repite.

—¿Qué quieres decir?

—El tío de la foto que te he enseñado.

Megan esperó a que continuara, pero ya sabía de qué iba la cosa. Broome miró de reojo hacia el reservado del rincón.

—Ese tío es Carlton Flynn.

Megan se quedó un instante donde estaba. Continuaba mirando de reojo al padre de Flynn, pero su mente seguía firmemente asentada en el pasado. Ray. La fotografía no dejaba lugar a dudas.

Ray había vuelto.

¿Y eso, qué quería decir? ¿Por qué iba a enviarle Ray esa foto a Broome... suponiendo que hubiera sido él? Y lo que es más: ¿con qué intención la había tomado?

Megan seguía acumulando demasiadas preguntas. La verdad es que había creído a Lorraine: no iba a confundirse con algo tan importante. Pero ahora la cuestión era: ¿cómo podía haber vuelto Stewart Green? ¿Dónde se había metido durante los últimos diecisiete años? ¿Qué ocurrió realmente aquella noche? ¿Qué papel interpretó Ray en toda esa farsa y qué relación guardaba esta con un joven llamado Carlton Flynn, desaparecido diecisiete años después?

No tenía la menor idea.

Si Megan nunca se había puesto en contacto con Ray era, en parte, para protegerlo; de la misma manera que él lo había intentado con ella. Pero ahora, transcurridos diecisiete años y con otro sujeto desaparecido en la misma y remota zona del parque... Algo había allí que, simplemente, no encajaba.

Volvió a sacar la tarjeta profesional. Fester en el Falta de Cobertura. Bar y restaurante.

Aún podía hacer lo más razonable. Sí, había abierto la puerta de ese armario, pero nadie le había saltado encima. Podía volver a cerrarla. No había pasado nada grave. Ella había cumplido con su parte. Podía volver al coche, marcharse a casa e inventarse alguna historia para Dave; decirle, tal vez, que había hecho un alto para recoger la parrilla Weber, comentarle que eso era lo que estaba haciendo y que se trataba de una sorpresa. Podía hacer eso y todo habría terminado.

Le había dado la espalda al mundo diecisiete años atrás. Llamaría a Harry Sutton, aunque le acabara de dar plantón, y le diría que ella ya había cumplido y que nada le debía a esta ciudad.

¿Y Ray?

Un exnovio. Nada más.

Pero eso siempre había sido un problema. Por definición, con los ex se rompe. Se puede hacer más o menos bien o más o menos mal, pero al cabo uno o ambos miembros de la pareja se desinflan y ponen fin a la relación. Con Ray, ese no había sido el caso. Ella estaba loca por él. Él por ella. Más que romper, se habían alejado el uno del otro. Aunque detestaba el término clausura, tal vez era eso lo que ambos necesitaban aún: clausurar la relación, como toda pareja.

Ray podía estar metido en graves problemas.

Ray podía ser un problema grave.

Le echó otra ojeada al padre de Carlton Flynn con su camisa hawaiana. Miraba hacia ella. Sus ojos se cruzaron. Brevemente. No duró más que uno o dos segundos, pero Megan pudo notar la confusión y la rabia de ese hombre. ¿Era capaz de irse y dejarlo allí tirado? ¿Era capaz de volver a dejar tirado a Ray?

Su parte más desprendida le decía que no podía hacerlo; o, por lo menos, que no debía. Pero también su parte más egoísta se resistía a cerrar esa puerta de inmediato. Cerrar la puerta significaba volver a la vida corriente, a ver pasar los días. Ya lo agradecería a su debido tiempo, pero ahora mismo, solo de pensarlo, la mera idea de volver a lo de siempre la aterrorizaba.

La verdad es que no le quedaba otra opción.

Tenía que encontrar a Ray. Tenía que preguntarle por la fotografía. Tenía que preguntarle qué le había ocurrido realmente a Stewart Green diecisiete años atrás.

Evitando la mirada del padre de Carlton Flynn, Megan salió del reservado e inició su camino hacia el bar Falta de Cobertura para ver a Fester.

La gran novedad se produjo cuando Broome llegó a las ruinas de la vieja fábrica de mineral de hierro.

—Sangre —dijo Samantha Bajraktari.

Era un punto remoto. Alrededor no había coches ni vehículos de ningún tipo. Mientras les explicaba la historia de ese almacén de hierro del siglo XVIII, un guardia forestal del estado de Nueva Jersey los había conducido por un sendero más bien angosto. El grupo estaba formado por Broome, un veterano llamado Cowens, dos agentes del condado a los que Broome no conocía y dos técnicos de la unidad criminal (uno de los cuales era la ya citada Samantha Bajraktari). Los uniformados y los técnicos encabezaban la comitiva. Cowens, que llevaba toda la vida fumando puros, acabó el último de la fila entre gárgaras y toses.

Broome se agachó junto a Bajraktari. Hacía cinco años que era la jefa del equipo técnico y Broome la consideraba una eminencia.

—¿Cuánta sangre hay?

—Todavía no lo sé.

—¿La suficiente como para ser la causa de una muerte?

Bajraktari hizo un movimiento con la cabeza que quería expresar ni sí ni no.

—Por lo que estoy viendo, no, pero tampoco pondría la mano en el fuego. Parece que haya parte de la sangre cubierta por la tierra.

—¿Con una pala?

—O puede incluso que con un zapato. No lo sé. Pero está escondida.

—¿Sabes ya si el grupo sanguíneo o el ADN coinciden con los de Carlton Flynn?

Bajraktari frunció el ceño.

—Llevamos aquí cinco minutos, Broome. Cálmate. Y déjame un poco de espacio, ¿quieres?

Los dos agentes uniformados precintaron la zona con la usual cinta amarilla, que quedaba de lo más absurda allí, tendida en mitad de ninguna parte. Empezaba a oscurecer. Ya no les quedaría mucho tiempo para trabajar. Y estaban muy lejos para traerse de vuelta los focos. Broome observó los restos de lo que había sido una caldera doscientos años atrás. Se puso a andar de un lado para otro hasta que reparó en que igual se hallaba demasiado cerca de la escena del crimen y podía arruinarla, momento en el que enfiló el sendero por el que había venido.

Cowens, con el puro bien encajado en la comisura, apareció por fin. Se agachó, con las manos en las rodillas, y trató de aspirar algo de oxígeno.

—¿Habéis encontrado un cadáver? —consiguió preguntar.

—Todavía no.

—Me tocaría mucho las narices haberme pegado esta panzada de andar para nada.

—Siempre pensando en los otros, Cowens.

—Y además, si encuentran un fiambre, harán venir algún tipo de vehículo. No tengo ganas de volver andando. Me arden los pies.

—No tenías por qué venir. Ya te lo dije en el aparcamiento.

Cowens despreció su comentario con un manotazo al aire y se las apañó para erguirse. Se ajustó los pantalones y se peinó un poco con las manos. Broome guardó silencio. A continuación, Cowens se encaminó hacia Bajraktari, cargándose de paso la cinta amarilla.

—Hola, Samantha —dijo, sonriente—. Qué guapa estás esta noche.

Bajraktari lo contempló sin el más mínimo interés.

—Estás contaminando la escena del crimen, Cowens.

—Solo era un comentario. Y es que estás guapa hasta metida en esa chaquetilla de técnica criminalista. —Cowens sonrió un poco más, pero lo dejó de repente—. Oye, que no te estoy acosando ni nada. Era por decir algo.

Broome meneó la cabeza. Ahora entendía por qué se había apuntado Cowens a la expedición. Le ponía Samantha Bajraktari. Increíble.

—Colócate detrás de la cinta amarilla, ¿quieres? —se rebotó Bajraktari.

Pero Cowens había dejado de prestarle atención. Movié la cabeza lentamente de lado a lado. Y el gesto le cambió de golpe.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Bajraktari.

Cowens entrecerró los ojos.

—Y a mí que esto me suena de algo...

—Bueno, se parece mucho a la zona de los travestís —sentenció ella.

—Ja, ja, ja.

Samantha Bajraktari volvió al trabajo. Conservando su aspecto confuso, Cowens se fue dando tumbos hacia la cinta. Mientras tanto, Broome tuvo una idea. Sosteniendo la fotografía con la mano derecha, empezó a deambular por allí, tratando de descubrir desde dónde se había captado exactamente la imagen. Subió un poco la colina, volviendo la vista cada pocos pasos, tratando de calcular el lugar preciso.

Acabó fuera del sendero.

Caminaba lentamente, con la vista fija en el suelo, cuando... ¡Premio!

—Bajraktari —gritó.

—¿Qué?

—Yo diría que aquí hay una huella de zapato. ¿Crees que puedes sacarle un molde? De hecho, los demás podríais cubrir toda la zona, a ver si encontráis algo.

—Sin problema. Sobre todo, si no nos dedicamos a deambular como paquidermos.

Bajraktari le dijo algo al otro técnico, un chaval que no parecía tener más de trece años. El técnico se dirigió hacia donde estaba Broome de pie. Este le mostró la huella del zapato y emprendió el camino de regreso al claro. Se quedó junto a Cowens y se puso a darle vueltas al asunto.

Diecisiete años atrás, por Carnaval, Stewart Green había llegado hasta ese lugar más bien remoto y había sido apuñalado antes de desaparecer, ¿no? Ahora, Broome disponía de una foto, lamentablemente sin fecha impresa, en donde se veía a Carlton Flynn, otro que se había evaporado en Carnaval y en esa misma zona apartada. Además, acababan de encontrar rastros de sangre, y no precisamente de hacía diecisiete años. Y por fin, diecisiete años después de que Stewart Green se esfumara, se producían otras dos extrañas novedades. La primera, la repentina reaparición de la escurridiza Cassie: ¿por qué había vuelto?, ¿decía la verdad? Y la segunda, la posible y no menos repentina reaparición de Stewart Green.

¿Estaría su regreso relacionado con el de Cassie?

Si no era así, se trataba de una coincidencia asombrosa. En caso de que fuera cierto que había vuelto, claro está. Cassie se lo podría haber inventado, o su fuente haberse confundido.

Sumando todas esas nuevas pistas... Broome seguía en blanco.

Y justo entonces, mientras le daba vueltas al tema en los Pine Barrens, el gran descubrimiento salió de una fuente de lo más inverosímil.

—Ahora me acuerdo —dijo Cowens.

—¿De qué?

—De lo que decía antes, lo de que a mí me sonaba esto de algo.

Ya me acuerdo de qué. —Cowens se sacó el cigarro de la boca—. Aquel asesinato tan importante.

Eso captó la atención de Broome.

—¿Qué asesinato tan importante?

—Tienes que acordarte. ¿Cómo demonios se llamaba ese tío? Gunner, Gunther, algo así.

Broome trataba de recordar, mientras notaba que se le aceleraba el pulso.

—Lo apuñalaron, ¿no?

—Correcto. Unos excursionistas lo encontraron por aquí arriba hace... ¿Cuánto? ¿Cosa de veinte años? Múltiples heridas de arma blanca.

—¿Y estás seguro de que fue exactamente aquí?

—Pues sí, muy seguro, con la vieja caldera y la roca esa de ahí. Sí, sí, este es el sitio.

—¿Te acuerdas de cuándo sucedió?

—Te lo acabo de decir: hace veinte años.

—Me refiero a la fecha exacta.

—Estás de cachondeo, ¿no?

—¿En qué época del año?

Cowens se lo pensó.

—Hacía frío.

—¿Como ahora?

—Supongo, no lo sé.

Broome podría consultar ese dato en cuanto volviera a la comisaría.

—¿Llevabas tú el caso?

—Qué va, aún iba de uniforme. Se encargó Morris, creo, pero yo estuve presente cuando la detención. Bueno, no exactamente allí. Estaba de refuerzo de los refuerzos. Creo que ni salí del coche. El tío se rindió enseguida.

—Y el caso se resolvió, ¿no?

—Pues sí, era de lo más vulgar. El típico triángulo amoroso, o algo parecido. No me acuerdo bien. Recuerdo que el culpable no dejaba de llorar. Decía que ni siquiera conocía al otro tío, que su novia nunca lo engañaría, lo de costumbre.

—¿Confesó?

—Ni hablar. El hombre insistió en su inocencia. Y creo que aún sigue en las mismas. Pero le cayó la perpetua. Creo que está encerrado en Rahway.

Nada más abrir la puerta del Falta de Cobertura, bar y restaurante, las arterias se endurecían y los pulmones se volvían negros. La chusma allí reunida hacía pensar en muchas cosas, pero la preocupación por la salud y unas expectativas largas de vida no figuraban entre ellas. El televisor situado tras la barra emitía el programa *SportsCenter*. En el ventanal colgaba un rótulo de neón de la cerveza Michelob. Según la pizarra, hoy era «La noche de las damas», que prometía «Cañas a dólar para las tías», un recurso comercial que, al parecer, atraía a cierta clientela femenina. Por ejemplo, a esa mujer de pelo pajizo que se reía a carcajadas, en plan «miradme todos», y lucía una camiseta amarilla con la leyenda adecuada: «Estoy disponible».

Megan se sentía envuelta en humo, aunque nadie fumaba. Era de esa clase de sitios. Estaba decorado a base de dianas para dardos, enormes tréboles irlandeses y fotografías de equipos patrocinados. Megan iba vestida de madre de las afueras, con abrigo de piel de camello y un bolso de Coach, y aunque ese aspecto destacase en un entorno semejante, la verdad es que nadie la miraba. Ese era un bar al que la gente acudía en masa porque nadie te reconocía. Probablemente, Megan no era la primera esposa aparentemente feliz que se plantaba allí desde el centro de convenciones en busca de anonimato.

Lorraine había descrito así a Fester: «Calvo como una bola de billar y algo más grande que un planeta». Curiosamente, allí había tres hombres, por lo menos, que encajaban con esa descripción, pero no había tiempo para timideces o componendas. Megan echó un rápido vistazo alrededor, confiando en que tal vez Ray también rondara por allí. Eso facilitaría las cosas, ¿no? Eliminar al intermediario. Se le aceleró un poco el corazón al pensarlo.

¿De verdad estaba preparada para ver a Ray? Y cuando eso sucediera, ¿qué le diría?

Daba igual. Ray no andaba por allí. Uno de los posibles Fester la estaba observando. Se acercó a él y le preguntó:

—¿Tú eres Fester?

—Cariño, puedo ser quién tú quieras.

—Si tuviera más tiempo, lo más probable es que me desmayara en tus brazos. Pero tengo prisa. ¿Cuál de vosotros es Fester?

El hombre se rio y señaló a otro tío —el más grande de todos los aspirantes a Fester— con el pulgar. Megan le dio las gracias y se acercó al designado.

—¿Tú eres Fester?

El sujeto tenía unos antebrazos como las columnas de mármol de la Acrópolis. En su enorme manaza, la jarra de cerveza parecía un chupito.

—¿Quién lo pregunta?

—¿Quién va a ser? Yo.

—¿Y tú quién eres?

—Mi nombre no tiene importancia.

—No pretenderás entregarme una citación, ¿verdad?

Megan frunció el ceño.

—¿Tengo pinta de agente judicial?

Fester le echó un vistazo.

—Pues la verdad es que sí.

Por segunda vez en la jornada, Megan se dijo: «joder, cuánto he cambiado».

—Estoy buscando a un empleado tuyo.

—¿Para entregarle la citación?

—No. No soy agente judicial.

—¿A quién buscas?

—A Ray Levine.

Si a Fester le sonaba ese nombre, se las apañó muy bien para disimularlo. Levantó la jarra y le pegó un buen trago.

—¿Y para qué andas buscando a Ray?

Buena pregunta. A falta de algo mejor, le dijo la verdad:

—Es un viejo amigo. Fester la estudió un poquito más.

—¿Y qué quieres de él?

—No te ofendas, pero ¿tú eres su jefe o su madre?

Fester sonrió.

—Déjame que te invite a una copa.

—Estás de guasa, ¿no?

—Tranquila. Soy completamente inofensivo. ¿Cuál es tu veneno preferido?

Megan suspiró, respiró hondo.

Su móvil seguía zumbando. Metió la mano en el bolso y lo silenció. «Echa el freno —se dijo—. No corras tanto e igual conseguirás lo que quieres».

—Muy bien. Lo mismo que tú.

Fester pidió una cerveza ligera de sabor afrutado. A Megan le repugnaban las cervezas ligeras, en especial las afrutadas, pero ya era demasiado tarde. Bebió un sorbo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Fester.

—Cassie.

Fester asintió lentamente.

—Tú eres esa, ¿verdad?

—¿Cómo que esa?

—La que le rompió el corazón a Ray. La que le partió el alma y lo convirtió en la piltrafa que es hoy.

Megan sintió que se le encogía el corazón.

—¿Eso te dijo?

—No, pero resulta evidente. ¿Estás segura de que él querrá verte?

—No.

—Ahora mismo está currando —dijo Fester, entrecerrando los ojos—. Espera un momento. Yo a ti te conozco, ¿verdad? Habías trabajado aquí, ¿no?

Pintaban bastos.

—Yo era el portero —dijo Fester—. Hace tiempo. ¿Quién me has dicho que eras? Sé que te he visto antes.

—Solo estoy buscando a Ray —dijo ella.

Fester seguía estudiando su rostro. Cosa que a ella no le gustaba nada. Estaba a punto de irse cuando, sin avisar, Fester extrajo el móvil y le sacó una fotografía.

—¿Por qué demonios lo has hecho?

—Es para mi colección de porno. —Los dedazos de Fester recorrían el teclado—. Bueno, en realidad se la estoy enviando a Ray. Si quiere verte, me lo dirá y yo te informaré. ¿Podrías darme tu número de móvil?

—No.

—¿Y qué me dirías de otra copa?

Ken y Barbie se pusieron a limpiar.

Cariñosamente, Barbie guardó su nueva herramienta favorita, la plancha de hierro con la punta afilada. Todavía apestaba a carne quemada. Tras varios intentos, Barbie había localizado los puntos más sensibles, las terminaciones nerviosas que, con solo tocarlas, por no hablar de penetrarlas con un calor insoportable, causaban el dolor más agudo posible, como había podido comprobar ese abogado que atendía por Harry Sutton.

Barbie se quitó la bata de hospital, el gorrito quirúrgico y los guantes de látex y lo guardó todo. Ken haría lo mismo, pero aún no, pues sabía que, por precavido que fueses, siempre dejabas algo de ADN. No había manera de controlar por completo ese asunto. Actualmente, los laboratorios podían hacer cosas asombrosas; y ante esa evidencia, lo mejor era tenerla en cuenta y respetarla.

Así pues, ¿qué hacer?

Ken recurría a la ofuscación. Conservaba muestras de ADN ajenas —pelo, tejidos, saliva, lo que fuese— en contenedores Tupperware. A veces encontraba esas muestras en lavabos públicos, por asqueroso que sonara. Un sitio estupendo era el campamento de verano. Muchos monitores utilizaban cuchillas desechables que él podía sustraer con facilidad. En los urinarios siempre había vello público. Y en las duchas, de todo.

Con los guantes aún puestos, Ken abrió un contenedor y, utilizando unas pinzas, sacó algo de pelo y tejidos y los colocó cerca —e incluso encima— de Harry Sutton. Con eso bastaría. Cerró el Tupperware y lo devolvió a la bolsa. Estaba haciendo lo propio con las pinzas cuando sonó el móvil de Harry Sutton.

Barbie miro quién llamaba.

—Es Cassie.

Cassie. Harry Sutton había resultado ser mucho más duro de pelar de lo previsto; aunque también era posible que no supiera la verdad sobre ella. Tras mucha persuasión, incluyendo la aplicación de la plancha a la uretra, el abogado les había dicho que la testigo de la que el jefe adjunto Goldberg le había hablado a Ken era una exbailarina exótica llamada Cassie. No le sacaron nada más de ella, pero encontraron su número de teléfono en el móvil de Sutton.

Barbie atendió la llamada con su voz más adorable:

—Bufete de Harry Sutton.

—Hola, ¿está ahí Harry?

—¿De parte de quién?

—Cassie.

—Oh, lo siento. El señor Sutton no está disponible en estos momentos. —Barbie miró a Ken, quién levantó ambos pulgares en señal de victoria—. ¿Podría facilitarme su nombre completo y dirección para poder pasarle el mensaje al señor Sutton?

—Un momento, ¿pero éste no es el móvil de Harry?

—Cuando el señor Sutton está indispuerto, las llamadas me son derivadas automáticamente. Lo siento, Cassie, no entendí su apellido.

Se produjo la desconexión.

—Ha colgado —dijo Barbie, poniendo morritos.

Ken se acercó a ella y le pasó el brazo por los hombros.

—No te preocupes.

—Creí que parecía una auténtica secretaria.

—Y así ha sido.

—Pero ella no se ha fiado de mí.

—Lo cual nos está diciendo algo —apuntó Ken.

—¿El qué?

—Que va con sumo cuidado.

Barbie, que ya se sentía mejor, asintió con la cabeza.

—Y eso quiere decir que es una parte muy importante de nuestro encargo.

—Sin duda alguna.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Tenemos su número de móvil —dijo Ken—. No será muy difícil averiguar dónde vive.

Bajo el impacto del *flash* de Ray, la mujer parecía el típico ciervo pasmado ante las luces de un coche.

—¿Quién es la afortunada, George? —gritaba Ray.

George Queller, puede que el cliente más fiel de Fester, pasó un brazo protector por los hombros de la chica.

—Se llama Alexandra Saperstein.

*Flash, snap, flash, snap.*

—¿Cómo os conocisteis?

—En Citas.com. Es una web para solteros judíos.

—Parece cosa del destino.

Ray se abstuvo de apuntar la obviedad de que George no era judío. El trabajo ante todo. Puede que su cerebro estuviera muy lejos de allí, pero tampoco se le podía echar la culpa: ¿quién querría estar presente en semejante situación?

Alexandra Saperstein parecía encogerse ante la atención. Era mona, aunque un poco en plan ratita, pero mostraba esa actitud defensiva que Ray asociaba a menudo con el abuso infantil. Los fogonazos tampoco ayudaban mucho. Ray apagó el *flash*, siguió haciendo fotos y dio un paso atrás para dejar respirar a la aterrorizada damisela. George se dio cuenta y lo miró de modo raro.

Mientras se acercaban al restaurante, Maurice, el *mâître* de marcado acento francés —nombre auténtico: Manny Schwartz, quien en verdad debería entrar en Citas.com— salió a la puerta, abrió los brazos y exclamó:

—Bienvenido, monsieur George. ¡Ya le tengo preparada su mesa favorita!

George le echó un vistazo a Ray, esperando a que soltara su frase. Manteniéndose oculto tras la cámara para disimular su bochorno, Ray gritó lo que se esperaba de él:

—¿Pensáis informar a la prensa de lo que comáis?

Cada vez se sentía peor.

—Ya veremos —repuso George con altanería.

Cuando entró en el local la nueva pareja, Ray hizo como que pretendía seguirlos y Maurice aparentó que le negaba el acceso. Un camarero se acercó a Alexandra y le hizo entrega de un ramo de rosas rojas. Ray iba sacando fotos a través del ventanal. George le sujetaba la silla a Alexandra. La mujer tomó asiento, se dio por instalada y, finalmente, pareció sentirse cómoda por primera vez.

Pero eso no iba a durar.

Ray la enfocaba. No podía evitarlo. Por un lado, sabía que debería apartar la vista —lo suyo era como reducir la velocidad para poder ver bien un accidente automovilístico—, pero el artista que llevaba dentro necesitaba registrar el momento álgido del horror. Mientras Alexandra consultaba la carta, Ray notó que le vibraba el móvil. Lo ignoró, pues estaba enfocando. Esperó. Primero, una expresión de estupor se dibujó en el rostro de Alexandra Saperstein, quien entrecerró los ojos para

asegurarse de que no se confundía. Ray sabía que George había rizado el rizo de su chaladura y que ahora, al principio de la carta, podía leerse: «La primera cita de George y Alexandra. Menú degustación. ¡Conservémoslo para poder mostrárselo a nuestros nietos!».

Ahora Alexandra se daba cuenta de dónde se había metido. Los ojos se le abrieron aún más, pero el resto de la cara se le descompuso. Se llevó las manos a las mejillas. Ray disparó. Podría tratarse tranquilamente de su propia versión de *El grito*, de Munch.

Se sirvió el champán. El nuevo guión exigía que Ray se colara en el restaurante y sacara una foto del brindis. Se dirigió, pues, hacia la puerta. El móvil volvió a vibrar. Ray le echó un rápido vistazo y vio una imagen que le enviaba Fester. Qué extraño. ¿Para qué diablos le enviaba Fester una foto?

Ya dentro del restaurante, Ray abrió el documento adjunto. Levantó la cámara mientras George hacía lo propio con su copa. Alexandra miró a Ray en busca de ayuda. Ray atisbo la foto que le enviaban y sintió que se le paraba el corazón.

La cámara se le cayó a un lado.

—¿Ray? —le dijo George.

Pero Ray miraba fijamente el móvil. Y le empezaban a asomar las lágrimas a los ojos. Se puso a mover la cabeza. No podía ser. Tenía tantas emociones rebotándole por dentro que un poco más y pierde el equilibrio.

Cassie.

Se había confundido, era alguien que se parecía a ella... Pero no, no le cabía la menor duda.

Había cambiado en diecisiete años, pero era imposible que él olvidara ese rostro.

¿Por qué? ¿Cómo? Después de todo este tiempo...

Acabó acariciando la imagen con un dedo.

Ray no podía apartar los ojos de la foto.

—¿Alexandra?

Oyó cómo la chica se removía en el asiento.

—No pasa nada. Te puedes ir.

No tuvo que repetírselo. Alexandra llegó a la puerta en un tiempo récord. George se levantó y salió tras ella. Ray se interpuso en su camino.

—No lo hagas.

—No lo entiendo, Ray.

Alexandra desapareció. George se desplomó en su silla. Ray miraba fijamente la fotografía. ¿Por qué la habría tomado Fester? Intentó calmarse lo suficiente como para acumular pruebas. Estaban en un bar. Probablemente, el Falta de Cobertura. Recordó la famosa frase de Bogart acerca de que de todos los garitos del mundo, ella había tenido que entrar en el suyo; aunque en este caso no era así, ya que había aparecido por el de Fester. Y no podía tratarse de una mera coincidencia.

—¿Por qué, Ray?

—Un momento —le dijo a George.

Llamó a Fester por mareaje rápido —qué patético era, se decía, que su jefe fuese la única persona que tenía en esa lista— y escuchó los tonos.

—No lo entiendo, Ray —decía George—. Esa chica, ¿Alexandra? Me cuenta por la red que su último novio la trataba a patadas, pasaba de ella y nunca la llevaba a ningún sitio. Yo la trato como a una reina y ella se asusta y sale pitando. ¿Por qué?

Ray levantó el dedo de solicitar un momento. Saltó el buzón de voz de Fester. El mensaje decía: «Fester. Bip».

Dijo Ray:

—¿Qué diablos pasa con esa foto? Llámame enseguida.

Colgó y se encaminó hacia la salida.

—¿Ray?

Otra vez George.

—No lo entiendo. Solo intento que la noche les resulte especial. ¿No lo ven? En la red todas dicen que quieren romanticismo.

—En primer lugar —entonó Ray—, hay una línea muy delgada entre el romanticismo y las órdenes de alejamiento. ¿Entiendes eso?

George asintió lentamente.

—Sí, ya, pero todas dicen...

—Y en segundo lugar, las mujeres solo dicen chorradas. Dicen que quieren romanticismo y ser tratadas como princesas, pero cualquier evidencia empírica asegura lo contrario. Siempre eligen al tío que las trata a patadas.

—Y entonces, ¿qué hago? —preguntó George, claramente confundido—. ¿Debería también tratarlas a patadas?

Ray se lo pensó unos instantes. Estaba a punto de largarle a George un monólogo lleno de consejos y sabiduría, pero ahora, al mirarlo a la cara, dijo:

—No cambies nada.

—¿Cómo?

—Me reventaría vivir en un mundo en el que no hubiera tíos como tú. Así pues, no cambies. Más vale ser un romántico que un capullo.

—¿De verdad lo crees?

—Bueno, si lo que quieres es ligar, no. En ese sentido, no tienes nada que hacer.

George esbozó una media sonrisa.

—Yo no solo pienso en ligar. Quiero encontrar una compañera de verdad.

—Buena respuesta. En ese caso, no cambies. Sé fiel a ti mismo. —Ray dio otro paso, se detuvo y dio media vuelta—. Pero igual podrías cortarte un poco. Lo de los menús personalizados es excesivo.

—¿De verdad? ¿Tú crees? Igual es solo el tipo de letra. A Ray le sonó el móvil. Era Fester. Descolgó de inmediato.

—¿Fester?

—Deduzco que conoces a la chica de la foto —dijo este.

—Sí. ¿Qué quiere?

—¿Qué va a querer? Pues hablar contigo. Ray notaba realmente cómo el corazón le golpeaba contra el pecho:

—¿Sigue en el Falta de Cobertura? Voy para allá.

—Se acaba de ir.

—Maldita sea.

—Pero ha dejado un mensaje.

—¿Cuál?

—Ha dicho que os veáis en Lucy a las once.

Broome llamó a su ex, Erin, desde la escena del crimen y le informó sobre la sangre hallada y los recuerdos de Cowens.

—Iré a la comisaría y procederé a investigar —dijo ella.

Cuando Broome llegó, Erin estaba sentada delante de su escritorio y no en el que había ocupado ella, situado justo enfrente. Esa mesa, frente a la que Erin se sentó durante más de una década, la utilizaba ahora un guaperas repeinado que llevaba trajes de Armani. Broome nunca recordaba su nombre y, en un dechado de originalidad, se refería a él como «Armani». Armani no estaba, así que Broome se deslizó en su asiento. El escritorio no solo era de una pulcritud exagerada, sino que también olía a colonia.

—No me puedo creer que se me haya pasado —dijo Erin.

—Buscábamos desaparecidos, no muertos. ¿Qué has encontrado?

—La víctima se llamaba Ross Gunther y tenía veintiocho años.

Erin le pasó la fotografía, con el cadáver tumbado de espaldas. La sangre se le acumulaba en el cuello, como si llevara una bufanda carmesí.

—Gunther nació en Camden, abandonó el instituto y acabó en Atlantic City —dijo Erin—. Un tío de ningún sitio sin nada que hacer en la vida. Soltero. Y con una larga trayectoria penal como fracasado: asalto, palizas, actividad delictiva en general... Hasta hizo de matón para un prestamista.

—¿Cómo lo mataron?

—Le rebanaron el cuello... Con saña.

—¿Con saña? —Broome le echó otro vistazo a la fotografía—. Yo diría que, prácticamente, lo decapitaron.

—De ahí lo de la saña. Como ya sabes, del caso se ocupó Morris. Si quieres hablar con él, anda por Florida.

—¿Qué edad tendrá ahora?

—¿Morris? —Erin se encogió de hombros—. Ochenta, ochenta y cinco.

—Cuando yo entré en el cuerpo, ya estaba senil.

—Da igual: tampoco creo que necesites hablar con él.

—Pero atrapó a su hombre, ¿no?

Erin asintió:

—Gunther estaba empezando a salir con una chica llamada Stacy Paris. El problema era que la señorita París estaba comprometida con un descerebrado llamado Ricky Mannion. Los dos tipos eran más bien posesivos, no sé si me explico.

Perfectamente, se dijo Broome. Ya había conocido a muchos sujetos semejantes en el transcurso de su carrera: tipos celosos, con poca correa, que confunden el control con el amor, que siempre le dan la mano a su chica en público, cual perro marcando el territorio, y que disimulan una inseguridad tremenda bajo su apariencia de macho alfa. Con esa gente, las cosas nunca acaban bien.

—Morris consiguió una orden de registro para la casa de Mannion —dijo Erin—. Y encontraron pruebas suficientes para sacarlo de circulación.

—¿Qué tipo de pruebas?

—Pues el arma del crimen. —Erin le enseñó la fotografía de un cuchillo largo y con el filo serrado—. Mannion había limpiado la sangre, pero aún quedaban restos que relacionaban claramente el cuchillo con la víctima. Eran los primeros tiempos del ADN. Y por si eso no bastara, también encontraron sangre de Gunther en el coche de Mannion y en una camisa que había junto a la lavadora.

—Caramba —dijo Broome.

—Pues sí, ese Mannion era todo un Einstein. Nunca se te ocurrirá qué dijo en su defensa.

—Espera, deja que lo piense. Hummm... No me lo digas... ¿Que le tendieron una trampa?

—Tú sí eres bueno.

—No te sientas intimidada. Es que soy un inspector veterano.

—Así pues, lo más probable es que intuyas cómo acabó todo eso. El caso se abrió y se cerró. Y a Mannion le cayeron entre veinticinco y la perpetua. Está en Rahway.

—¿Y qué le pasó a la chica, la tal Stacy Paris?

—¿Cuándo encontraste el cuerpo, hace una hora? Aún estoy en ello.

—Y ahora la gran pregunta —dijo Broome.

Erin sonrió.

—¿Quieres saber cuándo tuvo lugar el crimen?

—Y yo que me creía un inspector veterano...

—El 11 de marzo de hace dieciocho años. Y sí, era el día de Carnaval. O, mejor dicho, la mañana siguiente. Ahí está la cosa. Ese año, el día de Carnaval fue el 10 de marzo, pero el cuerpo de nuestro amigo Gunther fue encontrado pasada la medianoche.

—O sea que, técnicamente hablando, no era Carnaval.

—Exactamente. Y lo mismo ocurre con algunos otros desaparecidos. Lo cual dificulta el hallazgo de un patrón.

—Así pues, tenemos que buscar asesinatos o desaparecidos en esa fecha y en torno a ella. E investigar a gente asesinada o desaparecida en ese parque o en sus alrededores. Se trata de una zona muy apartada. Un cadáver puede tirarse allí días y hasta semanas.

—Estoy en ello —dijo Erin.

Broome se la quedó mirando mientras se comía un padrastro.

—Es asqueroso —le regañó Erin.

Pero él siguió a lo suyo.

—¿Y ese Mannion?

—¿Qué le pasa?

—Si acertamos con lo de que hay un patrón, si existe una especie de... No sé, de

asesino de Carnaval o lo que demonios sea... —Broome se interrumpió—. Mannion lleva encerrado, ¿qué: dieciocho años por un crimen que no cometió?

—No saquemos conclusiones precipitadas.

Se oyó una voz:

—¿Inspector?

Broome se volvió y vio a Del Flynn vestido con su chabacana camisa hawaiana. Debía llevar, por lo menos, diez cadenas de oro colgando del cuello. Broome distinguió una medalla de San Antonio, un ancla dorada y una silueta, también de oro, de una chica curvilínea. Curiosa variedad.

—¿Señor Flynn?

Goldberg estaba a unos metros por detrás de él. Como Broome ya había sido informado en bastantes ocasiones, Del Flynn estaba podrido de dinero. El alcalde y muchos otros figurones de la localidad ya habían llamado, como si el departamento de policía de Atlantic City tuviese una sección VIP de desaparecidos. E igual era así, ¿quién sabe? Broome no se lo tenía en cuenta a ese hombre. Si tu hijo desaparece, te empleas a fondo para encontrarlo y no te cortas un pelo. Eso era algo que Broome entendía perfectamente.

Broome presentó Flynn a Erin. Erin lo saludó con un movimiento de cabeza y luego la volvió a bajar: nunca se le habían dado muy bien los familiares de las víctimas. «Están destrozados», le había dicho antes a Broome, quien ahora miraba a los ojos de Flynn y pensaba que «hecho añicos» resultaba más preciso. «Destrozado» sugería algo claro e inconfundible. Pero lo que les pasaba a los familiares era más confuso, más abstracto, lleno de esquirlas y sin albergar esperanzas de recuperación.

—¿Han encontrado alguna novedad? —preguntó Del Flynn.

—Aún es pronto, señor Flynn.

—¿Nada de nada?

La desesperación de su voz era palpable; una cosa horrible que vivía y respiraba. Que llenaba la habitación. Lo ahogaba todo en torno suyo. Broome confiaba en que Goldberg interviniera. Pero Goldberg se limitaba a atravesarlo con la mirada.

Flynn estiró la mano y agarró del brazo a Broome con excesiva energía.

—¿Usted tiene hijos, inspector?

Esa era una pregunta que a Broome le habían hecho más de una vez durante sus años en el cuerpo. Siempre se le antojaba una cuestión rayana en el paternalismo — en realidad, ¿qué más daba?—, pero de nuevo, al ver a alguien hecho añicos, repuso:

—No, señor. Pero la inspectora Anderson, aquí presente, sí.

Ciertamente, Broome acababa de arrojar a su querida ex bajo un autobús. Flynn desvió su mirada hacia Erin. Erin mantuvo la cabeza gacha. Tras unos incómodos segundos, Broome se interpuso piadosamente entre ellos.

—Señor Flynn —dijo—, le aseguro que hacemos todo lo que está en nuestra mano para encontrar a su hijo. Pero si tenemos que dejar de trabajar para pasarle informes detallados, las cosas irán más lentas. Lo entiende, ¿verdad? Yo puedo

dedicar mi tiempo a seguir pistas y buscar a su hijo. O puedo dedicarlo a mantenerle al corriente de cada novedad. ¿Comprende lo que le quiero decir?

—Yo solo quiero ayudar.

—En ese caso, déjenos trabajar, ¿de acuerdo?

Los ojos hechos añicos de Flynn se encendieron al oír eso: un breve fogonazo de ira antes de que volviera a imponerse la destrucción. Ahora sí intervino Goldberg:

—Inspector Broome, creo que lo que pide el señor Flynn...

Del Flynn le puso la mano en el hombro para que se callara. «Luego», le dijo. Y echó a andar hacia el pasillo. Goldberg le lanzó a Broome una última mirada asesina y salió tras él.

—Pensé que Goldberg se la iba a chupar a ese tío allí mismo —dijo Erin—. Flynn debe de estar podrido de pasta.

—Ni caso —dijo Broome—. ¿Me puedes conseguir el número de la cárcel de Rahway?

Erin tecleó en el ordenador. Era tarde, pero tampoco había horarios estrictos en las penitenciarías federales. Broome llamó a ese número y le dijo al que descolgó que estaba interesado en un preso llamado Ricky Mannion. Le dijeron que esperara.

—Aquí el oficial de Prisiones, Dean Vanech.

—Me llamo Broome. Soy inspector de Homicidios en Atlantic City.

—Muy bien.

—Llamo en relación con uno de sus presos, un tipo llamado Ricky Mannion.

—¿Qué pasa con él?

—¿Lo conoce?

—Sí.

—¿Sigue insistiendo en que es inocente?

—Cada día. Pero ¿sabe qué? Aquí, casi todo el mundo es inocente. La verdad es que sorprende. O somos todos una pandilla de incompetentes o, vaya, vaya, nuestros huéspedes mienten como bellacos.

—¿Usted qué opina de él?

—¿A qué se refiere?

—¿Resulta más convincente que la mayoría?

—¿Acerca de que sea inocente? ¿Y yo qué demonios sé? Aquí he visto a tíos que podrían dar clase de interpretación a Robert De Niro.

Broome se daba cuenta de que hablar con el tal Vanech iba a ser una pérdida de tiempo.

—Me gustaría visitar a Mannion a primera hora de la mañana —declaró—. ¿Lo cree posible?

—Veamos, déjeme ver cómo tiene la agenda. Está de suerte: la Primera Dama se ha visto obligada a cancelar su visita y Mannion está disponible. ¿Le apunto para las siete?

Hay que ver qué gracioso era todo el mundo.

Broome confirmó la cita. Estaba colgando el auricular cuando algo le llamó la atención. Giró la cabeza y vio cómo Cassie entraba corriendo en la comisaría. Vio a Broome y se lanzó a por él.

—Hay un problema —le dijo.

—Lo tengo.

Como Ken había prometido, el número del móvil enseguida lo desveló todo.

Como no sabían muy bien cuántos días iba a durar ese trabajo en concreto, Ken y Barbie habían alquilado una *suite* con dos dormitorios en ese espigado rascacielos que era el hotel Borgata. Se suponía que era el más bonito de Atlantic City, y además contaba con la ventaja de estar apartado del paseo marítimo, esa cloaca infestada de jugadores, drogadictos, pecadores, charlatanes de feria y demás gentuza.

De todos modos, Barbie consideraba que el Borgata poseía sus propios residuos. No podías librarte de ellos en Atlantic City, y la verdad era que a Barbie tampoco le apetecía del todo hacerlo. La chusma le repugnaba y la regocijaba en igual medida. Deseaba sumergirse en la inmundicia y, a un tiempo, darse en ella un revolcón.

Barbie había crecido en un entorno protector, pero no era ninguna ingenua. Sabía que los seres humanos eran complejos. Les atraía el pecado y ciertas actitudes, pues de lo contrario no necesitarían combatirlos. La clave consistía en mantener una posición saludable. Y ahora creía que Ken y ella la tenían. Sus víctimas —si es que ese era el término adecuado— eran escoria. Ken y Barbie les hacían daño, ciertamente, pero todas sin excepción eran impuras y se lo merecían. A veces, el dolor conseguía abrirle los ojos a la víctima, proporcionándole algún tipo de redención. Ámbar, sin ir más lejos. Barbie estaba muy satisfecha del tratamiento aplicado: el dolor momentáneo que había experimentado esa chica contribuiría, al final, a salvarle la vida.

Alojarse en el Borgata —pasar una breve temporada en la guarida del diablo, en el corazón de la tentación— le sentaba muy bien. A ella y a su educación. Era como internarse en campo enemigo para descubrir sus secretos. Cuando Barbie deambulaba por el casino, podía captar las miradas de lujuria en los rostros masculinos, pero también temía que alguien la señalase con el dedo y gritara: «¡Ella no es de los nuestros!».

Le preguntó a Ken:

—¿Cómo has localizado el número?

Estaba sentada en el sillón que había ante la ventana. En la distancia, podía ver las luces del paseo marítimo.

—Por internet —repuso Ken.

—¿Has podido rastrear un número de móvil en el ordenador?

—Sí.

—¿Cómo?

—Apunté en Google «rastreo de móvil».

Barbie meneó la cabeza.

—¿Así de fácil?

—Bueno, me han cobrado diez dólares.

Ken levantó la vista del teclado y le sonrió. Barbie sintió esa sonrisa hasta los dedos de los pies. A Ken le asomaba el cuello de una camisa rosa por el jersey verde lima. Llevaba bien planchados los pantalones de loneta. «Qué guapo está», pensó. Siempre iban cogidos de la mano cuando atravesaban el hotel. A ella le encantaba sentir la mano de Ken en la suya, pero a veces, cuando la mirada de algún hombre duraba demasiado, podía notar cómo él la agarraba con más fuerza. Entonces experimentaba calor, excitación, hormigueo.

—¿Y de quién es el teléfono? —preguntó.

—De un tal David Pierce.

—¿Y ese, quién es?

—No lo sé muy bien. Trabaja de abogado laboralista en Jersey City. No encuentro la menor relación con el asunto que nos ha traído hasta aquí. Parece una persona normal. Casado, con dos hijos.

—La que llamó al móvil de Harry Sutton era una mujer —apuntó Barbie.

Y Ken asintió:

—Hay cuatro líneas de móvil en la misma cuenta. Supongo que una para él, una para su mujer y una para cada crío. El número que hemos rastreado no es el principal, el de quien tiene la cuenta a su nombre.

—¿Qué edad tiene la hija?

—Quince. Se llama Kaylie.

—La mujer con la que yo hablé... Bueno, era una mujer.

—Entonces tiene que ser la esposa. Se llama Megan.

—¿Y qué pinta ella en todo esto?

Ken se encogió de hombros.

—Todavía no lo sé. Acabo de registrar su dirección en Kasselton en el MapQuest. En coche, no deberíamos tardar más de dos horas. —Se volvió hacia Barbie, y ella pudo captar el brillo de sus ojos—. Podríamos salir ahora mismo y obtener las respuestas. Puede, incluso, que los críos aún no estén en la cama.

Barbie se mordió una uña.

—¿Una madre de las afueras con dos hijos?

Ken no dijo nada.

—En general, hacemos daño a quienes se lo merecen —prosiguió ella—. Por eso trabajamos en este mundo en concreto.

Ken se rascó la barbilla mientras tomaba en consideración sus palabras.

—Si la tal Megan Pierce tiene algo que ver con Harry Sutton, dudo mucho que sea inocente.

—¿Estás seguro de eso?

Ken agarró las llaves del coche y las hizo tintinear.

—Solo hay una manera de cerciorarse.

Barbie negó con la cabeza.

—Esto es muy gordo. Deberíamos hablar antes con el que nos ha contratado.

—¿Y si nos da vía libre?

—Pues tú mismo lo has dicho. —Barbie se encogió de hombros—. Están a menos de dos horas.

Media hora antes, Megan había escuchado esa voz tan dulce que resultaba empalagosa en el móvil de Harry Sutton: «El teléfono del señor Sutton me deriva la llamada automáticamente cuando se encuentra indispuesto. Lo siento, Cassie. No he entendido tu apellido».

Megan colgó.

Fester estaba a su lado en la barra.

—¿Algún problema?

Megan observaba fijamente su móvil. Intentaba imaginar mentalmente el despacho de Harry. Había una mesa, una ventana, un archivador, un sofá hecho polvo...

Lo que no había era sitio para una recepcionista.

Por consiguiente, ¿quién acababa de ponerse al teléfono?

Una sensación muy desagradable empezó a recorrerle el estómago.

Dijo Fester:

—¿Hola? ¿Sigues aquí?

—Me tengo que ir.

—Pues vaya, yo creí que andabas buscando a Ray. ¿Por qué no esperamos a que responda?

—Dile que lo veré en Lucy.

—¿Cómo?

—Tú díselo. Lucy. A las once. Si no llego, te llamaré a este bar.

—Espera un momento —le dijo Fester.

Pero ella no le hizo ni caso. Salió a toda prisa del local, abriéndose paso entre la multitud y sintiendo la desesperación que brotaba de ella a oleadas. Cuando llegó a la calle, tuvo que pararse un momento para tragar oxígeno. Se fue pitando hacia el despacho de Harry Sutton; se cruzó en el pasillo con una pareja joven, pero las luces estaban apagadas y la puerta cerrada.

Fue entonces cuando decidió ir a por Broome.

En comisaría, después de que la compañera de Broome, que se identificó como la inspectora Erin Anderson, saliera del cuarto, Megan puso al corriente al policía. Este la escuchó sin interrumpir. Megan acabó diciendo:

—Estoy preocupada por Harry.

—No creo que haga falta —dijo Broome—. Vamos a ver, no por lo que me cuentas. Ya conoces a Harry. Es un juerguista profesional. Sé que le encantan las chicas, pero también las quiere, no sé si me explico. Seguro que fue una de ellas la que se puso al teléfono.

—¿Aparentando ser la recepcionista?

—Sí, ¿por qué no? Lo más probable es que intentara hacerse la graciosa.

—Ya veo —dijo Megan, frunciendo el ceño—. Para partirse de risa.

—¿Tú crees que Harry no las elige por su ingenio?

Megan negó con la cabeza.

—Esto me da muy mala espina.

—Podemos volver a llamarlo.

—Ya lo he hecho. No contesta.

—Podría enviar un coche a su casa, pero ¿para qué? Sale cada noche. ¿Le has contado a alguien que ibas a verlo?

—No.

—Pues entonces no sé si te sigo. ¿Qué te hace pensar que pueda estar en peligro?

—Nada, supongo. La voz de esa mujer. No sé. Era demasiado empalagosa.

—Ah —ironizó Broome—. ¿Y por qué no me lo has dicho antes?

Megan torció el gesto.

—¿Te importaría, no sé, perdonarme un poco menos la vida?

—«¿Demasiado empalagosa?».

—Vale, ya lo he pillado.

—No, Cassie o como te llames, yo creo que no. —Broome se le acercó un poco más—. ¿Puedo ir al grano?

—¿Acaso te has andado por las ramas hasta ahora? Adelante.

—Tienes muy buen aspecto. Un aspecto excelente.

—Muchas gracias.

—No me refiero a eso. Quiero decir que los años te han tratado muy bien. Se te ve saludable y feliz; y lo más importante de todo: parece tener un buen lugar al que volver. ¿Me explico?

Megan no abrió la boca.

—Esa es la definición de felicidad, ¿sabes? Casi todas las chicas de por aquí nunca tendrán eso: un sitio al que poder regresar.

—¿Inspector Broome? —dijo ella.

—¿Sí?

—Eres de lo más profundo.

Broome acogió el comentario con una sonrisa.

—Ese soy yo: el detective filósofo. En cualquier caso, hazte un favor a ti misma y vuelve a tu sitio.

—¿Qué vuelva a mi sitio?

—Pues sí: a tu casa, o adonde sea. A ese lugar en el que haya gente que te espera.

—No me estás escuchando, inspector.

—Te aseguro que sí. Y ahora eres tú la que tiene que escucharme a mí. ¿Qué haces todavía por aquí?

Megan guardó silencio un instante. Broome se mantenía a la espera, observándola. La verdad era que, pese a los sarcasmos de ella, Broome iba ganando por goleada.

«¿Qué hacía todavía por allí?».

Pensó en su hogar, en su sitio al que ir, en Kaylie y Jordan, en el pobre Dave, que seguro que estaba deambulando por la casa mientras se mesaba los cabellos, como solía hacer cuando se angustiaba, preguntándose qué le había ocurrido de repente a la mujer con la que llevaba durmiendo dieciséis años.

Con apenas un hilo de voz, Megan añadió:

—Creí que querías que me quedara cerca por si había alguna novedad.

—De momento, ya tengo cuanto necesito. Si necesito algo más, llamaré a Harry. Te prometí anonimato. Y pienso cumplir.

—Gracias —dijo ella.

—De nada. Y ahora, lárgate de aquí antes de que te vea el jefe y se ponga a hacer preguntas.

Megan quería resistirse. La cosa no le parecía bien; aunque, al mismo tiempo, tampoco ganaba nada quedándose allí. Sin añadir ni una palabra más, Megan enfiló el camino de salida. Había aparcado en la esquina. Se deslizó en el asiento delantero y pensó en qué hacer. La respuesta era evidente.

Broome estaba en lo cierto. Pero por el motivo que fuese, mientras se sentaba al volante, le entraron ganas de llorar. ¿Qué demonios le pasaba? Encendió el motor del coche y se dispuso a ir directamente a casa. Adiós a todo eso. Adiós a La Crème y a Lorraine, y a Rudy, a Stewart Green y a Harry Sutton. No eran más que algo vislumbrado por el retrovisor. Eso era todo.

Pero ¿y Ray?

Miró la hora en el reloj del coche. Para empezar, ¿por qué había sugerido que quedaran en Lucy? Se fijó en las llaves del vehículo, colgando de la cerradura. Durante todos los años que llevaba con él, Dave nunca le había preguntado por esa llave de bronce algo oxidada. Ella siempre la había conservado. Dudaba mucho de que aún sirviese para abrir la puerta —ya habían pasado casi veinte años—, pero esa llave era el único recuerdo de su antigua vida que se había permitido conservar.

Una llave.

La tocó y pensó en la última vez que la había utilizado. Quería ver a Ray. Y no quería.

Una cosa era jugar con fuego; y otra muy distinta, arrojarse a las llamas.

«Vete a casa, Cassie o Megan o comoquiera que realmente te llames. Agradecemos este boletín de novedades para resolver una antigua desaparición, pero ya va siendo hora de que regreses a tu vida plácida y ordenada».

Por un lado, todo ese día desquiciado parecía no acarrear malas consecuencias. Podía quitarse de en medio sin recibir ni un rasguño siquiera. Por otro, seguía mirando hacia atrás, como si la siguieran. Sentía que el mundo la estaba devorando, que Stewart Green seguía rondando por allí, con su horrible y espantosa sonrisa, disponiéndose a atacar. Sí, lo mejor que podía hacer, lo más inteligente, era volver a casa; pero se preguntaba, al mismo tiempo, si eso serviría de algo, si no iba a ser ya demasiado tarde.

Lucy. A las once de la noche.

Lucy estaba en Margate, a unos diez kilómetros de donde se encontraba ahora. De nada le iba a servir intentar convencerse de lo contrario, daba igual lo peligroso o improvisado de su decisión: sabía que no iba a experimentar la paz ni la conclusión de su relación hasta que viera a Ray. Y además, dejando aparte todo lo otro, ¿cómo podía llegar hasta allí sin ver a Lucy?

Condujo en dirección sur por Atlantic Avenue hasta divisar a Lucy en lo alto, acechando en la oscuridad, silueteada por la luna. Como siempre, y por muchas veces que la hubiese visto, Megan se quedó contemplando a Lucy con asombro infantil.

Lucy era un elefante enorme. En este caso, enorme equivalía a una altura de seis pisos.

Construida en 1882, Lucy la Elefanta era una de las mayores y más antiguas atracciones del país, así como una maravilla de la arquitectura: una estructura de veintidós metros en forma de elefante que en un principio había acogido las oficinas de una inmobiliaria, nada más y nada menos. Durante su reinado de ciento treinta años en la costa de Nueva Jersey, Lucy había sido también un restaurante, una taberna (clausurada durante la Ley Seca), una residencia playera privada y, en la actualidad, un sitio que los turistas podían visitar previo pago de cuatro dólares por barba. El paquidermo de noventa toneladas estaba hecho de un millón de piezas de madera con una corteza exterior de aluminio. Entrabas por Lucy a través de cualquiera de sus dos macizas patas traseras, subías por una escalera de caracol e ibas a parar a un salón de paredes curvas y color verde moco, que es el tono, al parecer, del estómago de los elefantes. Podías caminar hasta la cabeza de Lucy y ver cómo estaba el mar desde sus ojos/ventanas. Había otra ventana en la parte trasera del animal, conocida por quienes cuidaban el lugar como vista espectacular. Había fotografías y un vídeo y hasta una bañera. Si ascendías otro tramo de escaleras, podías salir al exterior y plantarte en el lomo de Lucy para disfrutar de una de las mejores vistas del océano Atlántico. De igual modo, los días despejados podía verse a Lucy desde los barcos a quince kilómetros de distancia.

Megan siempre había adorado a Lucy, aunque no sabría decir exactamente por qué. Veinte años atrás, se había acostumbrado a visitarla en su día libre, haciéndose con una hamburguesa con patatas en la terraza del bar de al lado y ocupando siempre el mismo banco, el más cercano al viejo y querido mastodonte. Fue allí donde conoció a uno de los cuidadores de Lucy, que también hacía de guía turístico, un tipo encantador, aunque excesivamente necesitado de cariño, llamado Bob Malins y con el que empezó a salir. La relación no duró gran cosa, pero antes de romper con él, Megan le sustrajo a escondidas la llave de Lucy, se la llevó a una ferretería cercana e hizo una copia.

Esa era la llave que aún colgaba de su llavero.

Bob nunca se enteró, claro está, pero avanzada la noche, cuando necesitaba alejarse del club y del apartamento que compartía con otras cuatro chicas, Megan

recurría a la llave para meterse dentro de Lucy y tumbarse sobre una manta. Cuando se enamoró de Ray, ese era el lugar donde se reunían. Nunca se llevó allí a ningún otro hombre. Solo a Ray. Usaban la llave, subían por la escalera de caracol y hacían el amor de la manera más dulce posible.

Aparcó el coche y se bajó. Cerró los ojos y respiró el salado aire de mar. Empezó a recordarlo todo. Abrió los ojos. Los levantó hacia Lucy y se estremeció bajo el torrente de recuerdos.

Detrás de ella, una voz —bueno, la voz— dijo:

—¿Cassie?

No podía moverse.

—Oh, Dios mío —exclamó él con una pena tan grande que abrió un surco en el corazón de la mujer—. Cassie.

Dave Pierce se sentía como si una mano gigantesca hubiese agarrado su vida y la estuviera agitando como una de esas bolas de cristal en las que siempre nieva.

Estaba sentado frente al ordenador en el cuarto de invitados que Megan había convertido el año pasado en un despacho doméstico. Le dolía el estómago. Detestaba el descontrol. No soportaba nada bien la presión. Cuando se sentía así, cuando las paredes parecían moverse para aplastarlo, Megan siempre estaba a su lado. Le frotaba las sienes, le daba un masaje en los hombros o le susurraba al oído palabras dulces y lenitivas.

Sin ella, se sentía perdido y asustado. Megan nunca antes había actuado así. Jamás había interrumpido el contacto durante más de una hora o dos. Su repentina conducta errática habría debido sorprenderlo, puede incluso que inquietarlo, pero lo peor de todo era que no había ocurrido de ese modo. Puede que eso fuera lo más preocupante: la facilidad con que todas las percepciones asumidas y cuanto había dado por sentado podían esfumarse.

Su dedo acechaba sobre el ratón. Miraba la pantalla. No quería dar el clic definitivo. Pero, francamente, ¿le quedaba ya alguna otra opción?

Jordan abrió la puerta de par en par, cogiéndolo por sorpresa.

—¿Papá?

—Por el amor de Dios, ¿cuántas veces te he dicho que llames?

—Lo siento...

—Te lo he dicho cien veces —dijo Dave, en voz más alta de lo previsto—. Hay que llamar primero. ¿Tanto te cuesta recordarlo?

—No quería...

A Jordan se le llenaron los ojos de lágrimas. Era un crío muy sensible. Dave había sido igual que él de pequeño. Enseguida rectificó.

—Lo siento, chaval, es que tengo muchas cosas en la cabeza, nada más.

Jordan asintió, tratando de contener las lágrimas.

—¿Qué pasa, hijo?

—¿Dónde está mamá?

Buena pregunta. Dave contempló la pantalla. Estaba a un clic de saber la respuesta. Sin embargo, le dijo:

—Está haciendo algo para la abuela. ¿No deberías estar acostado?

—Mamá dijo que me ayudaría con las matemáticas.

—¿Y por qué no me lo has dicho a mí?

Jordan torció el gesto.

—¿Con las mates?

En esa familia, era de dominio público que a Dave se le daban fatal las matemáticas.

—Vale, tomo nota. Y ahora, a la cama, que es muy tarde.

El crío se acercó un poco más a su padre: aún agradecía el beso de buenas noches. Su hermana, hacía años que había dejado de participar de ese ritual. Ahora que Jordan lo abrazaba, Dave sentía que estaba a punto de que se le saltaran las lágrimas. Mantuvo agarrado a su hijo unos segundos más de lo habitual. Cuando se soltaron, a Jordan se le fueron los ojos de manera natural a la pantalla del ordenador. Dave minimizó rápidamente lo que allí había, convirtiéndolo en un pequeño icono en la esquina inferior.

—Buenas noches, chaval.

—Buenas noches, papá.

—Cierra la puerta, ¿quieres?

Jordan asintió e hizo lo que se le pedía. Dave se secó los ojos y le dio al icono. La ventana volvió a abrirse. De nuevo desplazó el cursor hacia el enlace. Estaba a un solo clic de conocer con exactitud el paradero de su mujer.

Cuando se hizo con los móviles y firmó un contrato que le daría vergüenza hasta al funcionario que le concedió la hipoteca, el vendedor le ofreció un montón de opciones telefónicas fenomenales, la mayoría de las cuales había ignorado. Pero cuando el comercial le sugirió activar el GPS de los aparatos por solo cinco dólares al mes, Dave aceptó. En aquel momento, había querido creer que solo lo hacía para quedarse tranquilo en caso de emergencia. ¿Y si Jordan se perdía? ¿Y si Kaylie se tiraba horas sin llamar? ¿Y si a Megan le robaban el coche?

Pero en verdad —una verdad que nunca había querido reconocer— jamás se había acabado de fiar del todo de la mujer que amaba y a la que le había confiado su vida. Vale, eso no tenía ninguna lógica. Ella tenía un pasado. Él lo sabía. También él lo tenía. Todo el mundo, suponía. Llegabas a una nueva relación tras haberte dejado la piel en las anteriores. Algo de lo más adecuado y saludable.

Pero con Megan había algo más. Casi todo lo que le había contado de su pasado no acababa de cuadrar. Dave no es que pasara exactamente de ello, pero tampoco quiso removerlo. Había una parte de él que no quería poner en peligro el buen karma obtenido. Incluso ahora, al cabo de tantos años, seguía sin entender cómo era posible

que Megan lo hubiese escogido a él. Con lo guapa y lista que era. Y cuando lo miraba, cuando le sonreía, incluso ahora, al cabo de tantos años, Dave seguía embelesándose. Cuando eres tan afortunado como para experimentar algo así, cuando necesitas ese embeleso como parte incuestionable de tu vida diaria, no te haces muchas preguntas sobre el cómo ni el por qué.

Dave se había mostrado felizmente pasivo, fascinado por lo que él consideraba una suerte loca, pero la jornada de hoy se había llevado por delante su tranquilidad. Esa mano gigantesca seguía agitando su mundo, y cuando la bola nevada volviera a su anaquel, ya no sería la misma. Eso es lo que siempre te dicen, pero que tú nunca llegas a creerte: lo frágil que es todo.

Hacía rato que había anochecido. La casa estaba en calma. Dave se preguntaba si alguna vez se había sentido solo, y suponía que la respuesta era que no. Sin darle más vueltas, hizo clic sobre el icono.

Apareció un mapa. A continuación, Dave Pierce le dio al *zoom* una, dos y tres veces, acercándose lentamente al paradero exacto de su esposa.

Megan y Ray se quedaron mirando el uno al otro, puede que a diez metros de distancia.

Por primera vez desde aquella espantosa noche de hacía diecisiete años, Megan tenía delante al hombre que había querido y abandonado. Ray la observaba como petrificado, con su rostro, aún hermoso, convertido en una máscara de ansiedad y confusión.

Las emociones rebotaban en el interior de Megan. No se movía, no pensaba, no trataba de quedarse con una. Todavía no. Se limitaba a dejarse invadir por ellas, que la hundiesen y la sacaran a flote. Los exámenes representan siempre para uno el condicional «qué habría pasado si», el proverbial camino no elegido, pero con Ray todo era aún más profundo. Casi todas las parejas se separan por una serie de motivos. Uno madura más que el otro, uno de ellos pierde interés, muda sus sentimientos, aspira a otras cosas, o encuentra a alguien nuevo.

Con Ray no ocurrió nada de eso. Se vieron separados como por un desastre natural, y cuando eso sucedió, lo que ella sentía por él —sí, era amor— era tan intenso como de costumbre. Y él, de eso estaba segura Megan, se había sentido igual. No hubo un suave distanciamiento, ni malas palabras, ni un endurecimiento del corazón. Estaban juntos, conectados, enamorados. Y de repente, todo se había hundido en un charco de sangre.

Sin avisar, Ray echó a correr hacia Megan. Ella hizo lo mismo, como si la acabaran de soltar allí dentro por una puerta invisible.

Se echaron el uno en brazos del otro con un exceso de energía, y el encuentro fue casi un choque. Se abrazaron con fuerza, sin hablar, con la mejilla de ella contra el pecho de él. Megan podía notar sus músculos bajo la camisa. En teoría, cuando pasa el momento de la verdad, se va para siempre, pero lo cierto es que le sorprendía comprobar cómo, en este caso, por muchos años que hubiesen transcurrido, se podía volver tan rápidamente atrás y toparse con el antiguo nosotros, el auténtico nosotros, el nosotros que nunca nos había dejado del todo.

En cierta ocasión, una amiga le dijo a Megan que siempre tenemos diecisiete años y esperamos que empiece la vida. Ahora, agarrada a su hombre, lo entendía mejor que nunca.

No se soltaban. Se quedaron así cerca de un minuto, entrelazados bajo la mirada protectora de Lucy. Finalmente, Ray dijo:

—Tengo muchas cosas que preguntarte.

—Ya lo sé.

—¿Dónde te has metido todos estos años?

—¿Acaso importa? —repuso Megan.

—Supongo que no.

Bajó un poco la presión física. Megan se separó de él y miró a Ray a la cara.

Lucía una barba de dos días, puede que de tres. Seguía teniendo el pelo alborotado, pero con alguna hebra gris en las sienes. Cuando contempló sus oscuros ojos azules, sintió tal emoción que le flojearon las rodillas.

—No lo entiendo —dijo Ray—. ¿Por qué has vuelto?

Megan se aclaró la garganta:

—Ha desaparecido otro hombre.

Quería captar su reacción, pero solo detectó dolor y confusión.

—Sucedió el 18 de febrero —añadió—. El mismo día en que desapareció Stewart Green.

—¿Desapareció? —repitió Ray.

—Sí.

Ray abrió la boca y la volvió a cerrar. A su espalda, el Ventura's Greenhouse, popular restaurante con una de esas terrazas denominadas jardín de la cerveza, estaba en pleno apogeo. La gente los miraba. Megan le cogió de la mano y se lo llevó hacia el extremo más profundo de Lucy, junto a la antigua tienda de regalos, para que nadie pudiera verlos.

—Bueno —dijo Ray, con un extraño tono de voz—, resulta que tú vuelves al cabo de diecisiete años y, al mismo tiempo, desaparece otro tío, ¿no?

Megan se volvió hacia él.

—No, yo aparecí después.

—¿Para qué?

—Para ayudar.

—¿Para ayudar a qué?

—A descubrir lo ocurrido. Yo intenté perderlo de vista, pero ha vuelto.

Ray meneó la cabeza, sintiéndose aún más confundido.

—¿Quién ha vuelto?

—Stewart Green.

La voz de Ray adquirió un tono desafiante:

—¿Cómo es que estás tan segura?

—Porque alguien lo vio.

—¿Quién?

Megan le dijo que no con la cabeza.

—Eso no importa.

Ray era presa del estupor.

—No entiendo nada.

—Sí, Ray, sí lo entiendes.

—¿De qué estás hablando?

—Vi la fotografía que le enviaste a la policía.

Ray abrió la boca de nuevo. Pero tampoco ahora le salió ni una palabra. Megan se volvió hacia la verja que rodeaba a Lucy. Puso un pie contra la pared de la tienda de regalos, la escaló y saltó al otro lado. Luego sacó la vieja llave y se la mostró a Ray.

—Vamos.

—¿Tú crees que aún funciona?

—Lo dudo.

Ray no se lo pensó dos veces. Saltó la verja a su vez. Avanzaban bajo el vientre de Lucy, donde estaba la sala más grande de toda la estructura, hacia la pata trasera. Cuando Megan metió la llave en la cerradura, Ray se pegó a ella. Megan pudo sentir su calor.

Ray intentaba hablar sin que se le notara el dolor que sentía, pero no lo lograba:

—¿Por qué te escapaste aquella noche?

—Ya sabes por qué, Ray.

—¿Lo mataste?

Eso la dejó de piedra.

—¿Qué?

—¿Mataste a Stewart Green?

—No —repuso ella. Se acercó aún más a él y volvió a mirarle a los ojos—. Nunca te conté que era un animal. Que me hacía daño.

Ray frunció el ceño.

—¿Crees que no lo sabía?

—Supongo que sí.

La llave no funcionaba.

—Dime tan solo por qué huiste —le exigió Ray—. Cuéntame qué pasó esa noche.

—Enfilé el sendero que llevaba hasta las ruinas. Oí un ruido y corrí hacia aquella enorme roca que había a la derecha. Ya sabes cuál.

Ray no tuvo ni que asentir.

—Vi a Stewart, allí tirado, en un charco de sangre.

Se interrumpió.

—¿Y saliste corriendo?

—Sí.

—¿Pensabas que la policía te echaría la culpa?

A Megan le caía una lágrima por la mejilla.

—En parte.

Megan se mantuvo en silencio, confiando en no tener que explicar la otra parte porque él la deduciría. Ray necesitó un par de segundos hasta que sus ojos se ensancharon en señal de comprensión.

—Oh, por el amor de Dios —exclamó—. Creíste que había sido yo.

Megan no dijo nada.

—Te diste a la fuga —dijo, lentamente, Ray—, porque creías que yo me había cargado a Stewart Green.

—Sí.

—¿Tenías miedo de mí? ¿O intentabas protegerme?

Megan se lo pensó un instante.

—Nunca podría tener miedo de ti, Ray. Siempre me hacías sentir segura.

Ray meneó la cabeza.

—Esto explica muchas cosas. Por qué no regresaste. Por qué no volviste a dar señales de vida.

—Pensarían que lo había hecho yo o que lo habías hecho tú. No había más posibilidades.

Ray le quitó la llave de la mano y lo intentó por su cuenta. No se abría. Se le veía perdido, destrozado.

—Debí llegar justo después de que tú te fueras —dijo.

—¿Stewart seguía allí tirado?

Ray asintió.

—Sangraba. Supuse que estaba muerto. —Cerró los ojos y los apartó—. Eché a correr colina abajo. Fui a tu casa, asustado, aunque no sé de qué. No entendía nada. Pero tú te habías ido. Me vine aquí, a Lucy. Pensé que igual te habías escondido dentro, o algo así. Te esperé. Pero nunca apareciste, claro. Te busqué. Durante años. No sabía si estabas viva o muerta. Veía tu rostro en cada esquina, en cada bar. —Se interrumpió, parpadeó, abrió los ojos—. Al final, me fui al otro extremo del país. A Los Ángeles, lo más lejos posible de este sitio.

—Pero volviste.

—Sí.

—¿Por qué?

Ray se encogió de hombros.

—Ya sabes el asco que me dan todos esos arrebatos místicos, ¿no?

Megan asintió.

—Pero algo me trajo de regreso. No sé qué. No pude evitarlo.

Megan tragó saliva. Las evidencias la iban alcanzando, se asentaban en su interior mientras hablaba:

—Y cuando volviste a Atlantic City, te fuiste directo a aquel punto del parque.

Ray asintió.

—Cada 18 de febrero.

—Hiciste fotos —siguió ella—. Porque eso es a lo que te dedicas, Ray. Tú ves el mundo a través de un objetivo. Así es como procesas las cosas. Y tomaste aquella foto: la de Carlton Flynn la noche en que desapareció.

—¿Cómo supiste que era mía?

—Por favor, Ray, conozco tu estilo.

—¿Y qué pensaste al verla? —preguntó Ray, con la voz algo tensa—. Que lo había hecho yo, ¿verdad? Que maté a Stewart y, al cabo de diecisiete años, en el aniversario exacto de aquella espantosa noche, me cargué al tal Flynn, ¿no?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque esa foto se la enviaste a la policía —dijo ella—. Un riesgo innecesario.

Tú estás haciendo lo mismo que yo. Intentas ayudar. Tratabas de descubrir lo que pasó realmente aquella noche.

Cuando Ray apartó de nuevo la vista, a Megan se le volvió a desgarrar el corazón. Le asomaron lágrimas a los ojos.

—Me equivoqué —dijo—. Me he pasado todo este tiempo creyendo... Lo siento mucho, Ray.

Pero él no era capaz de mirarla.

—Ray, por favor...

—¿Por favor, qué?

—Háblame.

Ray respiró hondo unas cuantas veces, como si se estuviese recuperando por partes.

—Sigo yendo a las ruinas cada aniversario. Tomo asiento y pienso en ti. Pienso en todo lo que perdimos esa noche.

Megan se acercó más a él.

—¿Y haces fotos?

—Sí. Ayuda. O no. Ya sabes a lo que me refiero. Así era.

—Entonces, esa foto que le enviaste a la policía...

—Me la robaron. O, por lo menos, alguien intentó arrebátarmela.

—¿Cómo dices?

—Yo estaba en ese curro idiota que tengo con Fester, haciendo de *paparazzo* en un *bar mitzvah* a todo lujo. Alguien me asaltó en la calle y me quitó la cámara. Al principio pensé que era el típico robo callejero, pero luego vi a Carlton Flynn por la tele y recordé la foto que le había sacado. Tenía una copia de ella en el ordenador.

Dijo Megan:

—Y tú crees que el que se te echó encima...

—Es el que mató a Stewart Green y a Carlton Flynn, sí.

—Dices que los mató, pero no podemos estar seguros de ello. Solo están desaparecidos.

—Los dos vimos a Stewart Green aquella noche. ¿Tú crees que pudo sobrevivir?

—Yo lo creo posible. ¿Tú, no?

Ray no dijo nada. Miró hacia abajo y meneó la cabeza. Megan se acercó aún más a él. Levantó la mano y le retiró el cabello de la frente. Seguía encontrándolo muy guapo. Le acarició la mejilla. Al tocarle, él cerró los ojos.

—Todos estos años —dijo Ray mientras abría los ojos y los clavaba en los de ella—, he seguido buscando tu rostro. Cada día. He imaginado este instante mil veces.

—¿Y era exactamente así? —preguntó Megan, en voz queda.

Ray señaló la mano que le acariciaba la mejilla.

—Antes no llevabas un anillo de casada.

Megan retiró la mano lentamente.

—Ray, ¿por qué sigues en esta ciudad, trabajando para Fester? ¿Por qué no estás

haciendo lo que de verdad te gusta?

—No es problema tuyo, Cassie.

—Pero aún puedo preocuparme por ti, ¿no?

—¿Tienes hijos? —le preguntó Ray.

—Dos.

—¿Niños, niñas?

—Una chica y un chico.

—Qué bien. —Ray soltó una risita y movió la cabeza—. ¿De verdad creías que yo había matado a Stewart?

—Sí.

—Eso debió de servirte, supongo.

—¿A qué te refieres?

—A que te ayudó a seguir adelante. Lo de pensar que tu novio era un asesino.

Megan se preguntó si no tendría algo de razón. Ray observaba con atención el anillo nupcial.

—¿Le quieres? —preguntó.

—Sí.

—Pero aún sientes algo por mí.

—Pues claro.

Ray asintió.

—Más te vale no cruzar esa línea.

—No, ahora no.

—Así pues, nos habremos de conformar con que aún sientas algo por mí —dijo Ray.

—Ya es mucho.

—Sí que lo es.

Ray le cogió la cara entre las manos. Unas manos grandes, maravillosas, que a Megan volvían a hacerle temblar las rodillas. Ray esbozó una sonrisa.

—Si alguna vez te apetece cruzar esa línea...

—Te llamaré.

Ray apartó las manos. Dio un paso atrás. Ella también. Se dio la vuelta, saltó la verja y echó a andar hacia su coche.

Lo puso en marcha. Durante un rato, pudo seguir viendo a Lucy en el retrovisor, pero no duró mucho. Cogió la carretera que llevaba a la autopista Garden State y se fue directa a casa —hacia su familia— sin detenerse.

A la mansión de Del Flynn solo le faltaba un letrero que la identificara como Villa Pomposa. Todo era blanco. De un blanco cegador. El interior y el exterior. Había columnas de falso mármol blanco, estatuas desnudas de color blanco, ladrillos blancos, una piscina blanca y unos sofás blancos frente a blancas alfombras y blancas paredes. La única nota de color era la camisa naranja de Del.

—Del, cariño, ¿vienes a la cama?

Su mujer, Darya —la señora Flynn Número Tres— era veinte años menor que él. Solía ir vestida de blanco ceñido y contaba con los pechos, nalgas y labios más grandes que se podían comprar con dinero. De acuerdo, no parecía real, pero así eran las mujeres que ahora le gustaban a Del: unos personajes de dibujos animados de formas y facciones exageradas. Había gente que lo encontraba demencial. A Del se le antojaba de lo más sexy y resultón.

—Todavía no.

—¿Seguro?

Darya llevaba una bata de seda blanca y nada más. La prenda que a él más le gustaba. Del deseaba que la vieja atracción —su eterna compañera en la vida o, tal vez, su maldición, ya que le había costado a María, la madre de Carlton y la única mujer a la que había querido de verdad— se manifestara sin la ayuda de cierta pastilla azul. Pero por primera vez en su existencia, no experimentaba el menor deseo.

—Vete a dormir, Darya.

La mujer desapareció, probablemente aliviada, se dijo él, ante la perspectiva de ponerse a ver la tele y quedarse frita gracias a alguna combinación de vino y pastillas. Al final, todas las mujeres eran iguales. Exceptuando a su María. Del se arrellanó en el sillón de cuero blanco. Lo de la decoración blanca era cosa de Darya. Decía que representaba la pureza o la armonía o un aura juvenil... O alguna otra memez New Age. Cuando se conocieron, Darya llevaba un bikini blanco que él se moría por arrancarle, pero la verdad es que empezaba a estar hasta las narices de tanto blanco. Echaba de menos el color. Echaba de menos dejarse los zapatos puestos en casa. Echaba de menos el viejo sofá verde del rincón. Una casa totalmente blanca es imposible de mantener. Una casa totalmente blanca te conduce irremisiblemente al fracaso.

Del miró por la ventana. No le gustaba mucho beber. Su padre, inmigrante irlandés de primera generación, había tenido un pequeño pub en Ventnor Heights. Del creció prácticamente en ese sitio. Cuando captas a diario la destrucción que puede provocar el alcohol, se te quitan las ganas de probarlo.

Pero ahora estaba en compañía de una botella de su whisky preferido, el Macallan Single Malt, porque necesitaba no sentir nada. Del había ganado mucho dinero. Aprendió el negocio de la restauración, sus dimes y diretes, y descubrió que era una manera muy cutre de ganarse la vida. Por eso se dedicó a los productos para

restaurantes: manteles, platos, cubiertos de plata, copas y lo que hiciera falta. Había empezado de manera discreta, pero acabó por convertirse en el principal proveedor del sur de Nueva Jersey. Con el dinero recaudado, compró algunas propiedades — básicamente, esas unidades privadas de almacenaje que hay en las afueras de las ciudades— y se forró.

Pero todo daba lo mismo.

Vale, eso era un tópico, pero ahora mismo, Del solo pensaba en Carlton. Su chaval. Su desaparición le pesaba, lo estaba consumiendo, se le hacía imposible respirar. Miró por la ventana. La piscina estaba cubierta porque era invierno, pero podía ver allí a su hijo, bañándose con sus colegas, soltando tacos alegremente, coqueteando con cualquier chavala que le pusiera la vista encima. Ciertamente, su hijo —su único hijo— era un blandengue. Pasaba demasiado tiempo acicalándose, yendo al gimnasio, poniéndose cremas y depilándose las cejas, como si toda esa mierda fuese de lo más viril. Pero cuando su hijo le sonreía, cuando su hijo lo abrazaba y le besaba en la mejilla, que es lo que siempre hacía antes de irse a algún club por la noche, a Del se le llenaba el pecho de algo tan auténtico, tan maravilloso y tan vital que sabía —lo sabía y ya está— que había sido puesto en este planeta para sentirse exactamente así.

Y ahora, zas, su hijo, lo único que le importaba realmente en la vida, lo único imposible de reemplazar, había desaparecido.

¿Y qué se suponía que debía hacer él al respecto? ¿Quedarse sentado y esperar? ¿Confiar en que la policía se ocupara de su propio retoño? ¿Ajustarse a las normas de una ciudad que nunca había jugado limpio?

Pero ¿qué clase de padre haría algo así?

Debes cuidar de los tuyos. Tienes que proteger a tu hijo cueste lo que cueste.

Era medianoche. Del jugueteaba con la cadena de oro que llevaba colgada al cuello, la medalla de san Antonio que María le había regalado en el décimo aniversario de su boda. San Antonio, le dijo, era el santo patrón de las causas perdidas.

—No nos pierdas nunca, ¿vale? —le dijo ella mientras le colgaba la medalla. A continuación, María hizo lo mismo con Carlton—. Nunca nos pierdas a Carlton y a mí.

Profético.

Desde el dormitorio le llegaba el sonido de la televisión. Darya estaría ante la nueva pantalla en 3-D de cincuenta y tres pulgadas con sonido envolvente. Mientras él —en su blanquísimo hogar, sentado en el regazo del más puro de los lujos— se sentía impotente. Impotente e inútil y gordo y cómodo mientras su chaval andaba por ahí fuera, en la oscuridad, y pasaba frío. Carlton podía estar a solas en cualquier lugar. Podía estar atrapado o llorando o experimentando un tremendo dolor. Podía estar desangrándose o llamando a gritos a su padre para que fuera a salvarlo.

Cuando Carlton tenía cuatro años, le había entrado miedo de lanzarse por el

tobogán de los mayores que había en el parque. Del insistió en que se subiera a él, llegando al extremo de llamarlo bebé. Qué bonito, ¿verdad? El caso es que Carlton se echó a llorar, lo cual aún reventó más a su padre. Al final, puede que para satisfacer al viejo (o para que se callara), Carlton empezó a subir la escalera del tobogán. Una escalera llena de críos que se zumbaban unos a otros por el camino. Carlton, que era el más pequeño de todos, perdió el equilibrio. Del aún recordaba ese momento, cuando él se encontraba a cierta distancia, con los brazos cruzados, y vio que su único hijo se iba hacia atrás, siendo entonces consciente de que por mucho que corriera hacia él, nunca llegaría a tiempo para recogerlo, de que él, el padre de la criatura, no solo había abochornado a su hijo y causado así su caída, sino que también era incapaz de hacer nada para salvarlo.

El pequeño Carlton cayó mal y se torció el brazo como si fuese el ala de un pájaro. Gritaba de dolor. Del nunca había olvidado ese momento. Nunca había olvidado aquella sensación de impotencia, ni aquel berrido espantoso. Y ahora, el berrido había vuelto y lo escuchaba todo el día, mientras le rasgaba las entrañas como si fuera metralla ardiente.

Se tomó otro sorbito de Macallan. A su espalda, alguien se aclaró la garganta. Por regla general, Del estaba siempre al quite, era de esos que saltan al más mínimo ruido. María solía comentar esa peculiaridad suya. Tenía el sueño ligero y era muy dado a las pesadillas. María lo comprendía. Por eso lo abrazaba, le susurraba al oído y conseguía tranquilizarlo. Algo que ahora ya no hacía nadie. Darya podía quedarse roque en mitad de un concierto de rock. Y a Del no le quedaba más remedio que apañarse solo con sus terrores.

Dios, cómo había querido a María.

Y qué feliz había sido entonces, cuando vivían en aquella casa hecha polvo de la avenida Drexel, pero los demonios lo habían seducido y María era incapaz de entenderlo. Cuando mirabas atrás y pensabas en ello, la cosa no tenía ni pies ni cabeza. Podías ser adicto a la bebida, a las drogas o al juego. Podías perder tu casa, tu salud o tu dinero. Podías mostrarte beligerante o incluso violento... Pero si el motivo era, digamos, el alcohol, las pastillas o los caballos, el mundo comprendía tu dolor. Tu amor verdadero se quedaba a tu lado y te conseguía ayuda. Pero si tu demonio era el sexo, si necesitabas lo que Del necesitaba, aquello a lo que todo maldito varón en la historia de la humanidad acaba cediendo, si hacías algo que estaba grabado en el ADN masculino, algo que en realidad no hacía daño a nadie —a diferencia de la bebida o las pastillas—, como no fuese por la vía de los celos... Entonces, nadie se ponía de tu parte y lo perdías todo.

En realidad, fue culpa de ella, de María. Por educar a ese crío sin un padre en la casa. Por no ser capaz de olvidar o de comprender las cosas que puede hacer un hombre. Él la había amado. ¿Cómo es que ella no se dio cuenta?

—Buenas noches, señor Flynn.

Esa voz congeló la habitación. Del Flynn se dio la vuelta muy lentamente.

Cuando Ken y Barbie le sonrieron, la temperatura bajó otros diez grados.

—¿Habéis encontrado a mi hijo?

—Aún no, señor Flynn.

Ambos estaban ahí de pie, con pinta de haber acabado de cantar algo en un programa de televisión. «¿Cómo se llamaba aquel estúpido espacio vacacional que mis padres solían ver cada año?», se preguntó Del. *La Familia King*. ¿Qué diablos fue de ellos? ¿Y por qué pensaba siempre en las chorradas más extrañas cada vez que veía a esos dos?

—Entonces, ¿qué queréis?

—Tenemos un dilema, señor Flynn —dijo Ken.

—Un dilema moral —precisó Barbie.

Del conocía a mucha gente. No se puede vivir ahí y trabajar con restaurantes y camioneros y no conocer gente. Uno de sus mejores amigos de la infancia y adolescencia era Rolly Lember, quien ahora era el jefe del crimen organizado en la zona de Camden. Del había recurrido a él en busca de ayuda para encontrar a su hijo. Sabía que estaba haciendo un trato con el diablo, pero le daba igual. Lember le dijo que pondría a su gente manos a la obra, pero que haría mejor en contratar a dos expertos que trabajaban por libre y que eran los mejores en lo suyo. Le avisó de que no se sorprendiera en exceso por su aspecto. Del también recurrió a Goldberg, un poli del que era bien sabido que aportaba información interna a cambio de dinero.

No, no pensaba dejar este asunto en manos únicamente de la policía.

Del sabía que ese mismo día, Ken y Barbie habían rastreado a una *stripper* que Carlton se había estado cepillando. Se llamaba Ambra o Ámbar o algo parecido. La chica ya había sido interrogada por la policía, pero no había dicho prácticamente nada. Ken y Barbie habían conseguido sacarle algo más de información.

—¿Le suena un sitio llamado Kasselton? —preguntó Ken.

Del se lo pensó un instante.

—Está hacia el norte, ¿no?

—Sí.

—Creo que no he estado nunca.

—¿Y qué me dice de alguien apellidado Pierce? ¿Le suenan de algo David o Megan Pierce?

—No. ¿Tienen algo que ver con mi hijo?

Ken y Barbie le pusieron al corriente de su jornada. No entraron en detalles acerca de cómo habían ido recogiendo información, pero Del tampoco les preguntó al respecto. Se limitó a escuchar, sintiendo cómo el corazón se le rompía y endurecía al mismo tiempo.

Básicamente, se le endurecía.

—¿Creéis que algo se puede volver en nuestra contra? —preguntó.

Ken miró a Barbie y luego a Del.

—¿Por lo de Ámbar? No. ¿Por lo de Harry Sutton? Sí. Pero no podrán

relacionarlo con nosotros.

—O con usted —añadió Barbie.

Una vez más, Del se abstuvo de entrar en detalles.

—¿Y ahora, qué?

—Por regla general, seguimos las pruebas —dijo Barbie en un tono de voz que parecía ensayado, como si de repente le hubiera dado por interpretar el papel de alguien de más edad—. En este caso, eso nos llevaría a interrogar al señor y la señora Pierce.

Del no dijo nada.

—Y —añadió Ken— eso implicaría cambiar Atlantic City por Kasselton, lo cual ampliaría el círculo.

—Y la posibilidad de daños colaterales —dijo Barbie.

Del mantuvo la vista fija en la ventana.

—O sea, que habéis venido por mi aprobación, ¿no es eso?

—Sí.

—¿Creéis que los Pierce saben algo?

—Yo creo que la mujer, sí —declaró Ken—. Sabemos que el inspector Broome la ha visto hoy. Y ella se había puesto previamente en contacto con un abogado: el tal Harry Sutton.

—Lo cual quiere decir que tenía algo que ocultar —añadió Barbie.

Del se lo pensó y recordó su propia visita a la comisaría.

—No sé qué le contó a Broome la tal Megan Pierce, pero el poli obró en consecuencia. Esta noche se ha llevado a los técnicos al parque. Y han encontrado sangre.

Silencio.

—¿Los Pierce tienen hijos? —preguntó Del.

—Dos.

—Intentad no meterlos en esto.

Del sabía por experiencia que eso era lo más compasivo que podía hacer.

Megan tardó dos horas en llegar a casa.

Dave había instalado recientemente en el coche una radio por satélite, así que intentó escuchar un rato a Howard Stern. En cierta ocasión, mientras Dave y ella estaban a solas en el coche escuchándolo, Howard se puso a hablar con una *stripper* llamada Triple Es, y a Megan casi le da un infarto al reconocer de inmediato la voz de Susan Schwartz, una chica que trabajaba en La Crème en sus tiempos. Hasta habían compartido piso una temporada.

Curiosamente, a Megan le parecía que Howard Stern resultaba menos interesante cuando más provocativo era el programa. Sin ser una mojigata, Megan consideraba que los fragmentos más gráficos —el sexo sucio, las funciones corporales, los tipos

raros— eran de lo más anodinos, mientras que Howard captaba totalmente su atención cuando entrevistaba a famosos o comentaba las noticias con su ayudante. A Megan siempre le sorprendía lo mucho que coincidía con él y la razón que tenía — Howard podía ser un compañero maravillosamente ameno durante los largos y solitarios trayectos en coche—, pero esa noche, tras unos minutos de lo más fútiles, apagó la radio y se quedó a solas con sus pensamientos.

Y ahora, ¿qué?

Era casi la una de la madrugada cuando llegó a su domicilio. La casa estaba completamente a oscuras, a excepción de las luces de un reloj del salón. No había llamado a Dave para decirle que volvía a casa. Pero no sabía muy bien por qué. Simplemente, no sabía qué decirle ni cómo responder a sus inevitables preguntas. Había confiado en que las dos horas de trayecto le aclararían un poco las cosas. Pero no había sido así. Había pensado en todo: desde una invención completa («Una amiga —no puedo decirte cuál— tenía un problema personal») a la verdad más absoluta («Más vale que tomes asiento»), pasando por algo intermedio («Me he ido a Atlantic City, pero no ha valido la pena»).

Así pues, mientras aparcaba, metía las llaves en el bolso y abría la puerta del coche y la volvía a cerrar en silencio, pues era ya muy tarde y no quería despertar a nadie, Megan seguía sin saber qué demonios le iba a contar al hombre con el que llevaba casada dieciséis años.

La casa estaba en silencio —un silencio excesivo, como se suele decir—, como si la piedra y los relucientes ladrillos nuevos contuviesen el aliento. Tanta quietud la sorprendió. Pese a lo tarde que era, Megan había dado por supuesto que Dave la estaría esperando despierto, ansiando su regreso, puede que deambulando por la casa, o bien sentado en la oscuridad. Pero no se detectaba la menor señal de vida. Subió las escaleras de puntillas y torció a la derecha. La puerta de Jordan estaba abierta. Podía oírlo respirar. Como casi todos los niños de once años, Jordan, cuando por fin se dormía, lo hacía con decisión y en profundidad, siendo necesaria la intervención divina para despertarlo.

Jordan siempre dejaba la puerta abierta y, aunque ya tenía once años, aún recurría a una luz nocturna. Megan podía ver el tiburón disecado que colgaba sobre su cabeza. Por algún extraño motivo, a Jordan le gustaba la pesca más que cualquier otra cosa en el mundo. Ni su padre ni su madre habían pescado jamás —ni tan siquiera acariciado la posibilidad—, pero el cuñado de Dave se había llevado a Jordan de pesca cuando tenía cuatro años y al crío le encantó. Durante una temporada, el cuñado se llevó también a Dave a sus excursiones pesqueras, pero cuando se divorció de la hermana de este, eso se acabó. Ahora, por lo menos dos veces al año, Dave organizaba un fin de semana de pesca masculina (una actividad que podría tacharse de sexista, dado que las hembras de la especie no eran invitadas, pero que Megan y Kaylie preferían considerar como algo digno de agradecer), que incluía desde la pesca con mosca en Wyoming hasta la de rodaballo en Alabama, pasando, el año anterior, por la caza de

tiburones en la costa del norte de Georgia. De ahí había sacado Jordan su particular trofeo.

Como siempre, la puerta del cuarto de Kaylie estaba bien cerrada. No temía la oscuridad, solo las intromisiones en su vida privada. Últimamente, Kaylie había estado haciendo campaña —no había otra manera de definirlo— para convertir el sótano renovado en su nuevo dormitorio, con la clara intención de situarse lo más lejos posible del resto de la familia, y aunque Megan se mantenía firme en su negativa, Dave estaba empezando a ceder. Su habitual justificación para rendirse parecía una plegaria: «Pronto nos dejará... Tenemos que ser tolerantes con ella... Con el poco tiempo que nos queda para estar juntos, ¿de verdad merece la pena tener bronca?».

Megan se arriesgó a girar el pomo de la puerta de su hija y abrirla. Kaylie estaba en su habitual postura durmiente, de lado y abrazada a su pingüino de peluche, que respondía al original nombre de Pingüino. Kaylie llevaba durmiendo con Pingüino desde los ocho años, cosa que a su madre siempre le hacía sonreír. Puede que los adolescentes parezcan adultos y anhelan independizarse de papá y mamá, pero el añoso y adorable Pingüino seguía allí para recordar que aún les quedaba mucho trabajo parental.

Daba gusto estar en casa.

En realidad, Megan no había hecho nada malo. Tras darle a Broome la importante información que necesitaba, había vuelto a su sitio sin un rasguño. Mientras conducía hacia la casa, Atlantic City se iba haciendo cada vez más pequeña en el retrovisor. Lo único que la había alterado un poco era haber visto a Ray, con Lucy acechando por detrás. Había sentido la pena durante todo el camino de vuelta —la misma que siempre había experimentado con Ray—, pero hay cosas que se pueden hacer y cosas que no. La idea de tenerlo todo carecía de sentido, ciertamente. Con todo, ese deseo, esa electricidad que te recorría el cuerpo entero, había aumentado a la enésima potencia: esa sensación de querer estar cerca de Ray, de aproximarse aún más, todavía un poco más, aunque ya estuviera lo suficientemente cerca... Ese impulso, claro está, todavía la afectaba. Sí, claro, podía tratar de negarlo. Lo había hecho y lo volvería a hacer. Pero si esa sensación no te abandonaba, ¿qué hacer al respecto? Estaba allí. ¿Engañarse a sí misma? ¿Controlarla, olvidarse de ella y seguir adelante? ¿Era una traición reconocer que nunca se había sentido así con Dave, o eso era lo más normal con un hombre al que conocía demasiado? ¿Podía incluso ser bueno, además de normal?

Por Dave sentía algo más sólido y profundo, algo que era resultado de sus años de compromiso, pero igual todo eso no eran más que paparruchas. Aquella clase de electricidad, ¿la había sentido alguna vez con su marido? ¿Era justo tener esos pensamientos y establecer esas comparaciones?

¿Acaso esos pensamientos no constituían, en sí mismos, una traición?

«Nunca consigues tenerlo todo. Nadie lo logra».

Amaba a Dave. Quería pasar el resto de su existencia con él. Daría la vida por él y los chicos sin dudarle un momento. ¿No era esa, en el fondo, la pura definición del auténtico amor? Y si se paraba a pensarlo, ¿no estaba en realidad edulcorando sus tiempos en Atlantic City y su historia con Ray? Todos lo hacemos, ¿no? Convertimos el pasado en un paraíso o en un infierno.

Se acercó al dormitorio que compartía con Dave. Las luces estaban apagadas. Se preguntó si Dave estaría ahí dentro o si habría salido. No se le había ocurrido hasta ahora esa posibilidad. Estaría cabreado. Y con todo el derecho. Igual se había largado. Igual se había ido a un bar a ahogar en alcohol sus penas.

Pero cuando empezó a entrar, Megan consideró que ese no era el caso. Dave nunca dejaría solos a los críos, especialmente en un momento de crisis. Se sintió inundada por la culpa. Ya distinguía la silueta de su marido en la cama. De espaldas a ella. Observando su cuerpo inmóvil, sintió cierto temor ante su posible reacción, pero también alivio. De repente, se dio cuenta de que todo había pasado finalmente.

Diecisiete años atrás, Stewart Green había amenazado con matarla. Eso era lo que la había devuelto al pasado, junto a los viejos anhelos —el temor a que Stewart hubiese sobrevivido y estuviera de vuelta—, pero lo más probable era que Lorraine se hubiese confundido. En cualquier caso, ella había hecho lo que podía. Había hecho lo correcto. Y ahora estaba en casa. A salvo.

Se acabó. O estaba a punto de hacerlo.

La decisión que la había atormentado durante todo el trayecto de regreso a casa —los últimos dieciséis años, en realidad— se le aclaraba súbitamente. Ya no podía seguir esquivando el pasado. Tenía que decir la verdad. Tenía que contárselo todo a Dave. Y confiar en que, después de tantos años, se impusiera el amor.

¿O eso no era más que otra mentira para consolarse?

En cualquier caso, Dave merecía saber la verdad.

—¿Dave?

—¿Estás bien?

No dormía. Megan tragó saliva y sintió que las lágrimas le asomaban a los ojos.

—Perfectamente.

Aún de espaldas a ella, Dave dijo:

—¿Estás segura?

—Sí.

Se sentó al borde de la cama. Tenía miedo de acercarse más a él. Dave seguía dándole la espalda. Se acomodó la almohada sin apenas moverse.

—¿Dave?

No respondió.

Cuando le tocó el hombro, este se apartó.

—Quieres saber dónde he estado, ¿verdad? —le preguntó ella.

Pero él seguía sin mirarla y sin hablar.

—No me rechaces, por favor.

—¿Megan?

—¿Qué?

—No me digas lo que tengo que hacer.

Finalmente, Dave se volvió hacia ella; y Megan detectó en sus ojos un dolor inmenso e insondable que le puso los pelos de punta. Las mentiras, se dio cuenta, no funcionarían. Ni las palabras en general. Por eso hizo lo único posible. Lo besó. Él se apartó por un instante, pero luego la cogió por la nuca y la besó a su vez. La besó con fuerza mientras la atraía hacia él.

Hicieron el amor. Durante un buen rato. Sin decir nada. Cuando terminaron, exhaustos ambos, Megan se quedó dormida. Le pareció que Dave también, pero no podía estar segura. Era como si habitaran mundos distintos.

En 1988, la prisión estatal de Rahway cambió oficialmente su nombre por el de prisión estatal de Jersey Este, a petición de los residentes de Rahway. Tal exigencia era de lo más comprensible. Los vecinos de la zona creían que ser identificados con el conocido penal estigmatizaba injustamente su población y, lo que aún era peor, rebajaba el precio de sus propiedades. Probablemente tuvieran razón. De todos modos, solo quienes vivían en Rahway se referían a la cárcel como prisión estatal de Jersey Este. Sucedió más o menos lo mismo que con el propio estado de Nueva Jersey: puede que se le conociera oficialmente como el estado Jardín, pero, vamos a ver, ¿quién diablos lo llamaba así?

Mientras recorría la carretera 19, Broome podía distinguir la inmensa cúpula del penal, una imagen que siempre le recordaba alguna de esas grandes basílicas que hay en Italia. La cárcel de máxima seguridad (se llamara como se llamase) alojaba a dos mil presos, todos hombres. Había hospedado a boxeadores como James Scott y, sobre todo, Rubin Huracán Cárter, el tipo que aparecía en la canción de Bob Dylan y en la película de Denzel Washington. La serie documental *Scared Straight!* sobre delincuentes juveniles que se rehabilitaban gracias a la sabiduría de los que cumplían cadena perpetua, también se rodó allí.

Tras cumplir con los interminables procesos de seguridad, Broome acabó sentado frente a Ricky Mannion. Dicen que la cárcel encoge a un hombre. Si ese era el caso, a Broome no le habría gustado nada ver al Mannion anterior a su detención. Mannion medía cerca de dos metros y pesaba más de ciento veinte kilos. Era negro, llevaba la cabeza afeitada y tenía unos brazos que parecían troncos de roble.

Broome venía dispuesto a soportar el habitual machismo carcelario, pero Mannion se comportaba de una manera totalmente opuesta: sus ojos se llenaron de lágrimas nada más verle la placa.

—¿Ha venido a ayudarme? —le preguntó a Broome.

—He venido a hacerle unas preguntas.

—Pero relacionadas con mi caso, ¿no?

Mannion no se hallaba parapetado tras un vidrio —ambos estaban sentados a una mesa, uno frente al otro, aunque el preso llevara manos y tobillos esposados—, pero seguía pareciendo el típico crío con la nariz pegada al escaparate.

—Quiero hablarle del asesinato de Ross Gunther —declaró Broome.

—¿Qué ha descubierto? Dígamelo, por favor.

—Señor Mannion...

—Tenía treinta y un años cuando me detuvieron. Y ya voy por los cincuenta. ¿Se lo puede imaginar? Llevo aquí encerrado todo ese tiempo por un crimen que no cometí. Pero usted sabe que soy inocente, ¿verdad?

—Yo no he dicho eso.

Mannion sonrió.

—Piense en lo que significa perder todos esos años, inspector. Los treinta, los cuarenta, pudriéndote en esta cloaca, intentando decirle al primero que te encuentras, a todo el mundo, que no lo hiciste.

—Tiene que ser muy duro —reconoció Broome, el rey de la obviedad.

—Pues a eso me dedico. Cada día. A hablar de mi inocencia. Dale que te pego. Pero la gente dejó de hacerme caso hace ya mucho tiempo. En su época, nadie me creyó. Ni mi propia madre. Y ahora siguen todos sin creerme. Yo grito y me quejo, pero siempre veo la misma expresión en sus caras. Aunque no miren hacia otro lado, sí miran hacia otro lado, no sé si me explico.

—Se explica muy bien. Pero sigo sin ver adonde quiere llegar.

Mannion bajó la voz hasta lindar con el susurro:

—Usted no mira hacia otro lado, inspector.

Broome no dijo nada.

—Por primera vez en veinte años, tengo delante a alguien que sabe que estoy diciendo la verdad. No puede usted ocultarlo.

—Caramba —dijo Broome, echándose hacia atrás y poniendo mala cara—. ¿Cuántas veces le ha largado a alguien la misma chorrada?

Pero Mannion se limitó a sonreírle.

—¿Quiere ir de ese palo? Pues vale. Pregúnteme lo que quiera. Yo le diré la verdad.

Broome entró al trapo:

—Cuando la policía lo interrogó por primera vez, dijo que nunca había visto a Ross Gunther. ¿Era eso cierto?

—No.

—O sea, que ya empezó mintiendo.

—Sí.

—¿Por qué?

—Está de broma, ¿no? No quería darles un motivo.

—¿Y por eso les contó una mentira?

—Sí.

—Le dijo a la policía que no conocía a Gunther, aunque cinco personas por lo menos lo vieron atacarlo en un bar tres días antes de su muerte, ¿no?

Las cadenas tintinearón mientras Mannion se encogía de hombros. Y menudos hombros.

—Era joven. Y estúpido. Pero yo no lo maté. Tiene que creerme.

—Señor Mannion, esto irá más rápido (y será mejor para usted) si deja de insistir en su inocencia y se limita a responder mis preguntas, ¿vale?

—Sí, perdone. La fuerza de la costumbre, ¿comprende?

—Ha tenido usted mucho tiempo para pensar en ese crimen, ¿no? Pongamos que le creo. ¿Cómo llegó la sangre de la víctima hasta su casa y su coche?

—Muy fácil. La colocaron.

—O sea, que alguien tuvo acceso a su coche, ¿no?

—Cuando lo dejaba delante de casa, no lo cerraba.

—¿Y la casa?

—No se encontró sangre en la casa. Se encontró en el garaje, junto a la lavadora.

Yo siempre dejaba abierta la puerta del garaje. Como tanta otra gente.

—¿Tiene alguna prueba de que le colocaran la sangre?

Mannion sonrió de nuevo.

—No la tenía cuando el juicio.

—Pero ¿ahora sí?

—Eso es lo que yo trataba de decirle a todo el mundo. Que tenía una prueba. Pero me dijeron que ya era demasiado tarde. Y que no bastaba.

—¿Qué prueba era esa, señor Mannion?

—Mis pantalones.

—¿Qué les pasaba?

—La policía encontró sangre de Gunther en mi coche, ¿verdad?

—Sí.

—Y también encontraron una tonelada de sangre en una camiseta. He visto las fotos de la escena del crimen. Las mostraron en el juicio. El asesino, prácticamente, le cortó la cabeza a Gunther. Había mucha sangre.

—Vale. ¿Y?

Mannion hizo un gesto triunfal.

—¿Y cómo se explica que no encontraran ningún resto de sangre en los pantalones?

Broome dedicó unos instantes a ese asunto.

—Puede que usted los escondiera.

—Vamos a ver. Si lo entiendo bien, me las apañé para ocultar los pantalones (y los calzoncillos y los calcetines y, joder, hasta el chaquetón, pues esa noche hacía un frío de mil demonios), pero en cambio me dejé la camiseta para que la encontrara la policía, ¿no? Y además, como estábamos bajo cero, ¿para qué habría de llevar yo una camiseta de manga corta? ¿Y por qué habría de estar allí la sangre y no en un abrigo, un jersey o una sudadera?

Todo muy razonable. Desde luego, no tanto como para cambiar un veredicto, pero muy interesante desde el punto de vista de Broome. Mannion lo estaba observando con esperanza renovada. Pero él, por cruel que pudiese parecer, no le dio nada a cambio.

—¿Qué más?

Mannion parpadeó.

—¿Cómo que qué más?

—¿No tiene más pruebas nuevas?

El grandullón parpadeó con mayor vehemencia. Parecía un crío a punto de echarse a llorar.

—Yo creía que se es inocente hasta que se demuestra lo contrario.

—Pero a usted lo declararon culpable.

—Yo no lo hice. Me someteré al detector de mentiras, a lo que haga falta.

—Pongamos de nuevo que dice usted la verdad. ¿Quién podría haber tenido interés en cargarle el muerto?

—¿Cómo dice?

—Usted asegura que se la jugaron, ¿no? Así pues, ¿quién querría verlo entre rejas?

—No lo sé.

—¿Qué me dice de Stacy Paris?

—¿Stacy? —Mannion hizo una mueca—. Ella me quería. Era mi novia.

—Pero se la estaba pegando con Ross Gunther.

—Eso decía él —se cruzó de brazos—, pero no era cierto.

Broome suspiró e hizo ademán de levantarse.

—Espere. Vale, la cosa no iba así.

—¿Qué es lo que no iba así?

—Lo mío con Stacy. Teníamos una especie de pacto.

—¿Qué clase de pacto?

—Ya sabe cómo funciona ese mundo, ¿no?

—No, señor Mannion, no lo sé. ¿Por qué no me lo explica?

Mannion trató de levantar las manos, pero las esposas se lo impidieron.

—En nuestra vida personal, éramos exclusivos. Pero en la profesional, pues bueno, no pasaba nada, no sé si me explico.

—¿Me está diciendo que Stacy Paris era una prostituta y usted su macarra?

—No era exactamente así. Yo le tenía cariño. Mucho cariño.

—Pero le sacaba los cuartos.

—Yo no. Ella solo hacía eso de vez en cuando, ya sabe, para llegar a fin de mes. Vamos, que solo era una parte de lo que hacía.

—¿Y en qué consistía la otra parte?

—Era bailarina.

—Bailarina —repitió Broome—. ¿Como las del Lincoln Center?

Mannion volvió a poner mala cara.

—Como de barra metálica, más bien.

—¿Dónde?

—En un sitio llamado Rompe Hogares.

Broome recordaba ese lugar. A la entrada había un letrero que rezaba: «Club de *striptease* Rompe Hogares - Esto no es un club para caballeros». También anunciaba un «Buffet del tipo tú-no-has-venido-aquí-a-comer». El club cerró diez o quince años atrás.

—¿Bailaba en algún otro local?

—No.

—¿Y en La Crème?

—No.

Punto muerto. O no.

—La cosa seguro que le cabreaba.

—¿Qué cosa?

—Pues la manera que tenía Stacy de llegar a fin de mes.

Mannion se encogió de hombros.

—Sí y no. Tampoco es que yo me portara muy bien.

—O sea, que para usted no era un problema.

—La verdad es que no.

—Entonces, según usted, Ross Gunther no era para Stacy más que otra manera de llegar a fin de mes.

—Correcto. Exactamente era eso.

—Y a usted le daba lo mismo lo que ella hiciera. No era un novio celoso.

—En absoluto.

Ahora fue Broome el que adoptó un tono triunfal.

—Y entonces, ¿por qué protagonizó un altercado con Gunther?

—Porque el tío había zurrado a Stacey.

Broome sintió que se le disparaba el pulso. Pensó en lo que había dicho Cassie, lo de que Stewart Green la pegaba. Pensó en lo que había dicho Ámbar, lo de que Carlton Flynn la pegaba. Y ahora tenía a Stacy París y Ross Gunther.

Un patrón.

—¿Y qué me dice de usted, Mannion? ¿Nunca la zurró?

—¿Qué quiere decir?

—¿Nunca se le fue la mano con Stacy? Piense que si me miente una sola vez, me largo.

Mannion apartó la vista e hizo una mueca.

—Alguna que otra vez. Pero nada grave.

—No, seguro que no. —Otro caballero andante, pensó Broome—. Y después del juicio, ¿qué fue de Stacy París?

—¿Y yo qué sé? —dijo Mannion—. ¿Usted qué cree, que me escribe?

—¿Se llama así de verdad? ¿Stacy París?

—Lo dudo. ¿Por qué?

—Necesito encontrarla. ¿Tiene alguna idea de por dónde puede andar?

—No. Era de Georgia. Pero no de Atlanta, sino del otro sitio. Empieza por S. Y está más al sur, decía ella, pero tenía un acento muy sexy.

—¿Savannah?

—Sí, eso es.

—Muy bien, gracias por su ayuda.

Broome empezó a levantarse. Mannion lo miró con ojos de perro a punto de ser ahogado en una charca. Broome se detuvo. Ese hombre llevaba dieciocho años

encerrado por un crimen que probablemente no había cometido. Vale, Mannion no era precisamente un santo. Contaba con un largo historial delictivo que incluía violencia doméstica, y aunque no hubiese acabado metido en ese lío, lo más seguro es que hubiera ido a parar a la cárcel por cualquier otro motivo. En caso de estar libre, Mannion no andaría por ahí haciendo el bien, ayudando a los pobres o tratando de construir un mundo mejor para sus semejantes.

—¿Señor Mannion?

El preso se lo quedó mirando.

—Por si le sirve de algo, yo creo que es usted inocente. Pero aún no sé cómo demostrarlo. Seguramente, todavía no tengo pruebas suficientes como para conseguirle otro juicio. Pero estoy en ello, ¿vale?

A Mannion se le saltaron las lágrimas. Ni siquiera hizo ademán de secárselas. Tampoco dijo nada.

—Volveré —le dijo Broome, encaminándose hacia la puerta.

El camino de salida le pareció más largo que el de entrada; el pasillo, más prolongado y estrecho. El guardián que le acompañaba le preguntó:

—¿Le ha tocado mucho las narices?

—No, en absoluto. Ha estado de lo más colaborador.

En el control de seguridad, Broome recogió las llaves y el móvil. Cuando puso en marcha el teléfono, el chisme empezó a zumbar como loco. Tenía una docena de mensajes por lo menos, incluyendo uno de Erin.

Nada bueno, seguro.

Llamó a Erin antes que a nadie. Ella descolgó al primer tono.

—¿Broome?

—¿Tan mal están las cosas? —preguntó él.

—Muy mal.

—Coge la próxima salida —dijo Barbie.

Iban de camino a la casa de Dave y Megan Pierce, en Kasselton. Cuando alquilaron el coche, la chica del mostrador se había dedicado a coquetear sin disimulo con Ken, sacando de quicio a Barbie. Ken había aparentado sentirse incómodo, pero le encantaba que Barbie se pusiera celosa. Para levantarle el ánimo, le dejó escoger el coche: un Mazda Miata blanco.

—¿La primera o la segunda? —preguntó Ken.

—La segunda. Y luego, la tercera a la derecha.

Ken frunció el ceño.

—No entiendo por qué no podemos recurrir al GPS.

—Leí un artículo.

—¿Ah, sí?

—El estudio decía que los Sistemas Globales de Localización, pues a eso corresponden en inglés las siglas GPS...

—Ya lo sé —la interrumpió Ken.

—Bueno, pues que el GPS puede dañar nuestro sentido de la orientación, y de rebote, el cerebro —dijo Barbie.

—¿Y cómo?

—Ese artículo en concreto sostenía que confiar en exceso en esas tecnologías terminará afectando nuestras habilidades espaciales en el hipocampo... Que es una parte del cerebro...

—Eso también lo sé.

—Vale. El caso es que cuánto más confiamos en el GPS, menos utilizamos el hipocampo, por lo que encoge. El hipocampo es necesario para temas como la memoria o la navegación. Su atrofia podría causar demencia o un alzhéimer precoz.

—¿Y tú te lo crees? —inquirió Ken.

—Pues sí —dijo Barbie—. En lo relativo al cerebro, estoy de acuerdo con el viejo pareado que dice: «Si no lo utilizas, se hace trizas».

—Interesante —dijo Ken—, aunque no entiendo por qué debería agradecerme el hipocampo que busque direcciones en vez de consultar el GPS.

—Pues así es. Luego te enseñe el artículo.

—Bueno, vale. Me encantará. ¿Y ahora, en qué dirección?

—En ninguna —dijo Barbie, señalando hacia delante—. Ahí está su casa.

Lo primero que sintió Megan al despertar: dolor. Un martillo pilón le taladraba el cráneo. Tenía la boca seca. Había dormido el sueño de los muertos y ahora amanecía con algo que se parecía mucho a la resaca. Aunque no lo era, claro está. Llevaba sin experimentar una tan fuerte desde... Bueno, desde hacía mucho tiempo. Presión y

agobio, seguramente.

La noche anterior, Dave y ella se habían quedado dormidos —o más bien, traspuestos— en la postura de la cuchara, con el brazo de él bajo la cintura de ella. Lo hacían muy a menudo. En algún momento de la noche, evidentemente, a Dave se le dormía el brazo, atrapado en el hueco de la cintura hasta que lo retiraba suavemente. Ahora, Megan estiraba su propio brazo en busca de su marido, necesitada de un poco de contacto físico, pero él no estaba. Megan miró el nuevo reloj digital con dos entradas de iPod que descansaba sobre la mesita de noche de Dave.

Eran las 8:17 de la mañana.

Megan abrió un poco más los ojos. Estiró las piernas y tocó el suelo con los pies. Se preguntó cuándo había sido la última vez que había dormido más allá de las ocho en un día escolar: ese día parecía estar lleno de comparaciones con su lejano pasado. Se lavó la cara y se puso un albornoz. Cuando llegó al final de las escaleras, su hija, Kaylie, le dedicó una mueca adolescente de complicidad de estar en el ajo.

—¿De juerga con las amigas, mamá?

Miró hacia la cocina de reojo. Dave estaba muy ocupado haciendo tortitas. Algo habría que decir. Seguro que los críos habían preguntado por su madre. Probablemente, Dave les dijo que había salido de forma excepcional esa noche a tomar unas copas con las amigas.

—Eso me temo —dijo Megan.

Kaylie chasqueó la lengua para imposter severidad.

—A ver si aprendéis a no bebéroslo todo.

Megan esbozó una sonrisa.

—No te pases de lista.

Dave vestía el traje nuevo azul oscuro y la corbata naranja brillante. Dejó caer un montón de tortitas en el plato de Jordan. Este se frotó las manos y se puso a cubrir las tortitas con jarabe suficiente como para rebozar un Toyota.

—Eh, no tanto —le dijo Megan, aunque era demasiado tarde.

Megan levantó la vista y le sonrió a Dave. Este le dedicó una breve sonrisa y se dio la vuelta. De repente, las buenas sensaciones de la víspera parecían quedar muy lejos. Resultaba curioso comprobar lo rápido que podía cambiar la vida de un momento a otro, para bien y para mal. En muchos aspectos, nada cambia nunca. La noche anterior, Megan había estado a punto de contárselo todo a Dave: sus mentiras, sus engaños, su pasado como Cassie... Todo. Había querido hacerlo porque creía firmemente que no cambiaría nada. Ella aún le amaba. Él aún la amaba.

Qué ingenua se veía a la luz del día.

Ahora, de pie en esa cocina remodelada, junto a Dave, Kaylie y Jordan, no daba crédito a lo cerca que había estado de destruirlo todo. Dave nunca sería capaz de encajar la verdad. ¿Cómo iba a hacerlo? Y ella, además, ¿para qué debería contársela? ¿Qué ganaba con eso? Solo conseguiría herirle. La crisis había pasado. Sí, Dave acabaría exigiendo una explicación sobre dónde había estado, pero ella podría

quitárselo de encima con cuatro vaguedades. Ahora bien, el tipo de revelación catártica que tan lógica se le había antojado la víspera, ahora le parecía una locura prácticamente suicida.

Dave se aclaró la garganta e hizo una escena del simple acto de mirar la hora en su reloj de pulsera.

—Debería marcharme ya.

—¿Estarás en casa para la cena? —le preguntó Megan.

—No estoy seguro. —Dave esquivaba su mirada, cosa que a ella no le gustó nada —. Tengo un montón de trabajo pendiente.

—Vale.

Dave agarró su mochila de trabajo, esa tan cara que Megan le había regalado el año pasado por su cumpleaños, con el compartimento separado para el ordenador portátil y el bolsillo con cremallera para el móvil. Lo acompañó a la puerta, dejando a los chicos en la cocina. Cuando Dave la abrió e hizo ademán de irse sin besarla, Megan le puso la mano en el antebrazo.

—Lo siento —le dijo.

Él la miró, como si esperara algo más. El sol brillaba con ganas en su pequeño enclave de las afueras. Calle abajo, Megan podía ver a los hermanos Reale metiéndose en el nuevo monovolumen de su madre. Casi todos los aparcamientos domésticos mostraban periódicos a la entrada, con el plástico azul del *New York Times* o el verde del diario local. Había un Mazda Miata blanco aparcado frente a la casa de los Crowley: seguro que era de algún amigo de su hijo Bradley, al que ese día le tocaba recoger al grupo; algo más allá, Sondra Rinsky paseaba a ritmo castrense sus dos perritos falderos. Sondra y Mike Rinsky habían sido los primeros en trasladarse a esa urbanización, años atrás. Tenían cinco hijos, pero el menor ya llevaba un año en la universidad.

Dave seguía a la espera.

—No era nada del otro mundo —dijo Megan, dispuesta a mentir—. Solo estuve ayudando a una amiga que tenía un problema personal. Tenía que hacerle compañía, nada más.

—¿Qué amiga?

El tono de Dave parecía albergar segundas intenciones.

—¿Te importa si no te lo digo? Me pidió que la cosa quedara entre nosotras.

—¿Ni a mí me lo puedes decir?

Megan intentó sonreír y encogerse de hombros.

—¿Y esa amiga vive por aquí cerca? —preguntó Dave.

A Megan le pareció una pregunta más bien extraña.

—No, muy lejos.

—¿Vive en el pueblo?

—Sí.

—Entonces, ¿se puede saber qué hacías en Atlantic City?

Ken y Barbie observaban la casa de los Pierce.

—Todavía no tengo del todo clara la lista de canciones —dijo Barbie—. Vamos a ver, me encanta la versión rapera de *Oh, Jerusalem*, ¿pero como bis?

—Mola mazo —dijo Ken.

Y Barbie sonrió.

—Me encanta cuando hablas en plan negrata.

—Genial.

—No te digo que no, ¿pero de bis? Yo creo que debería estar a media actuación, ¿sabes?

—Faltan cuatro meses para el campamento. ¿Por qué le das vueltas al tema precisamente ahora?

—Me gusta organizarme. Cada cosa en su sitio y un sitio para cada cosa.

Ken sonrió.

—Debe ser por ese hipocampo tan desarrollado que tienes.

—Ja, ja, ja. No, en serio, si empezamos con...

Barbie se interrumpió al ver abrirse la puerta de casa de los Pierce. Salió un hombre. Llevaba un traje oscuro y una mochilita en la mano. El cabello le empezaba a clarear. Se le veía cansado, con los hombros caídos. Detrás de él había alguien, una mujer. Puede que fuera su esposa: no era fácil deducirlo a esa distancia.

—Está que trina con ella —dijo Ken.

—¿Cómo lo sabes?

—Lenguaje corporal.

—Exageras.

Pero justo entonces, la mujer agarró al hombre del brazo. Y el marido se la quitó de encima, dio media vuelta y echó a andar. La mujer gritó:

—Espera, quédate un momento.

Pero él la ignoró. La mujer dio unos pasos, mostrándose de lleno, de modo que Ken y Barbie podían verla ahora con claridad. Fue entonces cuando Barbie le estrujó la mano a Ken y dio un respingo.

—¿No es...?

Ken asintió:

—Sí.

—Es la de anoche en el bufete, ¿no?

—Sí, ya lo sé.

Silencio. El hombre se subió al coche y echó a rodar calle abajo. La mujer desapareció dentro de la casa.

—Nos ha visto —dijo Barbie—. Podría identificarnos.

—Ya lo sé.

—Se supone que hemos de ir con pies de plomo.

—Pero ahora ya no nos queda más remedio —dijo Ken.

—¿Y cómo quieres hacerlo?

Ken se lo pensó un instante.

—El marido —dijo.

—¿Qué pasa con él?

—Se acaban de pelear. Seguro que algún vecino los ha visto. Igual podemos echarle a él la culpa de lo que le pase a ella.

Barbie asintió. Tenía lógica.

Poco después, una adolescente salía por la puerta y se subía a un autobús escolar. Pasados unos minutos, apareció por la acera una mujer con dos críos. Volvió a abrirse la puerta de los Pierce. Un chaval de entre diez y doce años se despidió de su madre con un beso y se fue.

Ken y Barbie esperaron a que se despejara la calle.

—Ahora está sola —dijo Barbie.

Ken asintió, abriendo la puerta del coche.

—Vamos allá.

¿Se puede saber qué hacías en Atlantic City?

La pregunta de Dave le cayó a Megan como un puñetazo. Se quedó ahí de pie, aturdida. Dave no esperaba respuesta. Se dio la vuelta. Ella se esforzó en cogerle del brazo.

—¿Dave?

Pero él se la quitó de encima y apretó el paso.

—Espera, quédate un momento.

No lo hizo. Megan pensó en salir corriendo tras él, pero entonces escuchó la voz de Kaylie a su espalda.

—¿Mamá? ¿Me das dinero para el almuerzo?

Dave ya había llegado a la calle. Cuando se subió al coche, Megan sintió que se le desgarraba el corazón.

—¿Mamá?

Kaylie de nuevo.

—Cógeme un billete de diez de la cartera. Y tráeme el cambio.

El coche se alejó rápidamente calle abajo, entre el chirrido de los neumáticos. El ruido sorprendió a los chicos de los Reale. Barbara y Anthony Reale volvieron la cabeza al unísono y observaron a Dave con severas miradas de desaprobación. Lo mismo hizo Sondra y sus perros.

—Solo encuentro uno de veinte —dijo Kaylie—. ¿Puedo cogerlo, mamá?

Todavía afectada, Megan se metió en casa y cerró la puerta.

—¿Mamá?

—Sí —dijo esta, sintiendo que la voz le salía de muy lejos—. Coge el de veinte. Con eso debería bastarte para lo que queda de semana.

Volvió a la cocina. Kaylie se apresuró para llegar al autobús, dejando los platos en el fregadero... Como siempre. Megan se preguntó cuántas horas habrían perdido los padres pidiéndoles a sus hijos que no dejaran los platos en el fregadero, pues no les costaba nada meterlos en el lavaplatos, y qué clase de nación se podría haber construido con todo ese tiempo desaprovechado.

Jordan iba andando a la escuela cada día con dos amigos, cuyos padres se turnaban para acompañarles. Esa semana les tocaba a los Collins. A Dave, ese arreglo siempre le había sacado de quicio. Cuando le tocaba, se quejaba diciendo que a los críos les bastaban sus amigos, que no hacían falta la presencia de progenitores al acecho. «¡El cole está a tres manzanas!», se desesperaba a menudo. «Démosles algo de independencia». Pero eso ya no se llevaba. Los chicos tenían que estar permanentemente vigilados. Era muy fácil lamentarse y criticar, pero Megan insistía en el tema porque la alternativa era demasiado horrible.

¿Cómo se habría enterado Dave de que estaba en Atlantic City?

No había usado el chisme automático para los peajes. Ni siquiera la tarjeta de crédito. ¿Cómo lo había sabido? Y si sabía dónde estaba, ¿qué más podría saber?

Le entraron todos los males. Una vez se hubo ido Jordan, llamó a Dave al móvil. Nada. Volvió a llamar. Seguía sin responder. Era consciente de que estaba pasando de ella. El coche de Dave disponía de Bluetooth, y Megan le había llamado las veces suficientes como para saber que la telefonía móvil funcionaba a la perfección durante todo el trayecto. Llamó una vez más. Esta vez, esperó hasta que saltó el buzón de voz.

—Llámame —dijo—. No me hagas esto.

Colgó. Por una parte, Megan se daba cuenta de que tenía que darle a Dave algo de espacio, dejar que se desahogara, lo que fuese. Pero por otra, la cosa no le gustaba un pelo. Dave sabía que su mujer odiaba el trato de silencio. Megan lo intentó una vez más. Nada, ni hablar. Fantástico. De modo que así pensaba Dave afrontar el asunto. Se empezó a cabrear. Y a pensar mal. Anoche se las dio de comprensivo. Igual solo quería echar un polvo. Hombres. Tanto daba algún tugurio cutre como una confortable minimansión de las afueras: todos iguales. La gente se escandaliza cuando los políticos o los famosos metían la pata a lo grande, pero también lo hacían los hombres corrientes. Era una constante. Puede que Dave se portase bien con ella porque...

No, no estaba siendo justa.

Era ella la que había desaparecido. A fin de cuentas, la mentirosa era ella. ¿Y ahora qué?

Megan se puso a recoger la cocina. Puede que a Dave le diera por cocinar de vez en cuando, pero parecía que la limpieza le tocaba siempre a ella. Tenía partido de tenis en una hora: dobles en la zona interna del club de tenis de Kasselton. Se moría de ganas de saltárselo, pero tres jugadores no podían celebrar un partido de dobles y ya era demasiado tarde para buscar una sustituta. Qué cosa más rara. De un club

llamado La Crème al club de tenis de Kasselton: si eso no era prosperar...

Enfiló las escaleras para vestirse de tenista. El club estaba chapado a la antigua e imponía un estricto código de vestimenta: los jugadores solo podían ir de blanco. Una ridiculez, francamente. Megan pensó en su suegra, Agnes. A lo mejor, después del partido, se acercaba a ver cómo seguía. Durante su visita de ayer, Agnes se había mostrado muy inquieta. ¿Cómo? ¿Solo había pasado un día? Era como si no hubiese visto a Agnes en un mes.

Se permitió pensar en Ray. Empezó a acalorarse, así que se concentró en lo fundamental: si Ray no había matado a Stewart Green, ¿qué había ocurrido esa noche?

Más le valía olvidarlo, ya no tenía importancia. No era asunto suyo. Tenía que olvidarse del caso. Subió otro escalón, como escenificando la distancia que ponía entre ella y aquella espantosa noche, cuando sonó el timbre.

Se detuvo. Ya nadie se presentaba directamente en tu casa. La gente llamaba o te enviaba un SMS o un correo electrónico. No aparecía nadie, a excepción del cartero o de algún mensajero, pero era demasiado pronto para ellos.

El timbre sonó de nuevo, y Megan supo —lo supo, sin más— que quien llamaba iba a explicarle algo terrible: que todos sus intentos por sentirse a gusto eran inútiles; que ahora que el pasado la había atrapado, no iba a resultar nada fácil deshacerse de él.

Sonó el timbre por tercera vez. Fuese quien fuera, él o ella carecían de paciencia y mesura.

Megan bajó las escaleras y se dirigió a la puerta.

El timbre sonó por cuarta vez. Megan observó por la mirilla de la puerta, frunció el ceño y abrió.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó.

Broome se tomó su tiempo para contestar.

—Las facturas telefónicas de Harry Sutton —dijo—. ¿Puedo pasar?

—Me lo prometiste.

—Ya lo sé.

—Lo último que me dijiste fue que no me seguirías la pista.

—Ya lo sé.

—Deberías haber pasado por Harry.

—Y lo habría hecho —dijo Broome—, pero Harry ha muerto.

Otro latigazo. Megan se echó atrás dando tumbos, literalmente. Broome no esperó a ser invitado. Se coló en la casa y cerró la puerta tras él.

Megan consiguió decir:

—¿Cómo?

—Aún no nos consta la causa oficial, pero parece que ha sido un ataque al corazón.

—¿Entonces no lo han...?

—¿Asesinado? Sí. Puede que, técnicamente, se muriera él solo, pero es evidente que alguien lo ayudó.

—No lo entiendo.

—Lo torturaron.

A Megan se le revolviéron las tripas.

—¿De qué manera?

—Más vale que no lo sepas. Nada letal, pero... —Broome meneó la cabeza—. La presión fue excesiva. El corazón no aguantó.

La mente tiene una manera muy rara de funcionar. Durante años, Megan creyó que Ray había matado a Stewart Green para protegerla. Pero ahora sabía (o, por lo menos, creía firmemente... ¿Acaso le quedaba alguna duda?) que eso no era cierto. A pesar de todo, lo primero en que pensó al enterarse de la muerte de Harry Sutton fue algo tan sencillo como horrible:

Dave sabía que ella había estado en Atlantic City.

Desechó la idea de inmediato. Era uno de esos pensamientos horribles que aparecen de repente, y enseguida te das cuenta de que son ridículos y no merecen ni ser tenidos en cuenta.

La segunda idea —el pensamiento más dominante— fue, en fin, el propio Harry. Pensó en su dulce y lenitiva sonrisa, en su sencilla honradez... Y de ahí pasó a imaginarle torturado hasta la muerte.

La tercera idea —y no se la podía quitar de encima— era la más sencilla de todas:

ella tenía la culpa.

Se aclaró la garganta.

—¿Dónde lo encontrasteis?

Ahora, Broome respondió de inmediato:

—En su despacho. Lo encontraron a primera hora de la mañana.

—Un momento, cuando pasé por su despacho y vi que la puerta estaba cerrada...

—No lo sabemos con seguridad, pero lo más probable es que ya estuviera muerto.

Megan lo miró a los ojos. Broome apartó la vista. Era culpa suya, sí, pero ahora se daba cuenta de que también Broome se consideraba culpable. Megan había acudido a él anoche. Le había advertido de que Harry Sutton podía estar en peligro. Y él no le había hecho el menor caso.

—Interesante —dijo Broome.

—¿El qué?

—El que tú supieras que algo iba mal.

Vaya. Adiós a la teoría de la culpabilidad. Megan dio un paso atrás.

—Espera un momento. No pensarás que...

—No —dijo rápidamente el policía, pero ella ya no sabía si creerlo—. No voy por ahí... Solo me preguntaba qué fue lo que te hizo sospechar.

—Para empezar, que no apareciera por la cafetería.

—Sí, vale, pero eso no era todo, ¿verdad? ¿No dijiste algo acerca de la recepcionista que te cogió el teléfono?

—Exacto —dijo Megan—. Ya sabes cómo era el negocio de Harry.

—Austero.

—Muy austero. No tenía recepcionista. Y menos aún, para que le atendiera el móvil. Y su voz, aquel tono tan jovial... Ponía los pelos de punta.

—O sea, que hay una mujer metida en esto.

—Eso creo.

—Muy bien —dijo Broome—, pues avancemos pasito a paso. Sabemos que Harry habló por teléfono contigo.

—Así es. Dijo que tú querías enseñarme aquella fotografía.

—En efecto. Y luego se suponía que se reuniría con nosotros. Pero ni apareció ni llamó para cancelar el encuentro. Así pues, por el momento debemos asumir que entre la hora en que llamaste a Harry y la hora en que se suponía que debía salir para acudir a la cafetería, alguien le puso la mano encima.

—Has dicho que lo encontraron en su despacho —dijo Megan.

—Sí.

—En tal caso, el que le hizo eso debió de encontrarlo allí.

Broome asintió.

—Tiene lógica. Volvamos atrás un segundo. Cuando Harry te llamó, ¿tú dónde estabas?

—¿Y eso qué importa?

—Responde, ¿quieres?

No quería, pero si podía contribuir a encontrar al asesino de Harry, estaba dispuesta a seguirle la corriente.

—En La Crème.

—¿Y qué hacías allí?

—Visitar a unos viejos amigos.

Broome frunció el ceño.

—¿A quién?

Megan negó con la cabeza.

—No es importante.

—Y un cuerno.

Megan no iba a decirle nada acerca de Ray; pero, a fin de cuentas, él no había estado en La Crème.

—Lorraine. Ya la conoces.

—Cierto. ¿Quién más?

—Nadie más.

Broome puso cara de no creérselo.

—Vale, estabas en La Crème. ¿Te enteraste de algo?

—No.

—Y después de la cafetería, ¿qué? ¿Adónde fuiste?

—Fui a un bar que se llama Falta de Cobertura.

—¿Para qué?

Detestaba mentir, pero sabía que ahora no le quedaba más remedio.

—Era uno de mis garitos habituales, ¿vale? Y yo estaba de gira por mi pasado. ¿Qué importancia tiene?

—¿Y seguías allí cuando llamaste a Harry y se puso la recepcionista?

—Sí.

Broome se rascó la barbilla.

—Volvamos a la recepcionista. Y no te dejes nada.

Megan volvió a contarle la conversación. Le explicó que esa mujer parecía joven y hacía lo que podía para sacarle su nombre auténtico y su dirección. Broome enarcó una ceja.

—¿Qué pasa?

—No sé si quiero asustarte —dijo Broome.

—Lo que me asusta son las mentiras —repuso ella, algo que era cierto e irónico a la vez—. ¿Qué ocurre?

—Piénsalo un poco. Harry fue torturado. Puede que lo hicieran para pasar el rato, pero lo más probable es que tuvieran un objetivo.

—¿Cómo cuál?

—Como sacarle información. Igual lo lograron antes de que se les muriera. No lo sé. Pero se llevaron su teléfono, ¿no?

—Supongo.

—Y entonces, tú llamas, y esa mujer, ¿cómo reacciona? Pues se hace pasar por una recepcionista que te pide información. Quiere saber quién eres y dónde vives.

Megan sintió un escalofrío de terror.

—¿Tú qué crees? ¿Que vienen a por mí?

—Podría ser.

—¿Por qué?

—Lo ignoro, pero piénsalo un poco. Al cabo de diecisiete años, apareces por la ciudad. Ese mismo día, a Harry lo torturan; y acto seguido, esa mujer que le ha robado el móvil intenta sacarte tu nombre. —Broome se encogió de hombros—. Creo que hay motivos para considerarlo.

—Y si los torturadores tienen el teléfono de Harry, habrán encontrado mi número en la agenda del móvil.

—Así es.

—¿Les costará mucho encontrarme?

—Ya conoces la respuesta.

Así era. Todo el mundo la conocía. Era condenadamente fácil.

Megan negó con la cabeza. Había creído que podría dejarse caer por Atlantic City tan ricamente y volver a escapar.

—Dios mío —dijo—. Pero ¿qué he hecho?

—Necesito que te concentres unos minutos más, ¿vale?

Megan asintió, ausente.

—Después de la llamada, te fuiste al despacho de Harry, ¿verdad? Antes de venir a verme.

—Sí.

—No quiero asustarte, pero piensa un momento en el orden temporal.

—¿Me estás diciendo que podían estar torturando a Harry mientras yo llamaba a la puerta?

—Cabe esa posibilidad.

Nuevo escalofrío.

—Pero lo que necesito de ti ahora es que me cuentes todo lo relativo a tu visita al despacho de Harry. No olvides nada. Ya era tarde. Casi todas las oficinas habían cerrado. Lo más importante es: ¿a quién viste?

Megan cerró los ojos e intentó pensar.

—Había un conserje en la escalera.

—¿Qué pinta tenía?

—Alto, flaco, pelo largo.

Broome asintió.

—Vale, es el de costumbre. ¿Alguien más?

Megan le dio vueltas al asunto.

—Había una pareja joven.

—¿En el pasillo? ¿Cerca de la puerta de Harry? ¿Dónde?

—Salían mientras yo entraba. El hombre me sostuvo la puerta.

—¿Qué aspecto tenían?

—Jóvenes, atractivos, con pinta de estudiantes. Ella tenía el cabello rubio. Él parecía recién salido de una pista de *squash*.

—¿De verdad?

—Sí —afirmó Megan—. No parecían torturadores.

—¿Y qué aspecto tienen los torturadores?

—Vale. Tienes razón.

Broome reflexionó unos instantes.

—Has dicho que la que se puso al teléfono era una mujer joven.

—Así fue.

—¿Podría ser de la misma edad que esa rubia?

—Supongo.

Algo recorrió el rostro de Megan.

—¿Qué pasa? —inquirió Broome.

—Bueno, ahora que lo dices, no cuadraban. Quiero decir, ya sabes cómo era el despacho de Harry.

—Un vertedero.

—Exacto —dijo Megan.

—¿Y qué hacía allí una pareja de estudiantes tan mona? —preguntó Broome.

—Podrías preguntarte lo mismo sobre mí.

—Tú tampoco eres lo que aparentas —dijo el inspector.

—No. Y puede que esos dos también guarden sus secretos.

—Puede.

Broome se miró los pies y respiró hondo unas cuantas veces.

—¿Inspector?

Broome volvió a levantar la vista.

—Ya hemos interrogado a todo el mundo en el edificio de Harry.

Se interrumpió.

—¿Entonces?

—Pues resulta que las únicas oficinas abiertas a esas horas de la noche eran la del pagador de fianzas de la tercera planta y la de ayuda al jubilado de la segunda. — Broome la miró a los ojos—. Y en ninguno de esos sitios se ve a gente como la que me has descrito.

—¿Estás seguro?

—Sí. Y eso me lleva a una pregunta evidente: ¿Qué hacía esa pareja en ese edificio a esas horas de la noche?

Ambos se quedaron en silencio. Broome echó un vistazo alrededor, registrando los techos de bóveda, las alfombras orientales, los cuadros al óleo.

—Bonita casa —dijo.

Pero ella no respondió.

—¿Cómo lo has logrado, Megan?

Sabía a qué se refería: ¿cómo se había escapado?

—¿Tú crees que ambos mundos están realmente tan separados?

—Eso creo, sí.

No lo estaban, pero Megan no tenía ganas de explicárselo. Había descubierto cuál era la mayor diferencia entre quienes tienen y los que no. Todo depende de la suerte y de dónde naces. Y cuanto más afortunado eres y más puertas se te abren por tus orígenes, más necesitas convencer a los demás de que has triunfado gracias a la inteligencia o el trabajo duro. Finalmente, el mundo solo consiste en problemas de autoestima.

—¿Y ahora, qué? —preguntó.

—Para empezar, tengo que llevarte conmigo para que hables con un dibujante. Necesitamos identificar a esa pareja que viste. Y además, tienes que ser sincera conmigo.

—Lo estoy siendo.

—Ni hablar. Todo esto señala a la misma persona. Ambos lo sabemos.

Megan se quedó callada.

—Todo apunta a Stewart Green. Me dijiste que alguien lo había visto últimamente.

—Te dije que igual lo había visto alguien.

—Lo que tú digas. Necesito saber quién fue.

—Prometí no decirlo.

—Y yo prometí no incordiarte. Pero Harry está muerto. Y Carlton Flynn sigue desaparecido. Tú regresas a la ciudad. Alguien detecta a Stewart Green. Sea lo que sea lo que les suceda a esos hombres, todo está volviendo a donde empezó. Tú ya no puedes salir corriendo. No te puedes esconder en esta casa tan bonita. Como tú misma has dicho, Megan, ambos mundos no se hallan tan alejados el uno del otro.

Megan trató de reducir la velocidad, de darle más vueltas al asunto. No quería cometer un error, pero se le hacía evidente: ahora, Stewart Green era un sospechoso. Y Broome debía hacer todo lo posible por encontrarlo.

—¿Megan?

Ella lo miró.

—Hay otros.

Notó que se le aceleraba el corazón.

—¿Qué quieres decir?

—Cada año, por Carnaval, alguien desaparece. O muere.

—No te entiendo.

—Podemos hablarlo en el coche. Y puedes aprovechar para decirme quién vio a Stewart Green.

Sentado en el Falta de Cobertura, Ray Levine repasaba mentalmente una y otra vez sus últimas horas. Bajo los cielos oscuros que cubrían a Lucy, Ray había contemplado a la única mujer a la que había amado de veras mientras se subía a su coche y se marchaba de allí. No se movió. No fue tras ella. Se limitó a dejar que saliera de su vida sin una palabra ni un quejido. Otra vez.

Cuando perdió el coche de vista, se quedó mirando la calle durante un minuto entero. Una parte de él creía que Cassie recuperaría la sensatez, daría media vuelta, volvería hacia él, abriría la puerta del coche y se arrojaría a sus brazos. Allí mismo, bajo el ojo vigilante de Lucy la Elefanta, Ray la abrazaría con fuerza y se echaría a llorar y nunca más la dejaría marchar.

Entonces le llegaría el turno a la máquina de lluvia y la balada de amor, ¿no?

Eso no sucedió, claro está. El amor de su vida se había ido —de nuevo— y, cuando eso ocurre, cuando el hombre que está tocando fondo se las apaña para hundirse aún más, solo queda una cosa por hacer.

Ponerse a beber en serio.

Fester observó preocupado a Ray cuando lo vio entrar en el Falta de Cobertura. Ese grandullón que a nada temía se acercó a Ray con cautela.

—Hola, ¿estás bien? —le preguntó.

—¿Acaso me ves con una copa en la mano?

—No.

—Pues no diré nada más hasta que sostenga una. Fester puso cara de no acabar de entenderlo.

—¿Cómo?

—No, no estoy bien. Pero lo estaré en cuanto te quites de en medio y pueda pedir algo.

—Ah —dijo Fester, desplazándose a la derecha—. Ya lo he pillado.

Ray agarró un taburete y su lenguaje corporal le hizo saber al camarero que más le valía darse prisa. Fester se sentó en el taburete de al lado. Durante varios minutos, no abrió la boca para darle tiempo y que se relajara. Curiosamente, en algún momento de su relación, Fester se había convertido en el mejor amigo de Ray —puede que en el único—, pero eso resultaba actualmente irrelevante. Ahora, Ray tenía en la cabeza la imagen de una mujer hermosa, el contorno de su rostro, la manera en que se sentía cuando él la abrazaba, el olor a lilas y a amor, ese dulce vuelco en el estómago cuando ella lo miraba a los ojos... Y la única forma de librarse de esa imagen era ahogándola en alcohol.

Ray anhelaba uno de sus famosos apagones.

El camarero le sirvió un trago, luego otro y, finalmente, encogiéndose de hombros, dejó la botella sobre la barra. Ray bebía hasta quemarse la garganta. Fester se le unió. Tuvo que pasar un rato, pero Ray empezó a experimentar la ansiada

insensibilidad. La recibió con los brazos abiertos, la fomentó y trató de abrirse camino hacia el bendito olvido.

—Me acuerdo de ella —dijo Fester.

Ray le lanzó una mirada perezosa.

—Vamos a ver, cuando entró aquí, me resultó familiar. Bailaba en La Crème, ¿no?

Ray no respondió. En aquellos tiempos, Fester había ejercido de portero en algunos clubes. Ray y él se conocían, aunque no a fondo, y Fester tenía fama de ser uno de los mejores. Sabía cuándo atizar y, lo que aún era más importante, cuándo reprimirse. Las chicas se sentían seguras con él. También Ray.

—Es un asco, ya lo sé —dijo Fester.

Ray se tomó otro buen trago.

—Pues sí.

—¿Y qué quería?

—Hablemos de otra cosa, Fester, ¿te importa?

—Te ayudará.

—Ahora todo el mundo se cree psicoanalista.

—Yo no.

—Y un cuerno que me va a ayudar. Tú calla y bebe.

Ray se sirvió otra copa. Fester no dijo nada. O si dijo algo, Ray no lo oyó. El resto de la noche transcurrió entre una neblina etílica tan inquietante como patética. Ray pensaba en el rostro de ella. En su cuerpo. En la manera en que lo miraba con aquellos ojos suyos. Pensaba en todo lo que había perdido, y el dolor se agudizaba al pensar en cómo habrían podido ser las cosas. Y evidentemente, pensaba en la sangre. Siempre volvía a lo mismo, a toda esa maldita sangre.

En algún momento, afortunadamente, se quedó frito.

Cuando abrió los ojos supo de inmediato que estaba en la cama, en su casa, y que ya era de día. Se sentía como si lo hubieran arrojado a un camión de cemento. Todo era de lo más familiar. Se preguntó si habría vomitado anoche, si le habría rezado al dios de la porcelana durante su apagón. El estómago le gruñía de hambre; o sea, que lo más probable era que sí.

Fester estaba dormido —o más bien traspuesto— en el sofá. Ray se levantó y lo agitó con fuerza. Fester se despertó de golpe, para gruñir a continuación y llevarse las manos a cada lado de su enorme cráneo como si intentara impedir que se le partiera en dos. Ambos seguían vestidos con las prendas de la víspera. Ambos olían a contenedor de basura, pero les daba igual.

Salieron dando tumbos del apartamento en dirección a la cafetería que había calle abajo. Casi todos los parroquianos tenían peor aspecto que ellos. La camarera, acostumbrada a ver de todo, les trajo una jarra de café antes de que se la pidieran. Era más bien rolliza, como le gustaban a Fester. Le dedicó una sonrisa y le dijo:

—Hola, guapa.

Ella les dejó el café, alzó las cejas y se largó.

—Menuda novecita —dijo Fester.

—Las hemos tenido peores.

—Te aseguro que no. ¿Recuerdas algo?

Ray no abrió boca.

—¿Otro de tus apagones? —le preguntó Fester.

Ray se mantuvo en silencio mientras servía el café. Ambos lo tomaban solo... O por lo menos, ahora.

—Sé por lo que estás pasando —dijo Fester.

En realidad, no tenía ni idea, pero Ray no dijo nada.

—¿Tú te crees que eres el único al que le han roto el corazón?

—¿Fester?

—¿Sí?

Ray se llevó el índice a los labios.

—Cállate, anda.

Fester sonrió.

—¿No necesitas comentarlo?

—No necesito comentarlo.

—Pues a lo mejor, yo sí. Me refiero a lo que pasó anoche. Me trajo tristes recuerdos.

—¿De tus desgracias amorosas?

—Exacto. ¿Tú te acuerdas de Jennifer?

—No.

—Jennifer Goodman Linn. Así se llama ahora. Era la mujer de mi vida. ¿Me explico?

—Perfectamente.

—Hay chicas con las que solo te pones cachondo. Hay chicas que te apetecen, que te gustan, que te parecen divertidas. Y luego hay otras (bueno, puede que solo una) que te hacen pensar en la eternidad. —Fester se inclinó hacia delante—. ¿Cassie era de estas últimas para ti?

—Si te digo que sí, ¿me dejarás en paz?

—Veo que me has entendido.

—Por supuesto —dijo Ray.

Fester era un tío grandote, pero como todos los hombres cuando se ponen a hablar de quebrantos anímicos, cada vez parecía más pequeño y más patético. Ray respiró hondo y le preguntó:

—¿Y qué te pasó con la tal Jennifer?

Volvió la camarera resabiada. Les preguntó qué querían tomar. Ray pidió tortitas y nada más. Fester encargó un desayuno en el que había de todo: tardó casi dos minutos en recitar sus exigencias. Ray se preguntó si le añadirían un digestivo de regalo.

Cuando la camarera se retiró, Ray volvió a su café. También Fester. Ray pensó que acaso el momento ya había pasado y que ahora podría amargarse en paz, pero se equivocaba.

—Me la levantó un soplapollas —declaró Fester.

—Lo siento.

—Ahora está casada... Con un fontanero de Cincinnati. Tienen dos hijos. He visto un montón de fotos tuyas en Facebook. El año pasado, se fueron de crucero. Van a los partidos de los Reds. Y a ella se la ve muy feliz.

—Todo el mundo parece muy feliz en Facebook.

—Eso ya lo sé, ¿vale? ¿Y qué tiene de malo? —Fester trató de sonreír, pero estaba sufriendo demasiado—. Total, yo no era lo suficientemente bueno para ella, ¿sabes? No era más que un matón de discoteca. Puede que ahora, con el negocio que tengo y tal, gane tanto dinero como el fontanero de marras. O puede que más. Pero ya es tarde, ¿verdad?

—Verdad.

—¿No piensas animarme para que vaya a por ella?

Ray no dijo nada.

—Deberías ver sus fotos. Las de Facebook, digo. Sigue tan guapa como el día en que me dejó tirado. O puede que aún más. Ray se quedó mirando el café unos instantes.

—¿Sabes lo que son las gafas etílicas?

—Por supuesto —dijo Fester—. Cuanto más bebes, más guapa te parece la tía que tienes delante.

—Pues tú ves esas fotos de Facebook con las gafas para corazones rotos.

—¿Tú crees?

—Estoy convencido.

Fester se lo pensó un momento.

—Sí, tal vez. O quizá no sean las gafas para corazones rotos. A lo mejor son las gafas del auténtico amor.

Se hizo el silencio durante unos momentos. El café era un néctar divino. El dolor de cabeza se había convertido en una discreta y permanente molestia.

—Seguro que el fontanero la hace feliz —dijo Fester—. Debería olvidarme del asunto.

—Excelente idea.

—Pero —dijo Fester, levantando un dedo—, si ella entrara ahora mismo por esa puerta... O, por ejemplo —se encogió teatralmente de hombros—, si, pongamos por caso, apareciese por el Falta de Cobertura después de tantos años, buscándome, no sé lo que haría.

—Tú siempre tan sutil, Fester.

—¿Por qué lo dices?

Buena pregunta.

—Ella no volvió para volver a empezar conmigo.

—¿Y entonces, qué? ¿Solo quería un roce? ¿Encanallarse un par de horas? Eso es un asco. —Pensándose un poco, Fester añadió—: Pero qué demonios, yo me apuntaría.

—Tampoco volvió por eso.

—Entonces, ¿para qué volvió?

Ray negó con la cabeza.

—No tiene importancia. Se ha ido. Y no volverá.

—O sea, que solo regresó para volverte tarumba.

Ray jugueteaba con la servilleta.

—Algo parecido.

—Qué cosa más fría.

Ray no dijo nada.

—Pero ¿sabes qué es lo más interesante, Ray?

—No, Fester, cuéntame lo más interesante.

—Jennifer me destrozó el corazón, por supuesto, pero no me destrozó a mí. ¿Sabes lo que te quiero decir? Yo aún funciono. Tengo un negocio. Tengo una vida. He salido adelante. Vale, a veces bebo, pero no he dejado que la desgracia me destruyera.

—Más conceptos sutiles.

—Sé que hay pocas cosas peores que un corazón roto, pero eso no es algo de lo que no te puedas recuperar. ¿Me explico?

Ray estuvo a punto de echarse a reír. Lo sabía. Y no lo sabía. Un corazón roto es malo pero por supuesto que hay cosas peores. Fester creía que era un corazón destrozado lo que había molido a Ray. Y así era, sin duda alguna. Pero de eso te recuperas. Ray lo habría logrado si de eso se tratara todo. Pero, como había observado Fester, había cosas peores que un corazón roto, cosas que dejaban cicatrices y que costaba mucho superar.

Como la sangre, sin ir más lejos.

A Broome no le gustaba compartir información con Megan.

Seguía creyendo que aún le ocultaba cosas; por eso se le antojaba más importante ponerla al corriente de los detalles más horribles y escabrosos del asunto. Así pues, durante el trayecto en coche hasta Atlantic City, le contó lo suficiente como para que se muriera de miedo. Le aseguró que muchos hombres, no solo Stewart Green y Carlton Flynn, desaparecían por Carnaval, que ninguno de ellos volvía a ser visto.

Cuando concluyó, Megan le preguntó:

—Y esos hombres, ¿están muertos, se dieron a la fuga, los secuestró alguien o qué?

—Lo ignoro. Solo sabemos cómo acabó uno de ellos: Ross Gunther.

—Que está muerto.

—Sí. Y hay un tío cumpliendo condena por su asesinato.

—¿Tú crees que ese tío es inocente?

—Sí.

Megan se lo pensó un instante.

—¿Y cuántos hombres has encontrado que se ajusten al patrón de Carnaval?

—Aún estamos en ello, pero de momento, ya son catorce.

—¿Y nunca más de uno al año?

—Nunca.

—Y siempre en torno a Carnaval.

—Exacto.

—Con la excepción de que, en fin, ahora tienes otro cadáver, el de Harry Sutton.

Que no encaja en absoluto en el patrón.

—No creo que forme parte de los del Carnaval.

—Pero tiene que estar relacionado —dijo Megan.

—Sí —reconoció Broome—. Por cierto, ¿esa fiesta significa algo para ti? Carnaval, me refiero.

Megan negó con la cabeza.

—Siempre fue una noche loca, pero aparte de eso, nada más.

—¿Y para Stewart Green?

—No. Quiero decir, no que yo sepa.

—Stewart Green es el único que puede haber sido visto. ¿Entiendes ahora por qué necesito hablar con quien haya podido verlo?

—Sí —dijo Megan.

—¿Entonces?

Megan se dio cuenta de que ya no le quedaba más remedio que decir la verdad.

—Lorraine lo vio.

—Gracias.

Megan no dijo nada. Broome le pidió que no avisara a Lorraine antes de que él le hiciera una visita.

—Hace mucho que la conozco —le dijo.

Megan sonrió al recordar que Lorraine le había contado que se habían acostado juntos una vez.

—Me consta.

Broome aparcó y la hizo entrar en la comisaría por una puerta lateral. No quería que Goldberg ni nadie supiese que estaba allí. La metió en un cuarto de almacenaje ubicado en la planta baja. Rick Mason, dibujante y genio de los ordenadores, los estaba esperando.

—¿A qué viene tanto secretismo? —preguntó.

—Piensa que es como lo de la protección de testigos.

—¿La proteges de tus propios colegas?

—Exactamente. Confía en mí, ¿vale?

Mason se encogió de hombros. Una vez controlada Megan, Broome volvió al coche. Llamó rápidamente a Erin. Antes le había pedido que buscara cámaras de seguridad por la zona del despacho de Harry Sutton, para ver si podían obtener alguna imagen de la pareja joven. Erin le dijo que seguía en ello. También le había pedido que diese con el paradero de Stacy París, la chica por la que se habían peleado Mannion y Gunther.

—El nombre auténtico de Stacy Paris es Jaime Hemsley. Vive cerca de Atlanta.

—¿Se ha casado?

—No.

Atlanta. No tendría tiempo para desplazarse hasta allá.

—A lo mejor la puedes localizar por teléfono y ver qué nos cuenta de la noche en que murió Gunther.

—Ya la he llamado. No contesta nadie, pero lo seguiré intentando. ¿Broome?

—¿Qué?

—Si Mannion es inocente... —dijo Erin—. Quiero decir, si se ha tirado dieciocho años en la cárcel por culpa de un asesino en serie... En fin, que se puede armar la de Dios.

—Admiro tu perspicacia, Erin.

—Ya sé que no solo te enamoraste de mí por lo buena que estaba.

—La verdad es que sí —dijo él—. Habla con Stacy. A ver qué sabe.

Colgó. No tardó nada en llegar a La Crème. La turba de la hora del almuerzo empezaba a aparecer, y no eran pocos los que se ponían en fila para el discutible bufet antes de observar a las chicas. «¿Cuán hambrientos estarán esos tíos?», se preguntaba Broome.

Lorraine no estaba en su sitio habitual tras la barra. Muchos años antes, hubo una noche en la que ambos protagonizaron un ligue de manual. Había sido divertido, y vacío, uno de esos acontecimientos que, paradójicamente, te hacen sentir vivo y del que, al mismo tiempo, deseas que nunca hubiera tenido lugar: así son todos los polvos de una sola noche, pensaba Broome, incluso para los más curtidos. Aunque por lo menos, siempre que duermes con alguien, por borracho, idiotizado y carente de deseo que estés, se crea un nexo. Ahora confiaba en explotarlo.

Se dirigió hacia la parte trasera del club. La puerta de Rudy estaba cerrada. Broome la abrió sin llamar. Rudy estaba tratando de pasar una camiseta demasiado estrecha por encima de su cabezón y en dirección a su tripa cervecera. Había una chica en el despacho, echándole una mano. Era joven. Puede que demasiado. Rudy la sacó por una puerta lateral.

—Es legal —declaró.

—Nunca lo he dudado.

Rudy invitó a Broome a tomar asiento, pero este pasó de todo.

—Bueno —dijo Rudy—, ya van dos días seguidos que nos vemos.

—Así es.

—¿Qué pasa? ¿Te pone alguna de mis chicas?

—No, Rudy. Eres tú el que me pone. El exceso de pelo en los hombros siempre me ha excitado.

Rudy sonrió y abrió los brazos.

—Es que tengo esa clase de cuerpo que no deja a nadie indiferente.

—Yo no lo sabría decir mejor. ¿Dónde está Lorraine?

—Debería estar de vuelta en cualquier momento. ¿Qué quieres de mi mejor empleada?

Broome señaló con el pulgar.

—La esperaré ahí fuera.

—Preferiría que te largaras.

—También podría pedirles el carné de identidad a las chicas.

—Adelante —dijo Rudy—. Yo dirijo un establecimiento serio. ¿Te crees que necesito buscarme problemas?

—Me da igual. Como te he dicho, la espero ahí fuera.

—Tú no me escuchas. No quiero problemas.

—Y no los tendrás si colaboras.

—Eso ya me lo dijiste ayer. Recuerdas el día de ayer, ¿no?

—Sí, ¿qué le pasa?

—Amenazaste a una de mis chicas, Ambra.

—Ámbar.

—Lo que sea.

—Y no la amenacé. Hablé con ella.

—Vale. ¿Seguro que no retomaste la conversación y te pusiste un poco más persuasivo?

—¿De qué estás hablando?

Rudy tenía un cuenco lleno de M&M's en la mesa. Metió en él su zarpa del tamaño de un guante de béisbol.

—Ámbar me llamó anoche. Se larga.

—¿Y tú crees que yo he tenido algo que ver con eso?

—¿Seguro que no?

—Puede que mi conversación contribuyera a abrirle los ojos. Como las palizas que le atizaba tu cliente, Carlton Flynn. O esta mierda de lugar de trabajo. Cosas así, ya sabes.

—No lo creo.

—¿Por qué no?

—Otra de mis chicas vive con ella. Me ha contado que Ámbar hizo las maletas deprisa y corriendo y que salió pitando de allí. Y también que parecía que alguien acabara de darle un buen repaso.

—¿Quién?

Rudy se echó en la boca los M&M's.

—Supuse que habrías sido tú.

Broome frunció el ceño.

—¿Dónde está Ámbar ahora?

—Se ha ido. Se subió a un autobús.

—¿Ya?

—Pues sí, ayer por la noche. Me llamó desde la estación de autobuses para despedirse.

Broome intentó entender la situación. Podría tratarse de lo que él había dicho al principio. Esas chicas no eran precisamente un modelo de estabilidad mental. Ya le habían hecho daño. Le habían roto un dedo. El matón de su seudonovio había desaparecido. Un poli la había interrogado. Lo más probable era que hubiese optado por volver a casa para evitar desgracias.

—Esa chica con la que vivía Ámbar... —comentó Broome.

—No está aquí. Y no sabe nada.

—Rudy, no te conviene hacerte el listillo conmigo.

Rudy suspiró.

—Cálmate, hombre, ya me conoces, soy un ciudadano modelo. Te la traeré, pero mientras tanto —señaló por encima del hombro de Broome, hacia la puerta—, te informo de que acaba de llegar mi mejor empleada. A su hora, como siempre. Nunca llega tarde.

Broome se dio la vuelta y vio a Lorraine dirigirse a su posición tras la barra.

—Hola, Broome.

El policía se volvió hacia Rudy, que exhibía un rostro diferente. La máscara humana que solía lucir ante los agentes de la ley había desaparecido.

—Lorraine es especial. Lo sabes, ¿no?

—¿Adónde quieres ir a parar, Rudy?

—Si lo que estás haciendo acaba causando algún daño a esa mujer —Rudy volvió a señalar hacia Lorraine, que ahora estaba limpiando la barra—, me da igual la placa que tengas. No quedará de ti ni para una muestra de ADN.

Al principio de ese mismo día, Ken estaba intentando acceder a la casa de Megan Pierce a través de la puerta corredera de cristal. Barbie se había colado por el garaje por si resultaba que la otra entrada estaba cerrada. No habría sido necesario. La puerta de vidrio estaba abierta. Ken la deslizó en silencio. Estaba a punto de entrar cuando sonó el timbre.

Se quedó fuera y se agachó todo lo que pudo. El poli llamado Broome entró en la casa.

Ken tenía ganas de maldecir, pero eso era algo que nunca se permitía. En vez de eso, recurrió a su término favorito para esas situaciones: revés. No era más que eso. Lo importante de un hombre no era cuántas veces podía ser derribado, sino cuántas volvía a levantarse después.

Le envió un SMS a Barbie para que se quedara donde estaba. Pensó en poner la oreja para averiguar qué hablaban en el interior, pero era demasiado arriesgado. Qué se le iba a hacer. Se mantuvo agachado y sin ser visto. El patio trasero de los Pierce lucía bonitos muebles de la marca Brown Jordan. Había una fuente en un rincón, una portería de fútbol de tamaño natural y un balancín de madera de cedro que, sin duda alguna, había vivido tiempos mejores. La verdad es que era una casa muy bonita. Ken se preguntaba qué demonios podía pintar esa mujer —en apariencia, una madre de familia de lo más normal— en la desaparición de Carlton Flynn, pero en eso consistía precisamente su trabajo.

Se mantuvo a la espera. Pensó en los hijos de Megan Pierce. Casi podía verlos marcando goles en la portería, repantigados sobre los muebles o zampándose una hamburguesa recién salida de la barbacoa.

Pensó en cómo sería esa vida para el hombre de la casa. Críos. Cenas en familia. Barbacoas. Los domingos, a la iglesia. Su bella esposa sonriéndole a través de la puerta corrediza de cristal mientras él jugaba a béisbol con el chaval. A Ken le apetecía esa vida. La quería para sí mismo y, ahora se daba cuenta, la quería para Barbie. Casi podía verla en esos momentos a través del ventanal, sonriéndole, llena de amor. Podía verse, junto a ella, llevando a los niños a la cama, cerciorándose de que se lavaran los dientes y rezaran sus oraciones. Y también se veía con Barbie, cogidos de la mano, entrando en su propio dormitorio. Podía ver a Barbie cerrando la puerta y volviéndose hacia él.

¿Qué más podía desear un hombre?

Sabía, claro está, que las cosas no iban a ser tan fáciles. Tenía que satisfacer ciertas compulsiones, pero hasta eso era algo que podía compartir con su amada.

¿A qué estaba esperando?

Se volvió hacia la casa. No es que le hiciera mucha ilusión dejar huérfanos a esos críos, pero ahora mismo no veía otra opción. Pasaron quince minutos. Megan Pierce acompañó al inspector Broome hasta su coche. Cuando se fueron, Ken y Barbie

coincidieron junto al Miata de alquiler.

—¿Qué crees que estaba haciendo aquí ese policía? —preguntó Barbie.

—Ni idea.

—Deberíamos haber venido anoche.

—Era demasiado arriesgado.

—¿Y ahora, qué?

Se marcharon de allí, de vuelta a la autopista Garden State en dirección sur. A Ken no se le veía especialmente preocupado. Había muchas posibilidades de que Broome y la señora Pierce se encaminaran a Atlantic City. Ken apretó el acelerador. Cinco kilómetros de autopista más allá, detectó el vehículo de Broome. Mantuvo la distancia, sin tomarse la molestia de seguirle. No se trataba de eso ahora. Regresaban a Atlantic City.

Dos horas después, Broome aparcaba junto a la comisaría de policía y hacía entrar a Megan Pierce por una puerta lateral.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Barbie.

—Te quiero —declaró Ken.

—¿Cómo?

Ken se volvió hacia ella.

—Nunca te lo había dicho. Pero tú ya lo sabías, ¿verdad?

Barbie asintió.

—Yo también te quiero.

Ken sonrió y le cogió la mano.

—¿Y por qué me lo dices ahora? —preguntó Barbie.

—Haré lo que haga falta para protegerte. Quiero que lo sepas.

—También lo sabía.

Ken sacó el móvil y marcó el número. Contestaron al tercer tono.

—Goldberg.

Entonó Ken:

—Hola, jefe adjunto Goldberg.

Silencio al otro lado de la línea.

—Me he acordado de que usted no quería que le llamara señor Goldberg —siguió Ken—. Que prefería lo de jefe adjunto Goldberg.

—Vale —dijo el otro con la más cautelosa de las voces—. ¿Qué quieres? Estoy bastante ocupado.

—No pretendía molestarle, jefe adjunto Goldberg, pero es que se trata de un asunto de cierta urgencia.

—Te escucho.

—Su colega, el inspector Broome, acaba de entrar en la comisaría.

—¿Y qué?

—Pues que está con una mujer llamada Megan Pierce.

Silencio.

—Nos vendría muy bien hablar con ella.

—¿Una conversación como la que mantuvisteis con Harry Sutton?

—Eso no es de su incumbencia.

—Y una mierda. ¿Por qué te crees que estoy tan ocupado?

—Jefe adjunto Goldberg, le ruego que encuentre el modo de que podamos acceder a ella.

—¿Acceder a ella?

—Díganos cómo y cuándo se va a ir. Puede que lo mejor sea que la convenza para que se vaya sola.

Silencio.

—¿Señor Goldberg?

Nada de jefe adjunto esta vez. Un olvido claramente intencional.

—Ya lo he cogido —dijo Goldberg antes de colgar.

Ken tomó a Barbie de la mano.

—¿Deberíamos casarnos? —le preguntó.

—No es una proposición muy entusiasta, que digamos.

Pero ella sonrió al decirlo, y a él se le desbocó el corazón. Ahí estaba, con la mujer que tanto significaba para él, su compañera en todo, su hermana del alma, mientras a él se le aceleraba el pulso.

—Tienes razón. Prepararé una propuesta de matrimonio como Dios manda.

—Y yo prepararé la manera más adecuada de decirte que sí.

Cogidos de la mano, se dedicaron a mirar la puerta y a disfrutar del momento. Al cabo de unos minutos, el inspector Broome salió sin la mujer. Barbie retiró la mano.

—Deberíamos separarnos —dijo.

—Pero si nos acabamos de comprometer —repuso Ken con una risita.

—No de forma oficial, señor mío. Pero sabes que estoy en lo cierto: tú llévate el coche para seguir al poli y yo mantendré vigilada la comisaría.

—No te la cargues tú sola —dijo Ken.

Barbie negó con la cabeza y le dedicó una amplia sonrisa.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Que aún no estamos casados y ya empiezas a darme órdenes como si fueras mi marido. Vete.

Lorraine estaba accionando el grifo de la cerveza cuando se le acercó Broome. Levantó la vista y le lanzó una de sus sonrisas con segundas:

—Vaya, vaya, pero mira quién está aquí.

—Hola, Lorraine.

—¿Quieres tomar algo o me vas a salir con lo de siempre, con que estás de servicio? Broome tomó asiento.

—Estoy de servicio. Pero bueno, ponme dos deditos.

Lorraine acabó de servir la cerveza y se fue paseando —ella nunca caminaba, sino que paseaba— hacia la esquina de la barra en la que guardaba el mejor material. Broome se removió un poco en el taburete. Había cola frente al bufet. Una auténtica cola para la comida. En el escenario, una chica bailaba con el entusiasmo propio de un paciente en coma. Sonaba por los altavoces la vieja canción de Neil Diamond *Girl, You'll Be a Woman Soon*.

Lorraine le acercó un vaso:

—¿Qué puedo hacer por usted, señor inspector?

—¿No se te ocurre nada?

Lorraine arqueó una ceja.

—Supongo que no habrás vuelto para un segundo asalto.

—Ojalá.

—Embustero.

Broome no sabía cómo resolver la situación, así que fue directamente al grano.

—He hablado con tu vieja amiga Cassie o Megan, o como sea que tú la llames.

—Ajá.

—Pintan bastos. ¿Te has enterado de lo de Harry Sutton?

Lorraine asintió mientras una sombra le nublabla el rostro.

—¿Lo conocías, Broome?

—Un poco.

—Era el mejor. Harry tenía un encanto particular. Todo el mundo lo quería. Hasta vosotros, los polis. ¿Y sabes por qué? Porque era auténtico. Y siempre se portaba bien. Tenía el corazón más grande que haya visto jamás. Creía en todo el mundo. Aquí he tenido a algunas chicas que eran inaguantables. En general, y por diferentes motivos, un verdadero coñazo. Pero algunas eran simplemente malas personas. Y hasta en esas Harry intentaba ver el lado bueno. Quería ayudarlas, y no solo para bajarles las bragas, aunque a veces también, qué caray. ¿Quién se podía resistir a un tío que te miraba de esa manera? Como si de verdad le importaras, ¿entiendes? —Lorraine movió la cabeza—. ¿Por qué habrían de hacer daño a alguien como Harry?

—Eso es lo que he venido a descubrir —declaró Broome.

—Ya sé que suena ridículo —dijo Lorraine, mientras pasaba un trapo por la barra—, pero el mundo es un poco más asqueroso sin él. No me cabe duda alguna.

—Pues ayúdame, Lorraine. Por Harry.

—¿Te crees que sé algo al respecto?

—Todo está relacionado —dijo Broome—. La muerte de Harry solo es una parte. Hay un tío que lleva dieciocho años en el trullo y que puede que sea inocente. Carlton Flynn ha desaparecido y hay muchos otros en su misma situación, o bien muertos.

Se interrumpió.

—Incluyendo —dijo Lorraine, que empezaba a ver la luz— a Stewart Green.

—Sí.

Lorraine fregó la barra un poco más.

—Así que Cassie te dijo que fui yo la que lo vio.

—Más bien la obligué a que lo hiciera.

Lorraine le dedicó otra de sus sonrisas de sabihonda.

—Menudo tío duro estás hecho, Broome.

—Ella quería llamarte primero, pero yo preferí decírtelo en persona.

—¿Por nuestro pasado?

Broome se encogió de hombros y bebió un buen trago.

—¿Viste a Stewart Green?

—No estoy segura.

Broome se la quedó mirando algo más de la cuenta.

—Bueno, vale, lo vi —admitió Lorraine.

Dos hombres de pelo canoso se acercaron a la barra. El más alto se inclinó hacia delante, le guiñó un ojo y dijo:

—Hola, Lorraine, lo de siempre.

—Váyase a la otra barra —le dijo Broome.

—¿Cómo?

—Esta está cerrada.

—Pero usted bien que está ahí sentado, ¿no?

Broome le enseñó la placa. El alto y su amigo parecieron a punto de plantarle cara, para hacerse los duros, pero luego se lo pensaron mejor, dieron media vuelta y se largaron.

—Esos dos dejan grandes propinas —se quejó Lorraine.

—Ya les compensarás. Me decías que habías visto a Stewart Green.

—Sí —dijo Lorraine, quitándose el pelo de la cara—. Pero tiene un aspecto distinto.

—¿En qué sentido?

—Totalmente distinto. Lleva la cabeza afeitada y perilla. Luce pendientes y tiene un tatuaje en el antebrazo. Cuando lo vi, vestía tejanos y una camiseta ceñida, y era evidente que va al gimnasio.

Broome frunció el ceño.

—¿Stewart Green?

Lorraine ni se molestó en contestarle.

Broome pensó en aquellas fotografías que Sarah Green conservaba en la repisa de la chimenea. En ellas, Stewart siempre llevaba un polo y unos pantalones de loneta o un traje de los de ir a trabajar. Empezaba a quedarse calvo y se peinaba como podía para ocultarlo. Se le veía blando y rollizo.

—¿Cuándo lo viste? —preguntó Broome.

Lorraine se puso a lavar un vaso con ahínco.

—¿Lorraine?

—Lo he visto más de una vez.

Eso sorprendió al policía.

—¿Cuántas?

—Unas cuantas.

—¿Y cuántas son unas cuantas? ¿Más de dos, más de cinco?

—Yo qué sé —dijo Lorraine. Ya se le habían quitado las ganas de bromear. Parecía asustada—. Puede que una vez al año, o cada dos años, algo así. No llevo la cuenta.

—¿Una vez al año o cada dos?

—Pues sí.

A Broome le daba vueltas la cabeza.

—Vamos a ver, ¿cuándo fue la primera vez que lo viste?

—No sé. Hace un tiempo. Puede que hace diez o quince años.

—¿Y nunca se te ocurrió avisar a la policía?

—¿Qué?

—Viste a un tío que había desaparecido, ¿y nunca pensaste en decírnoslo?

—¿Deciros qué, exactamente? —Lorraine se puso en jarras y levantó la voz—. ¿Acaso era un delincuente al que estuvierais buscando?

—No, pero...

—¿Tú me has tomado a mí por una soplona o algo así? Llevo veinte años en este negocio. Lo primero que aprendes es que aquí nadie ve nada, ¿me explico?

—Pues sí.

—Yo no estaría hablando contigo ahora si no fuera por... —De repente, a Lorraine se la vio deprimida y hundida— Harry. ¿Cómo ha podido nadie matar a Harry? En fin, Broome, que no quiero que muera nadie más. Si vienes aquí de cliente, me da igual lo que hagas. Como si rompes todos los mandamientos. Pero cuando la gente empieza a morir...

Apartó la vista.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Stewart Green?

Lorraine no respondió.

—Te he preguntado...

—Hace unas semanas.

—¿Podrías ser un poco más precisa?

—Puede que fuese por la época en que desapareció el tal Flynn. Broome se quedó de piedra.

—Lorraine, necesito que lo pienses bien: ¿estuvo aquí por Carnaval?

—¿Por Carnaval?

—Sí.

Se lo pensó.

—No lo sé. Podría ser. ¿Por qué?

Broome notó cómo se le descontrolaba el pulso.

—De hecho, las otras veces que lo viste, ¿podría haber sido también por Carnaval?

Lorraine hizo una mueca.

—Ni idea.

—Es importante.

—¿Y cómo quieres que me acuerde de algo así?

—Piensa. Por Carnaval, regaláis abalorios, ¿no?

—¿Y qué?

—Reflexiona. Decías que Stewart Green llevaba pendientes. Cierra los ojos. Intenta acordarte de él. ¿Llevaba un collar de piedras de Carnaval, tal vez?

—No creo. Bueno, no lo sé.

—Cierra los ojos y trata de recordar.

—¿Te estás quedando conmigo?

—Venga, Lorraine, que es importante.

—Vale, vale.

Broome vio que Lorraine estaba abriendo los ojos, pero enseguida los volvió a cerrar.

—¿Ves algo?

—No —dijo Lorraine en voz baja—. Lo siento.

—¿Estás bien?

Lorraine abrió los ojos de golpe.

—Estupendamente.

—¿Me puedes decir algo más de Stewart Green?

Dijo todavía en voz baja:

—No. Y tengo que volver al trabajo.

—Todavía no.

Broome se puso a darle vueltas al asunto, y entonces recordó algo: Erin disponía de las imágenes de seguridad. Así era como habían descubierto la relación con el Carnaval. Erin podía repasar todo el metraje en busca del hombre que Lorraine acababa de describir. Consideró la posibilidad de arrastrar a Lorraine a comisaría y sentarla ante Rick Mason, el dibujante, pero este también era experto en el software de envejecimiento progresivo. Podría trabajar con lo que ya tenía —¿cabeza rapada y perilla?—, y luego Broome le traería los resultados a Lorraine.

—No lo entiendo —dijo esta—. ¿Por qué me has preguntado por Carnaval?

—Creemos que puede existir un patrón.

—¿Qué clase de patrón?

¿Por qué no decírselo?, pensó Broome. Igual recordaba algo.

—Stewart Green desapareció el día de Carnaval. Igual que Carlton Flynn. Un tío llamado Ross Gunther fue asesinado en Carnaval. Y hay más.

—No lo entiendo.

—Nosotros tampoco. Pero guardo unas fotos que me gustaría enseñarte... De hombres desaparecidos. Puede que reconozcas a alguno.

Llevaba encima el expediente. No había vuelto a aparecer por esa esquina de la

barra ni un parroquiano más. Se sentaron junto al escenario principal mientras una *stripper* vestida como la Jasmine del *Aladdin* de Disney se lanzaba a bailar *A Whole New World*. Con semejante actuación, el viaje en alfombra mágica adquiriría un nuevo sentido.

Broome sacó las fotografías y empezó a extenderlas sobre la barra. Observó el rostro de Lorraine, quien se tomó su tiempo con la imagen más reciente, la que había sido enviada de manera anónima.

—Este es Carlton Flynn —dijo.

—A ese ya le conocemos.

Lorraine apartó la foto y miró todas las demás. Volvieron a asomarle las lágrimas.

—¿Lorraine?

—No reconozco a nadie. —Parpadeó y apartó la vista—. Deberías irte.

—¿Se puede saber qué te ocurre?

—No es nada.

Broome se quedó a la espera. Por un momento, Lorraine no abrió la boca. Broome siempre la había visto animada, con su sonrisa arrolladora, la voz profunda y su risa cavernosa. Siempre se había ajustado a la descripción habitual de chica juerguista.

—Me estoy muriendo —dijo Lorraine.

Broome sintió como si le hubieran golpeado con fuerza en el pecho.

—Vengo del médico.

Broome consiguió recuperar la voz.

—¿Qué tienes?

—Cáncer. Y bastante avanzado. Me queda un año. Puede que dos.

Broome notaba como se le hacía un nudo en la garganta.

—No sé qué decir.

—No se lo digas a nadie, ¿vale?

—Vale.

Lorraine intentó obsequiarle con otra de sus sonrisas picaras.

—Lo creas o no, eres el primero al que se lo cuento. ¿A que soy patética?

Broome extendió la mano por la barra. Por un instante, ella no se movió.

—Me alegro de que me lo hayas contado —dijo Broome.

Y ella puso su mano sobre la de él.

—He tomado algunas decisiones que la gente no entiende, pero no me arrepiento de nada. Me casé una vez, y sí, vale, era un hijo de puta violento. Pero aunque no hubiese sido así, esa vida tampoco era para mí. Esta sí. Me lo he pasado muy bien. Me he reído lo mío, ¿sabes?

Broome asintió y la miró a los ojos.

Asomaron más lágrimas.

—Pero esto es lo más jodido de no tener a nadie, ¿sabes? Ojalá... Ay, Dios, parezco una cría... Necesito a alguien que se preocupe por mí; que se quede hecho

polvo cuando yo no esté. Alguien a quien darle la mano cuando muera.

Una vez más, Broome no sabía muy bien qué decir. No quería parecer paternalista. Quería hacer algo, lo que fuese. A Broome le gustaba guardar las distancias —las emociones traían consigo problemas—, pero detestaba no saber qué hacer.

—Estaré contigo, si tú quieres. Te cogeré la mano.

—Eres muy tierno, pero no.

—Lo digo en serio.

—Ya lo sé, pero a eso me refería. Siempre puedo encontrar a alguien que se apiade de mí lo suficiente como para que se quede a mi lado al final. Pero yo estoy hablando de algo que solo se consigue a través del compromiso. Solo lo consigues a base de compartir con alguien los buenos tiempos y los malos, a lo largo de los años, una relación sentimental auténtica. Y al final, no tienes ni por qué pedirlo. Me entiendes, ¿no?

—Yo diría que sí.

—No pasa nada. Como te he dicho, yo no cambiaría ni una coma de lo mío. Así es la vida. Puedes encontrar la alegría y ser feliz... Pero no lo puedes tener todo.

Una sabiduría simple, eso es la verdad. Lorraine le sonrió. Y él le devolvió la sonrisa.

—¿Lorraine?

—Dime.

—Eres preciosa, ¿lo sabías?

—¿Te me estás insinuando?

—Quién sabe.

Lorraine arqueó una ceja.

—¿Sería un polvo por compasión?

—¿En tu caso o en el mío?

Lorraine se echó a reír.

—Puede que en los dos.

—Aún mejor —dijo Broome—. Ahora estoy liado con este asunto, pero en cuanto lo solucione...

—Ya sabes dónde encontrarme.

En ese momento, la mano de Lorraine se apartó de la de Broome. Echó a andar hacia el otro extremo de la barra. Broome estaba a punto de irse cuando Lorraine le dijo:

—Supongo que Cassie te está echando una mano, ¿no?

—Así es. Puede que viese a los asesinos de Harry.

—¿Cómo fue?

—Anoche volvió a su despacho.

—¿Sola o con Ray?

Broome se sorprendió.

—¿Ray?

A Lorraine se le abrieron en exceso los ojos. Broome se dio cuenta de que se le había escapado, pero no pensaba olvidarse del asunto.

—¿Quién diablos es Ray?

Evidentemente, la primera preocupación de Megan había sido la seguridad de su familia.

Antes de que Broome entrara en detalles, llamó a algunas amigas amas de casa. No quería levantar sospechas, así que empezó hablando de las típicas fruslerías domésticas: los deportes de los críos, el padre entrenador que favorecía a su propio retoño, los profesores que ponían muchos o pocos deberes, el nuevo sistema de almuerzo escolar por ordenador... Mientras tanto, Broome se limitaba a menear la cabeza. Finalmente, acabó pidiéndole un favor a la mamá de turno, para cerciorarse de que tanto Kaylie como Jordan podían contar con vigilancia después de las clases e, incluso, con invitaciones para quedarse a dormir, para que pudieran estar a salvo y fuera de casa. A cambio, Megan se comprometía a conducir durante todos los trayectos del fin de semana.

Hecho lo cual, Megan intentó llamar nuevamente a Dave. Ni caso. Le envió un SMS: «Quédate en la oficina hasta que hablemos». No obtuvo respuesta, pero la verdad era que ni en el peor de los casos llegaría pronto a casa.

Entonces, Broome empezó a hablar, y el mundo de Megan, que ya se tambaleaba, se llevó el mazazo definitivo.

Y ahí estaba ahora, sentada en un cuarto sin ventanas de una comisaría e intentando describirle a un dibujante a dos personas a las que apenas había visto. Trató de concentrarse. Rick Mason le dio algunas instrucciones para ayudarla a percibir a esa pareja más claramente en su cabeza.

Megan trataba de descifrar lo que Broome le había contado, pero al final, por muchas vueltas que le diera, nada tenía la menor lógica. Broome estaba intentando conectar tres acontecimientos aparentemente distintos. El primero, un asesinato cometido dieciocho años atrás. El segundo, un grupo de hombres, incluidos Stewart Green y Carlton Flynn, desaparecidos a razón de uno por año y en Carnaval, día más, día menos, a lo largo de un período de diecisiete años. Y el tercero, la tortura y muerte de Harry Sutton la noche anterior. Si no se equivocaba Broome, si todo eso estaba relacionado de algún modo, Megan era incapaz de imaginar qué papel desempeñaba la joven pareja, sin ir más lejos. Eran unos críos cuando tuvieron lugar el primer crimen y la desaparición de Stewart.

—Tenía la nariz más fina —le dijo a Mason.

Y el hombre asintió y volvió al trabajo.

Las posibilidades funestas seguían asomando sus rostros infames. ¿Y si Megan no hubiese salido corriendo años atrás? ¿Y si se hubiera quedado a dar la cara para ver qué había sido de Stewart Green? ¿Lo habría superado a estas alturas? Todos esos hombres de Carnaval —que, al parecer, habían sido borrados de la faz de la tierra para no volver a ser vistos jamás—, de Stewart Green a Carlton Flynn, ¿seguirían aquí con su familia, viviendo su vida?

¿Y si ella se hubiese quedado con Ray?

No había remordimientos, solo preguntas. No puedes lamentar nada cuando tienes hijos: sería algo demasiado monstruoso de contemplar. ¿La vida de Megan sería más feliz, o más desdichada, con la respuesta afirmativa a alguna de esas cuestiones? En realidad, eso ya daba lo mismo, pues cada posibilidad excluida abocaba a un mundo sin sus hijos, un mundo en el que Kaylie y Jordan no habrían nacido: ningún progenitor preferiría decantarse por esa opción. Al final, tanto si su vida le resultaba estimulante o no, trepidante o no, alegre o no, la única posibilidad a la que nunca se agarraría sería la de no tener a Kaylie y Jordan. Eso, a una madre, ni se le ocurre.

La puerta se abrió de par en par y apareció un grandullón de pelo canoso y camisa dos tallas menor. Era un sujeto corpulento y congestionado.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —gritó.

Puck Mason se puso en pie de un salto.

—Jefe Goldberg...

—He preguntado que qué demonios está pasando.

—Estoy dibujando a dos posibles sospechosos.

—¿Y por qué lo tienes que hacer aquí abajo?

Mason no respondió.

—Tienes un despacho, ¿no?

—Sí.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—El inspector Broome me sugirió que trabajase aquí.

Goldberg se puso en jarras.

—No me digas.

—Me dijo que no quería comprometer a la testigo.

Goldberg desvió la atención hacia Megan.

—Vaya, vaya, vaya. Pero si es Janey, la de la cafetería. ¿Otra visita amistosa?

Repuso Megan:

—Preferiría no decir nada.

—¿Perdón? ¿Pero tú quién eres en realidad?

—¿Estoy obligada a identificarme?

Eso cogió a Goldberg desprevenido.

—Legalmente, supongo que no...

—Entonces no lo haré. Estoy aquí por propia voluntad y a petición del inspector Broome.

—¿De verdad? —Goldberg se inclinó sobre Megan hasta quedarse con la cara prácticamente pegada a la de ella—. Pues resulta que yo soy el inmediato superior del inspector Broome.

—Eso no altera la situación.

—¿Usted cree, señora Pierce?

Megan cerró la boca. Goldberg ya sabía su nombre. Y eso no podía ser bueno. El

poli se acercó al cuaderno de dibujo. Rick Mason trató de bloquearle la vista, como un estudiante que no quiere que le copien en un examen. Goldberg lo apartó y se puso unas gafas. Cuando sus ojos aterrizaron sobre los esbozos de la joven pareja, se convulsionó como si le hubieran arreado con una pistola eléctrica.

—Y estos dos, ¿quién demonios son?

Nadie dijo nada.

Goldberg la tomó con Mason.

—¿Me has oído?

—No lo sé. A mí solo me han dicho que los dibuje.

—¿Para qué caso?

Mason se encogió de hombros.

Goldberg se dirigió a Megan:

—¿Dónde has visto a esos dos?

—Prefiero esperar a que vuelva el inspector Broome.

Goldberg volvió a mirar los bocetos.

—No.

—¿No?

—Me lo vas a decir ahora. O te largas cagando leches.

—¿Lo dice en serio?

—Por supuesto.

El tal Goldberg le estaba poniendo a Megan los pelos de punta. Vaya si se largaría de allí. Daría un paseo, puede que fuese a la cafetería y luego llamaría a Broome para quedar con él. Había un motivo por el que quería mantenerla oculta; y puede que se tratara de algo más que proteger su identidad. A lo mejor guardaba relación con ese rinoceronte que tenía por jefe, Goldberg.

Megan hizo ademán de levantarse.

—Muy bien, me marchó.

—Ojo, no dejes que la puerta te golpee el culo al salir.

Goldberg apartó la vista, contrariado. Su grosería había sorprendido a Megan. Era casi como si quisiera echarla. Seguro que se trataba de alguna rivalidad mantenida con Broome, pero no le hizo ninguna gracia. De todos modos, mejor sería salir de allí para no tener que decirle nada que no quisiera.

Se puso en pie. Acababa de agarrar el bolso cuando la puerta volvió a abrirse de golpe.

Era Broome.

Cuando apareció, Megan detectó algo extraño en su expresión: rabia. Antes incluso de que viese a Goldberg. Y esa rabia, curiosamente, parecía ir dirigida a ella. Apenas tuvo un segundo para preguntarse qué ocurría, si algo habría ido mal en la visita a Lorraine, pero antes de que Broome pudiera decir nada, vio a Goldberg. Y en ese momento, cambió de expresión.

Por unos instantes, los dos hombres se limitaron a observarse. Ambos cerraron los

puños y, durante una décima de segundo, Megan se preguntó quién sería el primero en atizarle al otro. Acto seguido, Broome dio un paso atrás, se encogió de hombros y dijo:

—Me has pillado.

Ese comentario abrió las compuertas a la inundación.

—¿Qué demonios está pasando, Broome? —exigió saber Goldberg.

—Esta mujer, cuya identidad debe permanecer en el anonimato, puede haber visto a los asesinos de Harry Sutton.

Goldberg se quedó boquiabierto.

—¿Estaba en la escena del crimen?

—Vio a esos dos saliendo del edificio mientras ella entraba. Creemos que no tenían ningún motivo para estar allí a esas horas. No estoy diciendo que lo hicieran, claro está, pero se les puede considerar personas de interés.

Goldberg le dio unas vueltas al asunto. Le lanzó una mirada a Mason.

—¿Ya está ese boceto?

—Casi.

—Pues termínalo. Y a ti —señaló a Broome—, te quiero ver en mi despacho dentro de cinco minutos. Antes tengo que hacer una llamada.

—De acuerdo.

Goldberg salió. Cuando desapareció, la rabia regresó al semblante de Broome. Le lanzó a Megan una mirada asesina.

—¿Qué pasa? —se extrañó ella.

Sin apartar la vista de Megan, Broome dijo:

—¿Mason?

—¿Sí?

—Danos cinco minutos, ¿quieres?

—Eh, sí, claro.

Rick Mason hizo ademán de marcharse. Broome seguía con los ojos clavados en los de Megan, pero levantó la mano en dirección a Mason.

—La verdad es que necesito que hagas una cosa.

Mason se mantuvo a la espera.

—Tenemos una progresión de edad de Stewart Green, ¿verdad?

—Así es.

—Añádele una cabeza afeitada, una perilla y un pendiente en forma de aro. ¿Puedes hacer eso por mí?

—Sí, claro, por supuesto. ¿Para cuándo lo necesitas?

Broome se limitó a fruncir el ceño.

—Vale —dijo Rick Mason—. Para ayer.

—Gracias.

Broome seguía mirándola fijamente. En cuanto Mason desapareció, Megan decidió pasar a la ofensiva:

—¿Stewart Green se ha rapado la cabeza y se ha dejado perilla? ¿Te lo ha dicho Lorraine?

Broome seguía mirándola como si la quisiera asesinar.

—¿Pero se puede saber qué te pasa? —le preguntó ella.

Broome se acercó un poco más a Megan y esperó para asegurarse de que ella le miraba directamente a los ojos.

—¿Piensas seguir mintiéndome —le dijo—, o me vas a hablar por fin de tu antiguo novio, Ray Levine?

Del Flynn llevó rosas de color rosa, las favoritas de María, a su cuarto. Lo hacía a diario. Se las mostraba a su anterior esposa y la besaba en su fría frente.

—Hola, María, ¿qué tal estás hoy?

La enfermera —nunca se acordaba de su nombre— le miraba sin interés y salía de la habitación. Al principio, cuando trajeron a María a este cuarto, las enfermeras observaban a Del Flynn con respeto y admiración. Ahí estaba él, el exmarido de esa pobre mujer en coma; había que ver los sacrificios que hacía por ella. Qué gran hombre, pensaban. Qué hombre tan devoto, dedicado, cariñoso, comprensivo y heroico.

Le habían dejado un jarrón lleno de agua. Al cabo de todo este tiempo, ya conocían su rutina. Del metió el ramo en el agua y se sentó junto al lecho de María. Miró la puerta de reojo para cerciorarse de que no había nadie por ahí con la oreja puesta. No lo había.

—¿María?

Seguía confiando en que algún día le respondiera. Vaya usted a saber por qué.

—Debería habértelo dicho antes, pero tengo malas noticias.

Observó su rostro en busca del más mínimo cambio. No lo había. No lo había habido en mucho tiempo. Del dejó que sus ojos recorrieran la habitación. Si las apariencias querían decir algo, no se parecía en nada a un cuarto de hospital. Sí, claro, estaba el tintineo constante del equipo médico y ese ruido de fondo apagado, tan habitual en las clínicas. Pero Del había transformado este cuarto. Había traído todas las cosas preferidas de María, las más antiguas: el oso de peluche que él había ganado en Six Flags cuando Carlton tenía seis años, la ornamentada alfombra Navajo que habían comprado durante aquellas vacaciones en Santa Fe, la tabla de dardos que colgaron en el sótano de la vieja casa de la avenida Drexel.

Del también había rodeado a María con viejas fotografías: su retrato de boda, sus primeras navidades con Carlton, la graduación de este en el instituto Parkway. La foto favorita de Del se había tomado en el mini golf de Atlantic City, justo en el paseo marítimo, junto a la avenida Mississippi. María y él habían ido mucho por allí. Había estatuas de bronce de niños jugando repartidas por todo el campo. A María le gustaba: era como visitar al mismo tiempo un museo y un minigolf. Su exmujer había

logrado un hoyo-en-uno en el último, y el cajero, que era el mismo tío que les había preguntado de qué color querían la bola, salió y les sacó esa fotografía; y por la manera en que ambos sonreían, parecía que hubiesen ganado un viaje a Hawai en vez de una partida gratis.

Ahora, Del miraba fijamente esa foto, para luego volverse lentamente hacia María.

—Es sobre Carlton.

No hubo respuesta.

Dieciocho meses atrás, un conductor borracho se había saltado un semáforo en rojo, empotrándose contra el coche de María. Sucedió muy avanzada la noche. Ella se había puesto al volante para ir a recoger un medicamento de Carlton en una farmacia que permanecía abierta toda la noche. Era lo que hacían las mujeres solas, suponía él. Si aún siguieran casados, si ella no hubiera sido tan tozuda y le hubiese perdonado, nunca se habría echado a la carretera tan tarde y todos estarían bien y seguirían yendo al mini-golf y luego a jugar unas partiditas a Caesar o a comer un bistec en Gallagher's o a compartir un trozo de pastel en el paseo marítimo. Pero eso se lo había cargado Del mucho tiempo atrás.

—Ha desaparecido —le dijo a su exmujer, mientras le entraban ganas de llorar—. Nadie sabe qué le ha pasado. La poli está en ello, pero ya sabes que con eso no basta. Así que he contratado a una gente. Ya te puedes imaginar qué clase de gente es. No creo que lo aprobaras, pero cuando algo afecta a tu chaval, serías capaz de matar, ¿verdad?

Ninguna respuesta. Los médicos le habían explicado que no existía la menor esperanza de recuperación. Lo suyo era una muerte cerebral. Y habían intentado convencer a Del de que la dejara marchar. Otros hicieron lo mismo, tanto con suavidad como sin ambages. La hermana de María hasta trató de demandarle para convertirse en la responsable familiar de la enferma, pero María lo había designado a él y se tuvo que fastidiar. Todo el mundo quería desconectarla. Hacerla vivir así, día tras día, mes a mes, puede incluso que año tras año, resultaba de lo más cruel, sostenían.

Pero Del era incapaz de dejarla marchar.

Todavía no. No hasta que ella le perdonase. Cada día le suplicaba ese perdón. Le rogaba que volviera junto a él, para que pudieran ser lo que habían sido, lo que siempre deberían haber sido. En resumen, le decía todo aquello que debería haberle dicho antes del accidente.

Había días en los que Del, realmente, creía que la redención era posible. Días en los que pensaba que María abriría los ojos y vería todo cuanto había hecho por ella, todo su sacrificio, su entrega. Entonces, como María habría escuchado cuanto él le había explicado durante sus visitas, lo perdonaría. Pero la mayoría de las veces, como en ese momento, sabía que eso no sucedería. Sabía que lo que estaba haciendo era francamente cruel y que debería dejarla en paz y seguir adelante con su vida. María y

él llevaban divorciados más tiempo del que habían pasado juntos. Desde entonces, Del se había casado dos veces. Y ahora estaba con Darya.

Otras veces —escasas, pero ahí estaban—, Del se preguntaba si no se estaría agarrando a ella por puro desprecio. María nunca lo había perdonado y eso lo había arruinado todo. Puede que, de una manera inconsciente, estuviese enfadado con ella. Puede que mantenerla viva fuese una especie de venganza. ¡Dios!, esperaba que no fuera así, pero había días en los que no podía quitarse de la cabeza la idea de que todo ello no era más que una farsa egoísta.

A Del no se le daban bien las despedidas. Y era incapaz de decir adiós a la única mujer que había querido.

Tampoco podría nunca —jamás de los jamases— decir adiós a su hijo.

—Voy a encontrarlo, María. Lo encontraré y te lo traeré aquí. Y cuando lo veas, de verdad, te lo digo en serio, cuando tu chaval vuelva a casa sano y salvo...

No había nada más que añadir. Se quedó sentado a su lado y se tocó la medalla de san Antonio. Le encantaba esa medalla. Nunca se la quitaba. Unas semanas atrás, observó que Carlton no llevaba la suya. Su hijo la había sustituido por una chapa militar horrenda, como si de verdad hubiese estado en el ejército, y cuando Del se dio cuenta... Bueno, un poco más y se sube por las paredes. ¿Cómo se atrevía? La idea de que su hijo reemplazara su medalla de san Antonio, la que le había regalado su santa madre, por esa chapa colgante de impostor lo había sacado de quicio. Cuando Carlton se encogió de hombros y dijo que a él le gustaban las chapas militares, que todos sus amigos las llevaban para parecer guays, Del había estado en un tris de partirle la cara. «Tu abuelo llevaba esa placa al desembarcar en Normandía, y créeme, ¡nunca le pareció nada guay!». De hecho, el nombre completo de Del era Delano, en honor a Franklin Delano Roosevelt, el héroe de sus progenitores. En aquel momento, Carlton lo dejó con la palabra en la boca, pero esa noche, al salir, Del pudo comprobar con cierto orgullo que volvía a lucir la medalla de san Antonio... junto a la chapa del ejército.

El chaval estaba aprendiendo el arte del compromiso.

Cuando a Del le sonó el móvil —Darya le había puesto recientemente el politono de la canción de los Black Eyed Peas *I Gotta Feeling*—, descolgó de inmediato. Esa canción, con el famoso estribillo «Esta noche va a ser una buena noche», se le antojaba especialmente obscena en su actual situación. Se llevó el teléfono a la oreja y dijo:

—Flynn.

—Soy Goldberg.

Del Flynn detectó algo raro en el tono de voz del poli. Habitualmente, Goldberg se hacía el duro, pero ahora parecía extrañamente inquieto.

—¿Tienes noticias?

—¿Sabes qué han hecho tus dos lunáticos?

—Eso no es asunto tuyo.

—Y una mierda. Una cosa es zurrar a una furcia, pero ese tío era...

—Oye —le interrumpió Flynn—, ¿de veras quieres compartir tus preocupaciones por teléfono? Silencio.

—Es un desastre —dijo Goldberg.

A Flynn tanto le daba. Solo le preocupaba una cosa: encontrar a Carlton.

—No te preocupes por eso. Yo me encargo del estropicio.

—Eso es lo que me aterra. Esa pareja que contrataste... Son unos psicópatas, Del. Y están descontrolados.

—Deja que yo me ocupe de ellos —dijo Del Flynn, cogiéndole la mano a su mujer: estaba fría como el hielo—. Tú ayúdanos a encontrar a mi hijo.

Hubo una breve pausa.

—Con respecto a eso... —entonó Goldberg.

Su voz ya no sonaba tan histérica. Pero lo que dijo a continuación le heló el corazón a Del.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Te acuerdas de la sangre que encontramos en el parque?

—Sí.

—Todavía no hay nada en firme, ni una prueba de ADN siquiera. Y pueden pasar semanas. Y la verdad es que podría no significar nada. Te lo digo en serio. Por lo tanto, no nos adelantemos.

A Del le apretó un poco más el nudo que se le había hecho en el estómago desde que Carlton se esfumara.

—¿Pero?

—Pero si nos basamos en pruebas preliminares —dijo Goldberg—, yo creo que la sangre encontrada en el parque es de tu hijo.

Broome se le acercó un poco más.

—¿Te ha comido la lengua el gato, Megan? Te estoy preguntando sobre Ray Levine, tu exnovio.

Al escuchar el nombre de Ray, el corazón le dio un vuelco.

—¿Me estás oyendo?

—No es lo que tú crees —dijo Megan.

—Vaya, esta no me la esperaba. Permíteme que te responda con otra pregunta previsible: «¿Qué es lo que no es como yo creo?».

Megan no sabía qué decir ni cómo explicarlo. Recordó nuevamente la víspera, cómo se sintió en brazos de Ray, cómo Lucy parecía protegerles a ambos desde arriba.

—¿Cómo has podido mentirme de esa manera?

—No te he mentido.

Broome dejó caer algo con fuerza sobre la mesa.

—¿Esta foto la tomó Ray Levine?

Era la imagen anónima de Carlton Flynn en el parque.

—Ya sé que tu exnovio fue un fotoperiodista de relumbrón, y me fijé en tu cara cuando te enseñé la foto por primera vez. Así que vamos a dejarnos de mentiras, ¿entendido? Ray Levine sacó esta foto, ¿verdad?

Megan no respondió.

—Contéstame, maldita sea. Si es inocente, no tiene nada que temer.

—Sí, claro —ironizó Megan—. Como ese tal Ricky Mannion del que me hablaste. ¿Cuánto lleva en la cárcel? Broome se sentó a su lado.

—Dieciocho años. Por algo que no hizo. ¿Quieres ayudarme a sacarlo?

—¿Cambiándole el sitio por otro inocente?

—Oye, Megan, ya sé que era tu novio y demás, y me resulta enternecedor, pero esto es mucho más serio que vosotros dos o vuestro romance estival, o ese juegucito que os traéis entre manos con Stewart Green.

—¿Qué juegucito?

—Pues sí, Megan, el juegucito. La noche en que Stewart Green desapareció, Ray Levine estaba allí, ¿verdad?

Megan adoptó un silencio dubitativo.

—Maldita sea —clamó Broome—. Sabía que me ocultabas algo, pero no el qué. Así pues, acabemos con el asunto, ¿vale? Ray Levine estaba en el parque la noche en que Stewart Green se esfumó. Y vuelve a aparecer al cabo de diecisiete años justo cuando el que se esfuma es Carlton Flynn. ¿Qué dices a eso?

Megan no podía proteger a Ray; por lo menos, no con mentiras.

—No es lo que tú crees.

—Eso ya me lo has dicho. La noche en que Stewart Green desapareció, ¿Ray

estaba allí o no?

Megan intentó encontrar la mejor manera de explicarlo.

—Se suponía que debíamos vernos allí, sí, pero Ray llegó tarde.

—¿Cómo de tarde?

—Después de que yo me largara.

Broome puso cara de sorpresa.

—¿Después de que tú te largaras?

—Sí.

—No lo cojo. ¿Cómo puedes saber lo que ocurrió después de salir huyendo?

—Él me lo contó.

—¿Ray?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—Me estás tomando el pelo, ¿no? —Broome no podría parecer más incrédulo sin una intervención de cirugía plástica—. A ver si lo entiendo: Ray Levine te contó que apareció después de que tú vieses a Stewart Green allí tirado.

—Sí.

Broome se encogió de hombros.

—Pues nada, mujer, con eso ya basta. Ya puedo olvidarme de él. Es evidente que ese tío es inocente.

—Muy gracioso.

—Te explicó eso anoche.

—Sí.

—Y tú, ¿qué? ¿Te lo creíste y ya está?

—Sí, pero... —Megan se preguntaba de nuevo cómo explicárselo para que lo entendiera—. ¿Quieres saber la verdad?

—No, Megan, en absoluto. Vamos a ver, ahora que Harry ha muerto y que hay sangre de Carlton Flynn repartida por todo el parque, lo que realmente quiero de ti es que me sigas mintiendo.

Megan intentó tranquilizarse. El corazón le latía con fuerza y el cerebro se le disparaba en cien direcciones distintas.

—Te dije la verdad sobre aquella noche en el bosque. Vi a Stewart en el suelo, junto al peñasco. Y creí que estaba muerto.

Broome asintió.

—¿Y se suponía que ibas a verte con Ray?

—Sí.

—¿Pero no llegaste a verlo?

—Exacto.

—Sigue.

Megan respiró hondo.

—Bueno, el caso es que Stewart me pegaba a menudo. Eso también te lo expliqué.

—¿Y Ray estaba al corriente?

—Supongo que sí. Pero eso no es lo importante.

—¿Qué es lo importante?

—Stewart Green era una mezcla muy turbia: un matón violento y, al mismo tiempo, un ciudadano ejemplar. Vamos a ver, si solo fuese un desgraciado fuera de control, ¿seguirías buscándolo al cabo de tantos años? ¿Continuarías visitando a su mujer a cada aniversario de su desaparición? Si en vez de él llega a esfumarse, yo qué sé, un trabajador sin esposa e hijos, ¿os tomaríais el caso tan en serio?

La respuesta era evidente: no. Y Broome se sintió afectado. Por eso nadie había establecido esa conexión del Carnaval. La mujer de Berman lo odiaba. Wagman era un camionero de paso. La acusación de Megan tenía fundamento; pero en lo relativo al posible papel que había desempeñado Ray Levine, era totalmente irrelevante.

—Los polis ejercemos el favoritismo —dijo Broome, cruzándose de brazos—. Menuda novedad. ¿Y qué?

—No me refiero a eso.

—¿Pues a qué te refieres?

—Cuando vi a Stewart Green allí tirado, cuando creí que estaba muerto, se me pasó por la cabeza, claro está, que Ray tuviera algo que ver.

—¿Estabas enamorada de Ray?

—Tal vez.

—¿Sí o no?

—Vale, supongo que sí.

Broome se puso a deambular.

—O sea, que no solo te diste el piro para protegerte a ti misma. También lo hiciste para proteger al hombre que amabas.

—Era evidente que la poli nos habría colgado el muerto a uno de los dos —dijo Megan—. Si yo me quedaba, uno de nosotros (o puede que ambos) hubiera acabado en la cárcel. Como Ricky Mannion.

Ahora Broome se permitió sonreír.

—¿Qué pasa?

—Megan, todo esto suena de lo más dramático y espectacular, a excepción de una cosa: tú creías que lo había hecho Ray, ¿verdad? Él te estaba protegiendo, y una parte de ti experimentó un gran alivio cuando te quitó de encima a aquel mal tipo. Y además, si te paras a pensarlo, Stewart Green se lo merecía, ¿no?

No obtuvo respuesta.

—Así pues, esa noche te topas con Stewart Green. Crees que está muerto y te alegras de ello, pero también piensas que tu novio, Ray Levine, se lo ha cargado. Y sales pitando para que no lo cojan.

Megan no sabía muy bien cómo responder a Broome, así que le siguió la

corriente.

—No lo niego.

—Y —dijo Broome levantando la mano—, saliste corriendo porque, en realidad, ni querías quedarte con Ray ni casarte con él ni nada. Porque ahora, de manera justificada o no, lo veías como a un asesino. O sea, que también huiste de él, ¿no?

Broome dio un paso atrás. Se daba cuenta de que había dado en el clavo. Durante unos instantes, ambos guardaron silencio. A Broome le vibró el móvil. Lo miró y vio que era Goldberg, convocándole en su despacho.

—Todos estos años —dijo Broome—, has creído que Ray mató a Stewart Green.

—He creído que podía haberlo hecho.

Broome separó los brazos.

—Pues eso nos lleva a la gran pregunta: ¿qué te hizo cambiar de opinión?

—Dos cosas —dijo ella.

—Te escucho.

—La primera —señaló hacia la mesa—, que Ray te enviara esa foto.

Broome despreció esa idea dando un manotazo al aire.

—Para jugar conmigo. Es típico de los asesinos en serie.

—No; si llevara matando a gente durante todos estos años, habría empezado a jugar contigo hace tiempo. Tú no tenías la menor idea de que Carlton Flynn hubiese estado en el parque. Sin esa fotografía, no lo hubieras sabido. Te la envió para ayudarte a encontrar al auténtico asesino.

—En plan ciudadano ejemplar, ¿no?

—En parte, sí —dijo Megan—. Y en parte, porque él, al igual que yo, necesitaba conocer la verdad sobre lo ocurrido aquella noche. Piénsalo. Si Ray no te llega a enviar esa imagen, todavía estarías en la casilla número uno.

—¿Y por qué motivo se le ocurrió tomar esa foto?

—Piénsalo también. ¿Por qué este año? ¿Por qué no el anterior o el otro? Si Ray fuese el asesino, podría haberte enviado una foto nueva cada año, ¿no crees? Y te las enviaría por Carnaval. Pero ya ves, para Ray, el gran día era el 18 de febrero. Porque ese era el último día en que estuvimos juntos. Fue entonces cuando todo acabó para nosotros de un modo tan horrible. Así pues, Ray se va para allá el día de nuestro aniversario, no el de Carnaval. Y hace fotos. Porque ese es su trabajo. Y así es cómo analiza las cosas. Por tanto, él no podría tener fotos de tus demás víctimas porque nunca estuvo allí en Carnaval, excepto cuando la fiesta coincidía con un 18 de febrero. Por eso solo tenía fotos de Carlton Flynn.

Broome estuvo a punto de echarse a reír.

—Caramba, cada día eres más lista.

Broome era consciente de que la historia resultaba algo inverosímil y estaba llena de lagunas; pero aun así, como había aprendido a lo largo de los años, la verdad huele de manera diferente de las mentiras. En todo caso, no tenía por qué fiarse únicamente de su intuición. ¿Tendría Ray fotografías de cada 18 de febrero? Si eso fuera cierto,

Megan podría respaldar su alocada versión de los hechos.

Y lo que era más importante: si Ray logró sacar una fotografía de la víctima, tal vez, solo tal vez, obtuviera también alguna imagen del asesino.

—Has hablado de dos cosas —dijo Broome.

—¿Cómo dices?

—Que me has dicho que tenías dos motivos para dejar de creer que Ray Levine se cargó a Stewart Green. Me has dado solo uno. ¿Cuál es el otro?

—El más sencillo de todos —dijo Megan—: Stewart Green no está muerto.

El jefe adjunto Goldberg tenía ganas de llorar.

No lo haría, claro está; ni se acordaba de la última vez que le pasó, pero el deseo de hacerlo se le había manifestado de forma repentina. Estaba sentado a solas en su despacho. En realidad, no era más que un cubículo de cristal, por lo que cualquiera podía verlo si no cerraba las persianas; y siempre que lo hacía, todos los polis de la comisaría —un grupo, de natural, suspicaz— se ponían especialmente nerviosos.

Goldberg cerró los ojos y se frotó la cara. Era como si el mundo se le viniera encima, dispuesto a triturarle como en aquella secuencia del prensador de basura de *La guerra de las galaxias* o en aquel viejo episodio de *Batman* en el que Catwoman está a punto de emparedar al Dúo Dinámico. El divorcio le había costado una fortuna. Los plazos de la hipoteca de las propiedades de su ex y él eran ultrajantes. Su hija mayor, Carrie, la cría más adorable a la que pudiera aspirar cualquier progenitor, quería convertirse en un fenómeno del tenis y eso costaba un ojo de la cara. Carrie estaba entrenando en Florida con un preparador famosísimo que le costaba a Goldberg más de sesenta de los grandes al año... Que era, más o menos, su salario tras la declaración de impuestos. Y además, no había manera de negarlo, Goldberg tenía gustos caros en lo relativo a las mujeres, algo que nunca redundaba en beneficio de su cuenta bancaria.

Por consiguiente, Goldberg tenía que ser creativo para llegar a fin de mes. ¿Cómo? Vendiendo información. ¿Para qué? En general, no había información que sirviera para nada. Ya puestos, lo mismo se podía decir del trabajo policial. Si te libras de los italianos, aparecen los negros. Si te libras de los negros, aparecen los mexicanos y luego los rusos y así sucesivamente. Así pues, Goldberg jugaba con dos barajas. Y nadie que no se lo mereciera resultaba herido. Lo suyo era delinquir con delitos para delincuentes, por así decir.

En cuanto a esa nueva situación —lo de aportar información sobre el caso de Carlton Flynn—, aún parecía más básica que de costumbre. El padre quería encontrar a su hijo. ¿Podía haber alguien que no lo entendiera? El padre creía que los polis no acababan de dar la talla y que él podía echarles una mano. Goldberg lo dudaba, pero se subió al carro, ¿por qué no? En el peor de los casos, el padre creería que había hecho lo posible. ¿Tan difícil era eso de entender? Y en el mejor, pues bueno, la poli

tenía sus límites. Debían obedecer ciertas reglas, incluidas las más idiotas. Alguien de fuera de los círculos policiales, por el contrario, no sufriría tales limitaciones. Por lo que tal vez, quién sabe, se podía recurrir a alguien ajeno en beneficio de todos.

Y además, pues sí, Goldberg pillaba de paso algo de pasta.

Triunfo total.

Durante su matrimonio, la actual exesposa de Goldberg, una de esas bellas mujeres que desean que te las tomes en serio, algo que tú solo harías por lo guapas que son, le había pegado un sermón de tono budista-yoga-zen sobre los riesgos de sus actividades financieras extralaborales. Le dijo que las malas acciones podían afectarle el alma y colorearle los *chakras* de rojo y demás. Estuvo largando en esa línea hasta que, evidentemente, él le hizo ver que, si le hacía caso, tendrían que mudarse a una casa más pequeña, prescindir de las vacaciones estivales y olvidarse de las clases de tenis de Carrie.

Pero igual había algo razonable en todo aquel delirante galimatías místico. A una *stripper* le dan una paliza: nada importante, ¿verdad? Pero tal vez sí. Igual la cosa iba en aumento a partir de entonces.

¿Y dónde estaba el límite?

En Megan Pierce, casada y madre de dos hijos, capaz de identificar a los dos psicópatas de Del Flynn: ahí terminaba la cosa. Tenía que ser silenciada. Ahí yacía el problema de cruzar la raya. Te la saltabas un segundo y, de repente, la raya se hacía borrosa y ya no sabías dónde estaba y terminabas por ayudar a dos pijos maníacos a que mataran a una mujer.

Le sonó el móvil. Miró la pantallita y vio que era la tía psicópata.

—Goldberg —anunció.

—¿Sigue en su comisaría, jefe adjunto Goldberg?

Su alegre voz le recordaba a la capitana maciza de las animadoras del instituto.

—Sí.

La chica suspiró.

—Puedo esperar.

Y entonces Goldberg dijo algo que hasta a él le sorprendió:

—No es necesario.

—¿Cómo dice?

—Estoy reuniendo toda la información sobre ella, y luego se la pasaré. No hace falta que tú discutas nada con ella. Puedes dejarla en paz.

Silencio.

—¿Hola? —dijo Goldberg.

—Tranquilo, sigo aquí —contestó ella con voz cantarina.

¿Pero de dónde demonios habría sacado Flynn a esos dos? Goldberg optó por cargar un poco las tintas.

—Y, además, por aquí las cosas empiezan a complicarse.

—¿A qué se refiere?

—A que la vigilan. Los polis. Nunca conseguirías cogerla a solas más de un minuto o dos. La verdad: es mejor que esto me lo dejes a mí.

Silencio.

Goldberg se aclaró la garganta y trató de seguir quitándole la idea de la cabeza.

—La sangre de las ruinas pertenece a Carlton Flynn, para que lo sepas. Así pues, ¿en qué otro plan estáis trabajando? ¿Os puedo ayudar en algo?

—¿Jefe adjunto Goldberg?

—Sí.

—¿Cuándo saldrá Megan Pierce de la comisaría?

—No lo sé, pero te acabo de decir...

—Ha visto cosas, jefe adjunto Goldberg.

Recordó el cadáver de Harry Sutton. Pobre tío, con los pantalones por los tobillos, las marcas de quemaduras, las incisiones, las vejaciones tan espantosas a las que lo habían sometido. La frente se le inundó de sudor. No estaba preparado para eso cuando cruzó la raya. Una cosa era pasarle algo de información a un padre atribulado, pero esto...

—No, no vio nada.

Una vez más, la muchacha preguntó:

—¿Cómo dice?

—Acabo de estar con ella —declaró Goldberg, consciente de que hablaba demasiado rápido—. Me ha dicho que vio a un negro en la escena del crimen, eso es todo.

Silencio.

—¿Hola?

—Si usted lo dice, jefe adjunto Goldberg.

—¿Y eso qué se supone que significa?

Pero ya habían colgado.

Mientras se encaminaba hacia el despacho de Goldberg, Broome consideraba los pros y los contras y llegaba rápidamente a la conclusión de que no le quedaba otra. Goldberg estaba acabando de hablar por teléfono y le hizo un gesto para que tomara asiento.

Broome observó el rostro de su jefe con especial atención. Goldberg nunca había sido un guaperas que irradiara salud, desde luego; pero en ese momento, sentado tras ese escritorio en desorden, parecía un trapo recién salido de la cesta de la ropa sucia. O algo devuelto por el gato. Algo que era pálido y pastoso y convulso, y puede que necesitado de una angioplastia.

Broome tomó asiento. Esperaba que lo abroncara, pero su jefe parecía demasiado agotado para eso. Goldberg colgó el teléfono. Miró a Broome con unos ojos que reflejaban todo el peso del mundo y le dijo con una voz tan suave que resultaba desconcertante:

—Cuéntame qué está pasando.

Ese tono pilló a Broome desprevenido. Intentó recordar la última vez que Goldberg no se había mostrado desagradablemente hostil. No lo consiguió. Daba igual. Broome ya había tomado la decisión de mostrarse sincero y hacer partícipe al jefe de sus sospechas. Sería imposible avanzar sin el beneplácito de su superior inmediato. Probablemente, ya tenían bastante para recurrir a los federales —por lo menos, desde el día anterior—, pero Broome no quería precipitarse. No quería quedar como un idiota si se equivocaba, pero tampoco perder el caso si estaba en lo cierto.

Empezó con el asesinato de Ross Gunther y luego pasó a los hombres del Carnaval desaparecidos: Erin ya había detectado catorce en diecisiete años que se ajustaban al patrón. A continuación, habló de Carlton Flynn. Y terminó con su sospecha de que el asesinato de Harry Sutton estaba relacionado, aunque no sabía de qué manera.

—En cualquier caso —acabó Broome—, la testigo nos ha proporcionado una buena descripción de las dos personas que rondaban por el despacho de Harry Sutton en el momento de su muerte. Tendremos los bocetos en cualquier momento.

Goldberg emergió del estupor en el que se hallaba y dijo:

—Cuando hablas de esa testigo, ¿te refieres a la mujer que acabo de ver abajo?

—Sí.

—¿Y la ocultas por?...

—Porque es aquella tal Cassie de la que ya te había hablado —dijo Broome—. La que se presentó ayer.

—¿La ex de Stewart Green?

—No exactamente la ex, pero sí, la chica a la que Green acosaba o vete a saber qué. Ahora, esa tal Cassie tiene una nueva identidad (marido, hijos y toda la pesca), y me ha pedido que la proteja. Yo me he comprometido a intentarlo.

Goldberg no insistió. Agarró un clip y se puso a retorcerlo.

—Hay algo que no entiendo —dijo—. ¿Desaparece alguien cada Carnaval?

—Exacto.

—¿Y no hemos encontrado ningún cadáver?

—Ni uno —reconoció Broome—. A no ser que incluyas a Ross Gunther.

Goldberg retorció el clip hasta romperlo. Entonces cogió otro.

—O sea, que el tal Gunther es asesinado en el parque dieciocho años atrás, el día de Carnaval. Y ese otro tío... ¿Cómo se llamaba?

—Ricky Mannion.

—Eso, Mannion. A él le cargan el muerto. El caso parecía sólido, pero Mannion sigue insistiendo en su inocencia. Al siguiente año, por Carnaval, se esfuma Stewart Green. En el momento lo ignoramos, pero resulta que estaba en el mismo rincón remoto del parque y que sangraba profusamente, ¿no?

—Correcto.

—Pero alguien lo ha visto últimamente, ¿verdad?

—Eso creemos, sí.

Goldberg meneó la cabeza.

—Pasan diecisiete años. Otro sujeto, Carlton Flynn, desaparece en Carnaval. ¿Y los informes preliminares del laboratorio nos dicen que también estaba sangrando en el sitio de costumbre?

—Sí.

—¿Y por qué me entero ahora de todo eso? —Goldberg levantó la mano antes de que Broome pudiese abrir la boca—. Olvídalo, ya no nos queda tiempo. —Tamborileó con los dedos en la mesa—. Tres tíos desangrándose en el mismo lugar. Deberíamos enviar a los chicos del laboratorio de vuelta hacia allá. Tienen que cubrir cada centímetro del terreno, ver si pueden encontrar otras muestras de sangre. Todo esto es una locura, pero si otros hombres del Carnaval fueron acuchillados allí, igual podemos encontrar antiguos restos de sangre.

A Broome le pareció una buena idea.

—¿Qué más necesitas? —le preguntó Goldberg.

—Una orden de registro para el apartamento de Ray Levine.

—Me pongo a ello. ¿Deberíamos cursar una de detención?

—Mejor, no —repuso Broome—. Aún no tenemos pruebas suficientes para un arresto y no quiero asustarlo.

—¿Cuál es tu plan?

—Voy a ver si lo encuentro. Quiero hablar con él a solas, antes de que se le ocurra llamar a un abogado.

Llamaron a la puerta. Entró Mason.

—Tengo la progresión de edad de Stewart Green —dijo.

Le entregó una copia a Goldberg y otra a Broome. Como era de prever, ahí estaba Stewart Green, diecisiete años después de haber desaparecido, con la cabeza rapada y

perilla.

Goldberg preguntó.

—¿Has terminado esos bocetos para el caso de Harry Sutton?

—Ahora mismo.

—Pues pásamelos. —Goldberg se volvió hacia Broome—. Tú vete a por Ray Levine. Yo me encargaré de repartir los retratos.

Ken encontró un reservado tranquilo en la parte de atrás de La Crème. Desde ahí, no se veía muy bien a las bailarinas, pero sí a la camarera veterana que había atraído al inspector Broome a ese refugio del pecado.

Previamente, Ken se las había apañado para acercarse lo suficiente como para captar fragmentos de la conversación entre el inspector Broome y esa camarera a la que llamaba Lorraine. Era evidente que ella sabía un montón de cosas. Y se las tomaba muy a pecho. Asimismo, Ken tenía muy claro que no lo estaba explicando todo.

Estaba tan contento con su próxima boda que casi saltaba de alegría. Pensó en las diferentes maneras de plantear la cuestión. Este trabajo sería muy rentable, así que utilizaría el dinero para comprarle a Barbie el diamante más grande que pudiera encontrar. Pero la gran pregunta era: ¿Cómo debería plantear la cuestión? No quería incurrir en alguna cursilería, como esos que se declaran en el marcador de un estadio. Quería algo distinguido y sencillo a la vez, algo trascendente pero divertido.

Ella era tan maravillosa, tan especial, que el mejor sitio para tenerlo presente era precisamente este, el supuesto club para caballeros. Aquí las mujeres eran grotescas. No entendía qué podría verles ningún hombre. Se las veía sucias, enfermas y falsas; y una parte de Ken se preguntaba si no vendrían aquí los parroquianos por motivos no sexuales, para sentir algo distinto o porque ese club tenía para ellos el mismo atractivo que un espectáculo de feria.

Ken se preguntaba hasta cuándo trabajaría la camarera Lorraine, si podría cogerla en un descanso o si debería esperar a que acabara el turno. Si tal posibilidad resultaba factible, a Ken le gustaría atarla y esperar la llegada de su amada. A Barbie le encantaba estar al mando cuando se trataba de lastimar a mujeres.

Sintió la vibración del móvil. Lo miró y vio que se trataba del amor de su vida. Pensó en su rostro, en su cuerpo, en lo limpia que era, y se sintió más afortunado que nunca.

Descolgó y dijo:

—Te quiero.

—Yo también. Pero estoy un poco preocupada.

—¿Ah, sí?

Barbie le puso al corriente de la conversación con Goldberg. Cuando terminó, Ken le preguntó:

- ¿Y tú, qué opinas?  
—Yo creo que nuestro amigo, el jefe adjunto Goldberg, miente.  
—Yo también.  
—¿Crees que debería encargarme de él? —preguntó Barbie.  
—No veo otra solución.

Megan acabó con los bocetos. Se moría de ganas de volver a casa, hablar con Dave y tratar de solucionar todo ese embrollo. Cuando reapareció, Broome le dijo:

- ¿Quieres que te lleve alguien a casa?  
—Preferiría alquilar un coche por mi cuenta.  
—Podemos darte uno de los nuestros y recogerlo por la mañana.  
—Eso estaría bien.

Broome atravesó el cuarto.

- Sabes que debo interrogar a Ray Levine, ¿no?  
—Sí. Pero muéstrate tolerante, ¿vale?  
—Soy de lo más tolerante. ¿Se te ocurre dónde encontrarlo?  
—¿Habéis ido a su casa? —preguntó ella.  
—Envié un coche patrulla. No está.

Megan se encogió de hombros.

- Pues ni idea.  
—¿Y ayer cómo lo encontraste? —preguntó Broome.  
—Es una larga historia.

Broome frunció el ceño.

- A través de su jefe —dijo Megan—. Un tío llamado Fester.  
—Un momento, a ese lo conozco. ¿Un tío grandote con la cabeza afeitada?  
—El mismo.

—Tiene una empresa de *paparazzi* falsos o algo así, ¿no?

Broome se sentó ante un ordenador y se puso a teclear. Encontró el número de teléfono de Celeb Experience en la avenida Arctic de Atlantic City. Marcó el número, habló con una recepcionista y le pasaron a Fester. Se identificó como agente de policía y le dijo que necesitaba hablar con Ray Levine.

- No sé muy bien por dónde anda —dijo Fester.  
—No se ha metido en líos.  
—Ajá. No me lo diga. Ha heredado una gran fortuna y usted quiere ayudarlo.  
—Solo quiero hablar con él. Puede haber sido testigo de un crimen.

Se oía un ruido al fondo. Fester hizo callar a alguien.

—¿Sabe qué? Puedo llamarle al móvil de su parte.

—¿Sabes qué? —contraatacó Broome—. ¿Por qué no me pasas el número de su móvil y le llamo yo directamente?

Silencio.

—Mira, Fester, o como sea que te llames, más te vale no tocarme las narices. Confía en mí. Dame su número. Y ni se te ocurra llamarle para ponerlo en guardia ni nada parecido. Si la fastidias, no te va a gustar el curso que adquieran los acontecimientos.

—Lo que no me gusta es que me amenacen.

—Acostúmbrate. ¿Cuál es el número de Ray?

Fester se hizo el gallito un par de minutos más, pero acabó dándoselo. Broome apuntó el número, previno de nuevo a Fester para que se mantuviera callado y colgó.

Dave no podía pensar con claridad.

Se tomó un descanso en relación con la disputa laboral en la que estaba trabajando y se trasladó a su despacho.

—¿Necesita algo, señor Pierce? —le preguntó la joven asociada.

Se había licenciado recientemente en derecho por la Universidad de Stanford y era tan guapa, alegre y llena de vida que te preguntabas cuánto tiempo podría mantenerse así en la profesión que había elegido. Siempre sucedía lo mismo. Esa clase de entusiasmo no duraba demasiado.

—Estoy bien, Sharon. Tú acaba esos informes, ¿vale?

Era increíble lo que podía aguantar si se lo proponía, se dijo Dave. Nadie —ni sus clientes ni los abogados de estos— se percataba de que mientras escuchaba las declaraciones, tomaba notas y daba consejos, se sentía totalmente destrozado por el engaño de su mujer. La fachada del leguleyo nunca se desmoronaba. Ahora se preguntaba si todo el mundo hacía lo mismo constantemente; si todos los de la sala de al lado llevaban puesta una máscara para ocultar algún dolor interno; si también ellos habían sido machacados esa misma mañana y eran igual de buenos que él a la hora de disimularlo.

Dave contempló el texto aterrorizado de su esposa. Megan quería explicarse. Anoche, él se había mostrado muy comprensivo. Porque la quería. Porque confiaba en ella. Lo que hubiese acerca de ella o de su vida... En fin, todo el mundo tiene defectos, ¿no?

Nadie es perfecto. Esa lacra siempre estaría ahí. Pero a la mañana siguiente, pese a la beatitud nocturna, toda esa lógica se le había antojado equivocada.

Y ahora se sentía perdido.

Tendría que acabar hablando con ella y escuchar sus explicaciones. Se preguntaba qué le contaría y si él la creería. Estaba tentado de llamarla enseguida, pero prefería que se cociera en su propio jugo unas horas más. ¿Por qué no? Por mucho que se explicara, le había mentado.

Dave observó la pantalla del ordenador. Supuso que Megan acabaría queriendo saber cómo averiguó lo de su visita a Atlantic City. No estaba muy seguro de querer decírselo. La noche anterior, Dave había lamentado rastrear el GPS de su móvil, pero

de repente le encantaba la idea de poder saber en todo momento dónde se encontraba. Ese era el problema de cruzar ciertas líneas. Ese era el problema de perder la confianza.

Clicó en el enlace del GPS relativo al teléfono de Megan y esperó a que se cargara el mapa. Cuando lo hizo, no se pudo creer lo que estaba viendo. Megan no estaba en casa, llorando o cocinando o sintiéndose fatal por lo que había hecho.

Había vuelto a Atlantic City.

Pero ¿qué...?

Sacó el Smartphone y se aseguró de poder visualizar el mapa del GPS en la aplicación. Así era. Eso quería decir que si Megan se movía, él podría seguirla. Magnífico.

Puede que ya fuese hora de averiguar lo que estaba haciendo.

Dave se hizo con las llaves del coche. Se levantó y pulsó el botón del intercomunicador.

—¿Sharon?

—¿Sí, señor Pierce?

—No me encuentro bien. Por favor, cancelame todos los compromisos para el resto del día.

Megan deambulaba mientras Broome apuntaba el número del móvil de Ray. Ella no le había pedido ese número anoche —no le interesaba—, pero miró a Broome por encima de su espalda y lo memorizó. Pensaba en si debía llamar a Ray o no, con el fin de avisarle de la inminente visita de Broome, pero una voz interior le dijo que se abstuviera de hacerlo.

Que la investigación siga su curso natural, se dijo.

Megan no creía que Ray fuese culpable de... ¿De qué, por cierto? ¿De agresión? ¿De secuestro? ¿De las desapariciones? ¿De asesinato? Ella se había mostrado muy persuasiva con Broome, defendiendo a Ray de la mejor manera posible, pero había algo que todavía la atormentaba. La mayor parte de todo eso —Stewart Green, Carlton Flynn, los hombres desaparecidos en Carnaval— no acababa de cuadrar, pero no podía quitarse de encima la sospecha de que Ray le ocultaba algo.

Le sucedió algo más, le destrozó algo más que una novia dándose a la fuga. Sí, eran amantes y todo eso, y vete a saber hasta dónde habrían podido llegar. Pero Ray era también, y antes que nada, un fotoperiodista. Había sido un tipo independiente, sarcástico e ingenioso. Puede que una amante lo abandonase y le hiciera daño, lo hiriera y le rompiera el corazón. Pero no habría podido conducirlo a su actual estado.

Le sonó el móvil. Vio que se trataba de su suegra, que la llamaba desde la residencia.

—¿Agnes?

Podía oír llorar a la anciana.

—¿Agnes?

A través de las lágrimas, su suegra le dijo:

—Esta noche ha vuelto, Megan.

Y ella cerró los ojos.

—Ha intentado matarme.

—¿Te encuentras bien?

—No —parecía una niña asustada. Resultaba evidente y tenía un punto de tóxico, pero la verdad es que no envejecemos en línea recta. Lo hacemos en círculo, regresando a la infancia, pero de las peores maneras posibles—. Tienes que sacarme de aquí, Megan.

—Estoy ocupada...

—Por favor. Tenía un cuchillo. Un cuchillo enorme. El mismo que tú tienes en la cocina, ¿recuerdas?, el que te compré por Navidad en aquella empresa de venta por correo. Era igual. Mira en la cocina. ¿Sigue ahí el cuchillo? Ay, Dios, no puedo pasar aquí otra noche...

Megan no sabía qué decirle. Se puso otra voz al teléfono:

—Hola, señora Pierce, soy Missy Malek.

Era la directora de la residencia.

—Llámeme Megan, por favor.

—Es verdad, ya me lo había dicho, disculpe.

—¿Qué está pasando ahí?

—Como usted ya sabe, Megan, esta conducta no es precisamente nueva para su suegra.

—Parece que hoy está peor.

—No es la suya una enfermedad que mejore con el tiempo. Agnes estará cada vez más inquieta, pero siempre podemos hacer algo para mejorar esa clase de situaciones. Ya había hablado antes de esto con usted, ¿verdad?

—Sí que lo había hecho, sí.

Malek quería trasladar a Agnes al tercer piso, sacarla de la zona de vida independiente para llevarla a la planta de los recuerdos, que era donde estaban los pacientes avanzados de alzhéimer. También quería que la autorizaran para aplicarle a Agnes sedantes más fuertes.

—Ya he pasado por esto —dijo Malik—, pero nunca había visto algo tan exagerado.

—¿Puede ser por algo?

—¿Perdón?

—Por lo que Agnes sostiene. Todavía goza de muchos momentos de claridad. ¿Podría haber algo cierto en lo que dice?

—¿Que si un hombre podría colarse en su cuarto con un cuchillo de su cocina y amenazar con matarla? ¿Es eso lo que me está preguntando?

Megan no sabía muy bien qué responder.

—Tal vez, no lo sé. Puede que alguien de su equipo le esté gastando una broma pesada, o que ella entienda algo al revés...

—¿Megan?

—¿Sí?

—Nadie le está gastando bromas pesadas. Se trata de la crueldad de su enfermedad. Cuando es algo físico, siempre lo comprendemos: perder un miembro, necesitar un trasplante, lo que sea. Esto es parecido. No es culpa suya. Se debe a un desajuste químico en su cerebro. Y lamentablemente, como ya le he dicho en varias ocasiones, no nos enfrentamos a un problema que se vaya a resolver. Por eso insisto en que usted y su marido deberían reconsiderar la situación de Agnes.

De repente, a Megan le pesó el teléfono.

—Pásemela, por favor.

—Por supuesto.

Al cabo de unos segundos, volvió a sonar la voz asustada:

—¿Megan?

—Voy para allá, Agnes. Y te vienes a casa. Tú quédate ahí, ¿vale?

Cuando llegas por primera vez al paseo marítimo de Atlantic City, te quedas realmente impresionado ante lo cutre y, al mismo tiempo, predeciblemente bullicioso que resulta. Salones de juegos, pastelitos típicos de la zona, puestos de pizza, vendedores de cualquier cosa, instalaciones de minigolf, sugerentes tiendas de camisetas, paradas de *souvenirs*... Todo ello, perfectamente integrado entre gigantescos hoteles con casino, El Increíble Museo de Ripley (que incluye una funda para pene de Nueva Guinea, utilizada, según el cartel, «como decoración y para protegerse de las picaduras de insecto», por no hablar de su eficacia como tema de conversación) y unos cuantos centros comerciales de lo más modernos. En resumen, el paseo marítimo de Atlantic City resulta tal y como te lo imaginas y, probablemente, deseas: de un mal gusto atroz.

Pero de vez en cuando, el paseo marítimo te ofrece alguna sorpresa. Si has jugado alguna vez al Monopoly, el famoso juego de mesa, ya conoces la geografía del lugar; pero allí, agazapado en la zona en la que Park Place coincide con el paseo, junto a la lamentable fachada a lo salvaje Oeste del hotel y casino Bally que acecha sobre él, se levanta un monumento en memoria de la guerra de Corea que, por lo menos durante unos instantes, posee la habilidad de alejarse del mal gusto general y conducirte a la reflexión.

Broome identificó a Ray Levine de pie junto a la figura dominante del monumento: una estatua de cuatro metros de altura llamada *El lamento del soldado*, obra de Thomas Jay Warren y J. Tom Carrillo. El soldado en cuestión aparece arremangado y sostiene el casco en su mano derecha, pero lo que te llamaba la atención, lo que te hacía pensar, era el modo en que esa figura de bronce miraba hacia abajo, con evidente dolor, el montón de chapas militares que le cuelgan de la mano izquierda. Podías captar la devastación en su bello y gallardo rostro al contemplar las identificaciones de sus camaradas muertos, con el rifle todavía pegado a la espalda y la bayoneta en la cadera. Tras él, un grupo de soldados cansados parece materializarse en un muro de agua, mientras uno de ellos carga con un compañero herido o quizá muerto. Al lado, bajo una llama eterna, aparecen grabados los nombres de los 822 ciudadanos de Nueva Jersey caídos o desaparecidos en combate.

En un entorno normal, el monumento resultaría sobrio y adecuado para la meditación, pero aquí, enclaustrado entre los desechos del paseo marítimo de Atlantic City, devenía hasta profundo. Durante un ratito, ambos hombres —Broome y Ray Levine— se quedaron allí de pie, contemplando las chapas que motivaban el lamento del soldado, enmudecidos.

Broome se acercó un poco más a Ray Levine. Ray sintió su presencia, supo que estaba allí, pero no se dio la vuelta para verlo.

—¿Vienes mucho por aquí? —le preguntó Broome.

—A veces —repuso Ray.

—Yo también. Me da cierta perspectiva sobre las cosas.

Los turistas caminaban a escasa distancia, estudiando los carteles de los casinos en busca de máquinas tragaperras y menús baratos. La mayoría ni se fijaba en el monumento; y si lo hacían, miraban hacia otro lado como si se tratara de una pandilla de vagabundos pidiendo limosna. Broome lo entendía. Estaban aquí por otros motivos. Y esos tíos del muro, los que habían luchado o fallecido por la libertad, también lo habrían comprendido, probablemente.

—Creo que estuviste en la primera guerra de Irak —comentó Broome.

Ray frunció el ceño.

—Pero no como soldado.

—Como fotoperiodista, ¿no? Un trabajo peligroso. He oído que se te quedó metralla en la pierna.

—Nada especial.

—Eso es lo que dicen siempre los valientes. —Broome reparó en la mochila de Ray y en la cámara que llevaba en la mano—. ¿Haces fotos aquí?

—Solía hacerlo.

—Pero ¿ya no?

—No. Ya no.

—¿Y por qué no?

Ray se encogió de hombros.

—No es más que piedra y bronce. Nunca cambia.

—Al contrario —entonó Broome— que, pongamos por caso, la naturaleza. O lo que crece cerca de las ruinas. Esos sí son sitios para fotografiar, ¿no te parece?

Ray se dio la vuelta y lo miró a la cara por primera vez. Broome comprobó que no se había afeitado. Y que tenía los ojos vidriosos e inyectados en sangre. Megan le había dicho que la noche anterior se había reunido con su exnovio por primera vez en diecisiete años. Era evidente que la reacción de él había sido recurrir a la botella; algo que, según los que le conocían, Ray Levine hacía con cierta regularidad.

—Inspector Broome, supongo que no me ha llamado para preguntarme sobre qué concepción de la fotografía tengo.

—Puede que sí. —Broome le pasó la imagen anónima de Carlton Flynn en el parque—. ¿Qué me dices de esta?

Ray le echó un vistazo y apenas reaccionó.

—Es de aficionado —dijo, y se la devolvió a Broome.

—Ah, Ray, siempre somos nuestros críticos más severos, ¿verdad?

Ray no dijo nada.

—Ambos sabemos que esta foto es tuya. Así que no te molestes en negarlo, por favor. Sé que la hiciste tú. Sé que estabas en las ruinas el día en que desapareció Carlton Flynn. Y también sé que rondabas por allí hace diecisiete años, cuando se esfumó Stewart Green.

Ray negó con la cabeza.

—Yo no estaba allí.

—Sí, Ray, sí estabas. Megan me lo ha contado todo.

Ray frunció el ceño.

—¿Megan?

—Así se llama ahora. Tú la conoces por Cassie. Está casada, ¿sabes? ¿No te lo dijo? Tiene dos críos.

Ray no abrió la boca.

—No quería venderte, si eso te sirve de algo. De hecho, insiste en tu inocencia. Dice que nos enviaste esta foto para ayudarnos. —Broome inclinó la cabeza—. ¿Es cierto, Ray? ¿Querías ayudarnos a descubrir la verdad?

Ray se apartó de la estatua y echó a andar hacia las aguas saltarinas de la Fuente de Luz. A veces, el surtidor, que llevaba ahí casi cien años, arrojaba el agua a lo alto, pero ahora apenas se veía, burbujeando a cuatro o cinco centímetros de altura.

—Tengo dos maneras de afrontar esto —dijo Ray—: La primera, recurro a un abogado y no digo ni mu.

—Podrías hacerlo, sí.

—O bien puedo hablar contigo y colaborar y confiar en que todo salga bien.

—Te confieso que prefiero la segunda opción —dijo Broome.

—Porque la segunda opción es de idiotas. La opción dos es la que consigue meter en un lío a alguien como yo. Pero ¿quieres que te diga algo? Como estamos en Atlantic City, voy a tirar los dados y que sea lo que Dios quiera. Sí, yo hice esa foto. Voy a ese parque una vez al año y hago fotos. A eso me dedico.

—Pedazo de coincidencia.

—¿El qué?

—Que estuvieras allí el mismo día en que trincaron a Carlton Flynn.

—Estuve allí el 18 de febrero. Voy cada 18 de febrero, exceptuando la época en que estuve por el Oeste.

—¿Y qué tiene de especial el 18 de febrero?

Ray frunció el ceño.

—¿Y ahora quién se pasa de listo? ¿No hablaste con Cassie? Pues ya lo sabes.

«No le falta razón», se dijo Broome.

—¿Es como una peregrinación o algo por el estilo?

—Algo por el estilo. Me voy para allá, me siento, saco fotografías, medito.

—¿Meditas?

—Pues sí.

—¿Todo porque tu novia te dejó allí tirado?

Ray no respondió.

—Si no te importa que te lo diga, Ray, pareces un calzonazos de lo más pusilánime. Tu chica te dejó, ¿y qué? Échale un par y sigue adelante con tu vida. En vez de eso, ¿vuelves adonde se deshizo de ti para sacar fotos?

—No se deshizo de mí.

—¿No? ¿Quieres decirme que Megan se refugia tras un seudónimo junto a su marido rico y los dos críos a la espera de que arranque tu carrera de falso  *paparazzo*?

A Ray, esa idea le hizo sonreír.

—Suenas bastante patético.

—¿Y?

—Pues que soy patético —dijo Ray, encogiéndose de hombros—. Me han llamado cosas peores. ¿Puedo serte útil en algún otro asunto, inspector?

—Volvamos diecisiete años atrás, a aquella noche en las ruinas.

—De acuerdo.

—Cuéntame lo que pasó.

La voz de Ray parecía grabada.

—Se suponía que iba a ver a Cassie. Vi a Stewart ahí tirado. Supuse que estaba muerto y salí pitando.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—¿No llamaste a una ambulancia ni le ayudaste?

—No.

—Caramba, Ray, eres de lo más humanitario.

—¿Te contó Cassie cómo era Stewart Green?

—Sí, lo hizo.

—Pues ya está. Hasta me entraron ganas de ponerme a bailar como Snoopy cuando lo vi. —Ray levantó una mano—. Y sí, ya sé que eso me da un gran motivo, pero yo no lo maté.

—¿Seguro que estaba muerto?

Ray se volvió hacia él.

—No me acerqué a ver si respiraba, si te refieres a eso.

—O sea, que no estás seguro.

Ray se lo pensó un momento.

—Hay algo más que tal vez te convenga saber. No en relación con esa noche, sino con este 18 de febrero.

—Adelante.

—Esa noche tenía un trabajillo. Después de sacar las fotos en el parque.

—¿Un trabajillo?

—Sí, en un *bar mitzvah*, haciendo de *paparazzo* por encargo.

Broome meneó la cabeza:

—Una profesión con *glamour*.

—No te haces idea. ¿Sabes de qué curro vengo? De la rutilante inauguración de un concesionario de Ford. Habían tendido una alfombra roja a la entrada y cualquiera podía recorrerla mientras nosotros lo rodeábamos y le sacábamos fotos; una vez dentro, intentaban venderles un Focus o un Escort o lo que tuvieran más a mano. Bueno, el caso es que cuando salía del *bar mitzvah*, se me echaron encima y me

robaron la cámara.

—¿Lo denunciaste a la policía?

—Justo lo que necesitaba en aquel momento: perder toda la noche para nada. Pero no es eso a lo que voy. Al principio, pensé que era el típico robo, pero luego me pregunté por qué aquel tío solo se había llevado la cámara y ni se había molestado en robarme la cartera.

—Igual le entraron las prisas.

—Puede ser. Pero cuando llegué a casa, vi a Carlton Flynn por la tele. Y fue entonces cuando reparé en que tenía una foto suya. Las fotos se habían quedado en la cámara, pero cuento con una conexión wifi que las envía automáticamente al ordenador de casa cada diez minutos, más o menos. Algo que el ladrón no podía saber.

Broome entendió adonde quería ir a parar.

—¿Crees que el ladrón iba detrás de la foto?

—Es posible.

—¿Por eso me la enviaste de manera anónima?

—Quería ayudar, pero sin identificarme, por motivos obvios. Como tú mismo dices, el hecho de que yo estuviese allí en ambas desapariciones resultaba sospechoso. Y deduzco por tu expresión que todavía lo es. Pero esa es la razón.

—¿Llegaste a ver al tío que te asaltó?

—No.

—¿Altura, peso, blanco, negro, tatuajes, algo?

—Nada. Me atizó con un bate de béisbol y me desplomé. Vamos a ver, intenté agarrarme a la cámara, pero no me enteré de nada, lo siento.

Ray le pasó a Broome un informe detallado sobre el incidente: cómo se había llevado más de un leñazo, cómo había luchado por la cámara y cómo su atacante acabó dándose a la fuga.

—¿Estabas borracho?

—¿Qué? No.

—Porque bebes a menudo, ¿no es cierto?

—No soy menor de edad. ¿Qué pasa?

—He oído que sufres apagones. ¿Es verdad?

Ray ni se molestó en responder. Broome metió la mano en el bolsillo y sacó la imagen de progresión de edad de Stewart Green, con la cabeza afeitada y la perilla.

—¿Podría haberse tratado de este tipo?

Cuando Ray Levine vio la imagen, se le agrandaron los ojos inyectados en sangre. Parecía que le acabaran de atizar de nuevo con un bate de béisbol.

—¿Y este, quién diablos es?

—¿Lo reconoces o no?

—No... Quiero decir... No, no es el tío que me atacó.

—Creí que no habías llegado a verlo.

—No te pases de listo, Broome. Ya sabes lo que quiero decir.

Broome alzó un poco la imagen; prácticamente pegándosela a la cara de Ray.

—¿Has visto antes a este individuo?

—No.

—Entonces, ¿a qué viene esa cara de susto?

—No lo sé. ¿Quién es?

—Da lo mismo.

—Déjate de chorradas, Broome. ¿Quién es?

—Un sospechoso. O lo conoces o no.

—No lo conozco.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Muy bien. —Broome se guardó la imagen, preguntándose aún por la reacción de su interlocutor. ¿Había visto Ray a Stewart Green? Ya volvería a eso más adelante. Necesitaba cambiar un poco de dirección, de sorprenderlo—. Antes me has dicho que ibas a las ruinas cada 18 de febrero.

—No, yo no he dicho eso. Lo que he dicho es que voy bastante.

—Bueno, vale, dejemos aparte los años que estuviste fuera. ¿Tienes alguna prueba?

—¿De haber estado allí varios 18 de febrero seguidos?

—Sí.

—¿Y por qué habría de tenerla?

—Sígueme la corriente, anda.

—Estás investigando crímenes y desapariciones. No creo estar de humor para seguirte la corriente.

—¿Quién ha dicho nada de crímenes?

Ray suspiró.

—Joder, ¿te acaban de regalar una caja de DVD de *Colombo*? ¿Crees que no sé que Cassie... O como sea que la has llamado? ¿Megan? Bueno, ¿crees que no sé que visitó a Harry Sutton? Lo han asesinado, ¿no? Ha salido en todos los periódicos.

—Vale, tienes razón. Basta de juegos. ¿Puedes probar que estabas haciendo fotos en el parque —Broome dibujó unas comillas en el aire con los dedos— «la mayoría» de 18 de febrero?

Ray se lo pensó.

—La verdad es que creo que sí.

—¿Cómo?

—Por las fotos que tomo. Llevan grabada la fecha.

—¿Y eso no se puede amañar? ¿Hacer que parezcan de otro día?

—Pues no lo sé, francamente. Pon a unos expertos a que lo comprueben. También puedes consultar los partes meteorológicos, ver si ese día llovía o nevaba o lo que fuese. Sigo sin entenderlo. ¿Qué importancia tiene saber qué día andaba yo por allí?

Esa pregunta tenía una respuesta muy sencilla, que Broome no pensaba facilitarle de momento. Si Ray Levine podía demostrar que iba a las ruinas los 18 de febrero — y no el día de Carnaval—, su historia quedaba reforzada. Evidentemente, Broome requisaría esas fotos y vería en qué otras fechas había estado Ray en esa zona del parque. Sería un buen comienzo.

El asunto estaba llegando a su fin. Broome lo notaba. Tras diecisiete años de caza, de investigación, de no abandonar jamás, se hallaba a punto de resolver el caso. Curioso, si te parabas a pensarlo. Cada 18 de febrero —bueno, la mayoría de veces—, Ray Levine visitaba el parque y reflexionaba sobre determinado incidente. Mientras tanto, ese mismo día, Broome visitaba a Sarah Green y reflexionaba sobre ese mismo incidente. Aunque aquí reflexionar no fuera el término más adecuado, ¿verdad? Broome había estado obsesionado por el caso de Stewart Green desde el primer día. Mientras los demás polis de la ciudad se lo quitaban de encima dando por hecho que se trataba del típico mujeriego retorcido que se fuga con una *stripper*, Broome se agarró a Green con una ferocidad que a él mismo le sorprendía. Sí, conocer a la familia que Stewart había dejado atrás —Sarah, Susie y Brandon— lo había ayudado a concentrarse, pero incluso entonces se dio cuenta de que Sarah, en cierta medida, se engañaba a sí misma, de que no todo iría de maravilla en esa casa triste y solitaria si su adorado esposo regresaba a ella sano y salvo.

En realidad, ya entonces, Broome había considerado que la desaparición de Stewart Green era más de lo que parecía, mucho más, algo oscuro y terrible y casi fuera de su comprensión. Ahora estaba convencido de ello.

—¿Ya hemos acabado, inspector?

Broome revisó el móvil. Goldberg le enviaría un SMS cuando tuviera la citación y la hubiese entregado. No quería que Ray Levine se fuera a casa hasta entonces y se pusiera a manipular o destruir pruebas.

—La foto que me enviaste anónimamente... No es la única que tomaste ese día, ¿verdad?

—No, claro que no.

—¿Dónde está el resto?

—En casa, en el disco duro, pero las almaceno en una nube.

—¿Una nube?

—Así le llaman. Es para almacenar con seguridad. Es como un disco en el aire. Considéralo como enviarte cosas a ti mismo por correo electrónico. Puedo acceder a ellas desde cualquier ordenador con los códigos apropiados.

Caramba, se dijo Broome.

—Tengo un portátil en el coche —comentó—. ¿Te importaría?

—¿Ahora mismo?

—Me sería de gran utilidad. Tengo el coche ahí en la esquina.

Broome había aparcado en la avenida Michigan Sur, cerca del Caesars. Mientras el ordenador se ponía en marcha, Ray dijo:

—Te envié la última foto que saqué. En cuanto se coló alguien en el cuadro, decidí que ya era hora de irse.

—O sea, que esa es la única foto que tomaste de Carlton Flynn, ¿no?

—Exacto.

—¿Y no había nadie más en ninguna otra foto?

—Correcto. Antes de eso, tenía todo el lugar para mí solo.

El ordenador se encendió. Broome se lo pasó a Ray. Brillaba el sol, reflejándose en la pantalla, así que se metieron en el coche. Broome veía a la gente saliendo de los casinos. Siempre se comportaban igual: dando tumbos, con una mano a modo de visera, parpadeando ostentosamente.

—¿Te cruzaste con alguien volviendo de ese punto en concreto? —preguntó Broome.

—No, lo lamento.

Ray accedió a internet y entró en una determinada web. Tecleó un nombre de usuario y una contraseña, clicó en algunas carpetas y luego le devolvió el portátil a Broome. Había ochenta y siete fotografías. Empezó por la última, la que Ray le había enviado de incógnito. Algo le llamó la atención de inmediato. Las primeras eran lo que podría definirse como paisajes pictóricos, con la excepción de que había algo en el encuadre que aportaba un matiz de melancolía. En la mayor parte de los casos, los paisajes te hacen anhelar los espacios amplios y la soledad. Pero estos eran adustos, solitarios, deprimentes... Aunque interesantes, ya que ese era claramente el estado de ánimo del fotógrafo en el momento de pulsar el disparador.

Broome siguió clicando en las fotografías. Por algún motivo, le vino a la cabeza aquella estúpida estrofa de la canción *A Horse With No Name*: «Había plantas y pájaros y rocas y cosas». Eso venía a resumirlo todo. Broome había confiado en encontrar... ¿Qué, exactamente? Lo ignoraba. Pistas. Pero lo único que veía eran fotografías, tan anodinas como creativas y conmovedoras, del lugar en el que un hombre perdió el corazón y otros habían perdido... ¿Qué, una vez más?

—Eres bueno —declaró Broome.

Ray no respondió.

Ahora, Broome casi podía sentir el peso del pasado, la manera en que el impacto acumulativo de la obra de Ray empezaba a afectarle. Estaba acabando de revisar las fotografías cuando algo captó su atención.

Se detuvo.

—¿Puedes darle al *zoom*?

—Sí, claro. Tú mismo. Dale a esas teclas.

La foto era una de las primeras que Ray había tomado aquel día, desde un punto de vista diferente, y puede que eso lo explicara todo. Había árboles, por supuesto, y la roca grande y la vieja chimenea de la caldera, pero desde aquí, a Broome le pareció ver algo más, algo que sobresalía por detrás de las ruinas de esa vieja chimenea al fondo. Clicó, acercándose cada vez más. La calidad de la imagen, afortunadamente,

era excelente, por lo que el pixelado era mínimo.

Broome sintió que el corazón se le subía a la garganta. Ray miró por encima de su espalda.

—¿Qué es eso?

Broome amplió un poco más la imagen. Algo destacaba por detrás de la chimenea. Era verde, metálico y con un extremo de caucho negro. Broome solo podía captar unos quince centímetros de objeto, pero bastaba con eso. Había pasado el verano siguiente a la graduación del instituto trabajando para una empresa de mudanzas; así que, aunque solo pudiera reconocer el mango, se hizo una idea muy precisa de lo que era.

—Es una carretilla —dijo Broome—. Alguien la escondió cerca de donde desaparecieron esos tipos.

Megan se dirigía a recoger a su suegra.

Pensaba en el pobre Harry Sutton. Evidentemente, cabía la posibilidad de que el momento de su muerte fuese una coincidencia. Ella había vuelto a Atlantic City por un incidente de hacía diecisiete años. La joven pareja buscada por la policía tendría en esa época cinco años de edad, tal vez diez. Así pues, si eran ellos los responsables, puede que Megan y su pasado no tuvieran nada que ver con lo que le había sucedido a Harry.

Su mente no paraba de bailar esa danza de la negación, pero al final, la verdad resultaba hartamente evidente: ella había arrastrado hasta la puerta de Harry Sutton el peligro y la muerte. Todavía no vislumbraba cómo, pero en el fondo de su corazón, Megan era consciente de que la había liado una vez más.

Dos semanas atrás, regresó a Atlantic City por primera vez para visitar aquella feria. Una parte de ella se había convencido a sí misma de que la cosa carecía de importancia, que la visita solo perseguía ciertos objetivos laborales. Se había creído realmente que esa sórdida ciudad que todavía echaba de menos no reclamaba su presencia. Pero eso no era más que un autoengaño. Podría haberse quedado en el seminario, por ejemplo. Otros aspirantes a API habían planeado incluso una cena en el Rainforest Café, pero Megan había pasado. En vez de eso, se había ido a La Crème.

¿Y quién podría culparla? ¿A quién no le apetece visitar los viejos tugurios frecuentados al regresar a una ciudad que significó mucho en tiempos?

Optó por volver a llamar a Dave. Y cuando su llamada fue directamente al buzón de voz, experimentó la primera oleada de rabia. Después del pitido, dijo: «Ya está bien. Tu madre tiene serios problemas. Madura un poco y llámame».

Colgó y a punto estuvo de estampar el teléfono contra el suelo del coche. Por un lado, entendía perfectamente la actitud de su marido, ¿cómo no? Era ella la que estaba en falta. Pero puede que ese fuera el problema. En cierta medida, siempre había sido ella la que estaba en falta. A lo largo de los años, había permitido que la culpa de su engaño se expandiera por toda su relación. ¿Culpa suya? Sin duda. Pero puede que Dave se hubiese aprovechado de la situación. Sentirse culpable la había llevado en demasiadas ocasiones a transigir. A los críos no les echaba la culpa de nada. No cambiaría su vida en absoluto, pero...

Pero ¿por qué no le devolvía Dave la llamada?

Durante todos esos años, Dave había estado trabajando, sí, llevando comida a la mesa y todo ese rollo al que recurren los hombres para justificar su comportamiento... Aunque a Dave le gustaba su trabajo. Le encantaba quedarse hasta tarde en el despacho y viajar y jugar al golf los domingos por la mañana, y luego volver a casa, a los brazos de su amante y siempre dispuesta esposa. Ella se lo había aguantado todo, incluso cuando no le apetecía. Y no hay que malinterpretarla. Dave

nunca la había maltratado. Nunca se había portado mal con ella ni la había engañado, pero también era cierto lo siguiente: ¿para qué iba a hacerlo, si tenía la esposa perfecta? Alguien que había renunciado a encontrar su propia carrera. Pagaba todas las facturas, hacía todas las compras, llevaba a la escuela en coche a todo tipo de niños, se encargaba de que el hogar estuviese ordenado. Se preocupaba por la madre de Dave, mucho más que él; pero a pesar de todo eso, pese a los sacrificios que realizaba, ¿cómo la trataba su marido?

Pues se dedicaba a ignorar sus llamadas. Por no hablar de que había llegado a espiarla de algún modo.

No es que no se lo mereciera. Pero tampoco eran maneras. Quería hablar con él, contarle su pasado y sus demonios interiores, hacerle saber que esa esposa a la que había jurado proteger estaba en peligro; pero él ni le devolvía sus llamadas desesperadas siquiera, optando por comportarse como un crío maleducado.

Volvió a hacerse con el móvil. Ya había apuntado en la agenda el número de Ray, por si lo necesitaba. Le dio a la tecla de marcate, pero antes de que empezara a sonar vio el letrero de la Residencia Asistida Crepúsculo.

No seas tonta, Megan, se dijo.

Colgó, aparcó y se dirigió al interior sin deshacerse de su rabia.

Barbie se mantenía a dos coches de distancia.

No la preocupaba mucho ser sorprendida —tampoco parecía que Megan Pierce fuese una experta en descubrir que la seguían—, pero nunca se sabía. El hecho de que esa ama de casa aparentemente tan normal estuviese metida en todo eso indicaba que no era exactamente lo que aparentaba. Evidentemente, lo mismo cabía decir de Barbie.

Mientras conducía, no dejaba de pensar en la repentina declaración de Ken. Era todo muy dulce y bonito, por supuesto, pero no dejaba de ser de lo más preocupante. Siempre había dado por supuesto que Ken veía más allá de las banales ilusiones, que su relación con ella le había abierto los ojos a una realidad nueva y diferente. Pero no había sido así. Ni siquiera él se daba cuenta de las patrañas que nos vendían desde nuestra más tierna infancia.

Así, por ejemplo, nuestros desdichados e infelices progenitores nos contaban que la manera de encontrar la felicidad en esta vida consistía en hacer exactamente lo mismo que ellos. Barbie nunca había entendido esa clase de lógica. ¿Cuál acostumbra a ser la definición de locura? Pues hacer lo mismo una y otra vez y esperar de ello resultados distintos. Desde un punto de vista generacional, el mundo parecía limitarse a eso. El padre de Barbie, sin ir más lejos, odiaba ir a trabajar cada mañana atildado de traje y corbata, para volver a casa a las seis de la tarde sintiéndose rabioso y derrotado, en busca del clásico esparcimiento de la botella. Su madre odiaba ser ama de casa —obligada a interpretar ese papel por su madre, a la que a su vez había

obligado la abuela—, pero al final, cuando ya se le fue la olla del todo, ¿no era eso lo que quería también para su propia hija?

Encontrar a un hombre y sentar la cabeza y tener hijos, como si el resentimiento y la infelicidad fuesen la herencia que le dejaba a su hija.

Pero ¿qué clase de lógica absurda era esa?

Ahora Ken quería casarse con ella. Quería tener una casa y una valla de madera y, por supuesto, hijos, aunque Barbie hubiese aceptado tiempo atrás que carecía del más mínimo instinto maternal. Miraba a través del parabrisas y movía la cabeza con disgusto. ¿Cómo era posible que Ken no lo entendiera? A ella le encantaba esta vida —el subidón, la excitación, el peligro—, y creía firmemente que era la que Dios había escogido para ella. El Señor había hecho a Barbie de esa manera. ¿Por qué iba Él a hacer algo así si ella estaba llamada a ser otra ama de casa descerebrada más, de esas que se pasan el día limpiando mocos y cacas?

Tendría que ayudar a Ken a darse cuenta de que estaban juntos por algún motivo. Ella lo amaba. Tal era su destino. Su papel, bien lo sabía, consistía en arrancarle la venda de los ojos. Y él acabaría por comprender. Hasta experimentaría alivio al no tener que limitarse a lo que se esperaba de él.

Megan indicó que iba a girar a la derecha y enfiló la rampa. Barbie la siguió. Pasó de la propuesta matrimonial de Ken y se concentró en lo que creía que debía hacer con Megan. Por un lado, no le hacía especial ilusión cargarse a esa mujer. Si se hubiese creído a Goldberg —lo que no era el caso— o si ella misma creyera que la mujer no suponía amenaza alguna para ella y Ken, pues tanto mejor. La dejaría regresar sin más a su patética casa junto a su marido e hijos. Pero no podía hacerlo. Había que eliminarla. En esta clase de oficio, no durabas mucho si ibas por ahí dejando cabos sueltos.

Por delante de ella, Barbie vio a Megan aparcar y entrar en un sitio llamado Residencia Asistida Crepúsculo. Vaya. Barbie aparcó a cierta distancia. Luego hurgó bajo el asiento del coche y sacó de allí una navaja.

Todavía aturdido, Ray se dirigió a casa.

Broome había llamado a su gente de la escena del crimen y, sin añadir palabra, se había vuelto a toda prisa hacia las ruinas del parque. Ray se quedó donde estaba cinco minutos más, aparentemente incapaz de moverse. Nada de todo aquello tenía la menor lógica. Intentaba aclararse, pero solo conseguía acabar aún más confuso.

Mientras Ray bajaba por el bulevar Danny Thomas, dejando atrás el Trump Taj Mahal, un edificio de muy mal gusto que casi resultaba elegante, notó que le vibraba el móvil. Lo cogió, sintiendo una vez más que sus manos eran demasiado grandes para ese bolsillo, y lo sacó torpemente al exterior. Las vibraciones se habían acabado y en la pantalla aparecía el icono de llamada perdida. Miró quién lo había llamado. Cuando vio que procedía de una tal Megan Pierce se le aceleró el corazón.

Cassie.

¿Debería devolverle la llamada? No estaba muy convencido de ello. Ella lo había llamado, lo cual era, ciertamente, algún tipo de señal, pero también había colgado de inmediato. O había perdido la comunicación. Pero si ese era el caso, ¿por qué no volvía a llamar en cuanto recuperara la cobertura? Bueno, vale, más valía esperar a que volviese a llamarlo. Meneó la cabeza. ¿Pero qué demonios le pasaba? De repente, se sentía como un adolescente torpón tratando de interpretar las señales de su primer amor.

Se preguntaba cómo habría conseguido ella su número de teléfono. Daba igual. Lo importante era que lo había llamado. ¿Por qué? No tenía ni idea. Sostenía el teléfono en la mano, deseando que vibrara, comprobando que no se le había agotado la batería, mirando las barras para cerciorarse de que tenía cobertura suficiente. Patético. Ya basta. Que Cassie volviera a llamarlo o que no lo hiciera.

¿Y si no lo hacía?

¿Estaba decidido a volver a... qué? ¿Más bebida y más apagones?

Cuando dio el giro final hacia su hogar en el sótano —un adulto alquilando un sótano, por el amor de Dios—, se quedó clavado en la acera. Ahí mismo, frente al edificio, había cuatro coches de policía.

Ay.

Se camufló tras un poste de teléfonos. Más patetismo. Pensó en entrar corriendo a casa, ¿pero de qué le iba a servir? Y, además, si pensaban detenerlo, Broome ya lo habría hecho diez minutos atrás. Echó otro vistazo. Su casero pakistaní, Amir Baloch, se mantenía de pie ante el edificio, con los brazos cruzados. Ray se acercó a ver qué pasaba, esperando a que los polis lo detuvieran. Pero no lo hicieron. Entraban en la casa y salían de ella con cajas.

Amir se hacía cruces.

—Como si estuviera de vuelta en la madre patria.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Ray.

Un poli detectó a Ray y se le acercó. Según su placa, se llamaba Howard Dodds.

—¿Raymond Levine?

—Sí.

—Soy el agente Dodds. —Le entregó una hoja de papel—. Tenemos una orden para registrar este lugar.

—Pero él solo ocupa el sótano —dijo Amir, quejumbroso.

—El registro cubre toda la propiedad —dijo Dodds.

Ray ni se molestó en leer la orden.

—¿Puedo ayudarlo a encontrar algo en concreto?

—No.

—Le puedo dar las contraseñas de mi ordenador, si eso le facilita las cosas.

Dodds sonrió.

—Buen intento.

—¿Perdón?

—Hay contraseñas diseñadas para destruir archivos o incluso borrarlos.

—No lo sabía.

—Solo intentaba ayudar, ¿verdad?

—Pues lo cierto es que sí —dijo Ray.

—Usted déjenos hacer nuestro trabajo.

Dodds se dio la vuelta y echó a andar hacia la casa.

Ray contempló a su mortificado casero.

—Lo siento, Amir.

—¿Tienes idea de qué andan buscando?

—Es una historia muy larga.

Amir se volvió hacia él.

—¿Me voy a meter en líos?

—No.

—¿Estás seguro?

—Del todo.

—Ya tuve problemas en Karachi. Estuve seis meses en la cárcel. Por eso nos vinimos para aquí.

—De verdad que lo siento, Amir.

—¿Y qué van a encontrar?

—Nada —afirmó Ray.

Y lo creía de verdad. Ya podían curiosear en todo su archivo fotográfico, que no iban a encontrar nada. De repente, le atacó de nuevo aquella noche, toda aquella sangre. Era la única imagen que no había conseguido olvidar a base de alcohol. La única que nunca lo abandonaría ni se borraría jamás.

Bueno, eso no era del todo cierto. Tampoco Cassie se esfumaría en absoluto.

Ray pensaba ahora en la extraña fotografía que Broome le había mostrado, la del tipo con la cabeza rapada y la perilla. No entendía por qué, pero era como si el mundo se le estuviese echando encima. Le empezaba a picar el pecho. Echó a andar, dejando solo a Amir frente a su propia casa. Por un momento, creyó que iba a echarse a llorar. Intentó recordar la última vez que lo había hecho: llorar de verdad, como ahora le hubiera apetecido. En su vida adulta, solo le había ocurrido en dos ocasiones. La primera fue cuando murió su padre. La segunda, hacía diecisiete años, en aquel parque.

Se fue manzana abajo. Su bar favorito estaba allí, pero ni entró ni tuvo ganas de hacerlo. Qué extraño. Lo que deseaba —lo que siempre había deseado, como ahora observaba— era quitarse de encima un peso que lo oprimía. Sonaba tontorrón, muy *new age* y como de terapeuta, pero tal vez, al final, contarle a alguien la verdad sobre aquella noche conseguiría, si no liberarlo, sacarlo al menos del sendero de la destrucción.

Tal vez por eso le había enviado a Broome aquella fotografía.

Ahora la pregunta era: ¿a quién contárselo? Y la respuesta, mientras miraba fijamente el teléfono que llevaba en la mano, se le hizo evidente.

El móvil no había vuelto a vibrar, ¿pero qué más daba? Ella ya había movido ficha. Ahora le tocaba a él.

Pulsó el botón de marcar, vio aparecer el nombre de Megan Pierce y se llevó el teléfono a la oreja.

Megan se dirigía hacia el pasillo del cuarto de Agnes cuando le sonó el móvil.

Las instalaciones de la Residencia Asistida Crepúsculo se esforzaban en parecer lo que no eran. El exterior apuntaba hacia una pensión victoriana del Segundo Imperio, pero se quedaba en una especie de motel prefabricado con perfiles de aluminio, falsos helechos y rampas para sillas de ruedas en los porches de color limonada. El interior lucía un rutilante enmoquetado de color verde y unas reproducciones demasiado luminosas de obras de Renoir y Monet, pero hasta los cuadros parecían sacados de un puesto barato o de unas ofertas en época de rebajas.

Megan pasó junto a Missy Malek, quien le dedicó una de sus ensayadas expresiones de preocupación y le dijo:

—¿No cree que deberíamos hablar lo antes posible?

—Después de que vea a Agnes.

—Por supuesto —contestó Malek con una especie de reverencia.

Megan acababa de torcer por el pasillo de Agnes cuando el número que reconoció como el de Ray apareció en la pantalla del móvil. Se quedó quieta, sin saber muy bien qué hacer, pero al final se dio cuenta de que no le quedaba más remedio. Le dio al botón de respuesta y se llevó el teléfono al oído.

—¿Sí?

—Parece que ahora te llamas Megan —dijo Ray.

—Es mi auténtico nombre.

—Podría hacerte el típico comentario de que, a lo mejor, nada de lo nuestro fue real...

—Pero ambos sabemos que sería una mentira —dijo ella.

—Sí.

Silencio.

—¿Te encontré Broome? —preguntó Megan.

—Me encontré.

—Lo lamento.

—No, hiciste bien en decírselo.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Lo mismo que a ti, más o menos.

—¿Te creyó?

—Lo dudo. La policía está registrando mi apartamento.

—¿Tú estás bien?

—Estupendamente.

—Si te sirve de algo —le dijo Megan—, yo te creo.

No hubo respuesta.

—¿Ray?

Cuando este volvió a hablar, su voz sonaba distinta, más suave y con un timbre

extraño.

—¿Sigues en Atlantic City?

—No.

—¿Podrías volver?

—¿Para qué?

Más silencio.

—¿Ray?

—No te conté la verdad —dijo este.

Megan sintió un escalofrío.

—No te entiendo.

—Vuelve aquí.

—No puedo. Quiero decir, ahora no.

—Te esperaré dentro de Lucy. Da igual lo que tardes. Por favor, ven.

—No estoy segura.

Pero él ya había colgado. Megan se quedó ahí de pie, contemplando el teléfono hasta que un ruido captó su atención. Levantó la vista y vio a Agnes saliendo de su cuarto, confusa y con la mirada perdida. Su pelo gris estaba hecho un desastre. La piel de su rostro era de un pálido rayano en lo traslúcido, y el azul de sus venas resaltaba en exceso.

Cuando la interceptó una enfermera, Agnes gritó: «¡No me hagas daño!», y se apartó de ella.

—Yo nunca te haría daño, Agnes. Solo intento...

—¡Quieta!

Agnes se encogía como si creyese que la enfermera iba a golpearla. Megan echó a correr por el pasillo, tropezando con la enfermera por el camino. Miró a su suegra a los ojos, le puso las manos en los hombros y le dijo:

—No pasa nada, Agnes. Soy yo, soy Megan.

La anciana entrecerró los ojos.

—¿Megan?

—Sí. Todo va bien.

Agnes inclinó la cabeza a la izquierda.

—¿Y qué haces aquí? ¿Por qué no estás en casa con los niños?

—Ya no son niños. Son adolescentes. Estoy aquí porque tú me has llamado.

—¿De verdad? —El miedo recorrió el rostro de Agnes—. ¿Cuándo?

—No tiene importancia. Ahora ya está todo solucionado. Estoy aquí. Estás a salvo.

La enfermera asistía compasivamente a la escena. Megan se llevó a Agnes abrazada y la devolvió a su habitación. Tras ellas, apareció Missy Malek, pero Megan se la quitó de encima y cerró la puerta. Necesitó cierto tiempo, pero consiguió que Agnes se tranquilizara, que dejara de temblar y de agitarse; y acto seguido, como ya había ocurrido con anterioridad, la claridad regresó a los ojos de su suegra.

—¿Estás bien? —le preguntó Megan.

Y Agnes asintió.

—¿Megan?

—Dime.

—¿Con quién hablabas por teléfono?

—¿Cuándo?

—Ahora mismo. Cuando salí del cuarto. Estabas al final del pasillo, hablando por teléfono.

Megan no sabía muy bien qué decirle.

—Solo era un viejo amigo.

—No pretendo chismorrear.

—No, no pasa nada, es que... —Megan se interrumpió y logró contener las lágrimas. Agnes la observaba con tal preocupación que experimentó algo parecido a un desplome interior—. Toda mi vida ha sido una mentira.

Agnes esbozó una sonrisa y le dio unos golpecitos en la mano.

—Oh, yo no diría eso.

—Tú no lo entiendes.

—¿Quieres a mi Davey?

—Sí.

—¿Megan?

—¿Qué?

—Lo sé —susurró Agnes con una voz que cortaba el aire.

—¿El qué?

—La semana pasada.

—¿Qué ocurre con la semana pasada?

—El día siguiente a que Davey te trajera a casa, llamé al Emerson College. Tú dijiste que estudiabas allí. Pero había algo que chirriaba. Por eso les llamé. Nunca habían oído hablar de ti.

Megan no sabía qué decir.

—No diré nada. —La voz volvía a ser un susurro—. Da lo mismo, en realidad. Yo también engaño a Roland con mi edad. Soy tres años mayor que él, pero él no lo sabe. Lo cierto es que tú quieres a mi Davey. Me consta. Le sientas bien. No como esas chicas ricas y engreídas de la ciudad. Tu secreto está a salvo conmigo, cariño. Solo te pido una cosa.

A Megan le corría mejilla abajo una lágrima que se le había escapado.

—¿Qué?

—Dame unos nietos. Serás una madre maravillosa.

Agnes lo sabía, se dijo Megan. Durante todos estos años, durante todo este tiempo, Agnes había estado al corriente de sus mentiras. Darse cuenta de ello le resultaba casi increíble.

—¿Megan?

—Te lo prometo.

—No, eso no —Agnes parpadeó. Miró hacia la puerta—. Quieren trasladarme a la tercera planta, ¿verdad?

—Sí. Pero no tienes por qué hacerlo si no te apetece.

—No servirá de nada. —Agnes bajó la voz—. Él me encontrará. Incluso ahí. Me encontrará y me matará.

—¿Quién?

Agnes miró a la izquierda y luego a la derecha. Se acercó un poco más a su nuera y la miró fijamente a los ojos.

—El hombre malo que viene de noche.

Fue entonces cuando Megan recordó la cámara espía del reloj digital.

—¿Agnes?

—¿Sí?

—¿Esta noche ha venido el hombre malo?

—Pues claro. Por eso te he llamado.

A veces era como lidiar con una televisión humana que no paraba de cambiar de canal. Megan señaló hacia el reloj.

—¿Te acuerdas de cuando estuve aquí ayer?

Agnes esbozó una sonrisa.

—¡La cámara espía!

—Exacto.

—Igual puedes verlo, ¿no? Igual puedes ver al hombre malo.

—Podemos intentarlo.

Megan había puesto el reloj de la cámara espía para que funcionara de nueve de la noche a seis de la mañana. No lo grababa todo —funcionaba gracias a un sensor de movimiento—, así que no deberían tragarse nueve horas de material. Megan revisó la parte de atrás del reloj y vio que la luz brillaba. Lo cual quería decir que había algo en el disco duro digital.

—Enseguida vuelvo, Agnes.

Megan echó a andar a buen paso por el corredor, de regreso al mostrador de recepción. Pidió prestado un ordenador portátil y volvió rápidamente a la habitación. Trasladó la cámara a la cama y la enchufó al portátil. Agnes se acercó un poco más. Apareció el icono de la cámara espía. Megan pasó el cursor por encima.

—Si ha estado en tu habitación —dijo Megan—, ahora deberíamos verlo.

—¿Qué ocurre aquí?

Ambas miraron hacia la puerta. Había entrado Missy Malek, que estaba en jarras y con los labios apretados. Captó toda la escena —las dos mujeres en la cama, el reloj/cámara enchufado al ordenador— y se le pusieron los ojos como platos.

—Pero esto, ¿qué es?

—Una cámara de vigilancia —le dijo Megan.

—¿Una qué?

—Una cámara oculta. Incorporada en el reloj digital.

A Malek se le congestionó la cara.

—No pueden tener eso aquí.

—Ya es tarde.

—Tenemos normas de privacidad. Cuando Agnes llegó aquí, su marido, en condición de responsable, firmó un acuerdo. En él se estipulaba de manera específica...

—Yo nunca lo firmé —dijo Megan.

—Porque usted carece de poder legal.

—Exactamente. Pero este es el cuarto de Agnes. Y ella quería una cámara aquí, ¿verdad, Agnes?

Agnes asintió.

—Pues sí.

—No lo entiendo —dijo Missy Malek—. ¿Nos ha grabado?

—Supongo que sí.

—¿Sabe lo que es el abuso de confianza?

Megan se encogió de hombros.

—Si no tienen nada que ocultar...

—¡Por supuesto que no!

—Magnífico —dijo Megan—. ¿Quiere verlo con nosotras?

Malek lanzó una mirada severa a Agnes, y luego a Megan.

—Esto es un error.

—Pero es nuestro error —dijo Megan.

Las imágenes eran granuladas, no tanto porque la cámara fuese de baja resolución como porque estaba diseñada para grabar en la oscuridad. Lo primero que apareció fue una imagen fija de Agnes sentada en la cama. La visión nocturna le daba al cuarto una tonalidad verde espectral.

Aunque el angular era grande para captar toda la habitación, se podía distinguir claramente la expresión aterrorizada de Agnes. Esa misma vista nocturna proyectaba en sus ojos un fulgor blanquecino.

Había una flechita de *play* sobre la foto fija. Megan miró a Missy Malek. Malek puso cara de resignación. Megan clicó en el icono.

Empezó a pasar el vídeo. Y el misterio quedó resuelto, pero no de la manera prevista por Megan.

No había sonido, pero igual era mejor así. En la pantalla, Agnes estaba incorporada en la cama. Se podía ver que gritaba, que lloraba. Era evidente que estaba aterrada. La anciana se agarró a la almohada para protegerse. Se retiró al extremo de la cama, tratando de escapar, con las rodillas pegadas al pecho. Miraba fijamente a su atacante, cubriéndose el rostro con la mano derecha.

Pero ahí no había nadie.

Megan sintió que se le caía el alma a los pies. Miró de reojo a Missy Malek, quien

seguía aparentando resignación, pero no a causa de la culpa o del temor. Ya lo sabía. Megan contempló a su suegra. Agnes miraba la pantalla boquiabierta. Al principio, parecía confusa, pero a través de la niebla, Megan alcanzó a atisbar con claridad. Agnes podía ver lo que estaba ocurriendo. Una parte de su mente era capaz de aceptarlo, pero había otra parte mayor que no, así de sencillo. Era como decirle de repente a alguien que arriba era abajo y la derecha, la izquierda.

—Se ha hecho invisible —dijo Agnes.

Pero era obvio que no se lo acababa de creer.

Al cabo de lo que pareció una hora —de hecho, no fueron más de dos minutos—, apareció en pantalla una enfermera para tranquilizar a Agnes. Megan podía ver que la enfermera llevaba un vaso en la mano. Con la otra, iba sacando pastillas. Agnes se las tragó con ese vaso que, como supuso Megan, debía contener agua. Luego se echó hacia atrás. Amablemente, la enfermera la tapó con las sábanas, esperó un momento y salió de puntillas de la habitación.

Al cabo de un momento, la grabación se interrumpió.

Había que reconocerle a Malek que no había dicho nada. Agnes miraba fijamente la pantalla, esperando que pasara algo más. La pantalla solo volvió a la vida una vez más. Según el reloj digital de la esquina, había pasado una hora. Agnes y Megan se inclinaron para ver mejor, pero lo único que observaron fue a una enfermera que había entrado a vigilar a la paciente.

En la pantalla, Agnes continuaba durmiendo.

Y eso era todo.

—Lo habéis visto, ¿verdad? —dijo Agnes, señalando la pantalla—. ¿Habéis visto al del cuchillo? Una vez vino con un coyote y un frasco de veneno.

Malek salió de la habitación sin decir ni pío.

—¿Megan? —dijo Agnes con un frágil tono de voz.

—No pasa nada —dijo su nuera, experimentando una nueva oleada de desolación.

Qué tonta había sido. ¿Acaso no había sabido siempre lo que le mostrarían las imágenes de vigilancia? ¿De verdad se había tragado que un hombre con un cuchillo (por no hablar del coyote y el frasco de veneno) se presentaba de noche para aterrorizar a una anciana? Menudo delirio. Agnes había sido lo más parecido que, una mujer como Megan —quien se había pasado mintiendo la mayor parte de su vida adulta—, había tenido como confidente y mejor amiga. Ese día acababa de descubrir cuan íntimas habían sido. Durante todos esos años, Agnes había sabido si no la verdad, algo que se le parecía mucho. Y no le había importado.

Agnes había conocido a Megan mejor que nadie y la había querido de manera incondicional.

—Deberías irte a casa —dijo Agnes con una voz distante—. Tienes que cuidar del bebé.

El bebé. En singular. La tele humana había cambiado de canal una vez más, o por lo menos de época. Pero en cualquier caso, Agnes estaba en lo cierto. Ya había tenido

bastante. Ya estaba bien de perseguir su pasado. De vivir entre mentiras. Su suegro — el difunto Roland Pierce, al que su esposa nunca le reveló su auténtica edad— solía decir: «La juventud pasa volando». Ciertamente, pero eso sucedía a los veinte, en la mediana edad y en cualquier otra etapa. Era prácticamente lo único seguro de esta vida.

¿Cuándo había empezado Agnes a desvanecerse? ¿Cuándo le llegaría el turno a Megan?

No quería vivir un día más mintiendo.

Besó en la frente a su suegra, plantándole los labios y cerrando los ojos.

—Te quiero mucho —le dijo en voz muy queda—. No dejaré que te pase nada malo. Te lo prometo.

Se apartó de ella y salió al pasillo. Missy Malek la esperaba allí, con una pregunta en la cara. Megan asintió y dijo:

—Hablaré con mi marido, pero ya podemos empezar a organizar el traslado.

—Estará más contenta. Se lo garantizo.

Megan siguió andando, atravesó la sobrecargada recepción y dejó atrás la cafetería. Las puertas de cristal se deslizaron para dejarla salir. Agradeció el aire fresco, especialmente después del calor agobiante de allí dentro. Cerró los ojos un segundo y respiró hondo.

Seguía sin haber mensajes de Dave en el móvil. Se sentía triste, enfadada, exhausta y confusa. Ray la estaba esperando en Lucy. Ella no quería ir. Ray formaba parte de su pasado. Abrir esa puerta solo podía llevarla a la infelicidad. Ya era hora de tirar adelante.

Recordó las palabras de Ray: «No te conté la verdad».

¿Era capaz de ignorarlo? Y su tono de voz, la desesperación que se adivinaba... ¿De verdad podía alejarse de todo eso? ¿Acaso no le debía algo a Ray? Y quién sabe si, al final, ese era precisamente el motivo que la había hundido. Quizá no se tratara de revivir una juventud perdida, sino de la oportunidad de ayudar a alguien como Ray a levantar cabeza.

Llegó a la puerta del coche. Mientras acercaba su mano a la manija, algo captó su atención.

Megan se dio la vuelta rápidamente y vio cómo la navaja cortaba el aire en su dirección.

Broome se llevó un gran disgusto.

—Ya no está aquí.

Había regresado a las viejas ruinas de la caldera acompañado por Samantha Bajraktari y el técnico joven. Cowens había declinado sumárseles en esta ocasión, de lo que Broome dedujo que habría considerado que no tenía posibilidades con Samantha.

—¿Qué creíste ver en la foto? —preguntó esta.

—Una carretilla.

—¿Una carretilla? ¿De las de transportar cajas?

—O cadáveres —dijo Broome.

Puso la mano sobre el añejo ladrillo. Vistas a cierta distancia, la verdad es que las ruinas de la fábrica estaban francamente bien. A Broome le recordaban su luna de miel con Erin en Italia. Habían pasado dos semanas en Nápoles, Roma, Florencia y Venecia. Las obras de arte eran increíbles, por supuesto, pero lo que realmente les había fascinado a ambos —dos polis a la antigua usanza— eran las ruinas. Había algo incierto en esos residuos de muerte, como pistas de algo desaparecido, que les atraía. Les había fascinado el Foro Romano, junto al Coliseo; y especialmente Pompeya, toda una ciudad enterrada por un volcán. Dos mil años atrás, el Monte Vesubio había entrado en erupción y cubierto la ciudad entera y a sus habitantes bajo siete metros de cenizas. Durante mil setecientos años, así quedaron las cosas —la escena del crimen se desvaneció por completo, oculta a la vista—, hasta que Pompeya resurgió de manera accidental y sus secretos fueron lenta y dolorosamente revelados. Broome recordaba ahora los paseos por esas calles perfectamente conservadas, de la mano de su nueva y bella esposa, pero como por entonces era un merluzo integral, no se enteró de que aquel acabaría siendo el único momento crucial de su existencia.

—¿Estás bien? —le preguntó Bajraktari.

Broome asintió. Los Pine Barrens, bien lo sabía, estaban trufados de ruinas pertenecientes a los siglos XVIII y XIX. No eran puntos de interés turístico, a excepción de las más grandes, las de Batsto y Atsion. En su mayoría, como esas de ahí, resultaban difíciles de localizar y requerían una excursión para verlas. Ahora, todo cuanto quedaba eran reliquias de una época pasada a punto de desmoronarse, pero hubo un tiempo en que aquí, en los bosques de Nueva Jersey, se alzaban pujantes aldeas en torno a fábricas de papel, de vidrio o de mineral de hierro. Los recursos naturales acabaron por extinguirse, y con ellos, buena parte de las poblaciones. En algunos casos, francamente, no había modo de saber qué había ocurrido. Un día, allí había gente que vivía su vida mientras veía crecer a sus hijos. Y a la mañana siguiente, ya no quedaba ni rastro, tal vez porque esperaban ser desenterrados como los pompeyanos.

Bajraktari estudió el ladrillo de un horno construido en 1780.

—Te pareció ver una carretilla, ¿no?

—Sí.

La mujer frotó el ladrillo.

—¿Qué pasa?

—Aquí hay una pequeña rascadura. Podría tratarse, incluso, de un poco de óxido.

No puedo decírtelo con certeza sin hacer unas pruebas.

—¿Es como si hubieran apoyado una carretilla?

—Podría ser.

Samantha se inclinó sobre el suelo. Pasó la mano por el polvo.

—¿Me explicas tu teoría de la carretilla?

—¿Ahora? —dijo Broome—. Bueno, es de lo más simple.

—¿A saber?

—Que se utilizó para transportar algo.

—¿Como, pongamos por caso, un cadáver?

Broome asintió.

—Digamos que una vez al año (por Carnaval), tú te dedicaras aquí arriba a matar o malherir gente. Dejándolos inconscientes a base de golpes, por ejemplo. Y pongamos que también quisieras trasladarlos.

Samantha asintió.

—Para lo cual me vendría bien una carretilla.

—Exactamente.

—Si ese fuera el caso —dijo Samantha—, quedarían marcas de algún tipo. Muecas en el suelo. Aunque no sé de qué tamaño. Las de hace años habrían desaparecido tiempo atrás, claro está, pero si Carlton Flynn fue trasladado de ese modo días atrás, todavía podríamos ver algo.

Se dirigió hacia el enorme peñasco en el que había encontrado la sangre. Broome la siguió. Bajraktari se puso a gatas y colocó la nariz a menos de un centímetro del suelo, como haría un explorador en una vieja película del Oeste. Se puso a dar vueltas en círculo, incrementando cada vez más la velocidad.

—¿Qué? —inquirió Broome.

—¿Ves esto?

Señaló al suelo.

—Apenas.

—Es una muesca. Hay cuatro y forman un rectángulo. Yo diría que de metro por metro y medio.

—¿Y eso, qué quiere decir?

—Si quisieras subir el cuerpo a una carretilla, primero dejarías el artefacto en el suelo, sobre sus cuatro patas. Cuando el cuerpo fue depositado aquí al principio, este sería el punto más pesado. —Levantó la vista hacia él—. Resumiendo, que te quedarían unas muescas como estas.

—Vaya, vaya.

—Pues sí.

—¿Serías capaz de, no sé, seguir los surcos?

—No lo creo —dijo ella—. El terreno es muy duro, pero...

Su voz se fue desvaneciendo. Giró la cabeza y, como si de un perro perdiguero se tratara, empezó a retroceder por el sendero. Hasta que se detuvo y se inclinó.

—¿Este fue el camino? —preguntó Broome.

—No estoy del todo segura, pero mira cómo se han quebrado esos hierbajos.

Broome se acercó. Se puso en cuclillas. Realmente, parecía que algo muy pesado, quizás una carretilla con un cadáver, hubiese atravesado la zona. Trató de dar con un sendero, pero no había ninguno.

—¿Hacia dónde pudo haber ido?

—Puede que por aquí cerca. Puede que a enterrar el fiambre.

Broome negó con la cabeza.

—Estas últimas semanas ha hecho demasiado frío.

—Por aquí hay ramas rotas. Sigámoslas.

Y así hicieron. Cada vez se internaban más en el bosque, alejándose del camino. Empezaron a bajar una colina. Y entonces, en un área por la que a nadie se le ocurriría deambular, encontraron aún más ramas rotas, nuevas señales de que algo de un gran peso había pasado por allí a gran velocidad, aunque sin alcanzar la contundencia de una excavadora.

Se estaba poniendo el sol y empezaba a refrescar. Broome se subió la cremallera del chaquetón y siguió adelante.

Se espesó la maleza, haciendo cada vez más evidente que alguien había pasado por ahí antes. Broome sabía que debería aminorar la marcha, andarse con cuidado para no estropear una posible escena del crimen, pero sus piernas corrían demasiado aún.

Encabezó la marcha. Se le aceleró el pulso. Se le erizó el vello de la nuca.

Lo sabía. Simplemente, lo sabía.

—Frena un poco, Broome.

Ni caso. De hecho, apretó el paso, apartando ramas y tropezando casi con sus nudosas raíces. Finalmente, menos de un minuto después de haberse lanzado colina abajo, Broome desembocó en un pequeño claro y se detuvo de golpe.

Samantha Bajraktari apareció detrás.

—¿Broome?

El inspector se quedó mirando fijamente la estructura rota que tenía delante. Era una pared baja, de poco más de un metro, cubierta casi por completo de parras. Así funcionaban las cosas. Cuando el hombre abandonaba, la naturaleza se instalaba de nuevo y recuperaba lo que le pertenecía.

—¿Qué es eso? —preguntó Bajraktari.

Broome tragó saliva.

—Un pozo.

Se acercó a mirar por el agujero. Oscuridad absoluta.

—¿Llevas una linterna?

El eco de su voz le dijo que el agujero era profundo. Se le hizo un nudo en el estómago.

—Toma —le dijo ella.

Broome se hizo con la linterna y la encendió. Cuando apuntó directamente hacia abajo —con el primer rayo de luz—, vio algo que le paró el corazón un segundo. Puede que hiciera algún ruido, cierta clase de gruñido, pero no lo sabía con certeza. Samantha se situó a su lado, miró hacia el agujero y se asustó.

Ken estaba sentado en el último taburete y contemplaba a la camarera.

Se llamaba Lorraine y era muy buena en lo suyo. Se reía mucho. Les tocaba el brazo a los hombres. Sonreía, y aunque disimulara, aunque en el fondo odiase lo que hacía, jamás lo averiguarías. Las demás chicas también lo intentaban, pero no les salía tan bien. Sonreían, pero nunca más allá de sus propios labios, y a menudo, con excesiva frecuencia, podías distinguir la ausencia en sus rostros y el odio en sus miradas.

Los habituales llamaban Lorraine a la camarera mayor. Los habituales de un club de *striptease*: costaba imaginar algo más lamentable. Pero Ken lo entendía. En realidad, todos lo entendemos. Todos tenemos deseos. El sexo, evidentemente, era uno de los más grandes. Era muy fácil de controlar, pero la mayoría de esos hombres nunca lo descubriría. Nunca lo experimentarían y siempre se mostrarían de lo más ingenuos ante aquello que puede afectar realmente al alma humana.

Pero Ken había aprendido que el secreto para combatir todo lo que te empuja con esa fuerza consistía en comprender que no podías pararlo. Ken se consideraba un hombre disciplinado, pero lo cierto es que los seres humanos no estaban preparados para la abnegación. Por eso las dietas casi nunca funcionaban a largo plazo. O la abstinencia.

La única manera de controlar algo era reconocer que existía y que había que canalizarlo. Miró a Lorraine. Se acabaría yendo en algún momento. Y él la seguiría, la pillaría a solas y entonces... Pues nada, a canalizar.

Se dio la vuelta en el taburete y apoyó la espalda contra la barra. Las chicas eran feas. Casi podías sentir las enfermedades que emanaban de todos sus poros. Ninguna de ellas, claro está, le llegaba a Barbie a la suela del zapato. Pensó en esa casa al final de un callejón sin salida, en sus hijos y en las barbacoas en el patio trasero, en enseñar a su chaval a atrapar un balón de béisbol y en extender una manta en el suelo para ver los fuegos artificiales cada cuatro de Julio. Sabía que Barbie mostraba grandes reservas al respecto. Y entendía perfectamente su pesimismo, pero no podía resistirse a esa inconfundible atracción. ¿Por qué —se preguntaba— nos sigue

atrayendo la vida familiar si ya sabemos que conduce a la infelicidad? Lo había pensado mucho y llegado a la conclusión de que no era el sueño lo que había salido mal, sino los soñadores. Barbie sostenía a menudo que ellos eran diferentes y que, por consiguiente, no servían para esa clase de vida. Pero la verdad es que solo tenía razón a medias. Eran diferentes, sí, pero eso les daba la oportunidad de disfrutar de esa vida. Ellos no entrarían en el mundo doméstico como autómatas sin cerebro.

No es que la vida a la que la gente aspiraba fuese mala o carente de valor por sí misma. Lo que pasaba era que la vida resultaba, para la mayoría de la gente, algo inalcanzable.

—¿Qué te pongo, guapo?

Se dio la vuelta. Ahí estaba Lorraine. Con un trapo cervecero colgando del hombro. Llevaba pendientes que se bamboleaban. Su cabello tenía la consistencia y el color de la paja. Sus labios parecían tener hecho un hueco para colgar el pitillo. Llevaba una blusa blanca con demasiados botones desabrochados de manera intencionada.

—Oh, creo que ya llevo lo mío —dijo Ken.

Lorraine le disparó la misma media sonrisa que Ken le había visto dirigir a los habituales.

—Estás en un bar, chato. Hay que beber algo. ¿Qué me dices de una Coca-Cola, por lo menos?

—Sí, eso estaría muy bien.

Sin quitarle los ojos de encima, Lorraine echó algo de hielo en un vaso, agarró uno de los grifos para refrescos y apretó el botón adecuado.

—¿Y a qué has venido, guapo?

—A lo mismo que todo el mundo.

—¿De verdad?

Lorraine le pasó la Coca-Cola. Y él tomó un sorbo.

—Pues claro. ¿Tengo aspecto de no pintar nada aquí?

—Te pareces a mi ex... Demasiado atractivo para tu propio bien. —Lorraine se inclinó sobre la barra como si quisiera compartir un secreto—. ¿Y quieres saber una cosa? Los tíos que no parecen pintar nada aquí son nuestros mejores clientes.

A Ken se le habían ido los ojos al escote. Cuando levantó la vista, se topó con los ojos de ella. Y no le gustó lo que vio. Era como si esa vieja camarera fuese capaz de calarlo. Se la imaginó atada y sufriendo, recuperando así esa excitación que le resultaba tan familiar. Mantuvo el contacto visual e intentó algo.

—Me temo que aciertas con respecto a mí —dijo.

—¿Perdón?

—Sobre si pinto algo aquí. Supongo que he venido a reflexionar. Y puede que a guardar luto por alguien.

Comentó Lorraine:

—¿Ah, sí?

—Un amigo mío solía venir por aquí. Puede que hayas leído algo de él en la prensa. Se llamaba Carlton Flynn.

El resplandor de sus ojos le hizo ver que ella estaba al corriente. Vaya, vaya, esa mujer sabía cosas. Ahora le tocaba a él mirarla como si pudiese atisbar su interior y leer todos sus pensamientos.

Lorraine sabía algo valioso.

Megan vio el cuchillo dirigiéndose hacia ella.

Carecía de experiencia en artes marciales y, en caso de tenerla, tampoco le habría servido de nada. No había tiempo de apartarse, ni de agarrarle la muñeca al atacante o de hacer lo apropiado en una situación similar.

Dicen que en momentos así, cuando se te echa encima la violencia y la destrucción, el tiempo se ralentiza. Pero no era cierto. Durante ese breve instante, mientras la punta del cuchillo se acercaba cada vez más al hueco de su garganta, Megan dejó de comportarse como un ser humano evolucionado. De repente, su cerebro trabajó al nivel más básico. Hasta una hormiga, si pisas cerca de ella, sabe que hay que salir corriendo en dirección opuesta. En el fondo, solo pensamos en sobrevivir.

De eso se trataba ahora. La parte primordial de Megan, la que existía antes de la actividad cognitiva, tomó el mando. Ella ni pensó ni planificó nada de cuanto hizo. No había nada preconcebido, por lo menos al principio, pero hay ciertos mecanismos de defensa que vienen incorporados en nuestro sistema nervioso.

Lanzó el brazo hacia su cuello a modo de defensa, en un intento de impedir que la hoja le atravesara la garganta y pusiera fin a su vida.

La navaja le rajó el antebrazo, recorriendo tan tranquila la carne hasta topar con el hueso.

Megan pegó un aullido.

Desde algún apartado rincón del cerebro, pudo oír realmente el ruido chirriante del metal contra el hueso, pero le daba lo mismo. O por lo menos, ahora.

Todo se basaba en la supervivencia.

Lo demás, incluyendo su razonamiento, se hacía a un lado para dejarle sitio al instinto humano más primitivo. Megan se estaba jugando la vida, literalmente, y por eso un concepto se imponía a los demás: si la atacante le sacaba el cuchillo del brazo, acabaría muerta.

Toda su concentración giraba ahora en torno a ese cuchillo, pero, en algún rincón de su mente, Megan distinguió ese cabello rubio y se dio cuenta de que su atacante era la misma mujer que había matado a Harry Sutton. No se molestó en preguntarse por qué —ya habría tiempo para eso, si sobrevivía—, pero le entró un nuevo impulso de rabia que se le mezcló con el miedo y el pánico.

No le dejes recuperar la navaja.

No, el tiempo no transcurría más lento. Solo un segundo, o tal vez dos, había pasado desde que Megan vio el cuchillo dirigirse hacia ella. Una vez más, obedeciendo exclusivamente al instinto, con la hoja bien clavada en su tejido muscular, hizo algo que nunca se le ocurriría en una situación normal. Se sirvió de su mano libre para cubrir la navaja, plantando la palma de la mano en su propio antebrazo, reteniendo la hoja del cuchillo en su propia carne.

Eso no se le ocurrió: lo de que estaba intentando conservar un cuchillo en el brazo. Solo sabía que, pasara lo que pasase, por grande que fuese la desgracia que se abatía sobre ella, no pensaba dejar que esa mujer recuperara su arma.

Cuando la rubia intentó sacar el cuchillo y la hoja le raspó de nuevo el hueso, Megan experimentó un dolor insoportable y casi cayó de rodillas.

Casi.

Así era el dolor. Una parte de ti quiere que se acabe, pero si te preocupa tu vida —¿y a quién no?—, ese deseo puede imponerse a la red que controla tu conducta. Puede que se trate de algo químico, como la adrenalina. Pero quizá se trate de algo más abstracto, como la voluntad.

En esos momentos, pues, el dolor no significaba nada para Megan.

Supervivencia y rabia: eso era todo lo que importaba. Sobrevivir, en fin, era evidente. Pero la rabia no lo era menos. Megan estaba cabreada con todo: con esa asesina que le había hecho daño al pobre Harry; con Dave, por abandonarla a su suerte; con Ray, por renunciar a todo. Estaba furiosa con esa deidad que decidía que las personas mayores como Agnes debían ser recompensadas al final de sus vidas con la tortura y la indignidad de la locura. Estaba indignada consigo misma por no apreciar lo que tenía, por su manía de hurgar en el pasado, por no entender que cierta dosis de insatisfacción es inherente a la experiencia humana... Y sobre todo, estaba cabreada con esa puta rubia idiota por querer matarla.

A la mierda con ella.

Megan pegó un grito: un chillido enervante, primitivo y agudo. Con la hoja aún clavada en la carne del antebrazo, se retorció con fuerza por la cintura. La rubia cometió el error de intentar mantener el agarre, pero el súbito movimiento de Megan le hizo perder el equilibrio. Un poco.

Lo suficiente como para hacerla trastabillar hacia delante.

Megan le arreó un codazo. El puntiagudo hueso pegó de lleno en la parte baja de la nariz de la rubia, levantándosela hacia la frente. Se oyó un crujido. A la rubia le empezó a sangrar la cara.

Pero eso no acabó con ella.

Ahora que también experimentaba el dolor, la rubia reunió nuevas fuerzas. Recuperó el equilibrio y tiró de la hoja con toda su fuerza. El cuchillo raspó el hueso como si lo estuviese afilando. Megan seguía intentando conservarlo, pero la rubia se mostraba ahora muy enérgica. Salió la hoja, liberándose del músculo con un sonido tan húmedo como audible.

La sangre salió a borbotones de la herida, como un geiser.

Megan siempre había sido muy impresionable. A los ocho años, uno de sus padrastros quiso ver la última entrega de *Viernes 13*, y como no pudo encontrar a una canguro, se la llevó al cine. La experiencia fue de las que dejan huella. Desde entonces —incluso ahora— no podía aguantar ninguna película que contuviese secuencias violentas.

Aunque eso, ahora, ya daba lo mismo. Ver sangre —la suya y la de la rubia— no le afectó en absoluto. De hecho, casi lo agradeció.

Por un momento, no sintió dolor en el brazo. Pero luego le vino a lo grande, como si esa terminación nerviosa hubiese estado bloqueada, igual que una manguera pisada a la que le retiras súbitamente el pie de encima.

El dolor le proporcionó una furia ciega.

Con un aullido prácticamente animal, la rubia alzó el cuchillo y la atacó de nuevo.

Siguiendo su instinto una vez más, Megan se dijo: mantén a salvo los órganos vitales. La garganta, el corazón, el tejido más suave. Bajó la mandíbula, cerrando el acceso al cuello y al pecho. Paró el golpe con el hombro. La punta de la navaja le rozó la parte superior del hueso.

Megan volvió a gritar.

El dolor aumentaba, pero la navaja no había hecho más que penetrar ligeramente en la carne.

Megan lanzó una patada que fue a parar a la rodilla doblada de la rubia, torciéndosela hacia donde no era. La pierna se dobló y cedió. La rubia se desplomó, pero de inmediato trató de levantarse.

Por un instante, Megan pensó en salir corriendo. Pero no. La rubia no se daría por satisfecha. De hecho, ya casi volvía a estar de pie. Era más joven que Megan y, probablemente, también más fuerte y rápida; pero le daba igual: acabara esto como acabase, no pensaba morir apuñalada por la espalda mientras huía.

Ni hablar.

Se lanzó hacia su atacante con una sola idea en la cabeza:

Quítale esa navaja.

Las dos mujeres se enfrentaron sobre el pavimento. Megan estaba concentrada en quitarle la navaja a la rubia. Por eso la agarró de la muñeca con las dos manos. Había sangre por todas partes, embadurnándolas de color carmesí. En algún rincón lejano del cerebro, Megan escuchó la orden de moverse con rapidez. Estaba perdiendo sangre, demasiada. Si las cosas continuaban así, acabaría por desangrarse.

Megan apretó más la muñeca de la rubia, pero esta no soltaba la navaja. Megan puso los dedos de manera que las uñas se le clavaran en la suave piel de la zona interior de la muñeca. La rubia pegó un grito, pero no aflojó. Megan le clavó las uñas más a fondo. Pensó en servirse de la punta de la uña para rasgar la piel que cubre ese punto bajo el pulgar en donde se busca el pulso. ¿Ahí no había una arteria?

La rubia gritó de nuevo, echó la cabeza hacia delante y le hundió los dientes a Megan en el brazo herido.

Megan aulló de dolor.

La rubia siguió mordiendo la carne hasta que casi se le juntaron los dientes. El mordisco también había hecho saltar la sangre, que ahora manchaba los blanquísimos dientes de la asesina. Megan le clavó la uña más adentro.

El cuchillo cayó al suelo.

Y entonces fue cuando Megan cometió un error.

Estaba tan obcecada en hacerse con el cuchillo, en recogerlo y apuñalar a la rubia hasta que no quedara nada de ella, que se olvidó de las demás armas del arsenal de un ser humano.

Para coger la navaja y quedársela, Megan tuvo que soltar la muñeca de su adversaria. La rubia, al darse cuenta de que Megan solo pensaba en el cuchillo, reaccionó. Primero, remató el mordisco arrancando la carne y escupiéndola al suelo.

La nueva oleada de dolor estuvo a punto de cegar a Megan.

Mientras seguía intentando hacerse con la navaja, la rubia se la quitó de encima. Megan perdió el equilibrio. Cayó hacia la derecha, de cabeza, incapaz de extender las manos de la forma adecuada para parar el golpe.

Se golpeó duramente la sien contra su propio parachoques.

Vio las estrellas.

Hazte con esa navaja.

La rubia se le acercó y le dio una patada en la cabeza. Así fue como Megan se golpeó de nuevo con el parachoques. Y ahora notaba que estaba perdiendo la conciencia. Por un momento, ni supo dónde estaba ni de qué iba todo eso. Ni siquiera se acordaba de la rubia. Ni sintió la siguiente patada. Solo conservaba una idea.

Hazte con esa navaja.

La rubia le atizó una patada en las costillas. Megan cayó hacia delante, confusa y aturdida. La mejilla rozó el pavimento. Se le cerraron los ojos. Tenía los brazos extendidos a los lados, como si la hubiesen arrojado desde las alturas.

A Megan ya no le quedaba nada.

Pasó un rayo de luz por encima de ella, puede que una linterna, puede que un coche que venía. Fuera lo que fuese, la rubia dudó más de la cuenta. Con los ojos aún cerrados, Megan extendió la mano por el suelo.

Todavía recordaba dónde estaba el cuchillo.

La rubia gritó y se lanzó sobre ella para rematarla. Pero ahora Megan tenía el cuchillo en su poder. Se volvió hasta quedarse de espaldas, con el mango de la navaja contra el esternón y la hoja hacia arriba.

La rubia aterrizó en el afilado extremo.

La hoja entró hasta el fondo de su estómago. Megan no se conformó. Hundió aún más el cuchillo, atravesando el estómago, hasta que la hoja se detuvo en la caja torácica. Podía sentir en su cuerpo una calidez pegajosa mientras algo asomaba por la herida.

La rubia abrió la boca para emitir un grito silencioso. Se le abrieron mucho los ojos, y luego los plantó en los de Megan. Algo circuló entre las dos mujeres, algo serio y profundo y básico más allá de cualquier explicación racional. Megan recordaría esa mirada durante mucho tiempo. La repasaría en su cabeza y se preguntaría qué era lo que vio, pero nunca sería capaz de verbalizárselo a nadie.

Los ojos de la rubia se abrieron un poco más. Y entonces, mientras Megan la

miraba, algo en esos ojos se apagó; y Megan supo que se había ido para siempre.

Oyó pisadas mientras empezaba a desmayarse. Su cabeza ya casi tocaba el cemento cuando sintió que unas manos la agarraban, la sostenían con suavidad y luego la acompañaban hasta el suelo.

Levantó la vista y captó el miedo en la cara de él.

—¿Megan? ¡Oh, Dios mío! ¿Megan?

Casi sonrió al ver el bello rostro de Dave. Tenía ganas de consolarlo, de decirle que lo amaba, que se pondría bien —hasta su instinto básico, recordaría más adelante, la llevaba a querer y consolar a ese hombre—, pero no le salían las palabras.

Se le cerraron los ojos. Dave desapareció y solo quedó la oscuridad.

Broome se estaba pelando de frío.

Ya había otros seis polis junto al pozo. Uno de ellos le ofreció una manta. Broome frunció el ceño y le dijo que lo dejara en paz.

En el pozo había cadáveres.

Amontonados. Uno encima del otro.

El primero que sacaron fue el de Carlton Flynn.

Era el cadáver más reciente y, por consiguiente, más horripilante. Apestaba a descomposición. Algunos animalillos —puede que ratas o ardillas— habían mordido esa carne muerta. Uno de los agentes apartó la vista. Broome no.

El forense intentaría descubrir la hora y la causa de la muerte, pero a pesar de lo que suele verse en televisión, no había la menor garantía de precisar ninguna de ambas cosas. Entre la temperatura exterior y el festín de órganos vitales que se habían dado los bichos, todo resultaría excesivamente confuso.

Evidentemente, Broome no necesitaba ninguna prueba científica para averiguar el momento de la muerte. Estaba seguro de que Carlton Flynn había fallecido por Carnaval.

Durante unos instantes, mientras el cuerpo era extraído con cuerdas y poleas, todos se mantuvieron en su puesto con gesto solemne.

—El resto son básicamente esqueletos —dijo Samantha Bajraktari.

Algo que no cogió por sorpresa a Broome. Al cabo de ese montón de años, tras tanto bullicio, cambio de dirección, datos nuevos y tantos avistamientos y rumores, todo se reducía a eso. Alguien se había cargado a esos tíos y los había arrojado al pozo. Alguien los había atraído hasta este remoto paraje para matarlos, subirlos a una carretilla y trasladarlos a cincuenta metros del camino habitual.

Ya no quedaban dudas. Era obra de un asesino en serie.

—¿Cuántos cuerpos? —preguntó Broome.

—Aún no está clara la cosa. Por lo menos diez, puede que veinte.

Los hombres de Carnaval no se habían fugado ni asumido nuevas identidades ni viajado a cualquier isla remota. Broome meneó la cabeza. Debería haberlo supuesto. Siempre había creído que a Kennedy lo mató un tirador solitario. Siempre se había cachondeado de los ovnis, de las apariciones de Elvis, de los falsos alunizajes y de casi todas las teorías conspirativas para majaderos. Incluso en su condición de policía, siempre sospechaba de lo más evidente: el cónyuge, el novio, un miembro de la familia... Y es que, en casi todos los casos, la distancia más corta entre dos puntos es la línea recta.

Lo más probable era que Stewart Green estuviese al fondo de la pila.

—Hay que informar a los federales —apuntó Samantha.

—Ya lo sé.

—¿Quieres que me encargue?

—Ya está hecho.

Pensaba en Sarah Green, metida en casa durante todos esos años, incapaz de tirar adelante, reticente a guardar luto; mientras que a lo largo de todo ese tiempo, probablemente, su marido yacía muerto en el fondo de un pozo. Broome se había involucrado en exceso. Y eso le había nublado la vista. Había querido salvar a los Green. Se había convencido de que tal cosa era posible; de que, contra todo pronóstico, acabaría encontrando a Stewart Green para devolverlo a su hogar.

Memeces.

Seguía habiendo preguntas, claro está. ¿Por qué no habrían arrojado también al pozo el cadáver de Ross Gunther? Cabían ciertas posibilidades al respecto, pero a Broome no le gustaba ninguna de ellas. Los cuerpos del pozo tampoco respondían a la cuestión de quién había matado a Harry Sutton y por qué, pero tal vez se tratara de una simple coincidencia. En cuanto a lo de Lorraine viendo vivo a Stewart Green, era un error fácil de comprender. Hasta ella reconocía tener dudas al respecto. Seguramente, era alguien que se parecía a Stewart Green. Broome tampoco confiaba mucho en el proceso de envejecimiento por ordenador, pese a la cabeza rapada, la perilla y los diecisiete años transcurridos.

A no ser, claro está, que Lorraine estuviera en lo cierto. A no ser que Stewart Green no fuese la primera víctima, sino el asesino...

Pero él no lo creía.

Sacaron otro esqueleto.

—¿Inspector Broome?

Se dio la vuelta.

—Soy el agente especial Guy Angiuoni. Gracias por llamarnos.

Se dieron la mano. Broome ya era muy mayor para disputas territoriales. Solo quería que atraparan a ese loco hijo de puta.

—¿Alguna idea acerca de los de ahí abajo?

—Mi mu... —casi dijo «mujer»—. Mi compañera, Erin Anderson, está redactando una lista de hombres desaparecidos en Carnaval, o en torno a él. Podemos pasarle esa información para que la contraste con las víctimas del pozo.

—Eso me sería muy útil.

Ambos se quedaron mirando cómo la cuerda emprendía un nuevo trayecto hacia abajo.

—Creo que igual tenéis a un sospechoso —dijo Angiuoni—. Un tipo llamado Ray Levine.

—Es una posibilidad, supongo, pero aún no disponemos de bastantes pruebas. Le estamos registrando la casa.

—Estupendo. ¿Podrías ayudarme a coordinar tu trabajo con el de nuestra gente?

Broome asintió y apartó la vista. Ya era hora de salir del bosque. Ya no podía hacer nada más por allí. La cosa duraría horas, tal vez días. Mientras tanto, averiguaría qué había encontrado su gente en el sótano de Ray Levine, si es que había

algo que encontrar. Pensó en Sarah Green y en que tal vez debería esperar a tener la confirmación de que su marido estaba dentro de ese pozo, pero optó por no hacerlo, ya que los medios de comunicación propagarían el suceso a los cuatro vientos. No quería que Sarah se enterase a través de algún reportero pelmazo.

—Puedo verme con tu gente en casa de Levine —le dijo al del FBI.

—Te lo agradezco. Quiero que te mantengas en el caso, inspector. Necesitamos coordinarnos con alguien de aquí.

—Estoy a vuestra disposición.

Volvieron a darse la mano. Recurriendo a su linterna, Broome empezó a recorrer el camino que le llevaría hasta su coche. Le vibró el móvil. Vio que se trataba de Megan Pierce.

—¿Sí?

Pero no era Megan Pierce, sino un agente de homicidios del condado de Essex informándole de que alguien acababa de intentar asesinar a Megan Pierce.

Le llevó cierto tiempo, pero Erin acabó encontrando el número de teléfono de la casa de Stacy Paris, la bailarina exótica por la que se habían peleado Ross Gunther y Ricky Mannion y por la que aquel había muerto. Stacy Paris se llamaba ahora Jaime Hemsley. Era soltera y poseía una pequeña tienda de ropa en la zona más elegante de las afueras de Alpharetta, Georgia, a media hora de Atlanta.

Erin dudó en llamar, pero no mucho. Pese al desfase horario, descolgó el auricular y marcó el número.

Se puso una mujer con un leve acento sureño.

—¿Dígame?

—¿Jaime Hemsley?

—Sí, ¿quién es?

—Soy la inspectora Erin Anderson, del departamento de policía de Atlantic City. Tengo que hacerle unas preguntas.

Se produjo un breve silencio.

—¿Señorita Hemsley?

—No creo que pueda serle de utilidad.

—Detesto tener que llamarla así, de sopetón, pero necesito su ayuda.

—Yo no sé nada.

—Pues yo sí, Jaime; quiero decir, Stacy —atacó Erin—. Por ejemplo, su auténtico nombre.

—Ay, Dios —se esfumó el acento sureño—. Por favor. Se lo suplico. Déjeme vivir.

—No tengo el menor interés en perjudicarla.

—Han pasado casi veinte años.

—Me consta, pero tenemos una nueva pista sobre el asesinato del señor Gunther.

—¿Pero de qué me habla? A Ross lo mató Ricky.

—Creemos que no. Creemos que lo hizo otro.

—O sea, ¿van a soltar a Ricky? —Se escuchó un gemido—. Ay, Dios mío.

—Señorita Hemsley...

—Yo no sé nada, ¿vale? Fui como un saco de boxeador para esos dos psicópatas. Creía... Creía que Dios me hizo un favor. Ya sabe, lo de matar dos pájaros de un tiro. Se los llevó a los dos de mi vida y me permitió empezar de nuevo.

—¿Quién dice que le permitió empezar de nuevo?

—¿Cómo que quién? Pues Dios, el destino, mi ángel de la guarda, qué sé yo. Tenía a dos tíos peleándose para ver cuál de ellos acababa matándome. Y de repente, ambos desaparecieron.

—Se sintió salvada —dijo Erin, tanto para sí misma como para su interlocutora.

—Exacto. Y me largué de allí. Cambié de nombre. Tengo una tienda de ropa. No es gran cosa, pero es mía. ¿Me explico?

—Se explica.

—Y ahora, ¿qué? ¿Van a soltar a Ricky? Por favor, inspectora, no le diga dónde estoy.

Erin ponderó lo que estaba oyendo. Una vez más, la situación se ajustaba a cierto perfil que había ido emergiendo en torno a los hombres desaparecidos; es decir, que la mayoría de ellos no eran precisamente unos ciudadanos modélicos. Muchas otras esposas y novias se habían mostrado igual de vehementes a la hora de suplicarle a Erin que no encontrara a sus compañeros perdidos.

—No la encontrará, pero necesito preguntarle algo: ¿tiene usted alguna idea acerca de quién puede haberlo hecho?

—¿Matar a Ross, se refiere?

—Sí.

—Como no sea Ricky...

A Erin le sonó el móvil. Era Broome. Le dio las gracias a Jaime Hemsley y le dijo que volvería a llamarla si necesitaba algo más de ella. También le prometió avisarla si soltaban a Ricky Mannion.

Tras colgar el teléfono, Erin atendió al móvil:

—¿Sí?

—Están muertos, Erin —dijo Broome en un tono extrañamente monocorde—. Están todos muertos. Erin sintió un peso en el pecho.

—¿De qué demonios estás hablando?

Broome le habló de la foto de la carretilla, de la nueva excursión a las ruinas, de los cuerpos en el pozo. Erin lo escuchó atentamente. Cuando Broome terminó, le preguntó:

—¿Y eso es todo? ¿Se acabó?

—Para nosotros, supongo que sí. Los federales encontrarán al asesino. Pero hay piezas que siguen sin encajar.

—Ningún caso es perfecto, Broome. Ya lo sabes.

—Sí, vale, pero ahí está la cosa. Acabo de recibir una llamada de un investigador del condado de Essex. Megan Pierce fue atacada anoche por una joven rubia que coincide con la descripción de la mujer que estuvo en el despacho de Harry Sutton.

—¿Está bien?

—¿Megan? Tiene varias heridas, pero sobrevivirá. Y se cargó a su atacante. La apuñaló en el estómago.

—Joder.

—Pues sí.

—¿En defensa propia?

—Eso me ha dicho el poli del condado.

—¿Han identificado a la rubia?

—Todavía no.

—¿Y tú, qué idea te has hecho del asunto?

—No lo sé. Puede que no tenga nada que ver.

Erin lo dudaba mucho. Y sabía que a Broome le ocurría lo mismo.

—Bueno, ¿qué quieres que haga? —le preguntó.

—No podemos hacer gran cosa con lo de Megan Pierce. Cuando la policía local identifique a la rubia, igual tenemos un punto de partida.

—De acuerdo.

—Y también creo que deberíamos averiguar qué pinta en todo esto el asesinato de Ross Gunther.

—Acabo de hablar con Stacy Paris.

—¿Y?

Erin le puso al corriente de la conversación.

—No es de gran ayuda —dijo Broome.

—Aparte de ajustarse a cierto patrón.

—Tipos violentos.

—Exacto.

—Pues sigue por ahí. Novios o maridos violentos o lo que sea. El Carnaval está relacionado de algún modo. Ese fue el día en que todo se puso en marcha. Así pues, amplia el alcance un poco y mira si hay otros casos en Carnaval que nos puedan haber pasado por alto.

—Vale.

—Pero lo más importante es que, ahora mismo, los federales están recuperando los cuerpos. Necesitarán tu ayuda para identificarlos.

Erin ya se lo había oído.

—Ningún problema. Déjame reunir los detalles y que les pase los nombres. ¿Tú qué vas a hacer?

—Voy a dejarme caer por casa de Ray Levine, pero también tengo que hablar con Sarah antes de que se le eche la prensa encima.

—Eso va a ser un espanto —dijo Erin.

—Tal vez no. Puede que ella agradezca una conclusión.

—¿Tú crees?

—No.

Silencio.

Erin lo conocía lo suficiente. Se cambió el auricular a la otra oreja y le preguntó:

—¿Estás bien, Broome?

—Perfectamente.

Embustero.

—¿Quieres que nos veamos cuando acabes?

—No, mejor no —dijo él—. ¿Erin?

—¿Sí?

—¿Recuerdas nuestra luna de miel en Italia?

Era una pregunta extraña y totalmente extemporánea, pero había algo en ella que, incluso en medio de todas esas muertes, le hizo sonreír.

—Por supuesto.

—Gracias.

—¿Gracias, por qué?

Pero él ya había colgado.

Lucy la Elefanta cerraba de noche. Ray esperó a que se fuera el último guardia. En la acera de enfrente, el Ventura's Greenhouse, un bar-restaurante muy popular, estaba a rebosar, lo que dificultaba acceder por ese lado. Ray dio la vuelta habitual en torno a la tienda de regalos y se encaramó a la estructura.

Años atrás, cuando Cassie le había sustraído la llave a un exnovio, había hecho una copia. Y él la había conservado durante todo este tiempo. Ya sabía que no funcionaba, pero eso no le preocupaba en exceso. Lucy tenía puertas en ambas patas traseras. Los visitantes utilizaban una de ellas. Y la otra se cerraba con un sencillo candado. Ray agarró un buen pedrusco y la abrió de un solo golpe.

Recurriendo a su llavero-linterna para orientarse, subió por la escalera de caracol hasta el vientre de la bestia. Los interiores consistían en una cámara abovedada que te hacía sentir como en una capilla. Las paredes estaban pintadas de un extraño color rosa que, en teoría, reproducía de manera correctamente anatómica el tracto gastrointestinal de un elefante. Ray daba por buena esa teoría.

En tiempos, Cassie y él habían escondido un saco de dormir en el fondo de un armario. Pero parecía que ese armario había sido eliminado durante algún proceso de renovación. Ray se preguntaba si alguien se habría topado con el viejo saco de dormir: qué habría pensado y qué habría acabado haciendo con él... Y luego se preguntó por qué, ahora que el mundo se le estaba echando de nuevo encima, se ponía a pensar en algo tan banal.

Menuda tontería haber venido aquí.

Hacía diecisiete años que no accedía al interior de ese paquidermo de seis pisos de altura, pero si ese estómago pudiese hablar... Una sonrisa le iluminó el rostro. ¿Por qué no? Ya se había torturado lo suficiente. Volvía a ver aquella espantosa noche. No había manera de impedirlo. Estaba a punto de afrontar unos momentos muy malos; así pues, ¿por qué no recordar aquellas gloriosas noches? Como siempre le decía su padre, no hay subida sin bajada ni izquierda sin derecha... Y no se puede disfrutar de los buenos momentos sin que lleguen los malos.

Así que ahí estaba, en el vientre de la bestia, esperando a la única mujer a la que había querido realmente; mientras se daba cuenta de que apenas había vivido buenos momentos durante los últimos diecisiete años. Solo malos. Patético. Y estúpido.

¿Qué habría pensado su padre?

Un error. Un solo error cometido diecisiete años atrás, y él —el intrépido fotoperiodista que siempre estaba en primera línea de fuego— había permitido que ese error lo dejara tocado para siempre. Pero así funcionaba la existencia, ¿no? Todo dependía del momento, de las decisiones, de la suerte.

¿Llorar por la leche derramada? Qué divertido.

Ray subió por la escalera de caracol hasta llegar al observatorio situado en el lomo de Lucy. El aire nocturno soplaba con fuerza y el viento llegaba del océano con

mayor ímpetu. Olía maravillosamente a sal y arena. El cielo estaba despejado y las estrellas relucían sobre el Atlántico.

Una vista que te dejaba sin aliento, según Ray. Sacó la cámara y empezó a hacer fotos. Era sorprendente, pensaba, que hubiese cosas imprescindibles y otras que no te interesaran en absoluto.

Cuando acabó con las fotos, se quedó ahí sentado, pasando frío y esperando; y se preguntó —recurriendo nuevamente al condicional— si contarle la verdad a Megan volvería a cambiarlo todo de nuevo.

Cuando el médico le puso la venda en el brazo, farfulló algo acerca de haber trabajado para un carnicero de joven y haber tenido que recoger del suelo trozos de carne. Megan comprendió. Tenía el brazo hecho polvo, por usar un término suave.

—Pero se curará —dijo el médico.

El brazo le seguía palpitando pese a la morfina. También le dolía la cabeza, probablemente por los efectos de las contusiones. Megan se incorporó en el lecho.

A Dave lo habían enviado a la sala de espera mientras su mujer era entrevistada en la cama. La poli —se identificó como Loren Muse, investigadora del condado— se había mostrado sorprendentemente razonable. Le había dejado a Megan que explicara tranquilamente lo sucedido sin arquear una ceja siquiera, aunque su historia parecía una locura: «Pues sí, ya ve, salía yo de una residencia de ancianos cuando esa rubia pija se me echó encima armada con un cuchillo... No, no sé cómo se llama... No, no sé quién es ni por qué quería matarme, aunque la verdad es que la vi deambular por el despacho de Harry Sutton anoche...».

Muse la había escuchado con cara de palo, interrumpiéndola apenas. No le hizo preguntas sobradas ni la observó con suspicacia ni nada parecido. Cuando Megan acabó, Muse llamó a Broome a Atlantic City para confirmar la historia.

Y entonces, al cabo de unos minutos, Muse cerró el cuaderno.

—Bueno, ya está bien por hoy. Debe estar exhausta.

—Ni se lo imagina.

—Intentaré identificar a la rubia. ¿Cree que podría hablar de nuevo conmigo mañana?

—Sin duda.

Muse se puso en pie.

—Cuídese, Megan.

—Gracias. ¿Podría hacerme un favor?

—Usted dirá.

—¿Podría decirle al médico que deje pasar a mi marido?

Muse sonrió.

—Eso está hecho.

Cuando se quedó sola, Megan se tumbó. En la mesilla de noche a su derecha tenía

el móvil. Pensó en enviarle un SMS a Ray para decirle que no iba a aparecer — jamás, de hecho—, pero se sentía demasiado débil.

Al cabo de unos instantes, Dave entró en la habitación deprisa y corriendo y con lágrimas en los ojos. Un repentino recuerdo hospitalario le vino a Megan a la cabeza, transportándola al pasado y cortándole el resuello. Kaylie tenía quince meses, empezaba a andar y la habían llevado a la cena de Acción de Gracias en casa de Agnes y Roland. Andaban todos por la cocina. Agnes le acababa de pasar a Megan una taza de té cuando esta se dio la vuelta y vio cómo la titubeante Kaylie se apoyaba demasiado en la puertecita para niños que había en lo alto de la escalera del sótano. Roland, cómo ella misma averiguaría después, no la había cerrado bien. Mientras miraba horrorizada a su hija, Megan vio cómo la puerta cedía y Kaylie empezaba a caer rodando escaleras abajo.

Incluso ahora, recordándolo al cabo de catorce años, podía experimentar ese pánico materno. Recordó cómo pudo percibir lo inevitable en un nanosegundo. Los peldaños del sótano eran escarpados, oscuros y mellados. Su hija aterrizaría de cabeza en el cemento. No había nada que ella pudiese hacer para evitarlo —estaba demasiado lejos—, aparte de quedarse ahí congelada, con la taza de té en la mano mientras asistía a la caída de su niña.

Nunca olvidaría lo que ocurrió a continuación. Dave, que estaba sentado a su lado, se lanzó hacia la puerta abierta. Se lanzó. Como si el suelo fuera una piscina. Sin asomo de duda ni tiempo para pararse a pensarlo, aunque ni era un gran atleta ni poseía unos reflejos asombrosos. Tampoco era especialmente rápido ni ágil, pero atravesó el suelo de linóleo a una velocidad imposible de alcanzar aunque entrenara diez años. Mientras Kaylie empezaba a salirse de cuadro, por así decir, Dave se arrojó hacia la puerta abierta, estiró el brazo y agarró por el tobillo a la pobre cría. No pudo controlar su energía ni evitar caerse escaleras abajo, pero se las apañó para lanzar a Kaylie de vuelta hacia la puerta de la cocina y salvarla. Lo que era imposible era salvarse a sí mismo: aterrizó al final de la escalera y se rompió dos costillas.

Megan ya había oído hablar de esa clase de actos heroicos, de esos cónyuges y progenitores tan escasos que eran capaces de sacrificarse sin pensárselo dos veces. Había leído sobre tiroteos en donde los maridos se colocaban de forma natural frente a sus mujeres para ahorrarles la muerte. No siempre eran buenos tipos, por cierto. A veces se trataba de borrachos, jugadores o ladrones. Pero también eran, a un nivel tan básico como congénito, hombres valerosos. Había en ellos una absoluta falta de egoísmo, una pureza en sus acciones. Te hacían sentir segura, amada y bien cuidada. Y eso era algo que no se podía aprender. Se tenía o no.

Incluso antes del accidente, Megan supo que Dave era de esa clase de hombres.

Él se sentó a su lado y le cogió la mano, la del brazo bueno. Le acarició suavemente el pelo, como si de repente Megan se hubiese hecho de porcelana y pudiera romperse.

—Podría haberte perdido —le dijo, en un tono de voz en el que la tristeza se unía

al estupor.

—Estoy bien —afirmó ella, y como la vida también puede ser atterradoramente práctica en momentos horribles, le preguntó—: ¿Quién vigila a los chicos?

—Están con los Reale. No te preocupes por eso, ¿vale?

—Vale.

—Te quiero —le dijo Dave.

—Yo también —repuso ella—. Más de lo que nunca podrás imaginar. Pero tengo que decirte la verdad.

—Eso puede esperar —dijo él.

—No, no puede.

—Estás herida. Por Dios, un poco más y te matan. No me importa la verdad. Solo tú.

Megan sabía que, en ese momento, Dave era completamente sincero, pero también sabía que el asunto acabaría saliendo a la luz. Se curaría y volvería a casa; y entonces la vida y las preguntas se impondrían de nuevo. Puede que él pudiese esperar. Pero ella no.

—Por favor, Dave, tú déjame hablar, ¿vale?

Y él asintió.

—De acuerdo.

Y entonces, mientras Dave retiraba lentamente su mano, Megan se lo contó todo.

Cuando sonó el timbre, Del Flynn se llevó automáticamente la mano a la medalla de san Antonio.

Estaba en casa, viendo cómo los Celtics zurraban a los Sixers. Él era seguidor de los Sixers —su equipo favorito de baloncesto—, pero el único equipo que los Flynn adoraban realmente era el Philadelphia Eagles. A Del le encantaba el fútbol americano. Tres generaciones de su familia —su padre, él mismo y su hijo Carlton— habían sido grandes entusiastas de los Eagles. Hacía más de veinte años, cuando Del empezó por fin a ganar pasta en serio, se puso a comprar abonos en el estadio de los Eagles, siempre a menos de cincuenta metros de la hierba. Necesitó dos años para convencer a su viejo de que abandonara su querido pub un solo domingo para acudir a un partido. Fue un gran día y los Eagles vencieron a los Cowboys por tres puntos. El padre de Del murió poco después. De cáncer de pulmón, probablemente, tras tantos años metido en un bar lleno de humo: el trabajo había acabado con él, literalmente.

Pero ese partido era un buen recuerdo: Del lo conservaba para sacarlo esporádicamente, cuando quería recordar a su viejo antes de que la maldita enfermedad se le comiera las entrañas.

Del recordaba haber llevado a Carlton a su primer partido cuando solo tenía cuatro años. Los Eagles jugaban contra los Redskins, y a Carlton le había dado por

comprar un banderín de los Redskins, aunque los odiaba. A partir de ahí, la cosa se convirtió en una especie de costumbre: Carlton coleccionaba banderines de equipos contrarios y se los colgaba en la pared, encima de la cama. Del se preguntaba cuándo se había acabado todo aquello, cuándo perdió Carlton el interés por los banderines y terminó por arrancarlos de la pared.

En la pantalla del televisor, el nuevo central de los Sixers falló dos encestes seguidos.

Del levantó los brazos, indignado, y se giró como para lamentar esos espantosos lanzamientos con su hijo. Carlton, claro está, brillaba por su ausencia. Pero le hubiera dado lo mismo. Solo le interesaban los Eagles. Hay que ver cómo le gustaba a ese chaval ir a los partidos. Le encantaba todo: hacer cola en la entrada, lanzar unos balones en el aparcamiento, comprar aquellos banderines, cantar el himno de guerra de los Eagles. De los ocho partidos anuales que los Eagles jugaban en casa, Carlton solo solía acudir a dos o tres, aunque suplicaba ir a más. A los demás partidos, Del se llevaba a amigos y compañeros de trabajo, si es que no le pasaba las entradas a alguien al que le debiera un favor.

Menuda tontería y menudo desperdicio.

Evidentemente, al hacerse mayor, Carlton ya no quería ir a los partidos con su padre. Prefería acudir con sus amigos y luego irse de juerga. Así eran las cosas, ¿no? Padre e hijo no pueden estar en la misma onda, como decía aquella vieja canción, *Cat's in the Cradle*, u otra parecida. Del se preguntaba cuándo había empezado Carlton a descarriarse. Hubo un incidente durante su último curso en el instituto en el que una chica lo había acusado de violación y agresión tras una cita. Carlton le había dicho a Del que ella estaba cabreada porque se la había quitado de encima después de una sola noche de sexo. Del le creyó. ¿Pero quién viola a nadie en una cita? Los violadores se escondían entre los arbustos y aparecían de repente y demás. No eran invitados a casa de una chica, como Carlton. De todos modos, había rasguños y alguna que otra huella de mordiscos; pero Carlton dijo que así le gustaban las cosas a ella. Del no sabía qué pensar, pero al final ya le daba lo mismo todo ese rollo de si él había dicho esto y ella replicado lo otro... No pensaba permitir que su hijo fuese a la cárcel por un malentendido. Así pues, hizo determinados pagos y todo se olvidó.

Así funcionaba el mundo. Su hijo era un buen chico. Puede que solo fuera una fase por la que estaba pasando. Ya lo superaría.

Aun así, algo había cambiado en él; y ahora, con tanto tiempo libre, Del trataba de vislumbrar el qué. Podría muy bien ser cosa del fútbol. Cuando era muy joven, Carlton había sido un gran defensa. Hasta el punto de que en octavo curso rompió todos los récords locales en su especialidad. Pero entonces Carlton dejó de crecer. Y eso le frustró sobremanera. Aunque no fuese culpa suya. Era una cuestión genética, ni más ni menos. No se podía hacer nada al respecto. Cuando Carlton fue trasladado al equipo suplente, empezó a levantar pesas y, como sospechaba su padre, a tomar esteroides. Ahí empezó todo. Tal vez. ¿Quién podía saberlo con seguridad?

Del trató de concentrarse en los Celtics y los Sixers y, ante su propia sorpresa, lo consiguió. Qué rara era la vida. En realidad, le importaba una mierda que ganaran los Sixers. Pero aun así... Pese a lo que le estaba pasando, María, claro está, se troncharía de risa si lo viera tan concentrado en un partido. Señalaría el televisor y diría: «¿Tú crees que esos tíos irían a tu lugar de trabajo a aplaudirte?». No le faltaba razón, pero ¿y qué? Para demostrarle que tampoco se lo echaba en cara, María siempre le traía algo para picar: patatas fritas, nachos o algo por el estilo.

Fue en ese preciso instante, sentado en el sofá blanco y pensando en su adorable María, con los Sixers lanzados a la carga, cuando oyó el timbre de la puerta.

Se llevó la mano de inmediato a la medalla de san Antonio de Padua. Se suponía que debías invocar su nombre en memoria de lo perdido, incluyendo, como Del sabía bien, a las personas. De joven, eso se le hubiera antojado una memez, pero se había ido haciendo cada vez más supersticioso con el paso de los años.

Se despegó del cuero blanco y abrió la puerta principal. Ahí estaba Goldberg, el poli, plantado en mitad del frío. No dijo nada. No lo necesitaba. Sus ojos se encontraron y Goldberg le dedicó el movimiento afirmativo de cabeza más desolador posible. Del sintió que algo en el interior del pecho se le resquebrajaba.

No hubo negación de la realidad. Por lo menos, al principio. Solo hubo una claridad aniquiladora. Del Flynn entendió a la perfección lo que pasaba. Su chaval había desaparecido para siempre. Nunca volvería. Su hijo estaba muerto. Su joven existencia había tocado a su fin. No habría indulto de última hora, ni milagro, ni nada que lo salvase. Del nunca volvería a abrazarlo ni a verlo ni a hablar con él. No habría más partidos de los Eagles. Carlton se había ido y eso era todo. Y Del sabía que nunca se recuperaría.

Le flaquearon las piernas. Empezó a desmoronarse —eso es lo que quería, en realidad—, pero Goldberg lo sujetó con sus fuertes brazos. Del se doblaba contra el poli grandullón. El dolor era demasiado grande, insondable, insoportable.

—¿Cómo ha sido? —preguntó finalmente.

—Lo encontramos cerca de donde hallamos su sangre.

—¿En el bosque?

—Sí.

Del se imaginó a Carlton allí: solo, desprotegido, pasando frío.

—Había más cadáveres. Creemos que puede ser obra de un asesino en serie.

—¿Un asesino en serie?

—Eso creemos.

—O sea, ¿que no hubo ningún motivo concreto? ¿A mi chico se lo cargaron porque sí?

—Todavía no lo sabemos.

Del trató de controlar el dolor, de concentrarse en lo que le estaba diciendo Goldberg. Era lo que había que hacer en momentos de dolor extremo. Algunos negaban la evidencia. Otros pensaban en vengarse. Pero hicieras lo que hicieses, no te

concentrabas en todo lo que aquello significaba para ti porque eso habría resultado inaguantable. De hecho, recurres a lo irrelevante porque eres incapaz de alterar la horrible verdad.

Mientras empezaban a saltársele las lágrimas, Del preguntó:

—¿Mi hijo sufrió?

Goldberg se lo pensó un segundo.

—No lo sé.

—¿Habéis pillado al asesino?

—Aún no. Pero lo atraparemos.

Desde el televisor, Del podía oír los gritos de la afición local. Algo bueno les había pasado a los Sixers. Su hijo estaba muerto, pero la gente aplaudía. A nadie le importaba. La electricidad de la casa seguía funcionando. Los coches iban de un lado a otro. La gente seguía animando a su equipo.

—Gracias por decírmelo en persona —se oyó decir Del.

—¿Tienes a alguien que te haga compañía?

—Mi mujer volverá pronto.

—¿Quieres que me quede contigo hasta entonces?

—No. No hace falta. Te agradezco que hayas venido.

Goldberg se aclaró la garganta.

—¿Del?

Este levantó la vista para mirarle a la cara. Captaba una genuina compasión, pero también algo más.

Dijo Goldberg:

—No queremos que sufran más inocentes. ¿Comprendes a lo que me refiero?

Del no abrió la boca.

—Desactiva a esos psicópatas —le dijo Goldberg mientras le pasaba un teléfono móvil—. Ya ha habido bastantes muertos para una noche.

A través de una agonía cegadora, se abría paso la más aplastante lucidez. Goldberg tenía razón. Ya se había derramado suficiente sangre. Del Flynn se hizo con el móvil del policía y marcó el número de Ken.

Pero nadie respondió.

Broome llamó a Sarah Green.

—¿Estarás en casa dentro de una hora?

—Sí.

—¿Puedo pasarme por ahí?

—¿Alguna novedad?

—Sí.

Se hizo un breve silencio.

—Me temo que no me vas a traer buenas noticias.

—Estaré allí dentro de una hora.

Las farolas situadas ante la residencia de Ray Levine eran demasiado brillantes y amarillentas, dándole a todo un aspecto gastado. Cuatro coches patrulla del condado de Atlantic estaban aparcados frente al modesto edificio. Mientras se acercaba, Broome vio aparecer a los federales en una furgoneta. Se apresuró a entrar en la casa en busca de Dodds.

—¿Algo? —le preguntó.

—Nada de interés, si te refieres a eso. Ni armas del crimen, ni carretillas ni nada por el estilo. Ya hemos empezado a revisar las fotos del ordenador. A ese respecto, por lo menos, el tío dice la verdad: las imágenes de la vieja fábrica se tomaron en diferentes 18 de febrero, no en Carnaval.

Eso respaldaba la historia de Ray Levine por completo.

Dodds miró por la ventana.

—¿Son esos los federales?

—Sí.

—¿Se van a hacer cargo del asunto?

Broome asintió.

—Ya es suyo. —Miró el reloj. No había ningún motivo para quedarse allí. Podía irse a ver a Sarah y explicarle la situación—. Si no hay nada más...

—La verdad es que no. Solo he encontrado una cosa algo extraña.

—¿Cuál?

—Ray Levine. ¿Es su nombre auténtico?

—Lo es.

Dodds asintió, pero más bien para sí mismo.

—¿Conoces a otros Levine?

—Algunos. ¿Por qué?

—Son judíos, ¿no? Quiero decir, Levine es un apellido judío.

Broome contempló el sótano infame y le frunció el ceño a Dodds.

—No todos los judíos están forrados. Supongo que lo sabes, ¿no?

—No me refería a eso. No hablo de estereotipos ni nada parecido. Mira, ¿sabes qué? Olvídalo. No tiene importancia.

—¿Qué es lo que no tiene importancia? —le preguntó Broome.

—Nada. Si ya te lo he dicho, no hemos encontrado nada que lo incrimine. Es solo que... —Se encogió de hombros—. En fin, ¿qué hace un judío con esto?

Le pasó a Broome una pequeña bolsa para pruebas. Broome observó el contenido. Al principio, no captó lo que era, pero al cabo de unos segundos, cuando vio de qué se trataba, le entró una especie de vértigo, como si cayera y cayera y no pudiera detenerse. Su mundo, que ya se tambaleaba, encajó otro golpe repentino, y así no había manera de mantenerse en pie.

—¿Broome?

Ignoró esa voz. Parpadeó, miró de nuevo y se le revolvió el estómago, pues ahí, dentro de la bolsa de plástico, había una medalla de san Antonio.

Desde el otro lado de la calle, Ken vio salir a Lorraine de La Crème por la puerta de atrás: tardó lo suyo en recorrer el aparcamiento. Su partida parecía todo un acontecimiento. Todas las chicas que trabajaban en esa porqueriza saludaban a la camarera veterana y le daban un largo abrazo. Lorraine, a su vez, aceptaba el homenaje y luego parecía darle a cada uno lo que anhelaba: un oído comprensivo, una sonrisa picarona del tipo «ya lo he pillado» o una palabra amable.

Como si fuera su madre.

Cuando por fin acabó de sobarse con todas las chicas y se fue a casa, Ken la siguió a una distancia prudencial. El paseo hasta su hogar no era muy largo. La camarera vivía, claro está, en una choza inmunda: una de esas casas de las que uno diría que han conocido tiempos mejores, aunque lo más probable era que siempre hubieran resultado igual de repugnantes.

Lorraine abrió la puerta con su llave y desapareció en el interior. Se encendieron dos luces en la parte trasera. Antes de eso, no había ningún tipo de iluminación. Lo cual parecía indicar que vivía sola. Ken dio la vuelta a la casa, atisbando por las ventanas. Encontró a Lorraine en la cocina.

Pensó que parecía agotada. Se había quitado los zapatos de tacón, colocando los pies descalzos sobre una silla. Se calentaba las manos con una taza de té, mientras daba sorbitos y cerraba los ojos. A esa luz tan cruda, resultaba mucho menos atractiva y más vieja de lo que parecía bajo la tenue luz del tugurio de *striptease*.

Lógico, por otra parte.

Menuda vida se había fabricado la camarera, se decía Ken. Arrancarla de su miseria sería como hacerle un favor. Ken notaba que le volvía el picor a lo bestia. Sus manos se convirtieron en puños. Miró hacia la mesa de la cocina y pensó que sí, que seguramente sería lo bastante sólida para lo que se le había ocurrido.

Hora de trabajar.

Mientras se acercaba a la puerta de Lorraine, le vibró el móvil. Miró el número, vio que no se trataba de Barbie y optó por no descolgar. Llamó, se arregló un poco el cabello con las manos y se quedó a la espera. Se oyeron unos pasos y, a continuación, cómo el pestillo de arriba se abría. Era curiosa la reacción de la gente: podía tener un cerrojo carísimo y abrirle la puerta a cualquiera.

A Lorraine se le abrieron un poco más los ojos al ver a Ken, pero no le cerró la puerta en las narices ni nada parecido.

—Vaya, vaya, vaya. Pero si es el guapo sufridor que se parece a mi ex.

Intentó esbozar una de sus sonrisas picaronas, la misma que él ya había captado en el club, pero no le acababa de salir. Ken detectó en ella... ¿Miedo, tal vez? Sí,

miedo. Se lo notó en ese rostro castigado por el tiempo y eso lo excitó.

Él le dedicó su más amable expresión.

—Tengo que hablar contigo de una cosa.

Lorraine se mostraba reticente —y puede que también asustada—, pero no era de las que montan un número o echan a alguien de casa.

—De verdad que es importante —dijo Ken—. ¿Puedo pasar?

—Pues no sé qué decirte —repuso ella—. Es un poco tarde.

—Oh, no te preocupes —contestó Ken con una sonrisa de palmo—. Solo será un momento, te lo prometo.

Y, a continuación, se abrió camino y cerró la puerta tras él.

Fuera empezaba a hacer frío, así que Ray bajó las escaleras que llevaban a la abovedada «habitación estomacal» de Lucy. Había sido una estupidez venir hasta aquí. ¿Qué perseguía, realmente? Sí, guardaba recuerdos maravillosos de ese sitio. Y asimismo creyó que Cassie también. ¿Y qué? ¿Acaso pensaba que trayéndola aquí amortiguaría el golpe? ¿Creía que si conseguía hacerla regresar a aquel tiempo y a aquel lugar la ayudaría a entender por qué hizo lo que hizo?

Idiota.

Sí, ciertas cosas podían mejorar gracias al sitio y el contexto; pero ¿era tan ingenuo como para pensar que a ella le daría un subidón hormonal nada más entrar en esa estructura, que ahí dentro iba a encontrar más soportable lo que él había hecho? De repente, se sintió como un lamentable agente inmobiliario que cree que, para convencer a un cliente, basta con insistir en la inmejorable situación geográfica de la casa.

Consultó el móvil. Ni un SMS de Cassie, Megan o como diablos se llamara. Pensó en volver a llamarla, pero... ¿Para qué? Esperaría una hora más, puede que dos, y luego se marcharía. Sí, pero ¿Adónde? Seguro que los polis ya habrían terminado con su casa, ¿pero de verdad quería regresar a ese sótano cochambroso?

No.

Ya era hora de moverse. Si Cassie —para él siempre se llamaría así, no Megan— no quería escuchar lo que tenía que decirle, pues nada, tendría que encontrar otro modo de afrontar la situación. Pero quedarse allí, mientras el mundo se desmoronaba a su alrededor, no tenía ningún sentido. Era demasiado arriesgado y, aunque él era muy hábil a la hora de encontrar maneras de amargarse la vida, tampoco era especialmente partidario del suicidio.

Cuando empezó a bajar las escaleras de la pata trasera de Lucy, oyó un ruido por ahí abajo. Se detuvo y esperó.

Alguien había abierto la puerta.

—¿Cassie?

—No, Ray.

Se le cayó el alma a los pies al reconocer la voz. Era la del inspector Broome.

—¿Cómo me has encontrado? —le preguntó.

—Por el móvil. Es fácil cuando te lo dejas encendido.

—Ah. Vale.

—Se acabó, Ray.

Pero él no dijo nada.

—¿Ray?

—Ya te oigo, inspector.

—Es inútil huir. El sitio está rodeado.

—De acuerdo.

—¿Vas armado?

—No.

—He venido a detenerte, Ray. ¿Lo entiendes? Sin saber muy bien qué decir, Ray dio una respuesta de compromiso:

—Sí, lo entiendo.

—En ese caso, haznos un favor a los dos —le dijo Broome—. No causes problemas. Ponte de rodillas y con las manos en la cabeza. Te esposaré y leeré tus derechos.

A las ocho de la mañana siguiente, Megan abrió los ojos y experimentó un dolor inmenso. Había sido una noche muy larga a muchos niveles —lo peor no había sido el peaje emocional que suponía explicarle a Dave toda la verdad sobre su pasado—, y ahora cada parte de su cuerpo padecía un nuevo sufrimiento. Le dolía horriblemente el brazo; lo sentía como si se lo hubiera masticado un tigre y luego se lo hubieran metido en una batidora. Un herrero, además, se servía implacablemente de su cráneo como si fuera un yunque. Y la boca y la lengua combinaban la sequedad del Sahara con la peor resaca imaginable.

Abrió los ojos lentamente. Dave estaba sentado al final de la cama, con la cabeza apoyada en la mano. También él parecía dolorido, aunque no como si le palpitara todo el cuerpo. El pelo se le disparaba en todas direcciones. Megan dio por hecho que se había pasado toda la noche a su lado.

Trató de recordar a qué hora había acabado de hablar —Dave apenas había abierto la boca—, pero fue incapaz. Estuvo contándole su pasado hasta más allá del agotamiento; más que quedarse dormida, se colapsó por una mezcla de preocupación, dolor y morfina. Si Dave había comentado algo tras su confesión, ella no podía recordarlo.

Megan nunca había sentido tanta sed. Cuando fue a por el vaso de agua de la mesilla de noche, todo su cuerpo se le quejó a gritos. Soltó un discreto lamento. Dave se despertó en el acto y le dijo:

—Ya te lo alcanzo yo.

Se plantó junto a la mesilla de noche y le acercó cuidadosamente el vaso, ayudándola a colocarse la caña entre los labios. Megan sorbió con avaricia. El agua era pura ambrosía. Cuando acabó de beber, Dave volvió a dejar el vaso sobre la mesilla y se sentó a su lado.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

—Como si me hubiese pasado por encima un autobús.

Dave sonrió y le acarició la frente.

—Déjame llamar al médico.

—Aún no.

Notaba fría la mano de Dave sobre la piel. Cerró los ojos y disfrutó del contacto. Le resbaló una lágrima por la mejilla. No sabía muy bien por qué.

—He estado pensando en todo lo que me contaste —dijo Dave—. Todavía estoy intentando encajarlo.

—Ya lo sé. Pero Háblame, ¿vale?

—Vale.

Megan abrió los ojos y se lo quedó mirando.

—Es duro —dijo Dave—. Vamos a ver, por un lado, no me importa lo que hiciste en el pasado, supongo. ¿Tú me quieres?

—Sí.

—¿Tus sentimientos hacia mí son mentira?

—No, claro que no.

—En ese caso, ¿qué importa lo demás? Todos tenemos un pasado. Todos almacenamos secretos. O algo. —Se removió en el asiento—. Eso, por un lado. Esa es la parte que entiendo.

—¿Y por el otro lado?

Dave meneó la cabeza.

—Es lo que aún estoy tratando de asumir.

—¿De asumir o de juzgar? —le preguntó ella.

Dave adoptó una expresión confusa.

—No sé si entiendo adonde quieres ir a parar.

—Si mi pasado oculto consistiera en que, no sé, era una princesa virgen antes de conocerte, ¿tendrías tantos problemas para asumirlo?

—¿Tan mezquino me consideras?

—Solo te lo pregunto —dijo Megan—. Y creo que es una pregunta justa.

—¿Y si te dijera que sí, que esa posibilidad es más fácil de encajar?

—Supongo que lo entendería.

Dave lo pensó unos segundos.

—¿Quieres escuchar una verdad muy peculiar?

Y ella se quedó a la espera.

—Nunca confié del todo en ti, Megan. No, espera, no es exactamente así. Lo que quiero decir es que nunca te creí. Confiaba en ti. De manera implícita. Te convertí en mi esposa y te amaba y sé que tú me amabas. Compartíamos la vida y la cama y teníamos hijos juntos. —Dave tragó saliva, apartó la vista, volvió a mirarla—. Te confiaría mi vida, ya lo sabes.

—Lo sé.

—Pero no siempre te creía. Puedes confiar en alguien aunque haya algo que chirríe. No sé si me explico.

—Sí.

—¿Ha sido muy duro mentirme durante todos estos años?

—No solo a ti. A todo el mundo.

—Pero, básicamente, a mí.

No pensaba discutirlo.

—¿Tan duro ha sido?

Megan meditó la respuesta.

—La verdad es que no.

Dave se echó atrás en la silla.

—Caramba, eso sí es sinceridad.

—Es que la verdad no era ni tan siquiera una opción. No le veía sentido a hablarte de mi pasado. La verdad solo podía empeorar las cosas.

—Pero ha tenido que ser duro, ¿no? En cierta medida.

—Supongo que me acostumbré.

Dave asintió.

—Una parte de mí quiere conocer los detalles, para quedarse tranquila. ¿Sabes lo que quiero decir?

Megan asintió.

—Pero la mayor parte de mí sabe que es mejor dejarlo correr.

—Fue hace mucho tiempo, Dave.

—Pero forma parte de ti.

—Sí. Como tu pasado es parte de ti.

—¿Lo echas de menos?

—No pienso pedir disculpas.

—No te he preguntado eso. Lo que te he preguntado es si lo echas de menos.

Le cayeron más lágrimas. No iba a mentir de nuevo, no después de lo que le había costado decir la verdad.

—Cuando ibas al instituto, estabas en un grupo de teatro, ¿verdad?

—¿Y?

—Y salías con los amigos y os reuníais a fumar canutos. Tú mismo me lo contaste.

—No sé si te sigo —dijo Dave.

—Lo echas de menos, ¿verdad? Pero no lo repetirías. Es una época que se acabó. ¿Tengo que odiar mi pasado para que me aceptes?

Dave adoptó un aire pasmado.

—¿Pero tú crees que es lo mismo?

—¿En qué se diferencia?

Dave se frotó la cara con las manos.

—No lo sé. Por eso tengo que procesarlo. —Intentó sonreír—. Creo que las mentiras nos han hecho más daño de lo que imaginas. En cierta medida, nos distanciaron. Era inevitable. Y ahora las cosas serán distintas. Aunque puede que sean mejores.

Sonó el teléfono de la mesilla de noche.

Dave torció el gesto.

—Se supone que no deberían molestarte. Megan descolgó con el brazo bueno.

—¿Dígame?

—Creo que has tenido una noche complicada.

Era el inspector Broome.

—Me recuperaré.

—¿Has visto la tele esta mañana?

—No, ¿por qué?

—Carlton Flynn está muerto. Y unos cuantos más. Encontramos los cadáveres en un pozo, cerca de la vieja caldera.

—¿Qué? —Megan consiguió incorporarse esta vez—. No lo entiendo. ¿Stewart Green también?

—Probablemente. Todavía están analizando los cuerpos.

Hablando de asumir y procesar...

—Espera un momento. Entonces, ¿alguien los mató a todos?

—Ya te pasaré los detalles más adelante, pero de momento necesito tu ayuda.

—¿Qué clase de ayuda?

—Ya sé que estás convaleciente, así que si no te ves capaz...

—¿Qué puedo hacer por ti, inspector?

—Anoche detuvimos a Ray Levine por los asesinatos.

Megan abrió la boca, pero no le salió ni una sola palabra. Su mundo volvía a estar patas arriba.

—¿Estás de broma o qué?

—No...

—¿Pero de qué vas? ¿Te has vuelto loco?

Dave la contempló sorprendido. Ella lo ignoró.

—Broome —gritó.

—Sigo aquí —repuso este.

Megan empezó a menear la cabeza, dispuesta a decirle que eso, simplemente, era imposible, pero entonces recordó la noche anterior, lo último que Ray le había dicho: «No te conté la verdad».

—No, no, tiene que tratarse de un error —dijo, sintiendo una lágrima que le caía por la mejilla—. ¿Me oyes? ¿Qué pruebas tienes?

—Ahora no quiero hablar de eso, pero necesito tu ayuda.

—¿Cómo?

—Hemos detenido a Ray —dijo Broome—. No quiere hablar con ninguno de nosotros. Solo hablará contigo cara a cara. Ya sé que es mucho pedir en tu actual estado, y siempre podemos esperar unos días, hasta que te encuentres mejor...

—Dame la dirección —le ordenó Megan.

Dave no podía quitarle los ojos de encima.

Megan prestaba mucha atención. Luego colgó y se volvió hacia su marido:

—Necesito que me llesves a una prisión.

Después de hablar con Megan, Broome se fue directo a la zona de detención. Ray Levine vestía el uniforme color naranja de la cárcel. Y lucía grilletes en manos y piernas. Se hallaban en una sala de interrogatorios de la prisión del condado de Atlantic. Ray había llamado a su único amigo en la zona, que también era su jefe, Fester, y este había contratado a un abogado llamado Flair Hickory para que le representara. Hickory era famoso por ser muy bueno y muy extravagante.

Cuando Broome entró en la sala, Flair Hickory, cuyo traje de color lavanda

resultaba un tanto extemporáneo a las ocho de la mañana, le espetó:

—¿Y bien?

—Está de camino.

—Maravilloso.

—Pero me gustaría hacerle unas preguntas a su cliente.

—Y a mí me gustaría compartir un baño de burbujas con Hugh Jackman — contraatacó Flair echando ambas manos al vuelo—. Soñar es gratis, ¿verdad? Pero mi cliente ha dejado las cosas muy claras. Antes de hablar con usted, necesita un encuentro en privado con Megan Pierce. Y ahora, márchese.

Broome abandonó la sala. El agente especial Angiuoni se encogió de hombros y dijo:

—Valía la pena intentarlo.

—Supongo.

—Incluso con escolta policial, esa mujer tardará por lo menos una hora en llegar. ¿Por qué no te das una vuelta?

—Tengo que volver a La Crème.

—¿El club nocturno? ¿Para qué?

Broome no se molestó en explicárselo. Salió a por su coche. Aún quedaban algunos cabos sueltos. Ciertamente, había sido una noche muy larga. Los federales seguían poniendo patas arriba el domicilio de Ray Levine en busca de más trofeos. Hasta hora, se habían sacado del pozo doce cadáveres, y a medida que iban profundizando en el agujero, se iba haciendo cada vez más difícil distinguir de inmediato a quién pertenecía cada hueso. Los cuerpos se habían ido destartando con el paso del tiempo, convirtiendo el pozo en un verdadero osario.

La noche anterior, tras detener a Ray Levine, Broome se había dirigido a esa maldita casa que, en tiempos, había sido el hogar de Stewart y Sarah Green. Le contó a Sarah lo que sabía, que todo apuntaba a la presencia de Stewart en el fondo del pozo, tras haber sido víctima de un asesino en serie. Sarah lo escuchó con el interés habitual. Cuando terminó, ella le preguntó: «¿No me dijiste que alguien había visto a Stewart recientemente?».

Por eso se dirigía ahora a La Crème, donde se celebraba el *brunch* de los sábados. A esas horas, estarían abriendo para el desayuno, y la verdad es que les iba muy bien. Broome dudaba mucho de que su excursión arrojara algún resultado tangible. Lorraine, de eso estaba seguro, se encogería de hombros y le diría: «Ya te dije que no estaba segura. Pero tú nunca me haces ningún caso».

Pero la verdad —una verdad que tal vez podía empezar a reconocer— era que tenía ganas de ver a Lorraine. Había sido una noche espantosa, con demasiada sangre y demasiados muertos. Vale, contaba con una excusa profesional para ir a verla, pero puede que lo único que quisiera fuese estar con ella, ver un rostro bonito y familiar que le devolviera la mirada, el rostro de una mujer que no estaba casada con otro. Lorraine tenía algo muy especial: era otra veterana herida de esta ciudad y le sentaba

bien estar con ella. Puede que eso fuera lo único que deseaba. Tal vez solo aspirara a desaparecer un ratito tras esa sonrisa picara y consoladora y en su risa rugosa. Y puede que el hecho de que se estuviera muriendo, de que ya no fuera a estar aquí dentro de unos meses... le hiciera pensar en que no deseaba echar de menos a nadie más en lo que le quedaba de vida.

¿Qué había de malo en ello?

Los porteros de La Crème estaban abriendo las puertas cuando él llegó. Ya había algunos parroquianos haciendo cola, pero probablemente venían directamente de los casinos o de cualquier otra actividad nocturna que los hubiese mantenido ocupados. Era la clientela del desayuno: no la gente que se acababa de despertar y tenía hambre, sino los que habían pasado la noche en vela y necesitaban empezar el nuevo día con un buen *striptease*. La cosa se podía considerar desde todos los puntos de vista, pero era difícil no llegar a la conclusión de que se trataba de gente absurda y desesperada, en el mejor de los casos.

Broome les dedicó a los porteros vestidos de negro un discreto cabezazo al entrar. Se internó en sus oscuros confines y se puso a hacer cola ante la barra de Lorraine. Pero ella no estaba. Cuando iba a darse la vuelta para preguntar dónde se había metido, alguien le pegó un empujón colosal por detrás.

Rudy parecía realmente congestionado.

—Pero ¿qué diablos te pasa, Rudy?

Y esté le señaló con uno de sus dedazos.

—Te lo advertí.

—¿De qué estás hablando?

—Primero hablas con Ámbar. Vale, no pasa nada. Las hay a patadas. Muy bien.

—Le pegó otro empujón—. Pero te lo advertí, ¿o no?

—¿Me advertiste, qué?

—Te dije que Lorraine era diferente. Que era especial. Ya te dije lo que te haría si le pasaba algo.

Broome se quedó de piedra. De repente, le pareció que la música sonaba más fuerte. La sala empezó a dar vueltas.

—¿Dónde está?

—No me vengas con esas mierdas de poli. Lo sabes perfectamente...

Broome agarró a Rudy por las solapas y lo arrojó contra la pared:

—¿Dónde está Lorraine?

—Eso te pregunto yo, imbécil. No ha venido a trabajar esta mañana.

En una sala de interrogatorios anodina aunque surrealista, Megan ocupaba un asiento frente a Ray.

El trayecto en coche había sido más bien apagado. Un agente federal llamado Guy Angiuoni la había llamado para darle detalles de los crímenes y de la detención. No había quien lo entendiera. Cuando Megan colgó, Dave intentó darle conversación. No hubo manera. Dave ya estaba al corriente ahora de su relación con Ray; no en detalle, claro está, pero sí lo suficiente. Megan, a su vez, sabía que eso no podía sentarle bien de ningún modo. Por eso deseaba consolarlo y reafirmarle su amor. Dave merecía eso y mucho más. Pero se sentía demasiado aturdida para ello.

El asunto debería esperar.

Había atravesado un detector de metales y sufrido un registro riguroso antes de que la dejaran entrar en la sala de detención. Ahí dentro había cinco hombres: el agente especial, Guy Angiuoni; dos policías de uniforme; el abogado de Ray, Flair Hickory, que la recibió con una afectuosa sonrisa; y, claro está, el propio Ray.

Flair Hickory blandía unos cuantos papeles.

—Son declaraciones juradas de que su conversación con mi cliente no será escuchada ni grabada ni utilizada de ninguna manera —dijo—. Todos los aquí presentes han firmado una.

—Muy bien.

—Y yo le agradecería mucho que usted firmase otra en la que se comprometiera a no divulgar nada de lo que mi cliente le diga durante la conversación.

—No es necesario —intervino Ray.

—También es en beneficio de ella —le explicó Flair—. Aunque cuente con toda tu confianza, Ray, se trata de que a ellos les resulte más difícil obligarla a hablar.

—No pasa nada —dijo Megan.

Los dedos del brazo malo todavía le respondían lo suficiente como para sostener un bolígrafo y garabatear una firma.

Flair Hickory recogió los papeles.

—Muy bien. Y ahora, que salga todo el mundo.

El agente especial Angiuoni se dirigió hacia la puerta.

—Habrà alguien vigilando, señora Pierce. Si cree correr peligro, levante el brazo sano por encima de la cabeza.

—Mi cliente está atado en plan sadomasoquista —contraatacó Flair—. ¿Cómo quiere que sea un peligro para nadie?

—Por si acaso.

Flair adoptó una expresión fatalista. Guy Angiuoni fue el primero en salir, seguido por ambos guardias. El último fue el abogado. La puerta se cerró tras ellos. Megan se sentó frente a Ray, al otro lado de la mesa. Ray tenía los tobillos esposados a la silla y los brazos a la mesa.

—¿Estás bien? —le preguntó a su visitante.

—Anoche me atacaron.

—¿Quién?

Megan negó con la cabeza.

—No he venido a hablar de mí.

—¿Por eso no pudiste aparecer por Lucy?

Megan no sabía muy bien cómo responder a eso.

—Tampoco habría acudido de todos modos.

Ray asintió como si lo comprendiera.

—¿Mataste a todos esos hombres, Ray?

—No.

—¿Mataste a Stewart Green?

Ray no dijo nada.

—Descubriste que me maltrataba, ¿verdad?

—Sí.

—Tú te preocupabas por mí. Incluso... —Megan se interrumpió brevemente—.

Tú incluso me querías.

—Sí.

—Ray, necesito que me cuentes la verdad de una vez.

—Así lo haré —dijo él—. Pero primero, tú.

—¿Cómo?

—Cassie —dijo Ray—. ¿Mataste tú a Stewart Green?

Broome no se molestó en hacerle más preguntas a Rudy.

Intentó no alarmarse, pero no lo logró. Le dijo a Rudy que se quedara en el club y le llamase si aparecía Lorraine. Sin añadir ni una palabra, Broome volvió a toda prisa a su coche, cogió la pistola y salió pitando hacia la casa de Lorraine.

«No, por favor, no, por favor...».

Llamó para pedir refuerzos, pero le dijeron que esperara un momento. Ni hablar. Echó a correr con todas sus fuerzas. Los pulmones le ardían. La respiración le rebotaba en los oídos. Los ojos se le humedecían en contacto con el aire matutino.

Nada de eso tenía la menor importancia. Había algo fundamental.

Lorraine.

Si le había pasado algo, si le habían hecho daño...

Había gente por la calle, tambaleándose al sol tras una noche de luz artificial. Broome ni siquiera los miró.

«Lorraine no, por favor, Lorraine no...».

Torció a la derecha al llegar a la esquina. Vio la casa de Lorraine ahí delante. Recordó la otra vez que había estado, cuando se quedó a pasar la noche. Es curioso cómo echas de menos lo evidente. No había significado gran cosa para él, y seguro

que aún menos para ella, pero ahora maldecía su propia idiotez.

Mientras le subía la adrenalina, Broome aceleró, subiendo los peldaños de la entrada de dos en dos. Casi se estrelló contra la puerta, dispuesto a echarla abajo con el hombro, pero se contuvo.

Nunca hay que entrar a lo bestia. Lo sabía perfectamente. Pero tampoco pensaba quedarse a la espera. Se tranquilizó y probó el pomo de la puerta principal.

No estaba cerrada.

Se le encogió el corazón. ¿Sería tan tonta Lorraine como para dejar la puerta abierta en un barrio como este?

Lo dudaba mucho.

Abrió lentamente la puerta, con el arma preparada. La puerta chirrió.

—¡Policía! —gritó—. ¿Hay alguien ahí?

No hubo respuesta.

Se internó un paso más en la casa.

—¿Lorraine?

Podía distinguir el temor en su propia voz.

«No, por favor, no, por favor, no, por favor...».

Observó atentamente el salón. No había nada destacable. Un sofá con un sillón a juego, de los que puedes encontrar en cualquier tienda de muebles de carretera. El televisor era modesto para las costumbres actuales. Y el reloj de pared era puro Atlantic City, con sus dados en vez de números.

Había una mesita de centro con tres ceniceros que mostraban antiguas escenas del Centro de Convenciones del paseo marítimo. A la derecha, había una pequeña barra con dos taburetes. Sendas botellas de vodka Smirnoff y ginebra Gordon's hacían guardia como si fuesen soldados. Los posavasos eran los mismos que se usaban en La Crème.

—¿Hay alguien aquí? Soy policía. Salgan con las manos en alto.

Nada.

Colgaban de las paredes unas espectaculares reproducciones de antiguos carteles del *burlesque*. Había uno del Roxy de Cleveland, uno del Coney Island Red Hots y, justo ahí delante, uno de color amarillo limón que anunciaba a Miss Combustión Espontánea, la mismísima Blaze Starr, en el Globe de Atlantic City.

La casa de Lorraine no era ni grande ni elegante, pero sí era muy propia de ella. Broome sabía que el dormitorio caía a la izquierda, el baño a la derecha y la cocina en la parte de atrás. Primero fue al dormitorio. Le pareció más un camerino desordenado que un sitio para dormir. La rutilante ropa de trabajo de Lorraine no colgaba en perchas, sino que estaba puesta en maniquís, lo cual podía tomarse, según cómo, por una elección premeditada.

La cama, sin embargo, estaba hecha.

Broome tragó saliva y regresó al salón. No había tiempo que perder. Corrió hacia la cocina. Podía atisbar a cierta distancia el frigorífico de color verde aguacate con la

puerta trufada de imanes de recuerdo. Cuando llegó a la puerta, se detuvo en seco.

Oh, no...

Bajó la vista hasta el linóleo que había bajo la mesa y empezó a menear la cabeza. Volvió a mirar, confiando en que algo hubiese cambiado, pero no era así, claro está.

El suelo de la cocina estaba empapado en sangre.

—Cassie, ¿fuiste tú quien mató a Stewart Green?

Ray levantó la vista, se topó con la mirada de Cassie y se la sostuvo. Quería ver su reacción ante lo que estaba a punto de decirle; o sea que, en la jerga de esa maldita ciudad, quería ver si se traicionaba.

—No, Ray, yo no lo maté —dijo ella—. ¿Y tú?

Ray contempló su hermoso rostro, pero no pudo captar nada más que sorpresa ante la pregunta. La miró a fondo y la creyó.

—No, tampoco fui yo.

—Entonces, ¿quién fue?

Ray tenía que ir al grano. Tenía que contarle la verdad. El problema, ahora que estaba convencido de que ella no había sido, era: ¿cómo habría de afrontar el tema?

Aunque ya era un poco tarde para preocuparse por eso.

—Aquella noche —empezó Ray—, te fuiste hasta aquel sitio. Viste a Stewart Green tirado junto al pedrusco y creíste que estaba muerto.

—Hasta ahí ya hemos llegado, Ray.

—Tú presta atención.

—Vale —dijo Cassie—. Yo le vi y le di por muerto.

—Y saliste pitando, ¿no? Estabas asustada. Pensaste que te cargarían el muerto.

—O a ti.

—Exacto —dijo Ray—. O a mí.

—No lo entiendo, Ray. ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Qué querías decirme?

Ray se preguntaba cómo hacer que lo comprendiera.

—¿Por qué estabas allí aquella noche?

Cassie adoptó una expresión confusa.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué fuiste al parque aquella noche?

—¿Cómo que por qué? Porque recibí tu mensaje. Y me dabas instrucciones muy precisas para llegar hasta allá.

Ray negó con la cabeza.

—Yo nunca te dejé un mensaje.

—¿Cómo? Pues claro que lo hiciste.

—No.

—Entonces, ¿cómo sabías llegar hasta allí?

Ray se encogió de hombros.

—Te seguí.

—No me aclaro.

—Sabía lo mal que lo estabas pasando con Stewart Green. Incluso te pedí que te fugaras conmigo. Quería que pudiésemos empezar de cero, ¿te acuerdas?

Una triste sonrisa recorrió el rostro de Cassie.

—Estabas soñando.

—Puede ser. Pero también es posible que si me hubieras hecho caso...

—No sigas por ahí, Ray.

Y él asintió. Tenía razón.

—Te seguí esa noche. Dejaste el coche en aquel aparcamiento de los Pine Barrens y enfilaste el sendero. Yo no sabía a quién ibas a ver ni por qué. Supongo que me sentía celoso, no sé. Ya da lo mismo. Iniciaste el camino. Yo no te seguí. Si querías ver a otro hombre, pues francamente, eso no tenía nada que ver conmigo. No éramos exclusivos. Eso formaba parte de la diversión, ¿no?

—No lo entiendo —dijo ella—. ¿Tú no me enviaste ese mensaje para que nos viéramos?

—No.

—¿Y quién fue, entonces?

—He tenido mucho tiempo para pensarlo durante las últimas veinticuatro horas. Y me temo que la respuesta es bastante evidente. Tuvo que ser Stewart Green. Te estaba tendiendo una trampa, tratando de pillarte a solas.

—Pero cuando llegué allí...

—Stewart Green estaba muerto —dijo Ray.

—O eso creí yo, por lo menos.

Ray respiró hondo. La sangre se le agolpaba en la cabeza.

—Y estabas en lo cierto.

Nueva expresión confusa.

—¿Qué?

—Stewart estaba muerto.

—¿Ya lo habías matado?

—No. Ya te he dicho que no fui yo.

—Entonces, ¿qué ocurrió? —preguntó ella.

—Tú subiste por el sendero —dijo Ray—. Viste su cuerpo. Creíste que estaba muerto y saliste corriendo. Yo te vi. De hecho, pensaba interceptarte, cerciorarme de que estuvieras bien. Otra posibilidad no realizada. Si te hubiese parado allí. Si te hubiera preguntado por lo ocurrido...

Se le estaba fundiendo la voz.

Cassie se inclinó hacia delante.

—¿Qué pasó, Ray?

—Yo creí... No sé... Creí que Stewart te había hecho daño, o algo parecido. Estaba confuso y molesto, así que tuve mis dudas. Y de repente, ¡zas!, tú ya te habías

ido. Así que corrí sendero arriba. Hacia las ruinas.

Megan estudió su rostro. Sentía curiosidad, por supuesto, pero también interés. Ray se iba acercando a la verdad, y puede que, por fin, ella llegara a saberla.

—Cuando llegué allí, vi a Stewart Green tirado en el suelo. Estaba muerto. Le habían rebanado el cuello. —Se inclinó hacia delante, necesitaba asegurarse de que ella pudiese verle bien los ojos y, de ese modo, entender también lo que él presencié aquella noche—. Imagínatelo, Cassie. Imagíname corriendo hasta ahí arriba y topándome con el fiambre apuñalado.

Ahora se daba cuenta. De todo.

—Creíste... Creíste que lo había matado yo.

Ray ni se molestó en asentir. Agachó la cabeza.

—¿Y entonces qué hiciste, Ray?

Se le saltaron las lágrimas.

—Me entró el pánico...

—¿Qué hiciste?

«La sangre. Toda aquella sangre».

—... O igual fue justo lo contrario. Puede que, de repente, me pasara de lógico. Te había visto huir y saqué la conclusión más evidente: ya te habías hartado de su maltrato. Pero él era un ciudadano ejemplar. Nadie te echaría una mano. E hiciste lo que tenías que hacer. Te las apañaste para citarlo en un sitio remoto y poder matarlo; y luego, algo te llevó a salir corriendo. A lo mejor te entró el pánico. O igual te vio alguien. Lo ignoro. Pero dejaste pistas. Había más coches en el aparcamiento. Alguien podría recordarte. Encontrarían el cuerpo y la policía se pondría a investigar y descubriría que él iba a La Crème y, finalmente, te lo acabarían cargando a ti.

Ahora lo veía claro. Ray lo notaba por la expresión de su rostro.

—Por consiguiente, hice lo único que podía hacer para ayudarte. Me deshice del cadáver. Y sin cadáver, no había caso. Megan empezó a menear la cabeza.

—¿No lo ves? Si el cuerpo no aparecía, la gente pensaría que Stewart se había dado el piro. Puede que alguien sospechara de ti, pero yo sabía que, sin cadáver, estarías a salvo.

—¿Qué hiciste, Ray?

—Lo arrastré bosque adentro. Luego me fui a casa y cogí una pala para enterrarlo. Pero estábamos en febrero. La tierra estaba demasiado dura. Lo intenté, pero no había manera. Pasaron las horas. Pronto se haría de día. Tenía que deshacerme del cadáver. Así que volví a casa, cogí la sierra mecánica...

Megan se llevó la mano a la boca.

«La sangre —pensó él de nuevo, mientras cerraba los ojos—. Toda esa sangre».

Había querido parar, pero en cuanto la sierra se puso en marcha, ya no le quedó más remedio que seguir adelante. Debía concluir el trabajo. No se molestó en

explicarle el resto, qué significaba serrar la carne y los huesos de un ser humano y meter sus trozos —aunque se tratara de alguien tan detestable como Stewart Green— en bolsas negras de basura. Lo único que le permitió terminar era la idea de que lo estaba haciendo para salvar a la mujer que amaba. Cogió las bolsas, las llenó de piedras y condujo hasta un sitio que conocía cerca de cabo May. Arrojó las bolsas al agua. Y luego se fue a casa, donde esperaba encontrar a Cassie. Pero ella no estaba allí. La llamó. No obtuvo respuesta. Pasó la noche temblando en su propia cama, tratando de echar de su cabeza aquellas imágenes. Pero no se iban. Se pasó buscando a Cassie los dos días siguientes. Pero seguía sin aparecer. Los días se convirtieron en semanas, las semanas en meses y los meses en años. Cassie había desaparecido.

Y a Ray solo le quedaba la sangre.

Erin Anderson lo consiguió.

Se había pasado casi toda la noche trabajando con los federales en la identificación de cadáveres. Era demasiado pronto para nada concreto, pero ya había reunido la suficiente información sobre ropa, joyas y relojes como para hacerse una idea de qué huesos se correspondían con qué hombres. Lo demás ya lo descubriría el ADN. Aunque llevaría cierto tiempo.

Cuando Erin dispuso de un minuto libre, se enganchó al ordenador de la comisaría. Broome le había dicho que ampliara la búsqueda, a ver si podía encontrar otros actos violentos que se pudieran relacionar con el día de Carnaval. Al cabo de unos minutos, halló un caso que podía encajar, aunque no supusiera un acierto seguro.

Por lo menos, no al principio.

Erin buscaba hombres desaparecidos o asesinados. Ese era el motivo de que ese caso en concreto hubiera pasado inadvertido. Al final, esa muerte en particular había sido considerada defensa propia en vez de homicidio. Como no se encontró al culpable, el caso no mereció mucho interés. Un tal Lance Griggs había sido apuñalado hasta la muerte en su casa, cerca de Egg Harbor Township, no en la misma Atlantic City. Griggs contaba con un largo historial de maltrato conyugal. Por eso ahora le había llamado la atención a Erin. Aunque no, no había desaparecido. Y tampoco lo habían tirado a un pozo. Pero Griggs, como la mayoría de gente involucrada en este caso, era un maltratador en serie.

Según el informe, su mujer había sido hospitalizada en repetidas ocasiones. Los vecinos aseguraron llevar años oyendo palizas. Los polis habían visitado su domicilio un montón de veces. Erin meneó la cabeza. Ya se había enfrentado a muchos casos de violencia conyugal. Y había escuchado todo tipo de justificaciones. Pero, por mucho que lo intentara, nunca había conseguido entender por qué las mujeres no se marchaban.

Al parecer, Griggs había atacado a su esposa con una palanca, rompiéndole la

pierna y, a continuación, presionando la barra contra su garganta. La mujer, finalmente, logró quitárselo de encima, se hizo con un cuchillo y se lo clavó. Con el historial de Griggs, pudo aportar un montón de fotos policiales del difunto. Cosa que hizo. La habían detenido al descubrir el cuerpo. Erin buscó una foto de ella y la colocó junto a la de su marido.

Qué pareja tan bonita.

—¿En qué estás?

Se dio la vuelta y se topó con Goldberg. Estupendo: justo lo que necesitaba. También a él se le veía exhausto y hecho polvo, con la corbata aflojada hasta el punto de que casi parecía un cinturón colgado al cuello. La noche había sido muy larga para todos.

—En nada de interés, probablemente —dijo Erin, mientras atenuaba la luz de la pantalla—. Estaba investigando un poco más sobre los asesinatos en Carnaval.

—Déjalo.

—¿Qué?

—A ver esa pantalla.

Erin torció el monitor de mala gana.

Goldberg contempló fijamente la pantalla.

—¿Y esos dos pintan algo?

—Sí. Ella lo mató a él hace años.

Goldberg negó con la cabeza.

—Eso no tiene ninguna lógica.

—¿Por qué?

Goldberg señaló la pantalla.

—Yo a esa mujer la conozco.

Ver la sangre en el suelo de la cocina fue para Broome como recibir un puñetazo en el estómago.

Agarró el arma con más fuerza y se puso a rezar y a hacer todo tipo de promesas, confiando, sin motivo alguno, en que Lorraine siguiera viva. Se maldijo a sí mismo por hablar con ella, sobre todo en un sitio a la vista de todos. ¿Es que no había aprendido nada con Ámbar y Harry Sutton?

¿Cómo podía haber sido tan descuidado?

El corazón le golpeaba en el pecho, pero no había tiempo que perder. Tenía que encontrarla y tratar de detener el flujo de sangre. Se agachó, rodó hacia la derecha y, una vez más, se llevó una buena sorpresa.

El cadáver que vio no era el de Lorraine.

Era un cuerpo masculino. Al mirarlo de cerca, Broome recordó la descripción que le había facilitado Megan del tío al que había visto rondando por el despacho de Harry Sutton. Podría tratarse del mismo.

Ese hombre estaba definitivamente muerto. Le habían rajado el cuello.

Broome estaba a punto de darse la vuelta cuando sintió el cañón de una pistola contra el codo.

—Tira el arma, Broome —le dijo Lorraine.

A Megan se le rompió el corazón de mil maneras distintas.

Siempre se había preguntado por qué Ray se habría sorprendido tanto al enterarse de que Stewart Green había sido visto más de una vez. Ahora lo entendía. Ray sabía que Stewart llevaba muchos años muerto. Había llevado a cabo un enorme sacrificio, un sacrificio de tal envergadura que lo había conducido a un secreto que lo consumía por dentro, que lo mantenía deprimido y atormentado y que, probablemente, había afectado de forma negativa su cordura. Hay quien puede vivir con esa clase de cosas. Pero él no era de esos. Sobre todo, si le añadías lo de ser abandonado por la mujer que amaba. Y el hecho de que no volviera a ver a esa mujer —por cuya salvación se había sacrificado— ni a saber nada de ella hasta al cabo de diecisiete años.

Lo último que Megan le dijo a Ray antes de abandonar la sala de interrogatorios fue que haría cuanto estuviese en su mano para que lo soltaran. Y se lo dijo muy en serio. Se lo debía. Primero, lo ayudaría; y luego, por injusto que fuese, no lo volvería a ver jamás.

Pero lo primero que dijo al salir del cuarto fue:

—¿Dónde está mi marido?

—Al final del pasillo, a la izquierda.

Se apresuró a reunirse con él. Cuando llegó al cuarto donde la esperaba Dave, este levantó la vista, sorprendido, y ella sintió que el corazón le latía de auténtico amor. Mientras Dave se incorporaba, Megan se echó en sus brazos.

Fue entonces, sostenida por su marido, cuando se sintió lo suficientemente segura como para preguntarse por qué habría acabado en el sendero aquella noche.

¿No fue Lorraine la que le pasó el mensaje de Ray para quedar en las ruinas?

¿No fue Lorraine la que empezó con los rumores de que Stewart Green seguía vivo... aunque ahora ya era del dominio público que estaba muerto?

¿No fue Lorraine la que había afirmado saber dónde se había metido Megan durante los últimos diecisiete años... aunque fuese imposible?

Megan se fue directamente hacia el agente especial Angiuoni.

—¿Dónde está el inspector Broome?

—No lo sé. Pero me comentó algo de un club llamado... ¿La Crème?

Goldberg señaló la pantalla del ordenador por encima de la espalda de Erin.

—Esa es Lorraine, la camarera de La Crème. ¿Qué demonios le pasó?

—Que mató a un marido violento.

—¿Cómo?

—Se consideró defensa propia. Caso cerrado.

—¿Dónde diablos está Broome? —se rebotó Goldberg—. Tiene que enterarse de esto.

Dijo Lorraine:

—Tira el arma.

—¿Pero qué estás diciendo, Lorraine? Si he venido a ayudarte.

—Por favor, Broome. —Le clavó el cañón de la pistola un poco más—. Ha sido una noche muy larga. Suelta el arma.

Y Broome hizo lo que le pedía.

—Ahora llama a comisaría. Diles que no necesitas refuerzos, que todo está bajo control.

Aún atónito, Broome obedeció. Luego señaló el cadáver que había en el suelo.

—¿Y ese quién es?

—Uno al que contrató Del Flynn.

—¿Y qué quería?

—Torturarme para sacarme información sobre el paradero de Carlton. Menuda perla. Era de esos que son muy buenos dando, pero muy malos recibiendo. Como casi todos los tíos.

Broome la observó. Ella le miró a los ojos y asintió, como si le animara a reconocer lo que ya era evidente.

—Dios mío... ¿Fuiste tú?

—Pues sí —reconoció ella.

—¿Te los cargaste a todos?

—Sí, señor. Uno por año. Siempre en Carnaval, pero no se me ocurrió que alguien acabara descubriendo el patrón. La mayoría de esos capullos no tenían a nadie que les apreciara lo suficiente como para denunciar su desaparición. Estoy verdaderamente impresionada de que tú vieras la conexión con el día de Carnaval.

—Fue mi compañera —precisó Broome.

—Es tu exmujer, ¿verdad? Una tía lista, intuyo. Felicítala de mi parte.

Broome no abrió la boca.

—Oh, tranquilo, Broome. No te voy a matar y luego ir a por ella ni nada parecido. —Lorraine le dedicó una sonrisa picarona y se quedó mirando su pistola como si se le hubiese materializado en la mano de forma repentina—. Pensé en las cien maneras posibles de que acabara esta historia, pero... ¿Apuntándote con un arma y dándote explicaciones? —Negó con la cabeza—. Es todo tan... No sé cómo decirlo... Tan propio de mí. ¿Piensas darme conversación mientras esperas que aparezca alguien a rescatarte?

—No es mi estilo.

—Me alegro, porque sería una memez. Pero no te preocupes, que todo se aclarará enseguida.

—¿Qué es lo que se aclarará?

—Mi plan. Y necesito explicarlo a mi manera. Necesito que me escuches,

Broome. Si alguna vez sentiste algo por mí, intentarás mostrarte un poquito comprensivo, ¿verdad?

—¿Acaso me queda otra opción?

—Me temo que no, ya que te estoy apuntando con una pistola y eso. Pero estoy cansada, Broome. Ha sido divertido, pero se está acabando. Solo quiero... Quiero que me escuches. Nada más. Déjame empezar por el principio y puede que entiendas adonde quiero ir a parar, ¿vale?

Lorraine parecía de lo más sincera. Esperaba su respuesta, así que Broome dijo:

—Vale.

—Sabes que estuve casada, ¿no?

—Sí, ya lo sabía.

—Me casé nada más acabar el instituto. No te aburriré con mis primeros años en un pueblucho junto a un padre alcohólico. Es una historia muy trillada, y ya hemos visto los resultados por estas mismas calles cientos de veces, ¿verdad?

Broome creyó que era una pregunta retórica, pero Lorraine, sin soltar la pistola, volvió a interrumpirse.

—Verdad —dijo él.

—Lo mío iba a ser distinto. Tenía a un hombre que me quería. Nos fugamos y él consiguió un empleo; luego lo perdió y empezó a zurrarme. Era un asco, Broome. Ni te lo imaginas. Ya me había pegado una o dos veces antes, ¿sabes?, al principio. Nada serio, ya conoces el percal. Donde yo crecí, les pasaba a todas las mujeres. Así que tampoco le daba mucha importancia. Pero hay hombres que empequeñecen muy deprisa, no sé si me explico.

Broome asintió, a falta de algo mejor que hacer.

—La vida empezó a mearse encima de mi marido como si fuese el único urinario del club. ¿Y cómo reaccionó mi hombrecito? Pues machacando a la única persona que aún lo quería. Qué ironía, ¿no?

Broome no dijo nada.

A Lorraine le caía el pelo sobre la cara. Se lo apartó con una mano.

—A ver si adivinas lo que me sucedió a continuación, Broome. Vamos, hombre, que tú eres un tío listo. ¿Qué es lo que pasa siempre en estos casos?

—Te quedaste embarazada —dijo Broome.

—Bravo, respuesta correcta. Y durante unos meses, mientras yo estaba preñada, reinó la paz. Todos los expertos se equivocan, me dije: un bebé puede y debe mejorar un matrimonio. Pero una noche, el futuro padre de mi hijo se queja de que el filete está demasiado gomoso. Se cabrea de lo lindo, yo digo algo que no debo, él me atiza en el estómago, yo me caigo y él se dedica a dar saltos encima de mí hasta que pierdo al bebé.

Broome miró fijamente el muerto en el suelo, sin saber muy bien qué decir.

—Me pateó de tal manera, ese loco cabrón, que me rompió el útero. Y ya sabes qué significa eso, ¿verdad, Broome? No hace falta que te lo explique, ¿no? Pues que

no podrías tener hijos. Jamás. —Le asomaron las lágrimas a los ojos, pero se deshizo de ellas parpadeando, como si se cabreara consigo misma—. Yo quería hijos, ¿sabes? Me comporto como si me diera lo mismo y, bueno, he aprendido a tomarme la vida con filosofía. Pero entonces, lo único con lo que soñaba era tener un par de críos y un jardincito. Patético, ¿eh? No ansiaba una mansión. Solo un marido y unos niños y un sitio al que considerar un hogar, ¿sabes?

Broome se acercó un poco más a ella, en busca de un punto desde el que poder pasar a la acción.

—Lo siento mucho por ti, Lorraine. Lamento que tuvieras que pasar por todo eso.

—Sí, es una historia bien triste, ¿verdad? —Levantó el arma y cambió el tono de voz—. Por favor, Broome, no te pases de listo. Pretendo que mi última víctima sea el tío del suelo, no tú.

Broome se detuvo.

—En fin, avancemos unos meses. Hasta la noche de Carnaval. El marido maravilloso se calienta más de la cuenta y viene a por mí con una palanca. Conclusión: me lo cargué. Tal cual. ¿Y sabes qué, Broome?

—¿Qué?

—Que fue lo mejor que había hecho en mi vida. Ahora era libre y feliz.

—¿Sin remordimientos?

—Todo lo contrario, Broome. ¿Qué es lo contrario del remordimiento? —Lorraine chasqueó los dedos hasta dar con la respuesta—. Pura satisfacción. Eso es lo que experimenté. Me trasladé a la ciudad, empecé a trabajar en La Crème y, pues bueno, cada Carnaval celebraba mi libertad, por así decir, ayudando a liberarse a alguna otra chica. El resto ya lo sabes.

—No exactamente.

—¿Ah, no?

—No sé en qué momento decidiste celebrar tu libertad y tu pura satisfacción convirtiéndote en una asesina en serie.

Lorraine se echó a reír.

—Asesina en serie. Hay que ver. Haces que me sienta... no sé, Hannibal Lecter o alguien así. Pero es una pregunta lógica. Y yo te podría recordar que todos los tíos a los que me cargué se lo merecían. Eran todos unos desgraciados que se dedicaban a pegar a las chicas y a arruinarles la vida. Así eran los angelitos. También podría recordarte que, al matar a esos gilipollas, les di una segunda oportunidad a muchas chicas. Nadie los echó de menos. Y hasta hubo un par de esposas que te rogaron que no encontraras a sus maridos, ¿verdad?

—Eso no justifica lo que hiciste.

—No, claro que no. ¿O sí? Para mí sí es una justificación, sin duda alguna. Pero tienes razón: no es una auténtica excusa. Yo solo puedo decirte una cosa, Broome. Te parecerá extraño, pero igual lo entiendes. Me has tildado de asesina en serie, pero mi teoría consiste, y sí, sé que te sonará raro —la voz de Lorraine se convirtió en un

susurro—, en que hay muchas como yo por ahí fuera.

La temperatura del cuarto bajó unos cuantos grados.

—Considéralas como células durmientes, Broome. Son millones, diría yo. Hay mucha gente que son asesinos natos, en serie o no. Pero no lo saben. Vamos a ver, ¿cómo vas a saberlo si nunca lo has hecho? Ya ves, yo no tenía ni idea hasta que me cargué al marido maravilloso, que fue como una epifanía. No sabes lo bien que me sentó. No solo porque él se lo mereciera, sino por el acto en sí.

Se oyó el ruido de las sirenas de la policía.

Lorraine suspiró.

—No nos queda mucho tiempo, Broome. Me temo que las demás respuestas tendrán que esperar.

—¿Esperar a qué?

Pero ella no le contestó. Broome se preguntaba a qué se refería y qué planeaba hacer. Rodear su casa de coches policiales no iba a ser de gran ayuda. Le echó un vistazo al cadáver.

—¿Por qué, Lorraine?

—¿Pero no me has oído?

—Porque se lo merecían.

—Exacto. Y porque a mí me encantaba. Ellos necesitaban morir y yo necesitaba matar.

Al final, las cosas eran así de fáciles.

Sonó un megáfono.

—¿Lorraine Griggs? Aquí, la policía.

Lorraine señaló hacia la ventana.

—Se nos acabó el tiempo.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—¿Hacer?

—¿Cuál es tu plan? —Broome abrió los brazos, atónito—. ¿Vas a disfrutar de otro asesinato antes de que te detengan?

—Ay, Broome —dijo ella, sonriéndole de una manera que a él le destrozó el corazón de nuevo—. Yo nunca te haría daño. Jamás de los jamases.

Broome la miró, confundido.

El megáfono de nuevo:

—Lorraine Griggs. Aquí, la policía...

—Lo tenía todo previsto —le dijo a Broome—. En este punto termina todo. Ya te lo dije ayer. Me estoy muriendo. Y no pienso pasar mis últimos días en la prisión.

Le dio la vuelta a la pistola, que ahora apuntaba a su propio cuello.

Broome dijo:

—No lo hagas.

—¿El qué? —Lorraine contempló el cañón—. ¿Pensabas que me iba a suicidar? Oh, Broome, qué dulce eres; pero no, ese no es mi plan.

Lorraine le entregó el arma y levantó las manos.

—Hora de detenerme.

—¿Y eso es todo? ¿Te vas a rendir y ya está?

—Pues sí, cariño, de eso se trata. —Le dedicó otra de sus sonrisas picaronas—.

Estoy preparada: ponme las esposas.

Broome se limitó a mirarla.

—No sé qué decir, Lorraine.

Lorraine miró hacia la puerta y luego volvió a clavar la vista en él.

—¿Recuerdas que me dijiste que estarías a mi lado cuando muriese?

Broome asintió.

—Sí, claro.

—Pues esta es tu gran oportunidad de demostrar que no eres un mentiroso. —

Lorraine tenía los ojos bañados en lágrimas—. Prométeme que no me dejarás tirada. Prométeme que te quedarás a mi lado.

## Epílogo

*Dos semanas después*

—¿Está preparado? —le preguntó el médico.

Del Flynn asintió. Le daba la mano a su hermosa María. El médico sacó el tubo de alimentación y desconectó la máquina de respiración. Del sabía que en algún lugar, lejos de esa habitación, la policía estaba estrechando rápidamente el cerco en torno a Goldberg y él, pero le daba igual. Ya había perdido lo único que le importaba en realidad. Y eso —lo que estaba ocurriendo allí mismo, en ese preciso instante— era lo único primordial.

Del nunca se apartó de María. Nunca le soltó la mano. Durante ocho horas, le habló de la primera vez que la vio, de cómo ya entonces supo que estaban destinados a vivir juntos. Bromeó sobre la primera cita, sobre cómo trastabilló al salir a toda prisa del coche para abrirla la puerta. Reconstruyó segundo a segundo el día en que nació Carlton, el momento en que casi se desmayó al verlo, la evidencia de que nunca la había visto tan guapa como con su hijo en brazos. Y al final, cuando a María solo le quedaban unos instantes de vida, empezó a sollozar. Le suplicó que lo perdonase. Le rogó que no lo dejara solo. Gimió y se lamentó, pero nunca le contó lo que le había ocurrido a Carlton.

María murió cogida de la mano de Del.

Antes de que lo sacaran de la cárcel, Ray Levine se comprometió a ayudar a las autoridades a encontrar los restos de Stewart Green.

Su abogado, Flair Hickory, se ocupó del papeleo. A cambio de su ayuda, Flair exigió que no se presentasen cargos contra su cliente. La oficina del fiscal del condado se mostró rápidamente de acuerdo. Al final, Ray Levine solo sería culpable de haberse deshecho de un cadáver; un delito que, además, ya había prescrito.

A petición de Sarah Green, la viuda de Stewart Green, Broome fue puesto al frente de la operación de búsqueda. Ray Levine los condujo por otro sendero oculto —había muchos en ese caso— hasta el remoto acantilado desde el que había arrojado al lago el cuerpo descuartizado.

A modo de traca final, los submarinistas encontraron algunos trozos aún intactos.

Así pues, ahora se encontraban todos en el cementerio, enterrando los despojos de Stewart Green. Sarah, que ya era oficialmente viuda, se mantenía de pie entre su hija, Susie, y el hermano de esta, Brandon. Broome observaba sus rostros y se preguntaba qué iba a ocurrir a continuación. Sarah llevaba viviendo tantos años en ese estado de ánimo suspendido, que él se temía que fuese incapaz de superarlo.

Para otros, la vida seguía. Ricky Mannion, por ejemplo, había sido exonerado del crimen y puesto en libertad. Cuando salió por la verja de Rahway, no había nadie

esperándolo.

El féretro tocó fondo.

Broome venía de otra visita-interrogatorio con Lorraine. Ella solo hablaba con él —de ahí no había quien la moviera—, pero luego le permitía comentar lo hablado con los demás. Al principio, Broome se preguntaba a qué estaría jugando; quería saber por qué, aparte del agotamiento y de no querer acabar en el trullo, se había entregado con tanta facilidad; y también quería averiguar de qué iba toda esa cháchara sobre un *plan*.

Le llevó cierto tiempo, pero al final lo logró.

Broome se había convertido en el confidente y confesor de Lorraine, y aunque le molestaba reconocerlo, seguía disfrutando de su compañía; lo cual, claro está, podía ayudar a entender sus complicadas relaciones con las mujeres.

Lorraine sabía que a Broome aún le quedaban preguntas por hacer, así que hizo lo posible por respondérselas. Durante su último encuentro privado, Broome le había pedido:

—Háblame de Ross Gunther.

—Fue mi primer muerto —repuso Lorraine, ya vestida con el típico mono naranja del sistema penitenciario federal—. Después de mi marido, claro. Fui excesivamente ambiciosa, pero la cosa acabó bien.

—¿A qué te refieres con lo de ambiciosa?

—Mira, a mí Stacey me caía bien. Era una buena chica a la que los hombres habían tratado a patadas durante toda su vida. Tenía un novio espantoso, el tal Ricky Mannion. Ni te imaginas lo que podía llegar a hacerle. Y luego, como a veces no basta con un cabrón retorcido, Stacy acabó llamando la atención de otro psicópata total llamado Ross Gunther. O sea, que mi plan original consistía en cargármelos a ambos.

—¿Y qué es lo que salió mal?

Lorraine sonrió y miró hacia otro lado.

—El asesinato puede ser un poco, en fin, como el sexo para casi todos los hombres con los que me he cruzado. Después de practicarlo, te calmas durante un ratito. Por eso maté a Gunther en vez de a Mannion, a quien me pareció mucho más interesante cargarle el muerto. Lo cierto era que eliminar únicamente a Gunther no liberaría del todo a Stacy. Tenía que deshacerme de ambos. Es una lógica un tanto peculiar, ya lo sé, pero de probada eficacia.

—¿Eso fue el primer año?

—Sí.

Fue entonces cuando Broome llegó al meollo de la cuestión.

—¿Y lo de Stewart Green fue el segundo año?

—Sí, señor. Ahí está la cosa. Nunca supe qué fue de él. Vamos a ver, sabía que yo lo había matado. Envié allí a Cassie porque quería que supiese que ya era libre. No se me ocurrió pensar que fliparía. Aunque debería habérmelo oído. Fue un error por mi

parte, pero aprendí la lección. Y además, cuando nadie encontró nunca el cadáver de Stewart... En fin, que me quedé totalmente fuera de juego. Y eso me inquietó. Supuse que Cassie habría escondido el cuerpo o algo parecido. Pero ella también desapareció. Llegué a preguntarme incluso si no la habría asesinado Ray Levine y enterrado junto al cadáver de Stewart; sobre todo, desde que lo vi rondando por las ruinas hace unas semanas, justo antes de que apareciese Carlton Flynn.

—Espera, ¿dices que lo viste?

Lorraine asintió.

—A punto estuve de cancelarlo todo, pero intuí que no iba a estar viva para el próximo Carnaval; así que qué más daba.

—O sea, que fuiste tú la que atacó a Ray con un bate y le robaste la cámara. Necesitabas las fotos que había tomado.

—Me declaro culpable —dijo Lorraine—. Pero no me vas a acusar también de agresión, ¿no?

—Lo pasaremos por alto.

—Tampoco parecería gran cosa al lado de tanto cadáver, ¿no te parece? Bueno, ¿por dónde íbamos? Cassie, ¿no?

Broome asintió.

—Yo no quería fastidiarle la vida ni nada parecido, pero necesitaba saber qué había ocurrido. Me obsesionaba. Traté de encontrarla, pero se las había apañado muy bien para esfumarse. Mientras tanto, te vigilaba a ti, Broome, y veía cómo las pasabas canutas para averiguar lo sucedido con Stewart Green. No tenías ni idea. Y sin un cadáver, tampoco tenías un caso. Ya lo ves, aprendí mucho de eso. De toda esa confusión. Y decidí alterar mi modus operandi.

—Decidiste ocultar los cuerpos —apuntó Broome.

—Exacto.

—Que pareciese que esos tipos habían desaparecido o se habían dado a la fuga.

—Exactamente. Si seguía dejando fiambres por ahí, no me quitaría a la poli de encima. Tendría que encontrar rincones nuevos cada año. Sería muy cansado, ¿verdad que me entiendes? Pero con las desapariciones... en la mayoría de los casos, no había nada que hacer.

—Hay algo que aún no entiendo.

—Pues pregunta, guapetón.

Broome no debería estar disfrutando de esa situación.

—Le dijiste a Megan, Cassie, que siempre supiste dónde estaba. ¿Cómo era posible?

—Ah, eso era mentira —dijo Lorraine—. No lo descubrí hasta muy tarde.

Eso sorprendió a Broome.

—No lo entiendo. ¿Cómo acabaste por encontrarla?

—La verdad es que Cassie, no la llamemos Megan, yo nunca lo hice, era la mejor. Yo la adoraba. En serio. Y a ella le encantaba la mala vida. Eso es algo de lo que

nunca se habla, Broome. Oyes hablar de drogas, prostitución y malos tratos, pero eso no lo es todo. Ya has visto los clubes, Broome. Para algunas chicas, esa es la mejor vida que jamás tendrán. Una vida divertida y estimulante. Cada noche es una fiesta. ¿Y qué hay de malo en ello si el resto de la existencia es miserable?

—¿Y Cassie era una de esas chicas?

—Te lo puedo asegurar. Sabía que echaría de menos la juerga. Por eso no me sorprendió que viniera de visita al club al cabo de diecisiete años de ausencia. Te lo contó, ¿no?

Broome asintió.

—Así fue.

—Hizo como que iba a Atlantic City para no sé qué absurda convención, pero acabó en La Crème, por supuesto.

—¿Y la reconociste?

—Pues sí. Y luego la seguí hasta el Tropicana. Tenía amigos en recepción. Me facilitaron su nombre auténtico y su dirección. Fui a su casa y se me ocurrió una manera de hacerla volver aquí.

—Le dijiste que habías visto a Stewart. Y le hiciste creer que igual tenía algo que ver en lo de Carlton Flynn.

—Exacto. Y cuando vi su reacción, supe que tampoco tenía ni idea de qué había sido del cadáver. Ahora te toca a ti, Broome. —Lorraine se inclinó hacia delante—. Háblame de Stewart Green. Para mí siempre ha sido todo un misterio. Dime qué pasó con su cadáver.

Y Broome se lo explicó. Le contó toda la historia de Ray Levine despedazando el cadáver. Lorraine lo escuchó atentamente.

—Pobre chaval —comentó.

—Pero eso conduce a otra pregunta —apuntó Broome—. ¿Cómo acabó la medalla de san Antonio de Carlton Flynn en el apartamento de Ray Levine?

—Yo la puse allí —dijo Lorraine—. ¿Quién, si no?

—¿Cómo entraste?

—Estás de guasa, ¿no? Ray vivía en un sótano con unas ventanas muy estrechas. Abrí una y arrojé la medalla en mitad del salón. Así de fácil. Pero lo que me parece raro es que Ray despedazara un cuerpo.

—¿Por qué?

—Es lo opuesto a lo que te he contado.

—No te sigo.

—Cuando experimenté la violencia, resultó que le cogí gusto. Pero al pobre Ray le sucedió exactamente lo contrario. A mí me devolvió a la vida. A él lo destrozó. Todo depende de cómo estamos hechos, Broome. Ray era demasiado blando. No lo destruyó el hecho de que Cassie lo abandonara, sino el no poder vivir con toda esa sangre...

Broome quería hacerle más preguntas, pero ella le dijo:

—Ya está bien por hoy, cariño. Tengo una cosa con los de la tele.

Fue entonces cuando Broome cayó en la cuenta: ese era *su plan*.

Estaba a punto de que la cogieran. Ya habían encontrado los cuerpos. Habían descubierto que había asesinado a su marido en Carnaval. Se había apuntado el FBI. Era tan solo cuestión de tiempo y, total, a ella ya no le quedaba mucho. Pero en cuanto se rindió... Pues resulta que había nacido una estrella.

El caso de Lorraine alcanzó fama internacional. Eso era lo que Broome no había podido prever al principio. Los asesinos en serie son escasos. Y las asesinas en serie, aún más. Eso habría bastado para llamar la atención, pero si le añadías a todo ello un poco de autobombo profesional, ya la tenías liada. La abogada de Lorraine era la célebre Hester Crimstein, experta manipuladora de medios de comunicación. De repente, Lorraine ya no era un monstruo asesino, como la llamaban los tabloides, sino una mujer maltratada convertida en ángel *justiciero*. Aparecieron las esposas y novias de sus víctimas —cada una de ellas con una horripilante historia de malos tratos y una vida de agonía y terror—, dispuestas a hablar maravillas de la única mujer que las había ayudado.

Lorraine.

Y así era como ahora Lorraine daba entrevistas a las cadenas de televisión. Despertaba en la gente una fascinación inagotable. Su simpatía natural se imponía porque eso es algo que no se puede enseñar. La estrategia de Hester Crimstein era de lo más sencilla: confundir, desviar, eternizarse. Los fiscales federales no tenían nada en contra de esta última opción: tampoco les apetecía mucho juzgar a una moribunda a la que muchos consideraban una heroína.

Broome recordó aquella sonrisa picarona que le dedicó Lorraine antes de detenerla. Ella ya lo sabía. Sabía exactamente cómo actuar ante las cámaras.

—Cenizas a las cenizas...

En el funeral de Stewart Green, uno de los tipos asesinados por Lorraine, los deudos bajaban la cabeza.

—Le damos el último adiós a nuestro querido difunto...

Sarah Green se acercó al suelo abierto con una rosa en la mano. La lanzó sobre el féretro. Susie hizo lo propio. Y después Brandon. Broome no se movió. Erin, a la que le quedaba divinamente el negro, estaba a su lado. Con su marido, Sean, junto a ella. Sean era un buen hombre, todo había que decirlo. Broome se volvió hacia Erin y la miró a los ojos. Erin le dedicó una discreta sonrisa, y a él le dio el habitual vuelco en el corazón.

Siempre la echaría de menos. Era consciente de ello. Pero Erin ya no era suya. Más le valía comprenderlo.

Los allí presentes empezaron a dispersarse. Broome se disponía a volver al coche cuando notó una mano en el hombro. Se dio la vuelta y se topó con Sarah.

—Gracias, Broome.

—Lo siento mucho —dijo él.

Sarah se cubrió los ojos con la mano a guisa de visera, mientras los entrecerraba a causa del sol.

—Sé que suena extraño, pero la verdad es que es una conclusión.

—Me alegro por ti.

—Es hora de seguir adelante, ¿verdad?

—Así es.

Se quedaron en silencio un momento.

—Ahora que el caso está cerrado —dijo Sarah—, ¿seguirás viniendo a visitarme?

Pero él no sabía muy bien qué decirle.

—No lo sé.

—A mí me gustaría que lo hicieras, Broome —dijo ella—. Me encantaría.

Dicho lo cual, se alejó de él. Broome la estuvo contemplando hasta perderla de vista.

Pensó en Lorraine y Del Flynn y en Ray Levine y Megan Pierce; y hasta en Erin, que había abandonado marido y trabajo sin haberlos llegado a abandonar del todo.

Puede que Sarah tuviese razón, se dijo Broome. Puede que ya les tocara a ambos seguir adelante.

Fester dejó a Ray en el aeropuerto.

—Gracias, Fester —le dijo Ray.

—No te creas que te vas a ir de rositas. Ven para acá.

Fester aparcó y salió del coche. Le dio a Ray un abrazo de oso, al que este, sorprendiéndose a sí mismo, respondió con otro igual.

Le dijo Fester:

—Ten cuidado, ¿vale?

—Sí, mamá.

—Tengo derecho a estar preocupado. Cuando acabes con lo que tengas que hacer por allí, yo tendré que recuperar a mi empleado favorito.

Ray había llamado a Steve Cohen, su antiguo jefe en la Associated Press, esperando obtener alguna pista para intentar volver al tajo. Y Cohen le dijo:

—¿Quieres volver? ¿Va en serio? ¿Puedes salir la semana que viene hacia la Línea Durand?

La Línea Durand era la peligrosa y porosa frontera entre Pakistán y Afganistán.

—¿Así de fácil? —preguntó Ray—. ¿Después de todo este tiempo?

—¿Qué te decía yo siempre, Ray? El que vale, vale. Tú eres bueno. Muy bueno. Me harías un favor.

En el interior de la terminal, Ray se sumó a la cola formada ante el puesto de control de pasajeros. Dos semanas atrás, cuando Flair Hickory le dijo que no le iba a pasar nada por su primer delito, Ray se limitó a negar con la cabeza.

—Eso no es posible, Flair.

—¿Qué quieres decir?

—Que ya he huido lo suficiente —dijo Ray—. Que debo pagar un precio por lo que hice.

Flair sonrió, le puso una mano en el antebrazo y le dijo:

—Ya has pagado un precio. Durante diecisiete años.

Y puede que tuviese razón. Las imágenes sanguinolentas llevaban un tiempo sin aparecer. Pero Ray no estaba seguro al cien por cien de haberlas perdido de vista para siempre. Probablemente, nunca lo estaría. Aún bebía demasiado. Pero estaba en el buen camino.

Recogió el equipaje de mano de la cinta transportadora del control y echó a andar hacia la puerta de embarque. La pantalla de salidas de vuelos le decía que aún le quedaban quince minutos. Se sentó junto a la puerta y miró el móvil. Quería llamar a Megan y decirle que había encontrado un trabajo y que estaba bien, pero había perdido a propósito el número; y aunque lo recordara, que no era el caso, tampoco la llamaría. A lo sumo, *pensaría en llamarla*. Lo pensaría con frecuencia a lo largo de los siguientes años. Hasta empezaría a marcar su número, pero nunca terminaría de hacerlo y jamás volvería a ver a Megan. O Cassie.

Megan Pierce cerró el frigorífico y contempló a sus dos hijos a través del ventanal de la zona del desayuno. En el patio trasero, Kaylie, su hija de quince años, estaba chinchando a su hermano pequeño, Jordan. Megan estuvo a punto de abrir la ventana y decirle a Kaylie, por enésima vez, que lo dejara en paz. Pero ese día no le apetecía.

Los hermanos se pelean. No pasa nada.

En el cuarto de la tele, Dave estaba convenientemente espachurrado sobre el sofá, vestido con un chándal gris y con el mando a distancia en la mano.

—Kaylie tiene entrenamiento de fútbol —le informó Megan.

—Yo la llevo.

—Creo que Randi nos la puede devolver a casa.

—Eso estaría bien —reconoció Dave—. No veo la hora de que se saque el carné y pueda conducir.

—Pues yo creo que lo llevas con mucha dignidad.

Dave se incorporó y le sonrió. Ella le devolvió la sonrisa. Él dio unos golpecitos en la parte de sofá que tenía al lado.

—¿Te sientas conmigo? —preguntó.

—Tengo millones de cosas que hacer.

—Solo cinco minutos.

Megan se sentó en el sofá. Dave la rodeó con el brazo y se la acercó. Ella se hizo un ovillo y apoyó la cabeza en su pecho. Dave se dedicó a cambiar de canal, como tenía por costumbre. Y ella le dejó hacerlo. Las imágenes se sucedían a gran velocidad.

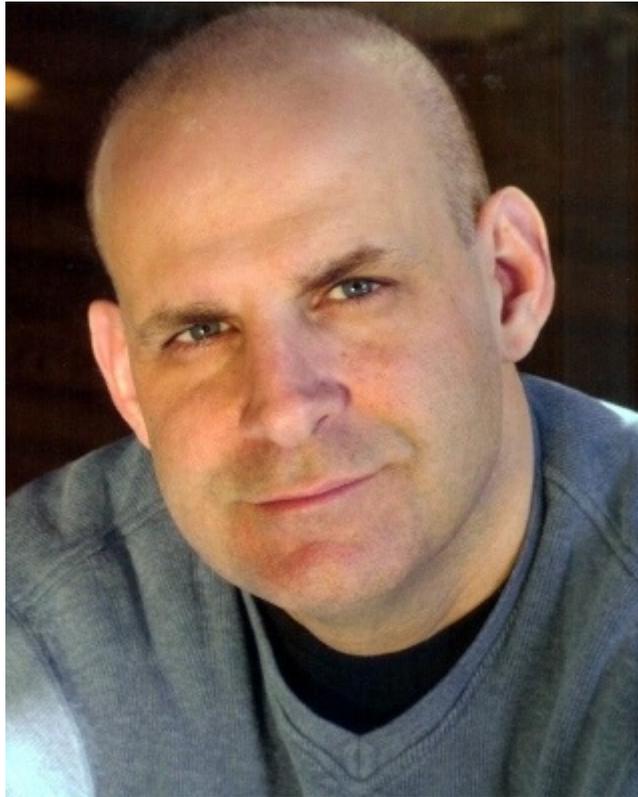
No era algo perfecto. Megan ya lo sabía. Puede que con el tiempo ni siquiera resultara soportable. Pero lo suyo era por fin algo honrado. No sabía cómo evolucionaría, pero en ese momento sentaba francamente bien. Anhelaba la normalidad. Le gustaba conducir el coche compartido y preparar almuerzos y ayudar a los críos con los deberes y no ver nada concreto en la tele junto al hombre al que amaba. Confiaba en que ese sentimiento durase, pero la historia y la condición humana la llevaban a dudarlo. Volvería la inquietud. Era inevitable. El dolor, el miedo, la pasión, el más oscuro de los secretos... Nada duraba eternamente. Pero igual, si respiraba hondo y contenía el aire, conseguiría conservar ese sentimiento. Aunque solo fuera un ratito más.

## Agradecimientos

El autor quiere dar las gracias a Ben Sevier, Brian Tart, Christine Ball, Diane Discepolo, Lisa Erbach Vanee, Chris Christie (me salto sus oficios), Linda Fairstein, Ben Cohen (que lo pasó muy bien *investigando* las ruinas, Lucy y el paseo marítimo), Anne Armstrong-Coben y Bob McGuigan.

Esta es una obra de ficción. Lo cual significa que me he inventado cosas. Pero eso no es óbice para que el Korean War Memorial, del paseo marítimo de Atlantic City, los ruinosos pueblos abandonados de los Pine Barrens y Lucy la Elefanta existan y merezcan ser visitados. Podéis saber más cosas de todos ellos en [HarlanCoben.com](http://HarlanCoben.com).

También me gustaría dar las gracias brevemente a Erin Anderson, Guy Angiuoni, Samantha Bajraktari, Howard Dodds, Jaime Hatcher Hemsley, Missy Malek, Rick Mason y Barbara, y Anthony Reale. Esas personas (o sus desprendidos seres queridos) realizaron generosas donaciones a distintas obras benéficas a cambio de que sus nombres aparecieran en esta novela. Si os apetece participar en el futuro, por favor visitad [HarlanCoben.com](http://HarlanCoben.com) en busca de detalles.



HARLAN COBEN. Con 46 años, 15 novelas y millones de libros vendidos, Harlan Coben es uno de los valores en alza de la novela policiaca. Su obra se aleja de los lugares tópicos del género para escarbar en los barrios acomodados y mostrar sus secretos. Ganador del Edgar Award, el Shamus Award y el Anthony Award, es autor de grandes *best sellers* como *La promesa*, *El inocente*, *Golpe de efecto*, *Última oportunidad*, *Motivo de ruptura*, *No se lo digas a nadie*, *Sólo una mirada*, *Por siempre jamás...* Sus libros han sido publicados en más de 33 idiomas en todo el mundo.

Harlan Coben proviene de Newark (Nueva Jersey), una ciudad deprimida y violenta. Como lector, Coben llegó al *thriller* de la mano de William Goldman. Tenía quince años cuando su padre le pasó *Marathon man*. No pudo soltarlo hasta que lo terminó. De ahí extrajo una de sus máximas: «Lo más importante es hacer un libro irresistible. Se trata de que cada frase atrape al lector según avanza la historia», afirma convencido.

Harlan Coben lo pasa bien escribiendo. Le gusta hacerlo por las mañanas, cuando sus cuatro hijos y su mujer, una pediatra, ya se han puesto en marcha. Normalmente acude a algún café o biblioteca del pueblo. «Soy un escritor de calle. En casa uno siempre encuentra algo mejor que hacer». Apenas investiga o se documenta antes de escribir. A veces le basta con llamar al fiscal jefe de Nueva Jersey, un amigo de la infancia con quien jugaba al béisbol. «Le digo: "¿Si pasara esto o aquello, cómo sería el proceso?". Él me lo aclara y ya está», cuenta divertido.